

LAS RAÍCES DEL PRESENTE
IDEAS Y ANCLAJES POLÍTICOS
EN EL SIGLO XX

RICARDO SIDICARO

**LAS RAÍCES
DEL PRESENTE
IDEAS Y ANCLAJES POLÍTICOS
EN EL SIGLO XX**

FUNDACIÓN OSDE



**Programa Avanzado de Perfeccionamiento en Management
de la FUNDACIÓN OSDE,
con la supervisión académica y certificación de la UADE**

COORDINADOR ACADÉMICO
Licenciado OMAR BAGNOLI

1ª edición: marzo de 1997
2ª edición aumentada: marzo de 1999

© 1999 Fundación OSDE

Este ejemplar es para consulta exclusiva
del personal de OSDE y carece de valor
comercial

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
ISBN: 987-96305-9-9

Índice

PRESENTACIÓN

El siglo XX se puede pensar desde muchas perspectivas diferentes. En este curso se presentan los principales sistemas ideológicos mundiales y un conjunto de grandes transformaciones políticas, sociales y económicas ocurridas en el área occidental. La selección de problemas de cada uno de los dos módulos no reproduce exactamente las continuidades históricas: el primero está destinado a las ideas políticas más influyentes y el segundo tiene por objeto los principales cambios sucedidos en las ya mencionadas esferas de la vida social. Se trata de dos exposiciones relativamente independientes en las que habrá, por momentos, una cierta superposición, pero el ángulo de análisis será distinto.

Sobre ciertos países resulta mucho más adecuado y solvente intelectualmente hacer referencia a las ideologías y no así a los procesos políticos, sociales y económicos sobre los que se carece de investigaciones completas y sistemáticas. El ejemplo más claro de esto es el caso de la Unión Soviética, sobre cuya evolución, sea en el plano político, de los conflictos sociales o del desenvolvimiento económico, fue prácticamente imposible para los especialistas producir análisis fundados en fuentes documentales y estadísticas confiables. En consecuencia, la escena central de los enfrentamientos internacionales del siglo XX tuvo a uno de sus principales actores en una oscuridad casi completa, pero no ocurrió lo mismo con las ideologías por él defendidas. Si se tiene en cuenta que la expansión de los fenómenos totalitarios fue una de las caracte-

rísticas más notables del siglo que finaliza, no es sorprendente que para indagar sobre la dinámica mundial haya existido una neta inclinación de los estudiosos por los tópicos relacionados con las ideas. Esta elección resuelve, en cierta medida, el obstáculo emergente de la falta de informaciones y, a la vez, jerarquiza el plano de existencia más reconocido de esos regímenes que tanto énfasis pusieron en enunciar proyectos ideológicos.

Sobre la parte occidental del mundo, por el contrario, los datos y las informaciones oficiales y privadas abundan y, obviamente, otro tanto ocurre con las investigaciones empíricamente fundadas. Europa, Estados Unidos y América latina son las realidades políticas, sociales y económicas de las que nos ocuparemos en la segunda parte de nuestro curso. Se escogerá estudiar un conjunto de temas que resultan pertinentes desde las preocupaciones mundiales actuales. A la realización de esta segunda parte del texto contribuyeron los profesores Julio Canessa, Vilma Paura y Fabián Sislián.

En cuanto a la lectura, vaya en primer término un consejo fundamental. Las largas citas que están intercaladas en el texto del primer módulo tienen un doble sentido: 1. mostrar qué se decía y, 2. cómo se argumentaba. Cuando se captan ambas dimensiones se entiende el razonamiento ideológico en cuestión. De allí que esos fragmentos de escritos y discursos cumplen un papel muy importante en la comunicación que pretendemos realizar.

Para el conjunto del curso, las preguntas de control de comprensión que se agregan al final de cada unidad deben servir para estimar si se captaron algunos ejes del tema desarrollado en la misma. Se equivocaría enormemente quien crea que esas preguntas son las únicas que cabe hacer para cada unidad. En realidad, ellas tienen un carácter indicativo y orientador de los tópicos que deben asimilarse, sin agotarlos en modo alguno. Para quienes deseen profundizar temas, al final de cada módulo proponemos una bibliografía mínima que, a pedido, puede ser ampliada.

Si este fuese un curso presencial, terminaría esta breve in-

roducción diciendo que soy doctor en sociología, profesor universitario de cursos de grado y de posgrado, investigador del CONICET... y allí detendría una exposición de títulos y honores que me hace sonreír cuando se la escucho a otros.

RICARDO SIDICARO
Buenos Aires, diciembre de 1998

MÓDULO I

LAS IDEOLOGÍAS DEL SIGLO

Unidad 1

CONCEPTOS

PROBLEMAS DE CONCEPTUALIZACIÓN

Para construir instituciones o para organizar programas de Estado hacen falta ideas políticas que prefiguren las metas a alcanzar y que legitimen las opciones a realizar. Las ideas políticas pueden integrar sistemas o cuerpos teóricos bien estructurados o, por el contrario, hallarse fragmentadas y poco articuladas entre sí. El término *ideología política* se suele emplear para referirse a los sistemas o cuerpos de ideas políticas bien estructurados. Las ideas e ideologías políticas forman parte de los modos de conocimiento y de acción que disponen los hombres para llevar adelante tareas que tienen que ver con la orientación o el futuro que le quieren dar a las comunidades en que viven. En el sentido más inmediato, digamos el que le acuerda el Gran Diccionario Salvat, la palabra *política* significa:

- Actividad, arte, ciencia, doctrina, etc., referente al gobierno de los estados.
- Actividades de quienes rigen o aspiran a regir los asuntos públicos.
- Habilidad y traza con la que se lleva adelante un asunto.
- Directrices que rigen la actuación de una persona o entidad en un campo determinado.

Cualquiera de esas acciones requiere ideas políticas para

establecer una mínima planificación previa, un acuerdo entre quienes van a emprenderla y una búsqueda de cierto consenso entre aquellos que forman parte de la comunidad en cuestión. Es habitual que exista una discusión o debate que también se libra con ideas políticas. Grandes o pequeñas en su complejidad y en sus implicaciones, las ideas políticas son un elemento inseparable de la acción política. Si bien no faltan los políticos prácticos que arguyen hasta con satisfacción su ausencia de ideas o el desinterés por ellas, resulta fácil, por poco que se estudien sus comportamientos, reconocer en ellos las ideas que los inspiran. En los grandes procesos políticos, como los que vamos a analizar en este curso, las ideas fueron enarboladas y proclamadas por los protagonistas con singular perseverancia. Es cierto que no siempre las ideas propuestas se convirtieron en políticas efectivamente realizadas, pero fueron un componente fundamental de los procesos en los que centraremos nuestra atención. Esto es así pues aun en los que se distanciaron de sus palabras o promesas, las ideas o grandes cuerpos doctrinarios que influyeron en el transcurso del siglo sirvieron para dotar de sentido a las actividades de millones de personas que en algunos casos fueron protagonistas voluntarios de los proyectos en ellos enunciados, en otros sus víctimas, y no faltaron tampoco quienes recibieron sus ocasionales y accidentales consecuencias.

FUNCIONES DE LAS IDEAS POLÍTICAS

Comencemos por la forma más fácil de reconocer las funciones de las ideas políticas. Un partido o grupo político que aspira a ocupar posiciones de poder o a influir sobre la orientación de los asuntos públicos, necesita homogeneizar mínimamente a sus integrantes. En este caso, las ideas sirven para dotar de una identidad común a los miembros de la organización en cuestión. Esas ideas remitirán inexorablemente a la respuesta a una primera pregunta: *¿quiénes somos?* Parece imposible imaginar un grupo u organización política que se postule para intervenir en la vida institucional de un país o de una asociación omitiendo decir quié-

nes son sus integrantes en tanto conjunto o entidad colectiva. Para ellos mismos, hacia adentro, la unidad surge de las ideas políticas que los congregan; y hacia afuera, esas ideas sirven para realizar su presentación en sociedad. Con esas ideas se hace propaganda y se ganan apoyos.

Fuera de ese círculo central integrado por quienes forman organizaciones políticas y se hallan más ideologizados, se encuentran sectores de la sociedad influidos por esas ideas y que se identifican con ellas, aun cuando no participan directamente de los debates y elaboraciones doctrinarias. Los individuos de este segundo círculo adhieren a una versión más simplificada de esas ideologías, y la identidad política que ellos asumen se presenta como una especie de tradición que, en el límite, hasta se hereda familiarmente. En las democracias, los mayores caudales electorales permanentes de los partidos se encuentran entre los integrantes de este segundo círculo.

Lo que comparten tanto los individuos del primer como los del segundo círculo son ciertos *modos de ver o perspectivas* sobre los problemas políticos o, más en general, de la sociedad. Esos *modos de ver o perspectivas* que surgen de las ideologías políticas no sólo se refieren a cuestiones concretas sobre las tareas prioritarias a resolver sino que también abordan temas fundamentales sobre la naturaleza y estructura de la sociedad. Una cuestión clave suele ser aquella que propone una explicación o una concepción sobre los vínculos que ligan entre sí a las personas que forman la sociedad. Para determinadas ideologías políticas sólo existen los individuos y sus intereses particulares. Para otras, esos individuos forman clases sociales con intereses colectivos. En tanto que en otras visiones ideológicas los individuos constituirían algo que denominan *el pueblo*, cuyos integrantes tienen intereses de conjunto. No cabe duda de que esas tres maneras de caracterizar los modos de existencia de las personas tienen implicaciones muy distintas en el plano de las propuestas de las respectivas ideologías. Como vemos, las ideologías no solamente llevan a enfocar de un modo determinado la atención sobre ciertos aspectos de la realidad; también le dan a los sujetos una manera de verse o suponerse a sí mismos. Es muy distinto el comportamiento de

una persona que se imagina como un ser individual y con intereses propios, de aquel que tendrá quien se crea integrante de un colectivo mayor con intereses comunes. Así, si el primer aspecto de la identidad dada por las ideologías políticas se relaciona más con proyectos o propuestas para la acción, el que queremos destacar ahora es aquel que remite a la autopercepción ofrecida por dichas ideologías a quienes aceptan sus postulados. Es fácil reconocer la diferencia existente entre hablar de los intereses del ciudadano, los de la clase social o los del pueblo. Sin embargo, en los tres casos estamos haciendo referencia a las mismas personas.

Recapitulemos en cuanto al tema de las identidades. Usualmente las ideologías políticas proponen una identidad en el sentido de un modo de pensarse y presentarse a sí mismos del grupo más compenetrado con sus ideas, y en un plano diferente, ofrece a quienes las aceptan una autopercepción que no es en absoluto neutra en cuanto a sus consecuencias políticas. Estas son las dos principales funciones de provisión de identidades que tienen las ideologías políticas.

Las identidades, en política, suponen la existencia de adversarios. Hay otros contra los que se lucha. Las ideologías políticas se encargan de caracterizar a los adversarios. Puesto que hay metaspreciadas y valoradas, hace falta designar a quienes operan impidiendo u obstaculizando el logro de las mismas. Lo más común es personalizar a esos adversarios y explicar los intereses que los mueven a actuar bloqueando el logro de las metas buscadas y valoradas. La existencia o el hecho de señalar a los adversarios es un elemento que fortalece la identidad propuesta por una ideología a sus seguidores.

Esa designación de los antagonistas se encuentra estrechamente vinculada con el enunciado de los fines o metas a alcanzar. Según las distintas ideologías políticas esos objetivos serán diferentes, pero siempre se los presentará como la condición necesaria para asegurar la felicidad y el engrandecimiento moral, y en ciertos casos también material, de la mayoría de los integrantes de la sociedad.

Algunas ideologías políticas son profundamente maniqueas, dividen el campo entre buenos y malos sin dejar lugar a posicio-

nes intermedias: *Los que no están con nosotros, están contra nosotros*. Otras son más moderadas en sus definiciones de los contrincantes y hasta se esfuerzan en decir que no tienen enemigos o adversarios sino, simplemente, oponentes circunstanciales. Sin embargo, basta con observar los desarrollos de los debates para encontrar la profundidad de la diferencia entre *nosotros* y *los otros*. Esto es así en razón de que los objetivos planteados por una ideología política nunca pueden ser tan globales y abarcativos como para dejar de mentar la existencia de enemigos. Las ideologías políticas fuertes —a las que vamos a dedicar buena parte de este curso—, aquellas que con sus iniciativas marcaron el desarrollo del siglo xx, pertenecen al tipo de las que destinan una proporción importante de sus enunciados a caracterizar a sus enemigos. Es más, en buena medida el ataque a los *otros*, es decir al adversario, ocupó en ellas un lugar decisivo para la definición de las identidades de sus seguidores.

**UN INTERROGANTE PERTINENTE:
EL PROBLEMA DE LA VERDAD**

El desarrollo de nuestra exposición conduce legítimamente a formular algunas preguntas muy importantes y adecuadas: ¿es falso lo que postulan las ideologías políticas?, ¿los problemas que plantean son distorsiones totales de la realidad?, ¿todas las ideologías políticas deforman igualmente las situaciones sobre las que predicán?

El problema en términos de verdad o falsedad está mal planteado. Las ideologías políticas son modos de conocimiento encaminados a proponer respuestas que conducen a la acción a quienes las aceptan. Lo que sostienen las ideologías políticas debe resultar verosímil, pero sus afirmaciones no tienen que ajustarse a los criterios de corroboración y de prueba que se le pide a las ciencias. Las ideologías políticas no son construcciones fantaseosas puesto que para formular enunciados verosímiles deben plantear secuencias narrativas en las que existen nexos causales y donde las partes o factores que se ponen en relación deben poseer cierta

entidad. Pero ya sea por la necesidad eminentemente práctica a la que responden o por el deseo de hacer comprensibles y compatibles sus postulados para el mayor número posible de seguidores, las explicaciones dadas por las ideologías políticas tienden:

1. A ser monocausales; es decir, a reducir la complejidad de los fenómenos a una causa o factor central y decisivo.
2. A proponer formas de indagación preocupadas por mostrar y demostrar lo que postulan como principios básicos ignorando, consciente o inconscientemente, todos aquellos datos que podrían poner en cuestión sus certezas fundamentales.
3. A formular enunciados de fuerte carácter valorativo, y en algunos casos emotivo, cuya validez parece buscarse en la aceptación que encuentran en sus seguidores. La identificación de la verdad con lo que cree la mayoría se resume, en algunas ideologías, en la afirmación *el pueblo nunca se equivoca*.

OTRO INTERROGANTE PERTINENTE: ¿LAS IDEOLOGÍAS POLÍTICAS SON LA EXPRESIÓN DE SECTORES SOCIALES?

Esta pregunta podemos responderla teniendo en cuenta distintos aspectos:

1. Una ideología política puede integrar las demandas y requerimientos que tiene una parte de la población y expresar esos intereses. Sin embargo, la organización de intereses sociales en el plano de las ideas y la manera en que unos requerimientos se articulan con otros no totalmente similares hace que, por lo general, las ideologías políticas no expresen puntualmente a un determinado sector social. Es más, puede ocurrir que entre los sectores sociales que se sienten más identificados con una determinada ideología política no exista tampoco una total homogeneidad y esto haga que haya distintas maneras de compren-

der, sentir o sostener lo que aparentemente es un cuerpo único de doctrina. Es también probable que una ideología política sea expresiva de los intereses económicos de un sector social y concite la adhesión de otros sectores sociales a los que no beneficia en el aspecto material, pero a quienes les otorga satisfacciones de orden simbólico. Así, por ejemplo, las ideologías políticas conservadoras que suelen defender los intereses económicos de sectores más privilegiados y postulan el mantenimiento del orden social tal como existe, tienen, por su voluntad de preservar las tradiciones, un poder de atracción sobre otros sectores sociales, quizás perjudicados económicamente por sus propuestas, pero que se sienten identificados con los postulados que aseguran la continuidad del funcionamiento de la sociedad tal como existe.

2. Una ideología política no surge necesariamente como expresión de intereses de sectores sociales, sino que puede resultar de una manera determinada de colocarse frente a opciones valorativas con las que pueden coincidir personas de los más diversos orígenes sociales. Así, esas ideologías políticas refuerzan en los individuos proclives a escuchar su convocatoria los valores que asumen como importantes. Se puede decir al respecto, que las ideologías que tienen esas características producen una homogeneización de ideales de individuos que tienen intereses materiales distintos, pero que coinciden en creer que eso no es significativo.
3. Una ideología política pudo ser en un momento histórico expresión de los intereses de un determinado sector social, luego ese sector pudo desaparecer o transformarse profundamente y, no obstante, la ideología sobrevivió a esos cambios y, digamos, cambió sus soportes o apoyos sociales originales.

Podríamos continuar con más referencias a estas combinaciones que revelan la ausencia de una correspondencia estricta entre ideologías políticas y sectores sociales, pero lo que es importante

retener es la tesis central presente en todas nuestras argumentaciones: *las ideologías políticas tienen desarrollos propios y no necesariamente debe buscarse siempre su correspondencia con los intereses de sectores sociales bien determinados.*

**TERCER INTERROGANTE IGUALMENTE PERTINENTE:
¿DE DÓNDE PROVIENEN LAS IDEOLOGÍAS POLÍTICAS?**

Nuevamente daremos respuestas que sirvan para ampliar el horizonte de problemas y evitaremos las recetas simplificadas:

1. En muchos momentos históricos las personas se unieron y se movilaron para tratar de alcanzar algún objetivo concreto y como consecuencia de esa acción surgieron para ellos las vivencias de sentimientos colectivos que no estaban en principio en la lista de demandas o requerimientos que buscaban al comienzo de su lucha. Algunos individuos pudieron retomar los nuevos temas y organizarlos en propuestas, pero sería equivocado pensar que fueron ellos quienes los crearon o inventaron. La sociedad movilizaba había dado las condiciones, en su efervescencia, para pensar colectivamente cuestiones que no estaban en el proyecto individual de ninguna de las personas que participaba pero que, en cambio, se puede estimar fueron el resultado de combinaciones en principio no buscadas. (Haciendo una comparación con un elemento por todos conocido: el agua no está ni en H_2 ni en O , sino en su combinación.) En consecuencia, la génesis de esa ideología política fue básicamente colectiva o social.
2. En ciertas ideologías políticas es dable reconocer el papel jugado por los ideólogos del cuerpo de ideas que luego difundieron. Puede tratarse de organizadores políticos o bien de personas que controlan medios de prensa y defienden determinados principios sin buscar crear partidos políticos; por el contrario, a veces su intención es influir

sobre partidos, corporaciones o instituciones ya existentes.

3. Las ideologías políticas pueden surgir como derivaciones de sistemas teóricos complejos y como extensión simplificada de ciertos principios que se encuentran en ellos. En esos casos los nexos no son siempre directos, y quienes sistematizan las ideologías pueden tratar de asociar sus principios con avances científicos o planteos filosóficos que reconocen como su fuente de inspiración. Esto ocurre, sobre todo, con ciertas ideologías políticas que centran sus preocupaciones en áreas específicas. Tal el caso de las ideologías referidas a la política económica o a la política de preservación del medio ambiente.

En fin, parece adecuado señalar que estas tres grandes vertientes que hemos planteado para pensar los orígenes de las ideologías políticas no son las únicas y que, por otra parte, se pueden encontrar combinaciones entre ellas. Destaquemos que en este aspecto las ideologías políticas contribuyen a motivar visiones equivocadas sobre sus orígenes pues la mayoría de ellas insiste en hacer referencias a Padres Fundadores, que aun cuando pudieron cumplir roles importantes no fueron, sin duda, inventores desde la nada de las doctrinas con que se identificaban.

AUTOEVALUACIÓN. PARA UN CONTROL DE SU COMPRENSIÓN

- ¿Para qué sirven las ideas políticas? Piense en una respuesta con, al menos, tres aspectos específicos.
- ¿Por qué la pregunta sobre la verdad o la falsedad de las ideologías políticas no es un buen planteo?

Unidad 2

ANTECEDENTES DE LAS IDEOLOGÍAS POLÍTICAS DEL SIGLO XX

INTRODUCCIÓN

En la unidad precedente caracterizamos las ideologías políticas considerando sus rasgos fundamentales y funciones y nos planteamos una serie de interrogantes cuya finalidad era despejar algunos problemas que se encuentran generalmente asociados al tema. En tanto nos interesó subrayar los aspectos en común de las ideologías políticas, con independencia de sus orientaciones valorativas o doctrinarias particulares, dejamos planteado un esquema de casilleros vacíos y de cuestiones típicas para comprender el concepto que estamos empleando. Esa noción de ideología política que hemos explicado está asociada a procesos históricos muy concretos y como tal no existió desde tiempos inmemoriales sino que corresponde a una forma de desarrollo de la política iniciada a partir de la época de la Revolución Francesa de 1789. Ese momento de corte temporal, un tanto arbitrario, sirve para indicar el paso de ciertas maneras de organizar la política y de luchar por el control del poder, a otras cuyos patrones fundamentales rigen hasta nuestros días.

Lo nuevo que apareció a fines del siglo XVIII fue la difusión, en amplios sectores de la población, de la idea que suponía que los hombres podían forjar su propio destino político. Este supuesto, habitual en nuestros días, implicó una verdadera ruptura con el pasado. Tener derecho formal a participar en la toma de decisio-

nes políticas e influir en la elección de autoridades, así como poder resistir legítimamente a la opresión de quienes mandan, era algo impensable para la mayoría de la gente común de siglos anteriores y que comenzó a convertirse en una realidad, o al menos en una aspiración muy difundida, en los comienzos del siglo XIX. La idea de *pueblo*, palabra despectiva en el uso corriente hasta principios del siglo XVIII, había sido en parte reconsiderada hacia mediados del mismo. Si política había existido siempre en el sentido de que se luchaba por el poder, la novedad que se instala a gran escala desde el siglo XIX fue reconocer al *pueblo* como depositario de la soberanía política. Fue justamente en virtud de ese reconocimiento de la significación política de las mayorías, que aparecieron, con una fuerza hasta entonces desconocida, los recursos dirigidos a ganar sus apoyos. En épocas anteriores, cuando se peleaba por el poder podían formarse bandos y movilizarse multitudes a favor de unos u otros; pero se trataba de los súbditos de los príncipes o de los señores, que constituían bases de apoyos y de lealtades para formar ejércitos, sin discutir a quien pertenecía el derecho a gobernar. ¿Quién no recuerda a Robin Hood combatiendo contra las arbitrariedades de Juan Sin Tierra a la vez que defendía el correcto y justo funcionamiento del sistema feudal, encarnado en la ocasión por Ricardo Corazón de León? Robin Hood y sus hombres peleaban por la defensa de un principio de gobierno entonces legítimo en el que ellos no eran los depositarios de la soberanía política y sólo reclamaban el retorno del buen rey.

El siglo XIX ya es una época distinta. Ahora el pueblo-ciudadano es la pieza clave de la política y el poder se aspira y se ejerce en su nombre. Hasta entonces, los proyectos ideológicos de quienes se disputaban el poder servían para convencer y organizar a las pequeñas minorías activas que participaban de la política. Las bases ideológicas del antiguo régimen habían comenzado a fisurarse con las obras de los filósofos y hombres de letras que a partir del siglo XVIII dejaron planteadas importantes reflexiones sobre la naturaleza del poder y de la obediencia de los súbditos. Pero esos antecedentes teóricos no habían penetrado en las ideas de la población en general.

¿CUÁLES FUERON ESOS ANTECEDENTES?

Nuestra respuesta a esa pregunta se articulará en torno a una hipótesis central: las ideas políticas que marcaron el desarrollo histórico del siglo XX se elaboraron a partir de simplificaciones de algunos de los grandes sistemas teóricos de la segunda mitad del siglo XVIII y del siglo XIX. Llevada al extremo, esta hipótesis implica que en las disputas ideológicas del siglo XX sobrevolaron e influyeron decisivamente verdaderas caricaturas de complejos sistemas conceptuales producidos en otros siglos. Lo que para algunos grandes pensadores del siglo XVIII y del XIX había sido un arduo trabajo teórico, que permitió que la humanidad corriera los límites de su imaginación y de sus conocimientos para entender y actuar sobre las sociedades, dejó inesperados herederos y continuadores ideológicos que, seguramente, hubiesen sido reprobados por aquellos teóricos clásicos.

Quizás ese sea el indefectible e inevitable destino de los grandes sistemas teóricos que al popularizar algunas de sus ideas, y con ello ganar en extensión de audiencias, sus conceptos pierden profundidad y sutileza. Alguna vez André Gide dijo que *a un autor se lo conoce por un solo producto de su mente, al cual la pereza del público reduce cómodamente toda su complejidad*. Karl Marx vivió lo suficiente como para ver lo que habían hecho sus seguidores con sus teorías, y frente a las distorsiones y simplificaciones pudo afirmar *yo no soy marxista*. Hace muchos años en una clase recuerdo haber escuchado decir a Celso Furtado que el éxito de popularidad de Joseph Proudhon se encontró en buena medida en haber resumido sus ideas en la impactante frase *la propiedad es un robo*, que lo hizo conocido por muchos que jamás habían leído sus teorías. Quizás la mejor definición de las obras clásicas sea la que, irónicamente, sostiene que son aquellas citadas por quienes no las leyeron.

A los efectos de lo que nos interesa exponer en esta unidad nos referimos a las ideas que entraron en la historia política e ideológica del siglo XX y que reconocían su origen en teorías de épocas anteriores. No se trata de hacer un ejercicio de recapitu-

lación de los conceptos y ejes centrales de los sistemas teóricos originales sino de organizar aquello que objetivamente, y como lo hemos señalado en buena medida a pesar de las intenciones de sus creadores, más influyó y sigue influyendo sobre nuestras ideas.

Comenzaremos con las ideas del liberalismo político, luego nos ocuparemos del liberalismo económico y, por último del socialismo. Para cada una de esas corrientes hemos elegido al autor que puede considerarse como un verdadero fundador de teorías de las que después vendrían sus continuadores ideológicos.

Jean-Jacques Rousseau nació en Ginebra en el año 1712 y a él se le reconoce el mérito de haber hecho contribuciones teóricas importantísimas para el proceso de gestación de las ideas políticas democráticas. Comparado su caso con el de otros clásicos se puede afirmar que globalmente su legado conoció menos simplificaciones, si bien esto se debió al hecho de que sus escritos inspiraron tendencias y sectores diferentes y hasta enfrentados entre sí, que tomaron de su pensamiento orientaciones y aspectos parciales. Pero más allá de las lecturas disímiles que se realizaron de la obra rousseauiana, lo común a todas ellas fue tomar el principio de la *soberanía popular*. Se puede decir que con Rousseau se establece definitivamente y con una claridad meridiana el postulado que sostiene que el único poder soberano es el del pueblo y que esa idea fue enunciada por él de una manera reiterativa y con una capacidad de convicción que nadie había demostrado hasta entonces. *El contrato social* (1762) es el breve libro en el que expresó de un modo sistemático sus concepciones al respecto.

En la época, el liberalismo político ya tenía otros precursores, pero todos se habían mostrado menos radicales en sus afirmaciones o más preocupados por pensar en términos de lo que hoy llamaríamos ingeniería institucional. Rousseau en cambio, aún con sus frases oscuras y afirmaciones no carentes de ambigüedad hizo aportes que estuvieron destinados a impactar más directamente en el pensamiento político de los siglos XIX y XX. La de Rousseau puede considerarse una versión extrema del liberalismo político que, justamente, en virtud de su extremismo introdujo

polémicas que influyeron en las ideas de los cultores más moderados de esa corriente política.

En *El contrato social* encontramos las claves del pensamiento de Rousseau:

Puesto que ningún hombre tiene una autoridad natural sobre sus semejantes, y puesto que la naturaleza no produce ningún derecho, sólo quedan las convenciones como único fundamento de toda autoridad legítima entre los hombres (Libro I, cap. IV).

Rousseau explica el mecanismo consensual que puede llevarse a cabo para constituir la *voluntad general* o, en otros términos, para erigir al *pueblo soberano*. La convención que operaría como fundamento de la autoridad legítima es un *pacto social* que consiste en:

Encontrar una forma de asociación que defienda y proteja de toda fuerza común a la persona y a los bienes de cada asociado, y gracias a la cual cada uno, en unión de todos los demás, solamente se obedezca a sí mismo y quede tan libre como antes. Éste es el problema fundamental que resuelve el contrato social.

Las cláusulas de este contrato se encuentran tan determinadas por la naturaleza del acto que la más mínima modificación las convertiría en vanas y de efecto nulo, de forma que, aunque posiblemente jamás hayan sido enunciadas de modo formal, son las mismas en todas partes, y en todos lados están admitidas y reconocidas tácitamente, hasta que, una vez violado el pacto social, cada uno recobra sus derechos originarios y recupera su libertad natural, perdiendo la libertad convencional por la cual renunció a aquélla.

Estas cláusulas bien entendidas se reducen todas a una sola, a saber: la alienación total de cada asociado con todos sus derechos a toda la comunidad. Porque, en

primer lugar, al entregarse cada uno por entero, la condición es igual para todos y, al ser la condición igual para todos, nadie tiene interés en hacerla onerosa para los demás.

Además, al hacerse la enajenación sin ningún tipo de reserva, la unión es la más perfecta posible y ningún asociado tiene nada que reclamar; porque si los particulares conservasen algunos derechos, al no haber ningún superior común que pudiese dictaminar entre ellos y el público, y al ser cada uno su propio juez en algún punto, pronto pretendería serlo en todos, por lo que el estado de naturaleza subsistiría y la asociación se convertiría, necesariamente, en tiránica o vana.

Es decir, dándose cada uno a todos, no se da a nadie, y, como no hay ningún asociado sobre el que no se adquiriera el derecho que se otorga sobre uno mismo, se gana el equivalente de todo lo que se pierde y más fuerza para conservar lo que se tiene.

Por tanto, si eliminamos del pacto social lo que no es esencial, nos encontramos con que se reduce a los términos siguientes: "Cada uno de nosotros pone en común su persona y todo su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general, recibiendo a cada miembro como parte indivisible del todo."

De inmediato este acto de asociación produce, en lugar de la persona particular de cada contratante, un cuerpo moral y colectivo compuesto de tantos miembros como votos tiene la asamblea, el cual recibe por este mismo acto su unidad, su yo común, su vida y su voluntad. Esta persona pública, que se constituye mediante la unión de todas las restantes, se llamaba en otro tiempo Ciudad-Estado, y toma ahora el nombre de república o de cuerpo político, que sus miembros denominan Estado, cuando es pasivo, soberano cuando es activo y poder, al compararlo a sus semejantes. En cuanto a los asociados, toman colectivamente el nombre de pueblo, y se llaman más en concreto ciudadanos, en tanto son partícipes de la autoridad

soberana, y súbditos, en cuanto están sometidos a las leyes del Estado. Pero estos términos se confunden con frecuencia y se toman unos por otros; basta con saber distinguirlos cuando se emplean con precisión (Libro I, cap. VI).

Tal como lo señalamos anteriormente, el pensamiento de Rousseau inspiró las ideologías democráticas; pero éstas realizaron una gran simplificación de las ideas originales del teórico ginebrino. La soberanía popular, la constitución de la voluntad general y el concepto de ciudadanía, con ligeras variaciones fueron asumidos por las distintas configuraciones de ideas políticas identificadas con la democracia y el liberalismo político. Sin embargo, esto era sólo una parte de lo planteado por Rousseau. Junto con esas ideas centrales que, sin duda, eran el núcleo doctrinario orientado hacia la formulación del deber ser de un sistema democrático, nuestro autor desarrolló profundas e importantísimas reflexiones sobre las condiciones necesarias para el funcionamiento, si no óptimo al menos adecuado, de esa forma de organización política de la sociedad. Las simplificaciones ideológicas operaron ignorando u obviando esos problemas a los que él había dado gran significación. Puede afirmarse que todos los tópicos dejados de lado abordaban problemas incómodos para quienes buscaban postular ideologías simples y atractivas para los ciudadanos que ya comenzaron a convertirse en una realidad a partir del siglo XIX. Sin la intención de hacer una nómina completa, nos referiremos a continuación a algunos de los tópicos rousseauianos que quedaron en el olvido de las ideologías políticas liberal democráticas.

Para Rousseau la democracia es un tipo de sistema político que no puede establecerse en todos los países. La historia de determinados pueblos pudo haber sedimentado rasgos de lo que hoy llamaríamos cultura política, que impidieran a sus habitantes adoptar los hábitos propios del comportamiento democrático. Esta línea de pensamiento de Rousseau entra en directa confrontación con las ideas optimistas que suponen no sólo que cualquier país puede construir democracias sino que, más aun, postula que tal tipo de sistema político es tendencialmente el que adoptarán to-

das las naciones del orbe. Al respecto, sus afirmaciones son sumamente claras:

Los pueblos, como los hombres, sólo son dóciles en su juventud: se hacen incorregibles al envejecer; una vez que las costumbres están establecidas y los prejuicios arraigados, es empresa peligrosa y vana querer reformarlos: el pueblo no puede consentir que se toque a sus males para destruirlos, al igual que esos enfermos estúpidos y sin valor que tiemblan a la vista del médico.

No es que, al igual que algunas enfermedades que trastornan la cabeza de los hombres y les borran el recuerdo del pasado, no se encuentren algunas veces, en la vida de los Estados, épocas violentas en que las revoluciones actúan sobre los pueblos como ciertas crisis sobre los individuos, en que el horror al pasado sirve de olvido, y en que el Estado, a su vez, debido a las guerras civiles, renace, por decirlo así, de sus cenizas y vuelve a adquirir el vigor de la juventud saliendo de los brazos de la muerte. Así ocurrió en Esparta en tiempos de Licurgo, en Roma después de los tarquinos, y, entre nosotros, en Holanda y Suiza después de la expulsión de los tiranos.

Pero estos acontecimientos son raros, son excepciones, cuya razón de ser se encuentra siempre en la constitución particular del Estado motivo de excepción. No podrían darse ni siquiera dos veces en el mismo pueblo, puesto que puede ser libre mientras sólo sea bárbaro, pero no puede serlo una vez que se ha gastado la energía civil. Entonces los desórdenes pueden destruirlo sin que las revoluciones puedan restablecerlo, y en cuanto se rompen sus cadenas, se dispersa y ya no existe; a partir de ese momento necesita un amo y no un libertador. Pueblos libres, acordaos de esta máxima: “¡Se puede adquirir la libertad pero jamás se la recobra!” (Libro II, cap. VIII).

Según Rousseau las instituciones democráticas no podían “importarse” como si fuesen mercancías o máquinas que llegan de

países más evolucionados. Las culturas de los pueblos operaban, según creía, como un obstáculo para llevar a buen término ese tipo de modernización, diríamos hoy, de los sistemas políticos. Daba el ejemplo de Rusia e ironizaba sobre Pedro el Grande diciendo que:

... tenía el talento de imitar, pero no el verdadero talento, el que crea y realiza todo de la nada. Algunas de las cosas que hizo estaban bien; la mayor parte estaban fuera de lugar. Vio que su pueblo era bárbaro, pero no vio que no estaba maduro para la civilización; quiso civilizarlo cuando sólo era necesario hacerlo aguerrido; quiso hacer primero alemanes o ingleses cuando había que empezar por hacer rusos; impidió a sus súbditos llegar a ser algún día lo que podían ser, persuadiéndoles de que eran lo que no son. Así es como un preceptor francés educa a su alumno para brillar un momento de su infancia y para no ser luego nada (Ibídem).

En la medida que todos los ciudadanos debían participar directamente en los debates en los que se tomaban las decisiones y, con su voto también directo, tenían que resolver sobre las leyes y las orientaciones del Estado, Rousseau sostenía que en los países con la población distribuida en un gran territorio era difícil establecer un régimen democrático. En la base de esta reflexión rousseauiana se encontraba otro componente fundamental de su argumentación teórica: la representación de un ciudadano no podía delegarse en otra persona:

La soberanía no puede ser representada por la misma razón que no puede ser enajenada; consiste esencialmente en la voluntad general, y ésta no puede ser representada: es ella misma o es otra; no hay término medio. Los diputados del pueblo no son, pues, ni pueden ser sus representantes; no son sino sus comisarios; no pueden acordar nada definitivamente. Toda ley no ratificada en persona por el pueblo es nula; no es una ley. El pueblo

inglés cree ser libre, pero se equivoca; sólo lo es durante la elección de los miembros del parlamento; una vez elegidos, se convierte en esclavo, no es nada. En los breves momentos de libertad, el uso que de ella hace merece que la pierda (Libro III, cap. XV).

Las interpretaciones que arguyen el carácter utópico del pensamiento de Rousseau toman comúnmente el tema de la participación directa de los ciudadanos en las tomas de decisiones, y el rechazo a la delegación y a los representantes, como una prueba de sus puntos de vista críticos. No obstante, es en el mismo Rousseau que encontramos una defensa de esa idea y un rechazo de las objeciones, que le han opuesto tantas veces:

Se dirá: el pueblo reunido, ¡qué quimera! Es una quimera hoy, pero no lo era hace dos mil años. ¿Han cambiado los hombres de naturaleza?

Los límites de lo posible en las cosas morales son menos estrechos de lo que pensamos; son nuestras debilidades, nuestros vicios, nuestros prejuicios, los que lo limitan. Las almas bajas no creen en los grandes hombres; los viles esclavos sonríen con aire burlón ante la palabra “libertad”.

Por lo que se ha hecho consideremos lo que se puede hacer (Libro III, cap. XII).

Parece interesante señalar que el tema de la democracia directa ha cobrado una singular actualidad en nuestros días. Norberto Bobbio, en un artículo denominado “Democrazia” publicado en *Lessico della Politica* (ediciones Lavoro, Roma, 1987, págs. 160-170), sostuvo que:

La democracia directa, vale decir aquella forma de gobierno en la que los ciudadanos tienen el derecho de tomar ellos mismos las decisiones que los conciernen, y no sólo el de elegir las personas que decidirán, ha quedado como un ideal-límite, cuya fuerza propulsiva no ha

decaído, en especial desde que la rápida difusión de las computadoras puede permitir el voto a distancia de un gran número de personas sin la necesidad de reunirse en plazas públicas o asambleas, eliminando de golpe la limitación, de la que eran conscientes los partidarios de la democracia directa como el propio Rousseau, para quien esta forma de democracia era sólo posible en los estados pequeños.

Podríamos abordar otros temas rousseauianos que fueron sistemáticamente dejados de lado por las ideologías políticas que tomaron algunos de sus conceptos clave, pero simplificando su concepción global de la democracia y de la sociedad. Entendemos, sin embargo, que lo expuesto hasta aquí ilustra bien la interpretación que nos interesaba plantear.

Pasaremos ahora a otro clásico: Adam Smith, profesor e investigador escocés que vivió entre 1723 y 1790. Su primera gran obra fue *La teoría de los sentimientos morales* (1759). En su labor académica se preocupó por hallar explicaciones a los sentidos y consecuencias de la conducta humana. La frontera entre el estudio de la moral y el interés por la economía fue desplazándose en el desarrollo de sus actividades de investigación. Lector de las teorías filosóficas clásicas y de sus contemporáneos y del pensamiento económico de la época, Smith produjo una síntesis destinada a perdurar en el mundo académico. Aún hoy sorprende la actualidad de su pensamiento y lo penetrante de muchas de sus aseveraciones. La mezcla entre descripción de realidades económicas y juicios prescriptivos y de orientación hacia la acción que era característica del pensamiento de la época no le quita profundidad a sus ideas. Pero en lo intrincado y complejo de sus razonamientos, probablemente por un afán didáctico, introdujo algunos esquemas e ideas extremadamente resumidos y con vocación de síntesis, que fueron los destinados a darle celebridad ideológica a fuerza de quitarle riqueza conceptual.

La *mano invisible* y el *laissez-faire* hicieron una insólita carrera en la popularidad y la divulgación de las teorías de aquel pensador escocés, cuyo nombre enarbolaran en todo el orbe los

defensores del liberalismo económico. Sin embargo, la *mano invisible* fue la menos agraciada metáfora que pudo emplear para referirse a las consecuencias de la acción de múltiples y dispersas personas que operan en la actividad económica buscando sus propios beneficios individuales.

El párrafo es conocido, y en él aparece por única vez, a lo largo de las casi mil páginas de la edición original de *La riqueza de las naciones* (1776), la célebre mano:

(Pero) la renta anual de toda una sociedad en común es precisamente igual al valor permutable del producto anual de su industria, o mejor dicho, el mismo valor permutable, y como cualquier individuo particularmente procura poner todo el empeño en emplear su capital para sostener la industria doméstica, así como en elegir y dirigir aquel ramo que ha de dejar productos de más valor, cada uno de por sí viene a esforzarse, sin intentarlo directamente, en conseguir el máximo de renta anual de la sociedad en común. Ninguno por lo general se propone originariamente promover el interés público, y acaso ni aún conoce cómo lo fomenta cuando no abriga tal propósito. Cuando prefiere la industria doméstica a la extranjera sólo medita su propia seguridad, y cuando dirige la primera de forma que sea el mayor valor posible, sólo piensa en su ganancia propia; pero en éste y en otros muchos casos es conducido, como por una mano invisible, a promover un fin que nunca tuvo parte en su intención. No es contra la sociedad que este laudable fin deje de ser por todos premeditado, porque siguiendo cada particular por un camino justo y bien dirigido, las miras de su interés propio promueven el de común con más eficacia, a veces, que cuando de intento piensa fomentarlo directamente. No son muchas las cosas buenas que vemos ejecutadas por aquellos que presumen de obrar solamente por el bien público, porque aparte de la lisonja, es necesario en quienes realmente actúen con este solo fin un patrio-

tismo del cual se dan en el mundo muy pocos ejemplos. Lo corriente es afectarlo; pero esta afectación no es muy común en los comerciantes, porque con muy pocas palabras y menos discursos cualquiera resultaría convencido de su ficción (Libro IV, cap. II, sec. I).

La idea transcrita corresponde a un aspecto fundamental del pensamiento del gran economista escocés. Esos elementos que forman parte de su teoría no se pueden tomar aislándola del resto, salvo si se los quiere usar para reflexionar de manera ideológica, apartándose de la complejidad de la obra smithiana. Los mismos constituyen en sentido estricto el componente formal y de mayor inclinación ahistórica de una teoría en la que no se ahorran en ningún momento las referencias a los fenómenos empíricos que revelan el carácter de modelo abstracto que tienen las relaciones y los sujetos diseñados en esa construcción formal.

Escuchemos a Smith cuando nos habla de los hombres de negocios reales y concretos:

Rara vez se verán juntarse los de una misma profesión u oficio, aunque sea con motivo de diversión o de otro accidente extraordinario, que no concluyan sus juntas y sus conversaciones en alguna combinación o concierto contra el beneficio común, conviniéndose en levantar los precios de sus artefactos o mercaderías. Es casi imposible impedirlo por una ley que sea perfectamente obedecida, porque un rigor excesivo en prohibir que estas gentes se juntasen con cualquiera motivo sería incompatible con la justa libertad de los buenos ciudadanos (Cap. X, parte II, sec. I).

Los mercaderes y fabricantes se quejan comúnmente de los malos efectos de la subida del precio de los salarios del trabajo, porque les aumenta el de la mercadería y se disminuye en consecuencia el despacho de su obra. Nada dicen del aumento de las ganancias, ni de los malos efectos: guardan un profundo silencio en cuanto a las

consecuencias de su propia utilidad y se quejan amargamente de las ganancias ajenas (Libro I, cap. IX).

La *mano invisible* lejos de constituir una providencial guía del beneficio común que se impone siempre y necesariamente, puede ver torcer sus designios benéficos planteados en el esquema formal de Smith, por los empresarios que él muy bien y con trazos tan impresionistas describe. El *laissez-faire* no lleva directa o ineludiblemente a la prosperidad, pues si bien en la visión antropológica de Smith el sujeto se moverá en la búsqueda de sus conveniencias, no sólo lo hará jugando limpio, pues para encontrar su ganancia estará tentado a concertarse con otros, a anular mecanismos competitivos, a reducir los ingresos de sus asalariados y, en fin, a toda una gama de conductas que Smith, que no vivía en el vacío experimental, debía observar a su alrededor.

Seguramente Smith se hubiese sentido molesto al leer el recorte interesado de ideas que se hizo de su pensamiento. Pero no se hubiese sorprendido, pues en aquellos lejanos días del siglo XVIII en el que elaboró su teoría ya había tenido oportunidad de reflexionar sobre los condicionantes sociales de la producción de las ideas. Al respecto elaboró una explicación atractiva sobre el funcionamiento ideológico de ciertos sectores empresarios que se proponían convencer, a lo que hoy llamaríamos *la opinión pública*, de la conveniencia de acordar beneficios a sus intereses particulares argumentando que así se beneficiaría la mayoría de la sociedad:

Los mercaderes y los fabricantes son las dos especies de ciudadanos que emplean caudales más considerables, y quienes con sus riquezas atraen la mayor parte de la consideración pública hacia sí. Como toda su vida la ocupan en proyectos y especulaciones, tienen mayor agudeza y talento que la mayor parte de sus paisanos o compatriotas. Pero como también sus ideas se ejercitan, por lo común, más hacia sus particulares intereses en el ramo respectivo de sus oficios y negociaciones, que acerca del público de la sociedad, el dictamen de éstos, aun

cuando lo den con el mayor candor (que no siempre sucede), es más adicto al primer objeto que al segundo. La superioridad de ellos sobre los dueños de predios o haciendas campestres, no tanto consiste en el conocimiento que puedan tener de los intereses públicos, como en el práctico de su propio interés. Con este superior conocimiento práctico suelen alucinar al público, induciéndole a creer que miran más por el interés común que por el particular de cada uno de ellos. Los intereses de los que trafican en ciertas negociaciones particulares o manufacturas, en algunos respectos, no sólo son diferentes, sino enteramente opuestos al beneficio común (Libro I, cap. XI, Conclusión).

Adam Smith fue, por cierto, un precursor y fundador del liberalismo económico. Pero sus teorías, cuando fueron incorporadas a las luchas de ideas, conocieron una extrema simplificación. Podríamos seguir aportando elementos para mostrar las diferencias existentes entre el complejo cuerpo teórico por él elaborado y las ideas políticas —en principio referidas a la economía pero que desbordaron ampliamente ese dominio—, que asociadas a esa visión del hombre y de la sociedad tuvieron un papel importantísimo en el mundo en los siglos XIX y XX. Pero aquí es la economía del tiempo de este curso de OSDE la que se impone y debemos pasar a otro tema: Marx.

Karl Marx (1818-1883) nació en Alemania e inició sus labores universitarias en filosofía. Era joven cuando comenzó a preocuparse por las ideas socialistas, hasta entonces poco desarrolladas. Desde mediados de los años '40 del siglo XIX realizó erráticamente contribuciones a lo que hoy se denomina *el campo de estudio de la historia inmediata*, pero concentró el grueso de su vida intelectual en originales análisis de la economía política. Si su celebridad superó el ámbito de sus escritos fue en razón del modo en que sus ideas se proyectaron, después de su muerte ocurrida en Londres, en las luchas políticas y sociales. Como ocurrió con J. J. Rousseau y con A. Smith, las simplificaciones ideológicas tomaron algunos conceptos de K. Marx haciéndolos predominar sobre la

complejidad de su obra. Del ginebrino, los defensores de las ideas del liberalismo político privilegiaron las nociones de soberanía popular y de ciudadanía; del economista escocés, se hizo casi absoluto hincapié en el liberalismo económico en las referencias a las virtudes producidas por los mecanismos de la libertad del mercado; en tanto que con el autor que nos ocupa ahora, fueron la lucha de clases y la inevitabilidad del socialismo lo fundamental que retuvieron quienes inspiraron sus ideas políticas en su pensamiento.

Marx escribió algunos textos de propaganda política en los que, buscando difundir sus ideas y las del grupo al que pertenecía, simplificó enormemente la complejidad de sus elaboraciones intelectuales. El fascículo de propaganda que redactó junto con Federico Engels en 1847, el *Manifiesto comunista*, constituye un ejemplo de ese tipo de producción. Resumir en unas pocas líneas la evolución de la humanidad era, por supuesto, una tarea difícil, pero ante la cual el texto trató de dar una respuesta. Así se acuñó la frase más citada del pensamiento marxista:

La historia de todas las sociedades hasta ahora conocidas es la historia de la lucha de clases.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en resumen: opresores y oprimidos, se enfrentaron de manera constante; libraron, velada o abiertamente, una lucha sin cuartel, que, en cada ocasión, culminó en una transformación revolucionaria de toda la sociedad o bien en la destrucción de las distintas clases en conflicto.

Esta idea central de Marx, presentada en la oportunidad con fuerte tono panfletario puede encontrarse en otros escritos, mas su obra intelectual se desarrolló con un rigor teórico muy distinto y con exigencias conceptuales y de fundamentación empírica que se alejaban de la mera proclama. Pero, aun si nos detenemos en el breve párrafo del *Manifiesto*, encontramos en él una afirmación que muestra que tampoco cuando hacían propaganda Marx y Engels se dejaban ganar totalmente por las exigencias de ese

género literario agitativo. Las últimas palabras del párrafo no proclaman como única alternativa la *transformación revolucionaria de la sociedad* sino que incluyen también la posibilidad de que la lucha desemboque *en la destrucción de las distintas clases en conflicto*. Sin embargo no es sorprendente que, dadas las funciones propagandísticas de ese texto, quienes buscaron en él ideas políticas para la acción hayan preferido no hacerse cargo de la segunda alternativa y privilegiaran la primera, es decir, el anuncio inevitable del socialismo. Aclaremos que la opción de no pensar en la alternativa de *la destrucción de las distintas clases en conflicto*, que conducía a hacer de la historia un juego abierto e indeterminado, tampoco era algo que Marx asumía con total coherencia.

Expliquemos esta última consideración. La idea fuerte y permanente de Marx era que la *historia tenía sentido o dirección*, que cada etapa del desarrollo histórico anunciaba la siguiente, cuyo momento de aparición podía no precisarse con un calendario pero del que cabía reconocer su llegada inexorable. En 1852, en una carta a un seguidor de sus ideas, Marx resumió del siguiente modo lo que consideraba habían sido sus descubrimientos científicos y decía:

No es mío el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna, ni su mutua lucha. Mucho antes que yo, historiadores burgueses describieron la evolución histórica de esa lucha de clases, y economistas burgueses analizaron su estructura económica. Mi aporte original consiste en la demostración de que: 1) la existencia de las clases sólo se vincula con determinadas fases del desarrollo histórico de la producción; 2) la lucha de clases culmina necesariamente en la dictadura del proletariado, y 3) esa misma dictadura no es sino la transición hacia la abolición de todas las clases hacia una sociedad sin clases (Carta a Joseph Weydemeyer, 5 de marzo de 1852).

En esta carta que no tiene objetivos propagandísticos sino

explicativos, Marx resume su visión de la *necesidad histórica* del cambio social que pregonaba. Su perspectiva es la propia de una filosofía de la historia que supone la existencia de un movimiento inevitable, de una razón profunda colocada más allá de las opciones o fenómenos circunstanciales que guían en lo inmediato la acción de los hombres, y que desembocará inexorablemente en un tipo determinado de sociedad. Dicho en otros términos, en ese modo de interpretación de la historia se sabe qué clase va a triunfar antes de que triunfe y cuál va a ser el tipo de sociedad que ésta organizará, pues ese proyecto se encuentra determinado por la fuerza de una lógica ineludible, cuyas metas podrán ser demoradas por la acción de sus adversarios pero que está destinado a triunfar inevitablemente.

Esa manera de plantear el desarrollo de la historia fue expuesta por Marx en otro célebre texto de síntesis de su obra, el *Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política* (1859), donde decía:

En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias, independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El sistema de producción de la vida material condiciona todo el proceso de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia del hombre la que determina su existencia, sino, por el contrario, su existencia social la que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las condiciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han movido hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas produc-

tivas, estas relaciones se truecan en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se transforma más o menos lenta, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian estas transformaciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales operados en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, ideológicas en una palabra, en que los hombres cobran conciencia de este conflicto y lo ventilan. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piense de sí, no podemos juzgar tampoco estas épocas de transformación por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las condiciones de producción. Una formación social nunca perece antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas condiciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la sociedad antigua. Por eso la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan, o por lo menos se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el sistema de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos.

Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

El texto del *Prólogo...* muestra la complejidad de los elementos que integraba Marx en sus análisis de la evolución social. Si bien es cierto que la lucha de clases se hallaba en el centro de su esquema explicativo, en ella o en torno a ella se condensaban y convergían un amplio conjunto de fenómenos y de determinaciones que incorporaba a sus análisis. Las condiciones económicas de funcionamiento del capitalismo, abordadas en su texto más importante, *El Capital*, no las resolvía en la simple afirmación de la explotación de una clase por otra. Las tendencias que podían conducir a la crisis del sistema capitalista las abordaba teniendo en cuenta todos los mecanismos de reproducción del capital y, aun cuando él podía tener la certeza ideológica del “inexorable” final de dicho sistema, buscaba construir una explicación científica de ese proceso. Tampoco ignoraba la creciente heterogenización de la clase obrera y de los intereses divergentes que aparecían en su seno. La *burguesía* tan compacta de sus escritos propagandísticos, no se la encuentra en sus estudios de historia inmediata. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1851-52) o *La guerra civil en Francia* (1871) son una muestra del trabajo conceptual que realizaba cuando estudiaba una situación concreta. Si bien es notorio el lugar central que Marx acordaba a la economía, en tanto nivel de la práctica social que condiciona la evolución de las restantes esferas de actividad, sean políticas o culturales, no faltaron en sus escritos los elementos que sirven para mostrar el nexo no mecánico que establecía en las explicaciones al respecto. Fue, justamente, su desagrado ante la simplificación que hacían algunos de sus seguidores lo que lo llevó a decir la frase antes citada, *yo no soy marxista*. El siglo xx dio, al menos, dos grandes corrientes de ideas políticas que tomaron aspectos de las ideas de Marx: la socialdemocracia y el comunismo. Cada una de esas corrientes

trató de justificarse en simplificaciones distintas y opuestas de sus textos.

**AUTOEVALUACIÓN. PARA UN CONTROL DE SU
COMPRENSIÓN**

- ¿Qué se entiende por simplificar una teoría compleja y usar fragmentos de ella en una ideología política?
- Elija uno de los tres clásicos y piense en la simplificación que se realizó con sus teorías.

Unidad 3

IDEAS Y ANCLAJES POLÍTICOS ENTRE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

DEMOCRACIA Y CIUDADANÍA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

En un artículo de la *International Encyclopedia of the Social Sciences*, titulado “Democracy”, el politólogo italiano Giovanni Sartori se propuso definir los múltiples sentidos del término democracia. Al respecto señaló que con esa palabra se hacía referencia a la vez a un conjunto de ideales y a un sistema de organización de la vida política. Sartori destacaba que la democracia no ha sido nunca identificada con una corriente de pensamiento específico, y decía:

...es sobre todo un subproducto de todo el desarrollo de la civilización occidental. Más la palabra “democracia” ha tomado un sentido elogioso universalmente reconocido, más el concepto se ha ampliado, convirtiéndose así en una etiqueta vaga (...) todos los regímenes políticos se pretenden democráticos. Después de la segunda guerra mundial, “democracia” comprende todo; como se señala en un informe de la UNESCO: “Por primera vez en la historia del mundo (...) los políticos y los teóricos de la política están de acuerdo en subrayar el aspecto democrático de las instituciones que defienden y de las teorías que sostienen.”

Esta afirmación del documento de la UNESCO que es válida para el período que se inició luego de la última guerra mundial, no podría aceptarse sin embargo para la primera mitad del siglo xx. Es más, la beligerancia del pensamiento antidemocrático en las primeras décadas del siglo fue, como veremos, extraordinaria. Pero de la cita de Sartori nos parece interesante recuperar una referencia fundamental que es válida para todo el siglo. Las ideas políticas democráticas constituyen una culminación del pensamiento occidental y, como tales, no tienen grandes ideólogos en este siglo. Es un número enorme de voces, de plumas y de contribuciones más o menos anónimas el que dio como resultado la formación del pensamiento político democrático. Si fue fácil detectar algún gran precursor, como lo hicimos en la unidad anterior, donde podíamos haber nombrado también a otros, es imposible en cambio, decir quién fue el gran ideólogo de la democracia o los destacados promotores políticos de la misma en este siglo. Esto es así porque hubo muchos y sus aportes se sumaron.

En tanto régimen político, la existencia de la democracia supone la libre expresión de las preferencias de los ciudadanos que pueden optar por partidos políticos libremente organizados y, por supuesto, la conformación de una pluralidad de perspectivas y opiniones que deben ser respetadas mediante mecanismos institucionales que permitan el predominio de las mayorías sin que esto implique la marginación de las minorías. Con esta definición sólo nos limitamos a describir los componentes básicos de la democracia en tanto régimen político de participación de los ciudadanos en el gobierno de una sociedad. En ella se incluyen las libertades políticas: de opinión, de prensa, de organización, de reunión, etc., que son los rasgos comunes en este tipo de regímenes políticos. Pero también la democracia es un ideal sin el cual esos anclajes institucionales carecerían de sentido. En el plano de los sujetos, la democracia aparece como una aspiración de libertad, de oposición a la arbitrariedad del poder y de participación en las distintas esferas de decisión pública. Podría argumentarse que existen épocas en que esas aspiraciones no se manifiestan, o que muchos aceptan la sumisión al poder, pero eso no modifica el sentido de la idea que exponemos. En todo caso esa aspiración

expresada por los sujetos es una condición para la existencia de regímenes democráticos vigorosos. También en el orden de las aspiraciones se encuentra la demanda, común en este tipo de regímenes, de ampliar la esfera de participación democrática y de perfeccionar sus mecanismos. *Más democracia*, suele ser un reclamo que opera mejorando el funcionamiento institucional aun, cuando en ciertos casos, ante las dificultades para convertir en realidad esos pedidos, surjan en los individuos ciertos sentimientos de frustración o desencanto con la democracia.

El ciudadano puede ser pensado, siguiendo la vía rousseauiana, como el individuo que nace libre y realiza el contrato social que crea la voluntad general o el pueblo soberano. El ciudadano es la contrapartida del Estado democrático y se expresa para determinar quién gobierna y cómo debe hacerlo. En las democracias modernas esto se hace mediante mecanismos de delegación y de representación. El partido político es la organización más corriente y reconocida para expresar las preferencias de la ciudadanía.

Existe un largo debate en los países con regímenes democráticos sobre el rol que deben desempeñar las corporaciones socioprofesionales en las tareas de representación sectorial y cuál debe ser su relación con los partidos políticos y, más en general, con el ciudadano. Esas discusiones revelan bien el carácter abstracto y formal que tienen el concepto de ciudadano o de ciudadanía, y las confusiones que muchas veces se crean en torno a ellos. En principio, cualquiera de nosotros se desempeña en varios planos de actividades distintos. Cuando hablamos de ciudadanía nos estamos refiriendo al más general, el que nos concierne en tanto actores de la esfera pública y esta condición no tiene por qué entrar en competencia con la situación simultánea que ocupamos en tanto agentes de un determinado tipo de actividad socioprofesional. Esto no significa que las decisiones u orientaciones que predominan en la esfera pública no afecten nuestros intereses socioprofesionales; pero, supuestamente, se espera que como ciudadanos podamos discutir sobre el *bien común* y no someter nuestras opciones a nuestros beneficios o egoísmos particulares.

Es suficiente observar el desenvolvimiento de las luchas po-

líticas de cualquier país que tiene instituciones democráticas, para constatar que los desarrollos reales no coinciden con esa manera de separar al ciudadano de su situación sectorial y de sus intereses. Las ideas políticas democráticas se caracterizan por integrar esas dimensiones, sólo separables en teoría. Es común que se convoque al ciudadano en tanto participante de algún colectivo, real o imaginado, bien determinado, y proponiéndole la defensa de sus intereses sectoriales. De allí la relativa confusión que surge cuando nos preguntamos sobre cómo se estructuran y operan las ideas políticas democráticas. En sentido estricto, la mayoría de las ideas políticas democráticas buscan al mismo tiempo dirigirse a los sujetos en su condición de ciudadanos y en la de individuos con intereses sectoriales. Si del ciudadano se espera que adopte orientaciones encaminadas a preservar el bien común, no siempre resulta fácil proponerle simultáneamente que defienda sus intereses sectoriales que, generalmente, están enfrentados con los de otros individuos.

Entre fines del siglo pasado y comienzos del presente, las ideas políticas democráticas estuvieron más asociadas a los reclamos propios de la defensa y consolidación de la condición de ciudadanos. Las luchas por el establecimiento del sufragio universal, por la ampliación del número de personas que tenían derecho a votar, por la libertad de crear partidos políticos, colocó a las argumentaciones de quienes postulaban esas demandas en la situación de emisores prácticamente puros de ideas políticas democráticas en el sentido más amplio. La lucha que se resumió en la consigna *un hombre, un voto*, no podría ser abordada en estas breves referencias pues supone entrar en complicadas experiencias nacionales que permitieron alcanzar esa demanda después de muchos años de reclamos. Digamos que en la Argentina, esa conquista fue muy temprana —en 1912 se sancionó la Ley Sáenz Peña—, y que en esa época todavía Inglaterra no había establecido una ley electoral con alcances tan amplios y abarcativos como la nuestra. El logro de los derechos políticos en Europa fue el resultado de un proceso de paulatina ampliación del cuerpo electoral que supuso desde ideas a conflictos y enfrentamientos. Tampoco en los Estados Unidos fue simple el proceso de ampliación de

los derechos políticos, la última en conseguirlos fue la población de raza negra. En la mayoría de los países más desarrollados de occidente, una vez que se amplió el derecho al sufragio a toda la población masculina quedó pendiente en muchos de ellos el otorgamiento de igual situación electoral a las mujeres. La conquista de este derecho para la mitad de la población marginada de la ciudadanía electoral, por discriminación de género, mostraba el carácter incompleto de muchos regímenes democráticos; situación que en la mayoría de ellos se modificó entre las dos guerras mundiales.

LAS IDEAS SOCIALISTAS

Del pensamiento de Marx se derivaron dos grandes corrientes de ideas: la socialdemocracia y el comunismo. Sería equivocado pensar que la división entre esas dos orientaciones, primero opuestas y después enemigas, surgió sólo de un problema de interpretación de los textos dejados por el célebre intelectual alemán. Las condiciones políticas, culturales y económicas de los países donde se implantaron con más fuerza esas tendencias, deben ser tenidas en cuenta de manera muy especial para explicar su emergencia y relativo éxito. La socialdemocracia surgió en Alemania en la última década del siglo pasado. En el plano estrictamente de las ideas, fue una derivación directa del criterio inexorable que el marxismo había dado a su anuncio del fin del capitalismo. Una vez que se había planteado como un axioma (recordemos el *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política*) la necesaria e ineludible sustitución del capitalismo por el socialismo, en términos semejantes al de una ley natural que pregonaba que el desarrollo de las fuerzas productivas dirigía la orientación de los cambios sociales, resultó bastante lógico que surgieran quienes creyesen que había que acompañar esas transformaciones escritas de antemano en el curso de la historia, mediante reformas sociales convenientes para los asalariados. En esa visión el socialismo llegaría sin rupturas revolucionarias, si por tales se entendían las luchas violentas. Los socialdemócratas se proponían

acompañar la evolución de la historia, pensada como natural, y con ese esquema de interpretación deducían también que era posible que las llamadas clases dominantes no opusieran resistencias a ese proceso de cambio. Probablemente, uno de los hechos que los ayudaba a pensar de ese modo era que Alemania no había conocido una gran revolución burguesa del tipo de la francesa, y que el equivalente de esos cambios se había dado en dicho país de una manera más pacífica y suave. Otro aspecto que debía contribuir a esa reflexión era la manifiesta preocupación del gobierno *burgués* de Bismarck por hacer reformas sociales mientras era todavía la época del imperio. En fin, también las conquistas democráticas y la ampliación de las posibilidades electorales de la socialdemocracia debieron contribuir a afianzar ese modo reformista de pensar. Federico Engels no vaciló en acordar legitimidad y fundamentos teóricos a la estrategia socialdemócrata, cuando en 1895, en el prólogo a la edición alemana del libro de Marx *La lucha de clases en Francia 1848-1850*, escribió:

Como Marx predijo, la guerra de 1870-71 y la derrota de la Comuna desplazaron por el momento de Francia a Alemania el centro de gravedad del movimiento obrero europeo. En Francia, naturalmente, éste necesitaba años para reponerse de la sangría de mayo de 1871. En cambio, en Alemania, donde la industria —impulsada como una planta de invernadero por el maná de los cinco mil millones pagados por Francia— se desarrollaba cada vez más rápidamente, la socialdemocracia crecía todavía más de prisa y con más persistencia. Gracias a la inteligencia con que los obreros alemanes supieron utilizar el sufragio universal, implantado en 1866, el crecimiento asombroso del partido se ofrece en forma indiscutible, a los ojos del mundo entero. 1871: 102.000 votos socialdemócratas; 1874: 352.000; 1877: 493.000. Luego, y como consecuencia lógica, llegó el reconocimiento de estos progresos por la autoridad: la ley contra los socialistas; el partido fue momentáneamente destrozado, y, en 1881, el número de votos descendió a 312.000. Pero se sobrepuso

pronto, y entonces, bajo el peso de la ley de excepción, sin prensa, sin una organización legal, sin derecho de asociación ni de reunión, comenzó verdaderamente a difundirse con rapidez: 1884: 550.000 votos; 1887: 763.000; 1890: 1.427.000. Al llegar aquí, se paralizó la mano del Estado. Desapareció la ley contra los socialistas y el número de votos socialistas ascendió a 1.787.000, más de la cuarta parte del total de votos emitidos. El gobierno y las clases dominantes apuraron todos los medios; estérilmente, sin objetivo y sin resultado alguno. Las pruebas tangibles de su impotencia, que las autoridades, desde el sereño hasta el canciller del Reich, habían tenido que tragarse —¡y que venían de los tan menospreciados obreros!— estas pruebas se contaban por millones. El Estado había llegado a un atolladero y los obreros estaban al principio de su avance.

El primer gran servicio que los obreros alemanes prestaron a su causa fue el mero hecho de su existencia como Partido Socialista, que superaba a todos en fuerza, en disciplina y en rapidez de crecimiento. Pero además prestaron otro: suministraron a sus camaradas de todos los países un arma nueva, muy afilada, al enseñarles a utilizar el sufragio universal.

Pero con este eficaz empleo del sufragio universal entró en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, que se siguió desarrollando con rapidez. Al comprobarse que las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones, se tomó parte en las elecciones a las dietas provinciales, a los organismos municipales, a los tribunales industriales, se le disputó a la burguesía cada puesto, en cuya provisión mezclaba su voz una parte suficiente del proletariado. Y así se dio el caso de que la burguesía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obre-

ro, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales.

Pues también en este terreno habían cambiado sustancialmente las condiciones de la lucha. La rebelión al viejo estilo, la lucha en las calles con barricadas, que hasta 1848 había sido la decisiva en todas partes, estaba considerablemente anticuada.

La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los revolucionarios, los elementos subversivos, prosperamos mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos. Exclaman desesperados, con Odilon Barrot: La légalité nous tue, la legalidad nos mata, mientras nosotros, con ella, vigorizamos nuestros músculos y coloreamos nuestras mejillas, cual si nos hubiese alcanzado el soplo de la eterna juventud. Y si no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero, a la postre no tendrán otro camino que romper ellos mismos esta legalidad que les es tan fatal.

Por una vía distinta a la de los debates alemanes, en Inglaterra surgió también desde fines del siglo pasado un fuerte movimiento de carácter socialista en cuya agenda no entraba la *gran revolución*, sino las reformas sociales encaminadas a ampliar el poder político del movimiento obrero y combinar la democratización de la vida política con una superación pacífica del capitalismo. Las ideas de Marx nunca habían tenido fuerza en Inglaterra y en su momento, tanto él como Engels se habían interrogado por dicha falta de éxito y una de las conclusiones a las que habían llegado era que todos los sectores sociales de ese país se beneficiaban directa o indirectamente con la posición rectora que el mismo tenía en la estructura económica mundial de la época. Esa fue, probablemente, la primera vez que los fundadores del marxismo plantearon un tema que con el tiempo muchos otros adherentes a esa línea de pensamiento retomaron: el problema dio en llamarse el *aburguesamiento* de la clase obrera.

La otra vertiente de ideas surgidas del marxismo fue la que llevó al comunismo. Si al igual que lo hicimos con la socialdemocracia, nos preguntamos por los orígenes nacionales y las condiciones políticas, culturales y económicas que incidieron en la formación del pensamiento en principio llamado bolchevique y luego comunista, encontramos una de las claves para entender su emergencia y desarrollo. Colocarse en Rusia desde una posición totalmente fiel a Marx y creer que el socialismo llegaría como culminación de una etapa de desarrollo capitalista avanzado debía ser algo muy difícil de pensar en el atrasado contexto ruso todavía marcado por el dominio feudal. La clase obrera industrial rusa era numéricamente poco significativa y si se atenía a los grandes textos inspiradores de Marx y Engels, el ala más dinámica y radicalizada del socialismo debía forzosamente convencerse de que la revolución social no era posible. El pensamiento de Marx había tenido, sin embargo, las suficientes facetas como para que Vladimir Ilich Ulianov, que entró en la historia con su seudónimo Lenin (1870-1924), pudiese encontrar en él los fundamentos de su teoría revolucionaria.

En principio, señalemos que prácticamente nadie parecía creer que las ideas de Marx pudiesen aplicarse a la atrasada Rusia. Como un ejemplo de lo que decimos nos resulta interesante reproducir el veredicto dado por la censura zarista cuando no puso ningún obstáculo a la edición de la traducción rusa de *El capital* en el año 1872. Al respecto, los censores afirmaban que:

A pesar de que el autor sea, por sus opiniones, un socialista cien por cien, y que todo el libro tenga un neto cariz socialista, teniendo en cuenta sin embargo, el hecho de que la exposición no puede ser calificada de accesible a todo el mundo y que posee, además, la forma de una demostración científica de tono estrictamente matemático, la comisión declara que es imposible perseguir esta obra delante de los tribunales.

La realidad económica y social de Rusia no presentaba características que permitieran pensar que el desarrollo de las fuerzas

productivas había alcanzado el punto en que se abría en época de revoluciones. Pero junto con ese razonamiento de tipo estructural, en el marxismo había otro componente de cuño voluntarista que definía a las condiciones de la revolución a partir de la lucha de clases y de la decisión de los actores políticos. En ese sentido, cuando Marx había saludado y apoyado el intento revolucionario de la Comuna de París de 1871, no lo había hecho fundándose en la importancia alcanzada por la infraestructura económica, sino ponderando el factor voluntario que había conducido al alzamiento de los revolucionarios franceses, luego derrotados. Lenin y sus seguidores no rompían con esa tradición cuando ante el atraso ruso se plantearon la viabilidad de “apurar” la historia a partir de una acción voluntarista que podía llevar a la revolución a pesar del mínimo avance del capitalismo en su país. Allí donde Lenin efectivamente realizó una ruptura explícita fue en manifestar abiertamente su desconfianza hacia la clase obrera, a la cual veía inclinada por naturaleza a soluciones de tipo sindicalistas y muy poco propensa a iniciar transformaciones revolucionarias de la sociedad. Su pensamiento lo resumió en 1902, en un pequeño libro destinado a convertirse en célebre y cuyo título condensaba a las mil maravillas su vocación ideológica: *¿Qué hacer?* En ese texto responde con claridad didáctica su gran pregunta. Respecto a los obreros, asevera que:

La historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales. Por su posición social, también los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. Exactamente del mismo modo,

la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independientemente en absoluto del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas.

La conciencia política, en la concepción de Lenin, le llegaría a la clase obrera “desde afuera” y por eso valora la tarea de los intelectuales provenientes de otras clases sociales:

La conciencia política de clase no se le puede aportar al obrero más que desde el exterior, esto es, desde fuera de la lucha económica, desde fuera de la esfera de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera en que se puede encontrar estos conocimientos es la esfera de las relaciones de todas las clases y capas con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí. Por eso, a la pregunta: ¿qué hacer para aportar a los obreros conocimientos políticos?, no se puede dar únicamente la respuesta con la que se contentan, en la mayoría de los casos, los militantes dedicados al trabajo práctico, sin hablar ya de los que se inclinan hacia el economismo, a saber: Hay que ir a los obreros. Para aportar a los obreros conocimientos políticos, los socialdemócratas deben ir a todas las clases de la población, deben enviar a todas partes destacamentos de su ejército.

La historia en ese razonamiento debía ser “apurada” por los “revolucionarios profesionales”, cuya organización la imaginaba reducida y clandestina. Textualmente:

... la organización de los revolucionarios debe englobar ante todo y sobre todo a gentes cuya profesión sea la actividad revolucionaria (por eso, yo hablo de una organización de los revolucionarios, teniendo en cuenta los revolucionarios socialdemócratas). Ante esta característi-

ca general de los miembros de una tal organización debe desaparecer en absoluto toda distinción entre obreros e intelectuales, por no hablar ya de la distinción entre las diversas profesiones de unos y otros. Esta organización, necesariamente, no debe ser muy extensa, y es preciso que sea lo más clandestina posible.

La corriente que se identificaba con los planteos de Lenin no era, a la época del *¿Qué hacer?*, demasiado clara con respecto a las posibilidades cercanas del socialismo en un país como Rusia; pero en su voluntarismo ya había dejado virtualmente tendidas las líneas de un futuro desarrollo que lo conducirían a tomar el poder en octubre de 1917. La coexistencia en el seno de la llamada Segunda Internacional de todos los partidos socialistas, con independencia de algunas tensiones profundas motivadas por las disidencias entre pacifistas y belicistas ante la Primera Guerra Mundial, se mantuvo hasta que los comunistas conquistaron el gobierno en Rusia. Lo que hasta entonces pudo pasar por una querrela en torno a la mejor o más eficaz manera de hacer política se convirtió de allí en adelante en un problema mucho más profundo, que abarcaba desde las concepciones sobre la ética hasta las relaciones internacionales.

Corriendo el riesgo de resumir excesivamente, digamos que las crisis ocasionadas por la guerra arrastraron a la caída del zar Nicolás II, cuyo reemplazo por un gobierno parlamentario, en febrero de 1917, inició un breve y fracasado intento de crear una república democrática que sucumbió con la toma del poder por los bolcheviques ocho meses más tarde. En esa época, el partido encabezado por Lenin creía posible comenzar la transición al socialismo, iniciativa que en principio identificó con la nacionalización total de la economía. Pero para llevar adelante las transformaciones que se proponían, la clave que necesitaban los bolcheviques era la construcción de un Estado capaz de imponer sus orientaciones políticas. Sin ocultar su satisfacción, Lenin reflexionaba en 1922:

No importa que nuestro aparato estatal sea pésimo,

pero al fin de cuentas está creado, se ha hecho el mayor invento histórico... (Obras completas, 4ª edición, tomo XXXIII, pág. 1273).

La “invención” soviética hacía algo más de cuatro años que estaba en marcha. La acción del Estado era el elemento fundamental para modificar de raíz la sociedad atrasada y desestructurada que gobernaban los comunistas. Desde el aparato estatal, éstos se habían propuesto generar las condiciones materiales que hiciesen viable lo que entendían como socialismo. Ya que en virtud de una situación histórica excepcional habían accedido al control del poder político, Lenin sostenía que las iniciativas del nuevo Estado podían crear el grado de nivel sociocultural que hasta entonces había sido considerado como una precondition necesaria para el pasaje al socialismo. Por otra parte, junto con los proyectos de industrialización se debía incrementar el peso sobre el total de la población, de la hasta entonces porcentualmente poco significativa clase obrera urbana.

Como suele suceder con todos los partidos que alcanzan el control del Estado, las filas comunistas se nutrieron rápidamente de nuevos adherentes. En febrero de 1917, el partido bolchevique contaba con 23.600 afiliados. La población total de Rusia era de aproximadamente 160 millones de habitantes. El crecimiento del partido fue explosivo: en 1919 el número de adherentes había subido a 313.000, en 1921 eran 585.000 y en 1922 alcanzaron los 650.000. Los análisis existentes muestran que si bien pudo existir un despertar de la vocación política en sectores que hasta entonces no se habían dedicado a esa actividad, el nuevo partido oficial y muy pronto único, se convirtió en una vía de acceso a ventajas y situaciones de privilegio. Ya en 1919, un miembro del Comité Central hizo referencia a la inclinación por la *corrupción, el robo y los comportamientos irresponsables de una parte de los militantes del partido*. En 1922, resolvieron excluir algo más de 150.000 miembros, en la mayoría de los casos por considerarlos simples arribistas. Es importante destacar que en 1922, de los 23.600 adherentes anteriores a 1917, continuaba formando parte de la

estructura del partido sólo un tercio, el resto había muerto en la guerra civil o abandonado la política.

Cabe señalar que mientras la cantidad de nuevos afiliados al partido comunista aumentaba, se producía una franca disminución en el porcentaje de obreros sobre el total de la población rusa. Con la crisis económica que siguió a la revolución, de los 3.500.000 obreros industriales de antes de 1917, se pasó a 1.118.000 en 1922. A la inversa de lo que sucedía con el total de obreros industriales se incrementaba vertiginosamente el número de funcionarios. En Moscú, sobre una población total de algo más de un millón de habitantes, en 1918 había 231.000 funcionarios del Partido y del Estado. Estas referencias históricas han sido tomadas fundamentalmente de la obra de E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution*, tomo I, cap. VIII, Macmillan, Londres, 1950.

Entre las primeras discusiones que conoció el nuevo régimen, se encontró el problema del control obrero de la producción. La antigua diferenciación entre la clase obrera real y su supuesto deber ser según las ideas de los “revolucionarios profesionales”, volvió a ponerse de manifiesto en esta cuestión. Si bajo el capitalismo se veía a los obreros como espontáneamente orientados hacia el reformismo, en la nueva situación se consideró a la mayoría de ellos como naturalmente proclives a la pereza y al desinterés por el trabajo. Para asegurar el desarrollo de la producción, mal podía contarse con la capacidad autónoma de organización de los obreros así definidos. El control obrero de la gestión de la producción era visto por Lenin como una consigna del “anarquismo pequeño burgués”. Estimaba por el contrario, que el atraso y la crisis en la que se encontraba la economía sólo podían superarse asimilando los sistemas de gestión más modernos empleados en la gran industria de los países capitalistas más avanzados. De ese modo, los métodos de Taylor fueron presentados como una forma ideal, y neutra política e ideológicamente, de organizar la producción. En ese dominio no había nada que inventar, ya que todo había sido creado en las empresas de los trusts capitalistas. Al respecto afirmó Lenin:

No se puede crear o instaurar el socialismo sin meterse

en la escuela de los organizadores de los trusts. Ya que el socialismo no es una invención; sino que es la asimilación y la aplicación, por la vanguardia del proletariado que ha conquistado el poder, de todo aquello que ha sido creado por los trusts (Problèmes de l'organisation de la économie socialiste. Moscú, Ed. Progrès, pág. 173).

La responsabilidad de un director por empresa, la disciplina asegurada con “mano de hierro”, fueron ideas repetidas con frecuencia por los nuevos dirigentes. Trotzky, convertido en uno de los más radicalizados partidarios de los métodos inflexibles, llegó a proponer, sin éxito, la militarización del trabajo y de los sindicatos.

Un aspecto social importante que se convirtió en un nuevo rasgo típico del sistema que comenzaba a consolidarse, fue la creciente desigualdad en el nivel de ingresos entre funcionarios y obreros. En un primer momento, se había tratado oficialmente de evitar que se crearan nuevas capas privilegiadas. Pero, el interés en retener especialistas “burgueses” en distintos sectores productivos y, desde 1921, como fruto de las medidas adoptadas a favor de la liberalización de la economía, se terminó aceptando la percepción de ingresos más altos por parte de determinados sectores de la población. En un contexto general de escasez económica, los funcionarios del Estado conocieron también una mejora de sus salarios, que tendía a equipararse con los de los especialistas “burgueses”, al mismo tiempo que por su posición en la estructura de poder accedían a bienes y productos que se encontraban fuera del alcance del resto de la población.

Una vez pasados los primeros años de iniciada la experiencia soviética, le tocó a Lenin, en 1922, formular algunas fragmentarias, pero no por ello menos significativas, reflexiones críticas sobre el nuevo sistema social. Como ocurre habitualmente cuando se piensa sobre una realidad aún teóricamente inexplorada, las metáforas aparecieron sustituyendo los vacíos conceptuales. Acerca de la dificultad de sus partidarios para manejar efectivamente el Estado según los proyectos que habían preconcebido, Lenin propuso una gráfica y sugestiva idea. Afirmó al respecto que *el*

Estado no ha actuado a nuestra manera y lo comparó con un vehículo que se escapa de las manos:

... al parecer hay sentado en él una persona que lo guía, pero el automóvil no marcha hacia donde lo guían, sino donde lo conduce alguien, algo clandestino, o algo que está fuera de la ley, o que Dios sabe de dónde ha salido, o tal vez unos y otros; pero el automóvil no marcha justamente como se lo imagina el que va sentado al volante, y muy a menudo marcha de manera completamente distinta (Obras completas, 4ª edición, tomo XXXIII, pág. 255).

Esa autonomización de las funciones estatales Lenin, la ponía en directa relación con la falta de cultura de los comunistas que integraban la capa dirigente. Comparando la situación del nuevo poder político con las relaciones de conquista de un pueblo por otro, sostenía que:

Si el pueblo conquistador es más culto que el conquistado, impone a éste su cultura, pero si es al contrario, acontece que el vencido impone su cultura al vencedor (Ibídem, pág. 264).

Con esos términos tan claros Lenin alertaba a sus partidarios contra el peligro de ser asimilados y sometidos por los restos del viejo aparato burocrático. Si bien, en la reflexión global el voluntarismo optimista no desaparecía, en las observaciones citadas comenzaba a entretejerse un tipo de interpretación que en ningún momento Lenin llegó a sistematizar de forma completa. En este último período de su vida, expuso los elementos fundamentales de una hipótesis que entraba seriamente en contradicción con el rol decisivo que poco antes había acordado a la “invención del Estado”. Si en su razonamiento anterior, el Estado debía ser la palanca que pondría en movimiento la modernización económica y social de Rusia, para resolver así el problema del atraso

precapitalista, ahora planteaba que ese Estado estaba siendo absorbido por la vieja cultura burocrática prerrevolucionaria. Si esta segunda hipótesis se aceptaba, la revolución de octubre caminaba en dirección muy distinta a la trazada por el voluntarismo del otro conjunto de enunciados hipotéticos.

Lenin murió en enero de 1924; para entonces ya se había iniciado la lucha por su sucesión. En la época en que falleció, los grupos que se disputaban el poder ya no hablaban sólo de ideas en general, sino que se enfrentaban a problemas muy concretos de gestión del gobierno. Hacer funcionar la economía y asegurar la defensa nacional eran la gran preocupación del momento. Alrededor de los principales dirigentes comunistas se formaron tendencias y surgieron alianzas más o menos efímeras. La figura de José Stalin creció, según diversos analistas, en razón del profundo pragmatismo con que condujo su lucha por el liderazgo. Como sostuvo su biógrafo Isaac Deutscher, en su proceso de ascenso Stalin brilló más por su sagacidad para componer acuerdos que por las ideas que expuso. Sin embargo fue él quien se convirtió desde fines de la década del '20, en el verdadero fundador de la Unión Soviética. Lo que dio en llamarse la segunda revolución rusa tuvo a Stalin por principal organizador, al frente de un aparato de Estado que sometió a la sociedad a una dictadura implacable. Si en un primer momento los comunistas soviéticos habían pensado que la revolución sólo podría salvaguardarse si se producían transformaciones similares en las naciones económicamente más desarrolladas, el realismo de Stalin lo condujo a afianzar *el socialismo en un solo país* y a emprender una radicalización del proyecto iniciado por Lenin. La ideología de la *fortaleza sitiada* se encontró en el eje de las ideas del nuevo período. Fuese para exigir más esfuerzos en materia de producción o para justificar la represión interna, la idea de que el país estaba jugando las condiciones de su supervivencia se colocó en un lugar central del discurso oficial. No le resultaba difícil a Stalin designar adversarios pues, objetivamente, un esfuerzo de cambio social de esa intensidad despertaba resistencias. La promesa del marxismo clásico que sostenía la inmediata limitación de las funciones del Estado tan pronto se suprimieran las viejas clases propietarias se transformó bajo Sta-

lin en la necesidad de fortalecer la acción estatal para perseguir y eliminar a los más disímiles conjuntos de “enemigos”. Así cayeron desde viejos comunistas hasta verdaderos agentes de potencias extranjeras, en el curso de procesos cuyas características no podían ser estudiadas por los historiadores o por las ciencias sociales, pues la falta de libertad reinante impidió la producción de ese tipo de conocimiento, situación que recién cambió después de la desaparición de la URSS y que permite ahora una indagación objetiva, que ya comienza a proporcionar informaciones confiables.

Bajo el poder de Stalin y sus colaboradores, muchos de los cuales fueron a su vez víctimas de la represión cuando cayeron en desgracia, la URSS colectivizó la producción rural; dio un impulso considerable a la industria, dirigida por los organismos de planificación; alfabetizó a la gran mayoría de la población y emprendió una lenta pero persistente mejora del nivel de vida de su gente. Los analistas suelen tener opiniones diferentes cuando se discute sobre la aceptación que encontraban en la sociedad rusa las purgas y persecuciones contra adversarios denunciados por supuestas conspiraciones. Según algunas interpretaciones del problema, la población rusa que había tenido una situación de aceptada sumisión al poder zarista, reprodujo ese vínculo presente en su cultura política en su relación con Stalin. Otras maneras de pensar la cuestión remiten a los sentimientos patrióticos y nacionalistas que despertó la propaganda oficial para convocar el apoyo al régimen imperante. Las amenazas externas habrían operado, según esas tesis, como una especie de galvanizador de la unidad nacional.

Los logros de la industrialización debían dar una sensación de poderío que compensaba las insatisfacciones en materia de ciertos bienes de primera necesidad escasos o racionados durante mucho tiempo. La movilización bélica de la Segunda Guerra mundial se hizo en nombre de las convocatorias patrióticas que resumían bien ese tipo de ideas políticas manejadas desde los poderes públicos con anterioridad a la gran conflagración mundial. Esa guerra le costó a la URSS 20 millones de vidas humanas. Muchas de ellas, se ha dicho, resultado de la impericia de

Stalin en materia militar y del poco valor asignado a las personas por un sistema que había convertido a la muerte en un lugar común de la actividad política. Los campos de concentración con trabajo forzado, eran los destinos habituales de los sospechosos de no tener suficiente lealtad al régimen. Según recientes estimaciones de expertos, en la década del '30 fueron encarceladas alrededor de 6.800.000 personas en los campos de concentración, donde perecieron algo más de 1.000.000.

Al terminar la Segunda Guerra mundial el culto a la personalidad de Stalin, combinado con las ideas de tipo nacionalistas habían dado lugar a una configuración ideológica que se alejaba sustancialmente de los temas con los que se había iniciado la revolución de 1917. Las posiciones ganadas por la URSS en la política internacional habían cambiado el eje de los conflictos mundiales y la habían convertido en una gran potencia con capacidad de intervenir en un área de protección formada por los países que quedaron bajo su esfera política y militar. Su desempeño en la guerra y lo que se percibía como sus éxitos sociales y culturales le dieron cierto atractivo ideológico en sectores intelectuales de los países occidentales más desarrollados, que identificaron al socialismo con el régimen de Stalin, en quien veían un anciano bonachón preocupado por elevar el nivel educativo y cultural de su pueblo y un defensor de la paz mundial.

En términos generales puede decirse que la importante contribución de la URSS para el triunfo de la causa aliada en la Segunda Guerra mejoró la imagen de ese país en la opinión internacional de la época. Si después de todo habían sido sus aliados contra el totalitarismo fascista, no resultaba fácil seguir condenando a los soviéticos por sus violaciones de la libertad. Esa especie de tregua ideológica no fue total ni, tampoco, duró demasiado tiempo. Muy pronto comenzó la Guerra Fría y atrás quedaron las alianzas que se habían concertado para enfrentar a los regímenes fascistas. Pero una exposición como la que estamos desarrollando rompe las continuidades de las cronologías y, en este punto, nos obliga a retroceder a los tiempos del fin de la guerra

mundial del 1914-18, para preguntarnos sobre los regímenes fascistas, sus ideas y sus anclajes políticos.

LOS FASCISMOS

El término *fascismo* perdió muy rápido su sentido original y se convirtió, en el léxico político, en sinónimo de dictadura. Se aplicó, en consecuencia, para designar regímenes políticos muy distintos al fascismo original. Se prolongó el sentido y hasta se empleó para referirse a conductas cotidianas autoritarias, lo que llevó a una cierta confusión. En sentido estricto, el fascismo fue un tipo de régimen político con características bien determinadas, que se implantó en Italia a principios de la década del '20 del presente siglo y duró allí hasta la derrota de ese país en la Segunda Guerra mundial. Si el lector es atento notará que he evitado dar fechas precisas del comienzo y del fin del fascismo italiano. Sin duda existió un día en el que Benito Mussolini fue encargado por el Rey de Italia para formar un gabinete gubernamental: esto ocurrió el 30 de octubre de 1922, pero el denominado proceso de fascistización recién tomó cuerpo unos años después. Como nos interesa el modo en que trabajan las ideas políticas sobre la manera que tienen las personas para representarse los acontecimientos, no podremos ocuparnos de los hechos históricos de una manera minuciosa. Pero, es interesante destacar que tanto la narración ideológica de los fascistas como la de los antifascistas retuvo un hecho clave: la marcha sobre Roma llevada a cabo, según los especialistas en el tema, por unos 26.000 hombres mediocrementemente armados, que con sus “camisas negras” —indumentaria del fascismo— desfilaron hacia la capital italiana para apoyar la nominación del “Duce”. También según los estudiosos del fenómeno, hubiesen sido suficientes cinco minutos de represión de las fuerzas del ejército y de la policía para dispersarlos. Pero nada de eso sucedió; y Mussolini, como lo ha retenido el relato histórico, llegó ante el Rey y se disculpó por su atuendo poco formal para la circunstancia:

Chiedo perdono a Vostra Maestà se sono costretto a

presentarmi ancora in camicia nera, reduce de la battaglia, fortunatamente incruenta, che si è dovuta impegnare.

Y así, sin que hubiese existido un solo disparo, Mussolini alcanzó la presidencia del consejo de ministros, de manos del Rey y con el acuerdo de buena parte de la clase política y de los sectores más poderosos económicamente, que consideraban fácil absorber de forma pacífica al movimiento fascista creado unos años antes. En ese primer gabinete los ministros de reconocida trayectoria fascista eran minoría y tampoco los hombres de esa tendencia eran mayoría en el poder legislativo. Esos datos objetivos son los que muchas veces han sido mencionados cuando se quieren construir explicaciones que van más allá de las meras simplificaciones ideológicas sobre el fenómeno italiano.

El otro proceso político que se incluye dentro de la denominación general de fascismo es el nacionalsocialismo alemán encabezado por Adolf Hitler. Las diferencias con el vecino caso italiano son notorias pero, como veremos, las similitudes fueron suficientes para poner a ambos estilos de acción política dentro de una misma categoría tipológica, si bien las discusiones de las ciencias sociales sobre el tema nunca lograron unanimidad. Como Mussolini, Hitler llegó al gobierno por vía legal. El presidente Hindenburg lo designó Canciller, es decir primer ministro, el 30 de enero de 1933; en el gabinete que formó había sólo otros dos representantes del nacionalsocialismo, en tanto que la mayoría de las carteras la tenían políticos centristas y de derecha moderada. Al igual que Mussolini, los partidarios de Hitler no tenían mayoría en el Parlamento, y las semejanzas pueden continuarse si se señala que el nuevo canciller gozaba de la confianza de los grandes intereses empresarios. En cuanto a las diferencias, éstas se hacen evidentes manteniéndonos en el plano de los manejos institucionales, si decimos que Mussolini avanzó muy contradictoriamente hasta 1926 cuando impuso las leyes “fascistísimas” e instauró realmente la dictadura, mientras que Hitler, a menos de 60 días del 30 de junio de 1933, ya había hecho votar la denominada “Ley de Habilitación”, que le concedía plenos poderes y el dominio

absoluto sobre las decisiones políticas. En una carrera meteórica contra la democracia, las libertades públicas y la convivencia humana, en tres meses ya estaban disueltos los sindicatos, instaurado el régimen de partido único y suprimidos todos los demás partidos, las S. A. (tropas de asalto) habían organizado el “boicot del comercio judío” y en las ciudades universitarias se realizaba la quema pública de los libros considerados “no alemanes”. El 2 de agosto de 1934, aprovechando el fallecimiento del presidente Hindenburg, Hitler se hizo designar en ese cargo, posición que retuvo hasta el día de su suicidio en los refugios de la cancillería de Berlín, poco antes de que llegaran allí las tropas aliadas. Mussolini, en cambio, convivió con el régimen monárquico hasta que fue destituido por el Rey y por el Gran Consejo Fascista a fines de julio de 1943, si bien fue liberado por los alemanes y proclamó en el norte de Italia la República Social Italiana el 25 de septiembre de 1943, régimen que no consiguió estabilizarse y que se derrumbó junto con la derrota bélica. En fin, Mussolini fue fusilado por la resistencia antifascista el 28 de abril de 1945.

El historiador y especialista en regímenes antidemocráticos, Stanley G. Payne, en su libro *El fascismo* (Alianza, Madrid, 1988, págs. 108 y 109) abordó el problema de las diferencias entre el régimen de Hitler y el de Mussolini y planteó las siguientes consideraciones:

Se ha sugerido que el movimiento nazi y el fascista, y los regímenes de Hitler y de Mussolini no pueden clasificarse juntos más que a un nivel muy alto de abstracción. Cuando se observan de cerca, muchas veces las diferencias son más llamativas que los parecidos, tanto si se estudia la cuestión del potencial revolucionario como otros aspectos. Una lista parcial de las diferencias básicas abarcaría las siguientes consideraciones:

- 1. La ideología hitleriana se basaba en la raza, la del fascismo en el nacionalismo en sentido político y cultural. De ahí que la ideología hitleriana tendiese a la exclusividad revolucionaria, mientras que la del fas-*

cismo tenía una formulación más compleja y sincrética. Mussolini insistía en que el fascismo incorporaba aspectos del liberalismo, el conservadorismo y el socialismo en una síntesis más elevada; Hitler aspiraba a un rechazo revolucionario de las doctrinas rivales. Todos los aspirantes a revolucionarios tienen por objetivo un hombre nuevo. El de los nacionalsocialistas sería un nuevo producto biológico, además de cultural; Mussolini esperaba simplemente intensificar la enseñanza del fascismo en las escuelas.

2. *En cuanto a estructura, el régimen de Mussolini siguió siendo en gran medida un Estado de derecho con semipluralismo y un derecho formal. Esto, naturalmente, impuso considerables limitaciones al potencial revolucionario del sistema de Mussolini, y además permitió que los adversarios del Duce dentro del Estado acabaran derrocándolo. El führerstaat hitleriano, pese a no formular una teoría elaborada del totalitarismo, fue una dictadura mucho más compleja del gobierno unipersonal.*
3. *El partido nazi desempeñó un papel mucho más importante que el partido fascista. Aunque el régimen de Hitler no se convirtió formalmente en un Estado-partido dirigido en teoría (y normalmente también en la práctica) por el partido, como en los países comunistas, fue surgiendo una dualidad de poderes del partido y del Estado que Hitler tendió a impulsar cada vez más en favor del partido o de sectores de éste. El partido fascista, en cambio, no gozaba más que de una autonomía muy limitada y en gran medida se vio transformado en una burocracia estatal subordinada. Sin embargo, la estructura semipluralista y de derecho del régimen de Mussolini, al no ser ni totalitaria ni una dictadura completamente unipersonal, logró conservar un cierto nivel de autonomía formal para el Gran Consejo Fascista, que éste acabó utilizando para deponer a Mussolini.*

4. *El antisemitismo en su forma más extremada era consustancial con el nacionalsocialismo. En cambio, el fascismo italiano no era racista más que en el sentido convencional de principios del siglo XX en Europa, y en sus dos primeros decenios no fue normalmente antisemita. En los comienzos del fascismo, los judíos tuvieron un papel desproporcionado en relación con su número en la sociedad italiana.*
5. *Al final, la política exterior de Hitler trascendió los objetivos expansionistas e imperialistas tradicionales de Alemania, al intentar una reestructuración racial revolucionaria de Europa. Las aspiraciones de Mussolini permanecieron en gran medida en la órbita de la política nacional/imperialista italiana tradicional, cuyo objetivo era la expansión colonial y la explotación de conflictos limitados dentro de la zona del Mediterráneo.*

Las ideas políticas del fascismo italiano se articularon en torno a dos temas centrales: la construcción de la Nación y el rechazo del liberalismo político y de sus instituciones. Ambos aspectos de la ideología fascista convergían en la importancia que acordaba al Estado. En el año 1922, Mussolini escribió el artículo “Estado, antiestado y fascismo” en la revista *Gerarchia* donde, polemizando con las ideas de Rousseau y Marx, afirmaba:

El Fascismo quiere el Estado. No cree en la posibilidad de una convivencia social que no esté encuadrada en el Estado. Sólo los anarquistas —más optimistas aún que Juan Jacobo Rousseau— piensan que la sociedad humana tan torva, tan opaca, tan egoísta, pueda vivir en estado de absoluta libertad. El advenimiento de una era en la cual sin normas y sin límites, los hombres se asocien libremente en una comunidad libre, según la fórmula anarquista, debe ser relegado al limbo de las utopías más futuristas. Somos, pues, antianárquicos, porque no creemos en una posibilidad de convivencia humana que

no se manifieste en un Estado. Tampoco nos seduce, sino que rechazamos la tesis socialista de un Estado entendido como simple Comité gestor de negocios de la clase dirigente, destinado a transformarse, con la desaparición de la propiedad y la nación, en un Comité administrativo de cosas, en una enorme teneduría de libros colectiva. Todo esto es no sólo falso, sino absurdo. Administración de cosas, es una frase sin sentido, aun cuando quiera significar la negación del Estado. En realidad, quien administra gobierna y quien gobierna es Estado con todas sus consecuencias. El ejemplo ruso prueba claramente que la Administración de cosas obliga a la creación de un Estado, incluso de un superestado, que, a las viejas funciones estatales —guerra y paz, policía, justicia, percepción de tributos, enseñanzas, etc.—, añade funciones de tipo económico.

En el citado artículo, Mussolini enunciaba su propia definición del Estado:

¿Qué es el Estado? En los postulados programáticos del Fascismo queda definido como la encarnación jurídica de la Nación. La fórmula es vaga. El Estado, sobre todo el Estado moderno, es eso, desde luego, pero no es sólo eso. Sin querer hacer un elenco de todas las definiciones del Estado, dadas en todos los tiempos por los especialistas en ciencias políticas —lo que sería inútil y prolijo—, me parece que puede definirse como un sistema de jerarquías. El Estado es, originalmente, un sistema de jerarquías, simple y rudimentario entonces, como era simple y rudimentaria la vida de los hombres en el amanecer de la Historia. El jefe tuvo que crear necesariamente un sistema de jerarquías, para hacer la guerra, para dictar justicia, para administrar los bienes de la comunidad, para obtener el pago de tributos, para regular las relaciones entre el hombre y lo sobrenatural. No importa la índole del origen que el Estado invoque y por el cual

legítima su privilegio de creador de un sistema jerárquico: puede ser Dios, y se forma el Estado teocrático; puede ser un hombre solo, la descendencia de una familia, o un grupo de individuos, y se constituye el Estado demócrata de la era capitalista; pero en todos los casos el Estado se manifiesta por medio de un sistema de jerarquías, hoy infinitamente más complejo, de acuerdo con la vida que es más compleja en intención y en extensión. Pero para que las jerarquías no sean categorías muertas, es necesario que fluyan en una síntesis, que converjan todas a un fin, que tengan un alma, cuya suma sea el alma colectiva, para lo cual el Estado debe expresarse en la parte más elegida de una determinada sociedad, como guía de las clases inferiores.

En otro artículo publicado en la misma revista, dos años después volvía a referirse a lo que denominaba “el pecado de exceso de optimismo de Rousseau”. Allí decía:

El adjetivo soberano aplicado al pueblo, es una trágica burla. El pueblo, como máximo, delega, pero no puede por cierto ejercitar ninguna soberanía. Los sistemas representativos pertenecen más a la mecánica que a la moral (...) Al pueblo no le queda más que una palabra monosilábica para afirmar y obedecer.

Las mejores y más auténticas democracias eran, en 1937, en opinión del dictador italiano, los regímenes existentes en Alemania y en Italia, al tiempo que expresaba sus esperanzas por la buena vía en que creía se había encarrilado la situación de España, por entonces enfrentada en una guerra civil, en la que Mussolini y Hitler colaboraban con el bando franquista:

Las más grandes y más auténticas democracias existentes actualmente en el mundo, son la italiana y la alemana; en otras partes, bajo la cobertura de los inmortales principios, la política está dominada por la potencia

del dinero, del capital, de las sociedades secretas, de los grupos políticos rivales: en Alemania y en Italia ninguna fuerza privada puede influir de ningún modo en la política del Estado. Esta comunidad de ideas italoalemana ha encontrado su expresión en la lucha contra el bolchevismo, forma superviviente de las más feroces tiranías bizantinas, inaudita explotación de la credulidad popular, régimen de esclavitud, de hambre y de sangre. Esta forma de degeneración humana —que vive de la mentira— ha sido combatida en Italia después de la guerra, y con extrema energía por el Fascismo: combatida con las palabras y con las armas. Porque cuando las palabras no bastan y cuando surge una grave amenaza, es preciso recurrir a las armas.

Esto es lo que hemos hecho en España donde millares de voluntarios italianos han caído por salvar la civilización de Occidente que puede todavía renacer si abandona los dioses falsos y engañosos de Ginebra y de Moscú para retornar a las luminosas verdades de nuestra Revolución (Discurso pronunciado en Berlín el 28 de septiembre de 1937).

Se ha discutido mucho en las ciencias sociales sobre las transformaciones que produjo el régimen fascista en la sociedad italiana. Al menos hay un primer aspecto que parece interesante destacar con respecto a las consecuencias de la acción estatista de la dictadura mussoliniana: Italia salió más integrada nacionalmente pues el fascismo operó con sus políticas debilitando los regionalismos y creó una mayor centralidad burocrática que la existente hasta entonces. Las ideas sobre la construcción de la Nación y el rol preponderante asumido por el Estado contribuyeron a unificar a Italia; y una vez terminada la dictadura quedó en el país un menor grado de desintegración y localismo en comparación con la situación anterior. Aun así, a cualquier observador de la sociedad italiana se le hace rápidamente notorio que esas fragmentaciones regionales subsisten hasta nuestros días.

Hacia fines del régimen fascista, el balance que hacía Mus-

solini sobre la capacidad de su proyecto político de resolver los múltiples y disímiles conflictos de la sociedad italiana, no era por cierto optimista. La Nueva Italia tantas veces pregonada en sus discursos no había sido alcanzada, según confesaba a un interlocutor y amigo, Ottavio Dinale, quien en su libro *Quarant' anni di colloqui con lui* (Ciarrocca, Milán, 1953) narró que Mussolini le había dicho que en realidad el fascismo con su “tenaz terapia de veinte años” sólo había conseguido modificar aspectos superficiales de las características tradicionales del pueblo italiano. Además, a esas reflexiones Mussolini las combinó con otras en las que auguraba una futura revalorización positiva del régimen por él dirigido. Se equivocó, pues la historia transcurrida desde su muerte no dio lugar a una rehabilitación de su figura, si bien el neofascismo italiano consiguió en los años recientes restablecer un cierto debate sobre su obra.

En cuanto a la grandeza nacional tantas veces nombrada por la propaganda fascista, esta meta estuvo muy lejos de ser alcanzada o, mejor dicho, con la dictadura se registró una notable regresión en todas las variables que podían medir una aproximación a ese objetivo. La derrota del país en la guerra mundial trajo como consecuencia la ocupación alemana primero y la de los aliados luego. En 1945, la producción industrial era la cuarta parte de la correspondiente a 1938 y la agraria alrededor de la mitad. La crisis del régimen fascista había dividido totalmente a los italianos enfrentados en una verdadera guerra civil, cuyos odios y consecuencias políticas se prolongaron durante mucho tiempo.

En la comparación entre el fascismo italiano y el nazismo alemán se pone en evidencia el menor grado de represión y de violencia interna empleado por el primero de esos regímenes. El nacionalsocialismo alemán fue extremadamente más criminal que el fascismo mussoliniano. Una explicación bastante aceptable a mi entender, es la que proponen Pierre Milza y Marianne Berteli en su libro *Le fascisme au xx siècle* (Ed. Richelieu, París, 1973). Según dicha interpretación del problema, Mussolini buscó fundar un orden estatal para regular la vida italiana, ante el cual debió él mismo limitar su poder. Recordemos que fue expulsado de su alto cargo por decisión del Rey y del Gran Consejo Fascista. En

cambio, con Hitler se produjo una concentración absoluta del poder en su propia persona y la ley y las instituciones quedaron desvalorizadas, situación que favoreció el imperio permanente de la arbitrariedad de quienes ejercían posiciones de mando.

Pasemos ahora a los aspectos fundamentales de las ideas y las prácticas políticas del régimen hitleriano. En las comparaciones con el fascismo italiano ya se avanzaron algunos elementos importantes para el análisis de esta experiencia despótica de control de la sociedad y del Estado.

Como lo señalamos anteriormente, Hitler alcanzó el gobierno por medios legales el 30 de enero de 1933. En las elecciones realizadas cinco meses antes su partido había obtenido el 37% de los sufragios, lo que equivalía a 13.400.000 votos. La carrera al poder del líder nazi había comenzado en la inmediata posguerra. En esa época trataba de agitar los espíritus de quienes se sentían frustrados por la derrota militar y por las condiciones que habían impuesto los países victoriosos en la contienda internacional. El nacionalismo era una bandera compartida por muchos pequeños grupos integrados por civiles y ex militares. Desde 1920, Hitler adquiere un cierto reconocimiento por su capacidad oratoria en los actos del Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes, cuya forma abreviada de designación fue "Partido Nazi". Las luchas en las calles y mitines contra los partidarios de la socialdemocracia y del comunismo, fueron dando un perfil cada vez más violento a los seguidores del pequeño partido de Hitler, cuya aspiración de la época era realizar la toma del poder por medio de un golpe de estado. El intento se llevó a cabo el 8 de noviembre de 1923 y quedó registrado en la historia con el nombre del Putsch de Munich. Hitler fue juzgado y enviado a prisión hasta diciembre de 1924. Allí comenzó a elaborar el primer volumen de su libro *Mi lucha*. Dicho libro fue publicado en el otoño europeo de 1925; hacia fin de los años '20 había vendido unos 30.000 ejemplares. El partido nazi había aumentado su número de adherentes en aquella década, y en 1929 ya contaba con 178.000 afiliados. Diversos estudios han permitido reconstruir la evolución

Tabla N° 1

**ESTRUCTURA DEL NSDAP POR PROFESIONES
1923, 1930 (en porcentajes)**

	1923	1930
Trabajadores (comprendidos los calificados)	19,7 (8,5)	26,3
Empleados	12,9	24,4
Funcionarios	6,6	7,7
Profesores		
Estudiantes (universitarios)	4,2	1,0
Profesionales	3,1	18,9
Empresarios	16,2	
Artesanos	21,3	
Agricultores	1,9	1,6
Jubilados		1,9
Mujeres	1,1	3,6
Otros	13,0	14,6

del origen socioprofesional de los integrantes del partido nazi de aquel entonces, como se puede observar en la tabla N° 1.

En *Mi lucha* Hitler presentó un conjunto limitado de ideas políticas que giraron siempre en torno al mismo tema: la recuperación de Alemania y la eliminación de los obstáculos que se oponían al logro de esa meta. Entre muchos otros, el siguiente párrafo ejemplifica bien su manera de combinar las cuestiones que privilegiaba en la exposición de su pensamiento político. En este fragmento del capítulo IV del primer volumen de su libro

tenemos la voluntad de poder, el rol del Estado, las características del desarrollo económico y el obsesionante y central tema que para Hitler constituía el problema racial:

Con la marcha triunfal de la técnica y de la industria alemanas y, por otra parte, con el creciente desarrollo del comercio, fue desapareciendo cada vez más la noción de que todo esto era sólo posible bajo la égida de un Estado poderoso. Por el contrario, hasta se había llegado en muchos círculos a sostener la convicción de que el Estado mismo debía la existencia a esas manifestaciones y que, en primer término, representaba una institución económica regida de acuerdo con principios económicos y, por lo tanto, dependiente también en su conjunto de la economía; en total, un estado de cosas que se ponderaba como el mejor y más natural del mundo.

El Estado nada tiene que ver con un determinado criterio económico o con un proceso de desarrollo económico. Tampoco constituye una reunión de gestores económicos en un campo de actividad con límites definidos que tienden a la realización de cometidos económicos, sino que es la organización de una comunidad de seres moral y físicamente homogéneos, con el objeto de mejorar las condiciones de conservación de su raza y así cumplir la misión que a ésta le tiene señalada la Providencia. Esto y no otra cosa significan la finalidad y la razón de ser de un Estado.

El Estado judío no estuvo jamás circunscrito a fronteras materiales; sus límites abarcan el universo, pero conciernen a una sola raza. Por eso el pueblo judío formó siempre un Estado dentro de otro Estado. Constituye uno de los artificios más ingeniosos de cuantos se han urdido hacer aparecer a ese Estado como una religión y asegurarle de ese modo la tolerancia que el elemento ario está en todo momento dispuesto a conceder a un dogma religioso. En realidad, la religión de Moisés no es más que una doctrina de la conservación de la raza judía. De ahí

que ella englobe casi todas las ramas del saber humano convenientes a su objetivo, sean éstas de orden sociológico, político o económico.

Toda vez que el poder político de Alemania experimentaba un cambio ascendente, la situación económica mejoraba también, pero cuando la actividad económica se convertía en el objetivo exclusivo de la vida nacional, ahogando virtudes idealistas, ese Estado sufría un derrumbamiento, para luego arrastrar consigo a la economía.

Si uno se preguntase cuáles son en realidad las fuerzas que crean o que, por lo menos, sostienen un Estado, podría, resumiendo, formular el siguiente concepto: Espíritu y voluntad de sacrificio del individuo en pro de la colectividad. Que estas virtudes nada tienen de común con la economía, fluye de la sencilla consideración de que el hombre jamás va hasta el sacrificio por esta última, es decir, que no se muere por negocios, pero sí por ideales.

En la ideología política de Hitler el problema racial ocupaba el centro de un razonamiento muy simple —probablemente por eso le resultó atractivo a muchos— que servía para dar explicaciones sobre las más disímiles cuestiones. Como valor nodal defendía lo que denominaba *la pureza de la raza aria*, y buscaba fundamentaciones empíricas de esa idea en la evolución de las especies. Por momentos, su modo de exposición tomaba un carácter fuertemente didáctico y, en la presentación de las “pruebas” de su teoría, no ahorraba términos para convencer a sus potenciales lectores. El que sigue es un párrafo del capítulo XI del primer tomo de *Mi lucha* donde plantea lo que, seguramente, entendía que debía ser una persuasiva analogía. Además, en este texto incursiona sobre nuestra América del Sur pensando, sin duda, en el caso argentino:

Hay verdades que están tan a la vista de todos, que, precisamente por eso, el vulgo no las ve o, por lo menos, no las reconoce. Así peregrinan los hombres en el jardín

de la naturaleza, y se imaginan saberlo y reconocerlo todo pasando, con muy pocas excepciones, como ciegos junto a uno de los más salientes principios de la vida: el aislamiento de las especies entre sí.

Basta la observación más superficial para demostrar cómo las innumerables formas de la voluntad creadora de la naturaleza están sometidas a la ley fundamental inmutable de la reproducción y multiplicación de cada especie restringida a sí misma. Todo animal se apareja con un congénere de su misma especie. Sólo circunstancias extraordinarias pueden alterar esa ley. Todo cruzamiento de dos seres cualitativamente desiguales da un producto de término medio entre el valor cualitativo de los padres; es decir, que la cría estará en nivel superior con respecto a aquel elemento de los padres que racialmente es inferior; pero no será de igual valor cualitativo que el elemento racialmente superior de ellos.

También la historia humana ofrece innumerables ejemplos en este orden, ya que demuestra con asombrosa claridad que toda mezcla de sangre aria con la de los pueblos inferiores tuvo por resultado la ruina de la raza de cultura superior. La América del Norte, cuya población se compone en su mayor parte de elementos germanos, que se mezclaron sólo en mínima escala con los pueblos de color, racialmente inferiores, representa un mundo étnico y una civilización diferente de lo que son los pueblos de la América Central y la del Sur, países en los cuales los emigrantes, principalmente de origen latino, se mezclaron en gran escala con los elementos aborígenes. Este solo ejemplo permite claramente darse cuenta del efecto producido por la mezcla de razas. El elemento germano de la América del Norte, que racialmente conservó su pureza, se ha convertido en el señor del continente americano y mantendrá esa posición mientras no caiga en la ignominia de mezclar su sangre.

Todo cuanto hoy admiramos en el mundo —ciencia y arte, técnica e inventos— no es otra cosa que el producto

de la actividad creadora de un número reducido de pueblos y quizá, en sus orígenes hasta de una sola raza. Todas las grandes culturas del pasado cayeron en la decadencia debido únicamente a que la raza de la cual habían surgido envenenó su sangre.

Si se divide la humanidad en tres categorías de hombres: creadores, conservadores y destructores de la cultura, tendríamos seguramente como representante del primer grupo sólo al elemento ario.

Con el tiempo Hitler relativizó algunas de las afirmaciones más terminantes expuestas en *Mi lucha* pero mantuvo hasta el fin de sus días, con las trágicas consecuencias conocidas, sus criterios sobre la supuesta superioridad aria y la necesidad de someter o exterminar a los pueblos de otros orígenes raciales. La combinación entre raza y Estado, daba a ciertos conceptos de carácter racista que habían existido y se habían difundido en Alemania antes de la época hitleriana, un particular sentido político. Así si bien el antisemitismo ya tenía sus cultores en todos los países europeos y no faltaban quienes habían politizado el tema en oportunidades anteriores, con Hitler esa orientación alcanzó el paroxismo. La construcción ideológica por él propuesta tenía como adversario principal y casi único al “pueblo judío”, elevado en sus explicaciones a la síntesis del mal absoluto, cuya acción creía encontrar tanto detrás de los comunistas como de los poderes financieros. Muchas veces se pierde de vista, o no se sabe, que la comunidad judía de Alemania en la época en que Hitler predicaba sus tesis constituía sólo el 0,7% de la población total, es decir, menos de 600.000 personas. Este dato resulta relevante pues, como lo demostraron algunos estudios realizados al respecto, existían en la década del '30 ciudades y localidades alemanas en las que no había ningún habitante de religión judía y, sin embargo, la interpretación nazi de la política fue aceptada por muchísimos sujetos que creyeron ver en ellos al enemigo de Alemania.

En el esquema general planteado por Hitler el antisemitismo no se expresaba como un mero prejuicio racial sino que se proyec-

taba de lleno en la esfera de la política. Dicho en otros términos, en la concepción nazi no había separación entre la cuestión racial y el problema de la definición del Estado. La suya era una idea racista del Estado, o como lo expresaba en su libro:

No es el Estado en sí el que crea un cierto grado cultural; el Estado puede únicamente cuidar de la conservación de la raza de la cual depende esa cultura.

En consecuencia, es la raza y no el Estado lo que constituye la condición previa de la existencia de una sociedad humana superior.

Según esto, el fin supremo de un Estado racista consiste en velar por la conservación de aquellos elementos raciales de origen que, como factores de cultura, fueron capaces de crear lo bello y lo digno inherentes a una sociedad humana superior. Nosotros entendemos el Estado como el organismo viviente de un pueblo que no sólo garantiza la conservación de éste, sino que lo conduce al goce de una máxima libertad, impulsando el desarrollo de sus facultades morales e intelectuales (Mi lucha, tomo II, cap. 2).

En cuanto a quienes deberían dirigir el Estado, Hitler tenía también posiciones claras y definidas contra los principios liberal y democrático. En el capítulo 4 del tomo II de *Mi lucha* afirmaba:

Una ideología que, rechazando el principio democrático de la masa, aspira a consagrar este mundo en favor de los mejores pueblos, es decir, en favor del hombre superior, está lógicamente obligada a reconocer también el precepto aristocrático de la selección dentro de cada nación, garantizando así el gobierno y la máxima influencia de los más capacitados en sus respectivos pueblos. Esta concepción se funda en la idea de la personalidad y no en la de la mayoría.

La mejor constitución política de un Estado y su forma

de gobierno es aquella que con la seguridad más natural lleva a situaciones de importancia preponderantes y de influencia directriz a los más calificados elementos de la comunidad nacional.

Desaparecen las decisiones por mayoría y sólo existe la personalidad responsable. Bien es cierto que junto a cada hombre dirigente hay consejeros que asesoran, pero la decisión definitiva corresponde adoptarla a uno solo.

Por último, el Estado racista no admite que en ramos especiales, por ejemplo en cuestiones de índole económica, se solicite el consejo o el dictamen de gentes que debido a su preparación profesional y género de actividad no conocen la materia del asunto que se trata. Es por esta razón que subdivide sus corporaciones representativas en cámaras políticas y cámaras profesionales. Para garantizar una labor fecunda de cooperación entre esas cámaras existe —como instancia de selección— un senado permanente, al cual están subordinadas.

Las ideas nacionalsocialistas no podían —en la visión de su jefe— competir con otras, ni tampoco el partido que las sostenía podía aceptar la coexistencia de otros partidos. Estas perspectivas derivaban de un principio básico: puesto que ellos expresaban algo superior a una mera posición sectorial no era legítimo, ni necesario, que debatieran con quienes estaban equivocados. En el tomo II, cap. V, de su libro Hitler afirmaba:

Una ideología que irrumpe tiene que ser intolerable y no podrá reducirse a jugar el rol de un simple partido junto a otros, sino que exigirá imperiosamente que se la reconozca como exclusiva y única, aparte de la transformación total —de acuerdo con su criterio— del conjunto de la vida pública. No podrá, por tanto, admitir la coexistencia de ningún factor representativo del antiguo régimen imperante.

Esta intolerancia es propia de las religiones. Tampoco el cristianismo se redujo sólo a levantar su altar, sino

que lógicamente tuvo también que proceder a la destrucción de los altares paganos. Únicamente gracias a esa intolerancia fanática pudo surgir la fe apodíctica, de la cual es precisamente la intolerancia su condición previa.

Una concepción ideológica, saturada de un infernal espíritu intolerante, podrá ser rota solamente por una idea que, siendo pura en principio y verídica en absoluto, esté impulsada por el mismo espíritu de intolerancia y sostenida por una voluntad no menos fuerte que la que anima a aquélla.

Los partidos políticos se prestan a compromisos; las concepciones ideológicas, jamás. Los partidos políticos cuentan con competidores; las concepciones ideológicas proclaman su infalibilidad.

Una concepción ideológica llevará sus principios al triunfo sólo cuando en las filas de sus adeptos reúna a los elementos de más entereza y de mayor fuerza de acción de su época y de su pueblo, haciendo de ello la falange de una organización apta para la lucha. Pero para esto es necesario que esta concepción ideológica, tomando en cuenta a esos elementos, puntualice en su mundo general de ideas ciertos postulados que, por su precisión y presentados en una forma apropiada, puedan servir de credo a la nueva comunidad. Mientras que el programa de un partido netamente político no es más que una receta para el buen resultado de las próximas elecciones, el programa de una concepción ideológica representa la fórmula de una declaración de guerra contra el orden establecido, contra el estado de cosas existentes, en fin, contra el criterio dominante de la época.

La guerra para extender las fronteras de Alemania y asegurar un “espacio vital” estaban claramente anunciadas en el texto de Hitler; combinando en este caso, necesidades materiales con criterios de reivindicación histórica. En el tomo II, capítulo XIV de su libro decía:

El movimiento nacionalsocialista tiene que imponerse la misión de eliminar la desproporción existente entre la densidad de nuestra población y la extensión de nuestra superficie territorial —superficie territorial que debe ser considerada desde el doble punto de vista de fuente de subsistencia y de apoyo del poder político— y también hará que desaparezca la falta de relación que hay entre nuestro gran pasado histórico y la triste perspectiva de nuestra impotencia en el presente.

Los fragmentos que nos han permitido recorrer “en directo” el pensamiento de Hitler nos muestran que desde mucho tiempo antes de convertirse en realidades, la ideología nacionalsocialista anunciaba sus metas y objetivos. El genocidio racial, la eliminación del pluralismo democrático y la concentración del poder en un jefe supremo, el desprecio por las mayorías en materia de toma de decisiones políticas, la apología de las elites, el Estado todopoderoso, la búsqueda de un “espacio vital” y la guerra, eran temas destinados a organizar la práctica política de los nazis. Las víctimas se contaron por millones y los campos de concentración quedaron como el monumento a la barbarie. Hace unos años conocí el campo de concentración de Dachau, que se encuentra a unos 50 kilómetros de Munich y es un impresionante museo del horror nazi; en una de las salas de entrada está escrita en muchos idiomas, la frase del filósofo norteamericano George Santayana que dice: *quienes olvidan el pasado están condenados a repetirlo*. La frase ya la había leído en muchos libros, pero desde entonces pensé que aquel era el lugar más apropiado para grabarla.

Resulta difícil pensar cómo personas pertenecientes a uno de los pueblos más cultos del mundo pudieron organizar tal delirio criminal. Aquí lo que hemos dicho sobre las funciones de las ideologías cobra todo un sentido, si se quiere, más trágico. Las ideologías nos proveen de aparatos clasificatorios que llevan a forjar identidades y a designar adversarios. Por lo general, con las ideologías no se reclasifica a las personas en términos de si son o no humanos o si merecen o no vivir. Una ideología política de carácter racista como el nazismo llevó a desarrollar, primero en quienes

la enunciaban y luego entre los que la aceptaban en diversos grados, una manera de ver a las personas que los hizo pensar en la legitimidad de la eliminación física de quienes eran designados como enemigos. Esa naturalización de la muerte se encontró, como hemos visto, anunciada con una transparencia extraordinaria en los escritos de Hitler. Luego fue parte de la propaganda proselitista nazi y por último se convirtió en doctrina de Estado. En la realización de los crímenes del nazismo participaron millones de personas, mientras muchos otros eran indiferentes ante lo que ocurría. Dentro del contexto de este curso, la explicación de dichos comportamientos la buscamos en el poder que tuvieron las ideas sobre aquellas personas.

Muchas veces se ha formulado la pregunta sobre si los jefes del nacionalsocialismo creían en las ideas racistas que defendían o si vivían esa ideología como un conjunto de razonamientos meramente útiles para legitimar sus posiciones de poder. Este interrogante se puede plantear ante los defensores o promotores de cualquier ideología pero, sin duda, el caso de los nazis presenta características que los colocan en un límite muy significativo.

Frente a esta pregunta hay dos respuestas alternativas y excluyentes, aun cuando ambas pueden ser justificadas a partir de referencias empíricas que les dan consistencia. Que los nazis consideraban sus ideas racistas como una verdad absoluta lo demuestra el hecho de que no se relacionaron con ese tema de una manera instrumental; y así, cuando podían optar entre hacer funcionar sus campos de exterminio —para lo cual hacía falta destinar recursos, soldados, transportes, etc.— o bien emplear esos medios en la lucha inmediata contra los ejércitos aliados, prefirieron mantener sus criminales programas de eliminación racial. Este ejemplo, tétrico por cierto, muestra la prioridad que el nacionalsocialismo daba a su concepción ideológica. Si sus convicciones al respecto no hubiesen sido tan fuertes, según estiman algunos analistas, el curso de la guerra mundial podría haber sido distinto.

Pero manteniéndonos en el mismo problema de los actos de eliminación de los sujetos descalificados por razones racistas, se puede plantear otra cuestión que conduce a pensar que los nazis

no creían que sus acciones criminales eran inocentes o moral y jurídicamente legítimas: cuando se acercaban los ejércitos aliados ya triunfantes a los campos de concentración, los responsables nacional socialistas hacían destruir todo lo que podía operar como prueba material del genocidio que habían cometido. Es decir, no actuaban como quien cree haber realizado un acto justo y no reprochable o, dicho en otros términos, la ideología racista no los llevaba a asumir el genocidio con el discurso con el que lo habían legitimado previamente en sus textos de doctrina. Es corriente encontrar información sobre personas que cometen masacres mediante acciones terroristas y luego proclaman que es moralmente justo lo que hicieron. La manera de actuar de los nazis al tratar de borrar las pruebas de los actos genocidas invita a relativizar la fuerza de sus convicciones sobre el tema, aun cuando para realizar tamaños crímenes, quienes los ordenaban y los realizaban tenían que compartir una visión ideológica que legitimaba ante sí mismos esos actos aberrantes.

En total, la Segunda Guerra mundial dejó 55 millones de muertos y 35 millones de heridos. De los 55 millones de víctimas, unos 30 millones fueron civiles. La URSS tuvo 20 millones de muertos; de ellos, 13 millones eran militares. Murieron 7 millones de alemanes, de los cuales alrededor de la cuarta parte eran civiles. Japón perdió más de 2 millones de personas, entre las que se contaron los 120.000 muertos ocasionados por las bombas atómicas lanzadas sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, por los Estados Unidos. En fin, en los campos de concentración hitlerianos murieron más de 6 millones de personas, la gran mayoría fueron las víctimas de la ideología racista del régimen.

**AUTOEVALUACIÓN. PARA UN CONTROL DE SU
COMPRENSIÓN**

- Indique los rasgos principales de las ideas democráticas.
- ¿Cuáles fueron los ejes que dividieron a los seguidores de Marx?
- Compare las que a su criterio son las ideas básicas de Mussolini con las de Hitler.

LECTURAS SUGERIDAS

- ANSART, Pierre (1983). *Ideología, conflicto y poder. La red de Jonás*.
Premia Editores. México.
- SCHAPIRO, Leonard (1981). *El totalitarismo*. F.C.E. México.
- STROMBERG, Roland N. (1990). *Historia intelectual europea*. Debate.
Madrid.

Unidad 4

LA EXPANSIÓN DEL COMUNISMO SOVIÉTICO: PODERÍO Y PRIMERAS SEÑALES DE CRISIS

Al terminar la Segunda Guerra Mundial la Unión Soviética era, al mismo tiempo, más fuerte y más débil que en el momento inicial de esa gran conflagración. Más fuerte porque se había dotado de un área de protección constituido por una serie de países que adoptaron bajo su influencia regímenes comunistas. En algunos casos fue una cuestión de intervención soviética directa y en otros de procesos más autónomos pero, en principio, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Alemania del Este, Yugoslavia y Albania, se convirtieron en un bloque regido por los mismos criterios doctrinarios que habían inspirado a la revolución de octubre de 1917. Agreguemos que como consecuencia de la guerra los soviéticos habían ampliado sus fronteras anexando Lituania, Letonia y Estonia. No sólo desde el punto de vista de los territorios conquistados o aliados los soviéticos eran más fuertes, sino también en razón del reconocimiento de su calidad de gran potencia que le había deparado su desempeño bélico. Stalin había negociado a la par con Roosevelt y con Truman, y, sobre todo del primero de esos dos presidentes norteamericanos, había recibido concesiones que le garantizaban la perdurabilidad de las zonas de influencia conseguidas o muy próximas a lograr.

Cuando sin miedo al contrasentido decimos que también la URSS era más débil, es en virtud de los inmensos daños sufridos

por su población y su economía por efecto de la guerra. El país tenía delante largos años de penurias habitacionales y de racionamientos en materia de artículos de primera necesidad. Por otra parte, los millones de muertos en la guerra implicaban una alteración muy seria de su estructura demográfica, problema cuyas consecuencias se sentirían años más tarde. Además, en ciertas regiones había existido una propensión a colaborar con la invasión nazi y al finalizar el conflicto internacional el gobierno de Stalin resolvió castigar a esos pueblos realizando traslados masivos de poblaciones. Para tener una idea aproximada de lo sucedido en el plano demográfico, digamos que a diez años de terminada la guerra la URSS todavía no había recuperado el nivel de población del año 1941. La infraestructura de medios de transporte, los mecanismos de producción de energía, los depósitos de alimentos o de otros bienes estratégicos, que en cualquier guerra son un blanco privilegiado de los atacantes, tenían funciones muy importantes en la URSS dado su carácter de economía centralmente planificada y su deterioro o destrucción tuvo efectos directos de desorganización del sistema político.

Si ponemos en relación los elementos de mayor poderío y de debilitamiento rápidamente mencionados, se hace evidente que la Unión Soviética no se encontraba en las mejores condiciones para asegurar su poder por medios pacíficos sobre la zona de influencia integrada por lo que muy pronto pasarían a llamarse los países de detrás de la cortina de hierro. La seguridad en términos geopolíticos que dicha zona podía brindar implicaba una inversión militar que se sumaba a los problemas económicos soviéticos. No es sorprendente, en consecuencia, que la URSS buscara compensar en los intercambios comerciales con esos países los gastos que su existencia ocasionaba. Para la parte de los habitantes de dichos países que no compartían las ideas comunistas, la nueva situación en que se encontraban fue definida como una dominación de tipo colonial, tanto en lo político como en lo económico. Tampoco resultó fácil para la URSS la relación con los dirigentes comunistas locales que en distintos momentos y de diferentes formas reaccionaron contra su hegemonía. Al respecto puede afirmarse que el modo soviético de organización de la sociedad y del Estado, aun

cuando no se trasplantaba como un calco a cada uno de sus “aliados”, presentaba muchas similitudes con sus instituciones. Ahora bien, en casi toda Europa oriental existía una historia de preveniciones hacia la dominación soviética que venía de la época del expansionismo ruso anterior a la revolución de 1917. La oposición al comunismo se articuló con las ideas políticas favorables a la defensa de la identidad nacional y ese fue uno de los focos de resistencia que en momentos distintos afloró en los diferentes países del Este.

La generalización de gobiernos comunistas en Europa oriental era presentada por los soviéticos como una muestra del carácter correcto de las tesis sobre el movimiento inexorable de la historia que conducía al socialismo. Si bien era cierto y transparente para todos que el Ejército Rojo y no la lucha de clases había operado de “motor de la historia” para producir y asegurar esos cambios políticos, dicha visión podía encontrar cierto respaldo en otros procesos que tenían un origen endógeno y mucho más independiente de la acción de Moscú. Tal fue el caso de la Revolución China dirigida por Mao-Tse-tung que triunfó en 1949.

El éxito de los revolucionarios asiáticos en un país totalmente subdesarrollado, con una gran mayoría de población campesina y prácticamente sin obreros industriales volvía a confirmar la tesis expuesta por los teóricos soviéticos —Lenin el primero de ellos—, que a la luz del triunfo de octubre de 1917 habían aportado una corrección a las concepciones clásicas. Ellos habían defendido la idea de que cabía esperar la realización de revoluciones en los países menos desarrollados económicamente, pues allí se condensaban todos los problemas del capitalismo internacional. En 1924, Stalin había escrito al respecto, en el libro *Los fundamentos del leninismo*, señalando la importancia de la

...contradicción entre un puñado de naciones civilizadas dominantes y centenares de millones de hombres de las colonias y de los países dependientes. El imperialismo es la explotación más descarada y la opresión más inhumana de centenares de millones de habitantes de las inmensas colonias y países dependientes. Extraer super-

beneficios: tal es el objetivo de esta explotación y de esta opresión. Pero, al explotar a esos países, el imperialismo se ve obligado a construir en ellos ferrocarriles, fábricas, centros industriales y comerciales. La aparición de la clase de los proletarios, la formación de una intelectualidad del país, el despertar de la conciencia nacional y el incremento del movimiento de liberación son resultados inevitables de esta política. El incremento del movimiento revolucionario en todas las colonias y en todos los países dependientes, sin excepción, lo evidencia de modo palmario. Esta circunstancia es importante para el proletariado, porque mina de raíz las posiciones del capitalismo, convirtiendo a las colonias y a los países dependientes, de reservas del imperialismo, en reservas de la revolución proletaria.

Esta perspectiva que se colocaba en un punto de vista que pensaba como si la lucha de clases se librara también a nivel internacional entre países ricos y países pobres, encontró rápidos ecos en estos últimos. Sobre las regiones más atrasadas del mundo se ejercía una explotación imperialista, decía la tesis mencionada, y en consecuencia era legítimo sostener la posibilidad de revoluciones con proyectos poscapitalistas aun cuando el desarrollo de las fuerzas productivas se encontrara muy lejos de hallarse trabado por las relaciones de producción capitalistas, condición del cambio de sociedad expuesto por Marx. En 1945, en un informe al VII Congreso del Partido Comunista Chino, uno de sus dirigentes sistematizó esta interpretación para legitimar la relativamente próxima toma del poder. El texto que transcribiremos a continuación es interesante por varias razones. Por un lado refleja el extremo culto y reverencia rendido por sus seguidores a Mao y a su pensamiento, pero por otra parte expresa el nacionalismo chino, y, en fin, anuncia los futuros conflictos con Moscú:

Desde hace más de un siglo el pueblo y la nación china, víctimas de profundas desgracias, vienen llevando una lucha sangrienta por su propia liberación. Su expe-

riencia es de una incalculable riqueza. Estas luchas y la práctica adquirida debió conducir inevitablemente a la formación de su propio pensamiento teórico, haciendo de la nación china no sólo un pueblo capacitado para conducir una guerra sino también una nación dotada de una teoría revolucionaria moderna y científica (...)

Esta teoría ya condujo a nuestro partido y a nuestro pueblo a tres grandes victorias; y, más aún, seguirá conduciendo a nuestro partido y a nuestro pueblo a la victoria final y a la liberación definitiva. Ella representa la mayor conquista y la gloria más grande de nuestro partido y de nuestro pueblo a lo largo de su prolongada lucha, y traerá provecho a nuestra nación hasta las generaciones más lejanas. Esta teoría es precisamente el pensamiento de Mao-Tse-tung, la teoría y la política de Mao-Tse-tung en lo que se refiere a la historia, la sociedad y la revolución chinas.

El pensamiento de Mao-Tse-tung es un desarrollo nuevo del marxismo en la revolución nacional-democrática de los países coloniales, semicoloniales y semif feudales en la época actual. Es un modelo admirable de la nacionalización del marxismo (...) Es chino y es al mismo tiempo enteramente marxista (...) El nacimiento, el desarrollo y la maduración del pensamiento de Mao-Tse-tung ya tienen una larga historia de unos 24 años, y ha sido puesta a prueba en múltiples ocasiones en las innumerables ásperas luchas de los millones de seres humanos que componen nuestro pueblo. Se ha demostrado, como una verdad objetiva, que es la única teoría y política correcta para salvar a China. En el pasado, innumerables hechos históricos han demostrado que mientras la revolución se encontraba bajo la dirección de Mao-Tse-tung y su pensamiento, ésta triunfó y se desarrolló; mientras que, por el contrario, cuando se alejó de la dirección y del pensamiento de Mao-Tse-tung desembocó en la derrota y el retraso. En el pasado, la unión de la teoría marxista con la práctica de la revolución proletaria en la época del

imperialismo, con la práctica de la revolución rusa, dio lugar al bolchevismo ruso, es decir, al leninismo-estalinismo. Además, el leninismo-estalinismo guió no sólo al pueblo ruso hacia su liberación definitiva sino que guió y guía todavía a los pueblos del mundo entero hacia su liberación. En tanto que discípulo de Marx, Engels, Lenin y Stalin, el aporte de Mao-Tse-tung consiste precisamente en haber unido la teoría marxista con la práctica de la Revolución china, dando nacimiento al comunismo chino: el pensamiento de Mao-Tse-tung. Y el pensamiento de Mao-Tse-tung también ha guiado y sigue guiando al pueblo de China hacia su liberación definitiva. E igualmente constituirá una útil y gran contribución a la causa de la liberación de todos los pueblos de las naciones del Oriente.

En 1949 Mao-Tse-tung definió del siguiente modo el régimen que bajo su liderazgo se había instalado en China:

En el terreno internacional, pertenecemos al frente antiimperialista encabezado por la Unión Soviética y, para obtener una verdadera ayuda amistosa, sólo podemos dirigirnos a este lado, y no al lado del frente imperialista.

“Ustedes ejercen una dictadura.” Queridos señores míos, tienen razón, es justamente eso lo que hacemos. Toda la experiencia acumulada por el pueblo chino durante varios decenios nos enseña a ejercer la dictadura democrática popular, lo que significa privar a los reaccionarios del derecho a la palabra y dar ese derecho sólo al pueblo.

¿Qué se entiende por pueblo? En China, en la presente etapa, por pueblo se entiende a la clase obrera, el campesinado, la pequeña burguesía urbana y la burguesía nacional. Dirigidas por la clase obrera y el Partido Comunista, estas clases se unen, forman su propio Estado, eligen su propio gobierno y ejercen la dictadura sobre los lacayos del imperialismo, es decir, sobre la clase terrateniente y la clase capitalista burocrática, así como sobre

sus representantes, los reaccionarios del Kuomintang y sus cómplices; los reprimen, sólo les permiten actuar en la forma debida y no les toleran que se extralimiten, ni de palabra ni de hecho. Si se extralimitan de una u otra forma, se los reprime y se los castiga inmediatamente. La democracia se practica en el seno del pueblo, el cual goza de las libertades de palabra, de reunión, de asociación, etc.. Sólo el pueblo goza del derecho electoral, y no los reaccionarios. La combinación de estos dos aspectos, democracia para el pueblo y dictadura para los reaccionarios, constituye la dictadura democrática popular.

Estas ideas sobre la naturaleza del régimen político que se había impuesto en China y sobre la identidad del colectivo social que lo apoyaba y al cual buscaba expresar, reflejaban las características muy distintas de la nueva experiencia revolucionaria en comparación con la llevada adelante en la URSS. Desde un principio el marxismo de Mao intentó recortar un perfil propio que lo asociaba a los países del entonces emergente Tercer Mundo. Así, si bien la URSS y Stalin podían tratar de capitalizar el fenómeno, sobaban los indicios que revelaban las profundas diferencias entre los dos regímenes que se reclamaban, sin embargo, como descendientes del pensamiento de Marx. Allí donde las coincidencias predominaban era cuando definían el contexto mundial, unos y otros veían próximo el fin o al menos la crisis de los países que ocupaban posiciones de predominio en la estructura capitalista internacional. En el libro *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, de 1952, Stalin definía del siguiente modo la situación mundial:

La disgregación del sistema mundial único y omnímodo debe ser considerada como el resultado económico más importante de la segunda guerra mundial y de sus consecuencias económicas. Esta circunstancia determinó una profundización aún mayor de la crisis general del sistema capitalista mundial.

La misma segunda guerra mundial fue engendrada

por esta crisis. Cada una de las dos coaliciones capitalistas que se enzarzaron durante la guerra, pensaba derrotar a su enemigo y conquistar la dominación del mundo. En esto basaban la salida de la crisis. Los Estados Unidos pensaban poner fuera de combate a sus competidores más peligrosos, Alemania y el Japón, apoderarse de los mercados extranjeros y de los recursos mundiales de materias primas y conquistar la dominación del mundo.

Sin embargo, la guerra no justificó esas esperanzas. Ciertamente es que Alemania y el Japón quedaron fuera de combate como competidores de los tres países capitalistas más importantes: los Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Pero, al mismo tiempo, se desgajaron del sistema capitalista la China y las democracias populares de Europa, formando, con la Unión Soviética, el unido y poderoso campo socialista, opuesto al campo del capitalismo. Una consecuencia económica de la existencia de los dos campos opuestos ha sido la disgregación del mercado mundial único y omnímodo; tenemos hoy la existencia paralela de dos mercados mundiales, opuestos también el uno al otro.

Debemos señalar que los Estados Unidos, Inglaterra y Francia han contribuido ellos mismos, aunque sin quererlo, claro está, a la formación y al fortalecimiento del nuevo mercado mundial paralelo. Sometieron a un bloqueo económico a la URSS, la China y las democracias populares de Europa —que no entraron en el sistema del plan Marshall—, suponiendo que con su bloqueo lograrían estrangular a todos los países. En realidad, en vez de ser estrangulado, el nuevo mercado mundial se ha fortalecido.

Ahora bien, la causa principal de lo dicho no es, claro está, el bloqueo económico, sino el hecho de que, en el período que ha seguido a la guerra, esos países se han agrupado estrechamente desde el punto de vista económico y han organizado la colaboración y la ayuda mutua en el dominio de la economía. La experiencia de esa co-

laboración demuestra que ningún país capitalista hubiera podido prestar a las democracias populares una ayuda tan eficaz y tan calificada desde el punto de vista técnico como la que les presta la Unión Soviética. No se trata sólo de que esa ayuda es barata en grado máximo y altamente calificada desde el punto de vista técnico. Se trata, ante todo, de que la base de esa colaboración es el sincero deseo de ayudarse mutuamente y de alcanzar un auge económico general. En consecuencia, la industria de esos países ha logrado un elevado ritmo de desarrollo. Puede afirmarse que, dado ese ritmo de desarrollo de la industria, esos países pronto se pondrán a tal altura, que no necesitarán importar mercancías de los países capitalistas, sino que ellos mismos sentirán la necesidad de exportar las mercancías excedentes por ellos producidas.

La conclusión que sacaba Stalin era que en no mucho tiempo, ante su inevitable crisis, los países más desarrollados entrarían en guerra entre sí. Pensaba, haciendo una analogía con la Segunda Guerra Mundial, que esos enfrentamientos estaban en la naturaleza misma del modo de acción de los países avanzados, pues éstos tendrían que tratar nuevamente de dirimir la cuestión de la distribución de las arcas de influencia mediante el uso de las armas. Esta perspectiva reforzaba su mirada optimista respecto al futuro del socialismo. Para esa época la guerra fría ya había comenzado desde hacía varios años y los principales países del occidente, bajo la conducción de los Estados Unidos, se planteaban cómo hacer frente al problema soviético.

Stalin falleció a principios de marzo de 1953. Después de finalizada la guerra, la URSS había puesto en marcha una serie de grandes proyectos económicos que exigieron enormes esfuerzos de la población, la cual, a su vez, conocía múltiples penurias en materia de bienes de consumo cotidiano. El discurso ideológico, productivista y patriótico, alentaba la realización de sacrificios prometiendo la llegada de una mejor situación en un plazo no muy lejano, a la vez que recordaba las amenazas que existían para el país por la acción de las potencias extranjeras. Denunciar

agentes foráneos o saboteadores internos, fue una práctica que se mantuvo durante este período. Los archivos actualmente abiertos a los investigadores permiten abordar con cierta objetividad el tema de la represión durante esos años, cuestión que siempre fue un ámbito de propaganda anticomunista pero sobre la que recién ahora se cuenta con informaciones confiables. En los campos de concentración de detenidos políticos había 1.200.000 personas al fin de la guerra y la cifra se había duplicado en la época de la muerte de Stalin. La represión en el plano ideológico había continuado, aun cuando no se llegaron a realizar grandes procesos judiciales como los de años anteriores. Los rasgos personalistas del régimen se habían agudizado y el culto a Stalin alcanzó límites desconocidos hasta entonces. La situación producida por la desaparición de Stalin fue resumida por el historiador François Furet con términos por demás elocuentes:

De hecho, la muerte de Stalin creó, al sobrevenir, una emoción universal en que se mezclaron los recuerdos de la guerra y los temores del porvenir. Curiosamente, la opinión no comunista no sólo rindió homenaje al mariscal vencedor, sino también a la prudencia y moderación de su política exterior (...) Pero la verdad —un atisbo de verdad— sobre la época de Stalin no provendrá de occidente, sino del ámbito donde fue vivida: del mundo comunista en general y del Partido Comunista de la Unión Soviética en particular. De la dialéctica interna de una sucesión imposible nacerá la primera definición del período estalinista (El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx. Fondo de Cultura Económica, México, 1995, pág. 501).

Las pujas por el poder cubrieron la escena política de los años inmediatamente posteriores a la desaparición de Stalin. Se multiplicaron los signos de aflojamiento de la represión interna y un cierto “deshielo” pareció, contradictoriamente, ponerse en marcha. Por fuerza, la ideología oficial tenía que cambiar, pues basada

hasta entonces en el personalismo, debía dar un mayor espacio al “pluralismo” muy restringido de los jefes que disputaban el poder. En esas luchas terminó por imponerse Nikita Krushchev.

Una etapa en la historia del comunismo se cerró con la publicación del denominado “Informe Krushchev” al xx Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética realizado en febrero de 1956. La figura y trayectoria de Stalin fue demolida en ese importante documento. En torno a la idea del “culto a la personalidad” del otrora infalible jefe se formuló una nueva versión de lo ocurrido en la URSS en los treinta años anteriores a 1953. El informe leído por Krushchev presentaba a Stalin como un déspota, cuyos rasgos psicopáticos lo llevaron a cometer toda clase de arbitrariedades. La represión y el terror en el seno del partido, los errores militares del ejército soviético en la Segunda Guerra Mundial, la crisis crónica de la agricultura, etc., constituyeron, entre otras, responsabilidades atribuidas a Stalin según el mencionado informe. Se denunció también, el rol negativo que había jugado en la época que finalizaba, el antiguo jefe de la policía secreta, Beria, del que textualmente se afirmaba que había sido *agente de un servicio de espionaje extranjero*. Se señaló, además, que Lenin en su testamento —cuya publicación había sido prohibida por Stalin— aconsejaba que se lo excluyese del manejo del poder.

Cabe poner de relieve que en el informe de Krushchev se pueden reconocer todas las referencias que fueron características del estilo de análisis estalinista: el héroe, aunque esta vez era negativo, que construye y es responsable de prácticamente todo; el agente del espionaje extranjero que consigue infiltrarse en los lugares más elevados del Estado; y, en fin, la cita legítima de los pensamientos de Lenin.

Las iniciativas de Krushchev, han sido explicadas por diversos autores, como un intento de dotar a la URSS de una mayor racionalidad, superando el clima de terror del período precedente. Según afirma el cientista político norteamericano Merle Fainsod, fue una búsqueda de

...un reajuste de los órganos políticos y administrativos, para adaptarlos a la etapa más madura de indus-

trialización que el mismo Stalin tanto había contribuido a crear (“Burocracia y modernización: el caso de Rusia y el Soviet, en La Palombara, J: Burocracia y desarrollo político. Buenos Aires, Paidós, 1970).

La otra dimensión del acontecimiento que cabe destacar fue la introducción de efectos de crisis en la hasta entonces ideología monolítica que regulaba la vida política soviética.

Después de Stalin, en los países de Europa Oriental se expresaron varios movimientos e iniciativas políticas tendientes a crear más libertad interna y menos sujeción a las directivas soviéticas en el plano internacional. El comunismo yugoslavo, bajo la dirección del mariscal Tito, había entrado en conflictos con Stalin y la continuidad de esa experiencia, al no recibir una invasión soviética, había abierto ciertas expectativas en otros países del Este. Con más razón, los aires de liberalización que siguieron a la muerte del omnímodo mandatario soviético alimentaron iguales esperanzas de cambio en toda Europa Oriental. La realidad fue muy distinta. En junio de 1953, cuando todavía no estaba bien definida la sucesión de Stalin, los tanques soviéticos reprimieron manifestaciones de protesta en Berlín Este, mostrando así la voluntad de no modificar las relaciones asimétricas establecidas en la región. Una señal de cambio pareció surgir después del informe Krushchev y esta vez fue en Polonia que se inició un proceso de liberalización muy controlado, dirigido por un ala renovadora del Partido Comunista local y, pese a que los tanques soviéticos estuvieron a punto de intervenir, la situación se negoció y se evitaron las peores consecuencias represivas. Sin duda, alentados por los sucesos polacos, los comunistas húngaros impulsaron a su vez iniciativas reformistas, pero muy pronto fueron desbordados por los reclamos populares, en especial en materia de una mayor independencia nacional. La experiencia terminó con la intervención armada de los soviéticos en octubre de 1956.

La combinación entre la desmitificación oficial del período estalinista y la política soviética que no mostraba indicios de querer modificar en profundidad la relación con los países del Este, estimuló nuevas ideas de protesta en esas regiones. Las más inte-

resantes, desde nuestro punto de vista, fueron aquellas que socavaron objetivamente las bases de legitimidad de los regímenes imperantes, reflexionando a partir de los mismos principios teóricos en que se basaba la ideología comunista. Todas estas críticas apuntaban contra el fuerte carácter burocrático de los Estado-partido y contra los beneficios y prebendas que obtenían las nuevas clases gobernantes.

Entre las primeras obras que difundieron estas visiones internas críticas de las realidades comunistas se encontró la de Milovan Djilas, político y teórico yugoslavo, titulada sugerentemente *La nueva clase*, cuya edición original data de mediados de la década del '50. En el párrafo que transcribimos, tomado del mencionado libro, Djilas resume su argumento central:

Para comprender la naturaleza de las relaciones que surgen en el curso de la revolución comunista y que luego quedan establecidas en el proceso de la industrialización y la colectivización, es necesario ahondar más en el papel y las maneras de operar del Estado bajo el comunismo. Al presente bastará con señalar que en el comunismo la maquinaria estatal no es el instrumento que determina realmente las relaciones sociales y de propiedad; es sólo el instrumento que protege esas relaciones. En verdad, todo se hace en nombre del Estado y por medio de sus reglamentaciones. El Partido Comunista, incluyendo su burocracia profesional, está por encima de las reglamentaciones y detrás de cada uno de los actos del Estado.

Es la burocracia la que usa, administra y controla oficialmente tanto la propiedad nacionalizada y socializada como la vida entera de la sociedad. El papel de la burocracia en la sociedad, es decir la administración monopolista y el control de la renta y los bienes nacionales, le da una posición privilegiada. Las relaciones sociales se parecen a las del capitalismo de estado, tanto más por cuanto la industrialización se realiza no con la ayuda de capitalistas, sino con la ayuda de la maquinaria estatal.

En realidad esa clase privilegiada realiza esa función utilizando la maquinaria del Estado como una cubierta y un instrumento.

La propiedad no es sino el derecho al beneficio y la dirección. Si se definen los beneficios de clase por ese derecho, los estados comunistas, en último análisis, han visto el origen de una nueva forma de propiedad, o de una nueva clase gobernante y explotadora.

En realidad, los comunistas no pueden actuar de un modo distinto que cualquiera de las clases gobernantes que les han precedido. Creyendo que construían una sociedad nueva e irreal, han construido una para ellos mismos y del único modo que podían. Su revolución y su sociedad no parecen accidentales o artificiales, sino algo natural para un país particular y para ciertos períodos de su desarrollo. Por este motivo, por extensa e inhumana que haya sido la tiranía comunista, la sociedad, en el transcurso de cierto período —tan largo como el que dure la industrialización— tiene que soportar y soporta la tiranía. Además, esta tiranía ya no parece algo inevitable, sino exclusivamente una seguridad para las deprecaciones y los privilegios de una clase nueva.

En contraste con las revoluciones anteriores, la revolución comunista, realizada para terminar con las clases, ha traído consigo la autoridad más completa de una sola clase nueva. Todo lo demás es falso y una ilusión.

AUTOEVALUACIÓN. PARA UN CONTROL DE SU COMPRENSIÓN

- Piense en los elementos que contribuirían según los soviéticos al triunfo del comunismo en los países económicamente atrasados.
- ¿Qué era *La nueva clase* para Djilas?

Unidad 5

TRANSFORMACIONES DE LAS DEMOCRACIAS OCCIDENTALES EN LA ÉPOCA DE LA GUERRA FRÍA

Una consecuencia no deseada de los regímenes fascistas fue fortalecer el valor de las instituciones democráticas en la opinión de la población de los países occidentales. Primero frente a la amenaza de la guerra y luego frente al horror surgido por la información sobre lo que había sido el sistema nazi, en Occidente se generalizó una adhesión a las instituciones democráticas mayor que la de épocas anteriores a la gran conflagración internacional. En sentido estricto puede afirmarse que el desarrollo de las ideas políticas democráticas registró un avance cualitativo al confrontar sus imágenes de sociedad y de instituciones con las del fascismo. Alemania occidental, bajo la tutela de la ocupación aliada se dotó de nuevas formas jurídicas y de partidos políticos democráticos, en un proceso de reconstrucción institucional que no sólo se definía como negación del pasado nazi, sino también en tanto contrapartida de la realidad imperante en la parte oriental, controlada por un régimen de tipo soviético. Italia salía del fascismo con flamantes instituciones republicanas y con la ayuda de los aliados puso en pie por primera vez un régimen democrático regido por el sufragio universal. Francia, con todo su sistema político muy deteriorado después de los años de colaboración con el ocupante nazi, fundó con la liberación una nueva república en la que se reencontró con los modos democráticos de convivencia y de gobierno. Austria siguió un desenvolvimiento parecido al alemán

y rehízo un sistema político adecuado a la democracia. El resto de los países europeos continentales que con intensidades y características distintas habían sido golpeados por la guerra, vieron igualmente fortalecidas sus instituciones democráticas en los años iniciados con el retorno de la paz. Gran Bretaña, afectada materialmente por la guerra, había mantenido el funcionamiento pleno de las instituciones democráticas y éstas quedaron fortalecidas después de esa prueba decisiva. En fin, los Estados Unidos salieron del conflicto bélico ocupando el rol de principal potencia occidental, y esto tanto en el plano económico como en el político y el ideológico. Lo que al poco tiempo de finalizada la Segunda Guerra Mundial pasó a definirse como la amenaza soviética, encontró necesariamente en los Estados Unidos, el país que mejor podía asegurar la defensa de lo que ahora se llamaría *el mundo libre*. Había comenzado la *guerra fría*.

Detengamos la atención en un rasgo importante de las ideas democráticas de ese nuevo período. Como rechazo al todavía fresco recuerdo del fascismo en los principales países occidentales se valoraron los derechos humanos, las libertades públicas, la existencia de partidos políticos, la división de poderes y el pleno acatamiento a la soberanía popular con el debido respeto a los derechos de las minorías. Pero, y aquí tenemos la aparente paradoja, en tanto se ve al comunismo como una amenaza para el sistema democrático, los gobiernos de los mismos países occidentales y a su cabeza, por supuesto, el de los Estados Unidos, respaldaron o promovieron en otras regiones del mundo la existencia de regímenes antidemocráticos a los que estimaban positivos en tanto anticomunistas. En esta visión de las cosas, la democracia se identificó con la libertad de mercado o con la voluntad de mantener alianzas políticas con los países rectores de la estrategia occidental. La flexibilidad de la idea de democracia definida por características distintas de las clásicas que sólo remitían a un tipo de régimen político, ilustra bien la laxitud y la confusión con que puede ser usado el término. Chiang Kaishek en Formosa, luego de ser expulsado de China por el triunfo del comunismo o Castillo Armas en Guatemala, como resultado de una invasión organizada por los Estados Unidos, formaron parte del mundo democrático

pues ambos eran defensores del modo de vida occidental, aun cuando sus países no practicaran el respeto por las instituciones democráticas. Podríamos dar más ejemplos, pero sólo servirían para reiterar la misma cuestión, que en términos conceptuales cabría caracterizar como la reformulación geopolítica de la idea de democracia, que con fines instrumentales surgió junto con la *guerra fría*.

Recordando nuestras referencias conceptuales introductorias expuestas en la primera unidad del *Módulo uno*, puede decirse que en la ideología democrática norteamericana de la *guerra fría*, el comunismo fue presentado como el “mal absoluto”. Definición con la que se trataba de acordar legitimidad al empleo de todos los recursos posibles para combatirlo. Un caso interesante fue el de la relación que los Estados Unidos establecieron con la España franquista, ya que ese país había estado asociado a las vencidas potencias del eje y, en el nuevo juego internacional abierto con la *guerra fría*, se convirtió en un aliado democrático en tanto anti-comunista. Como señala el investigador español Juan Carlos Pereira en su libro *Historia y presente de la guerra fría* (Istmo, Madrid, 1989, pág. 92):

Los acontecimientos internacionales que se desarrollan desde 1947, sustituyéndose paulatinamente el antifascismo por el anticomunismo, así como la nueva estrategia europea puesta en marcha por Estados Unidos, van a condicionar de forma indiscutible la progresiva disminución del aislamiento al régimen de Franco. Sin duda alguna, la posición estratégica de España, así como determinados productos y materias primas de nuestro país, hicieron que el gobierno norteamericano se preocupase de presionar en la ONU y entre los europeos para que se fueran dulcificando las medidas impuestas a Franco. No obstante, las reticencias entre esos europeos y las protestas de los exiliados españoles, provocaron que las presiones norteamericanas no consiguieran sus objetivos a corto plazo, pero sí a medio, acelerándose de forma sorprendente tras el estallido de la guerra de Corea. Este proceso

culminará en septiembre de 1953 cuando se den a conocer los convenios firmados entre España y Estados Unidos, que suponían la parcial integración española en el sistema de seguridad occidental y el respaldo de una de las superpotencias al régimen franquista.

El sociólogo norteamericano James Burnham escribió, a comienzos de la *guerra fría* un penetrante estudio sobre las diferencias que existían entre el modo de pensar de los políticos occidentales y la manera en que razonaban quienes defendían ideologías totalitarias, englobando con este término a fascistas y comunistas. La clave de la ventaja que tenían los adversarios de la democracia radicaba, según Burnham, en su visión intelectual catastrófica, que los llevaba a preocuparse para el advenimiento de situaciones de crisis. Por el contrario, continuaba el razonamiento, los dirigentes de las potencias occidentales pensaban las crisis como coyunturas excepcionales y evitables. En el fragmento que proponemos a continuación, Burnham expone su tesis publicada en 1949 en su libro *The coming defeat of communism*, cuya traducción al castellano editó Emecé, Buenos Aires, al año siguiente con un título que reflejaba muy bien la perspectiva teórica de la obra: *La inevitable derrota del comunismo*:

Los movimientos políticos totalitarios de nuestro siglo, particularmente el comunista, han aceptado un punto de vista catastrófico. En 1916, el totalitarismo, limitado en esa fecha a unos pocos miles de partidarios y adeptos de Lenin, colocados fuera de la ley, era una fuerza insignificante y totalmente desconocida aun para el público políticamente culto. Hoy, treinta y cuatro años después, domina a alrededor de una cuarta parte del mundo y amenaza de cerca al resto. La contribución del punto de vista catastrófico a esta ascensión, que no tiene precedentes, no ha sido pequeña. Y ello ha ocurrido porque el punto de vista catastrófico, como perspectiva sobre nuestra época, ha sido correcto.

Desde la perspectiva de la normalidad, quienes susten-

tan el punto de vista catastrófico parecen cómicos o fanáticos, y generalmente las dos cosas. Ha sido ésta la apreciación invariable de la opinión pública democrática respecto de todos los dirigentes totalitarios. Este juicio está popular y profundamente expresado en los personajes estereotipados de las historietas cómicas y del cinematógrafo que representan a los rojos y fascistas. Pero tanto la opinión informada como la vulgar clasificaron a Lenin y a Trotsky como maniáticos escolásticos, a Mussolini como un payaso (recuerdo cómo mi erudito profesor de francés en la escuela, en 1922, solía mofarse de Mussolini), a Hitler como un neurótico-cómico (como Chaplin lo fijó), a Stalin como un pedante obtuso, a Franco como un coronel de ópera ligera. En 1930 y 1931, Londres, Washington y París juzgaban que los dirigentes políticos y económicos de la república de Weimar eran personas responsables, serias y capaces, y Hitler un saltimbanqui. Los comentaristas democráticos están siempre explicando cómo los totalitarios interfieren con sus propios y mejores intereses. (El más grave error de Hitler fue perseguir a los judíos. El Kremlin habría obtenido muchas mayores ventajas si hubiera adoptado una política conciliatoria después de 1945...). No pueden comprender por qué los totalitarios creen en teorías inverosímiles tales como el nazismo y el marxismo-leninismo-estalinismo.

Los totalitarios creen que vivimos en lo que Lenin definió como una era de guerras y revoluciones, en una época de crisis. Ellos cuentan con las crisis y hacen de ellas la palanca de apoyo de sus políticas. Lenin estaba seguro de que habría una guerra mundial, y sus energías estaban dirigidas a apoderarse del poder en el derrumbamiento que estaba seguro se iba a producir durante el curso de la guerra. Hitler estaba seguro de que el tratado de paz alemán, no sólo no podría ponerse en vigor, sino que se iba a deshacer en fragmentos espectaculares, y planeó tomar el poder sobre las ruinas de Versalles. ¿Quién, fuera del Kremlin, tenía noticias en 1939, o aun

en 1942, de Hoxha y su docena o dos de adherentes? Pero Hoxha sabía que su hora —una hora de guerras, confusión civil y derrumbes— llegaría, y en 1945 tomó el poder en Albania, Stalin contaba con las feroces rivalidades entre las potencias imperialistas, y estaba dispuesto a explotarlas firmando con Hitler o luchando contra él, concertando acuerdos con el occidente y rompiéndolos.

Los dirigentes democráticos han considerado a las crisis como excepciones anormales en el flujo de la historia, como errores que pueden evitarse realizando cada día la diaria y modesta labor que cada día fija. Por lo tanto, no han sabido utilizar las crisis ni prepararse para ellas. Se encuentran en la posición paradójica de haber sufrido las más grandes derrotas sociales en las dos guerras, en las que han obtenido las más grandes victorias militares de todos los tiempos. Munich y Yalta podrían haber sido un modelo de diplomacia en los siglos XVII y XVIII, pero no tenemos que tratar ahora con reyes y emperadores y zares sino con revolucionarios populares totalitarios. El día del Congreso de Viena y de la Santa Alianza llegó a su fin.

Como señalamos al principio de esta unidad, el valor de las instituciones democráticas se vio sensiblemente acrecentado en la opinión pública de los países occidentales al finalizar la guerra. En las ideas políticas democráticas siempre había existido una tensión en torno a la cuestión de la desigualdad económica existente entre los individuos formalmente considerados iguales en el plano político. Las confrontaciones, tanto teóricas como prácticas, a propósito de si el Estado debía ocuparse de intervenir para paliar las desigualdades sociales habían sido un tema permanente desde comienzos de siglo. En la medida que en esta cuestión se mezclaban mucho más que en otras las ideas y los intereses, las disputas no necesariamente se saldaban en cómodos debates parlamentarios sino que muchas veces se traducían en ásperos conflictos sociales. Pero en el punto nodal del litigio, en términos teóricos, se encontraba la difícil delimitación entre aquello que

pertenecía a la esfera de lo público y lo que correspondía al orden de lo privado. ¿Cómo hacer legítima la intervención del Estado para proteger o ayudar a los sectores sociales más desvalidos? ¿No era, acaso, la pobreza un problema personal?

Del siglo XIX todavía llegaban los ecos de las ideas de quienes habían sostenido que la ayuda pública agravaba la situación de los pobres, pues esa acción facilitaba el aumento de su número y, en consecuencia, la asistencia creaba más personas en aún mayor estado de indigencia. Como hemos visto, las ideas socialistas surgieron reivindicando la defensa de los intereses de los sectores menos privilegiados de la sociedad. En la acción sindical y política, en especial las corrientes socialdemócratas o también llamadas del socialismo reformista, mediante el impulso de nuevas políticas públicas se buscaron mejorar las condiciones de vida de los sectores asalariados y de los pobres en general. La ampliación del cuerpo electoral, con el correspondiente mayor peso adquirido por los asalariados hizo que los socialdemócratas ganaran más posiciones institucionales y así incorporaran más reformas sociales. Poco a poco, la llamada “cuestión social” se convirtió en un ítem legítimo de la agenda política, y si bien las diferencias de intereses no dejaron de existir, se generó un reconocimiento de la necesidad de pensar soluciones en el que confluyeron las más diversas orientaciones ideológicas. En los parlamentos europeos, en las primeras décadas del siglo, muchas reformas sociales contaron con el apoyo no sólo de los socialistas, sino también de liberales y conservadores.

En esos procesos de sensibilización hacia el problema social, la Iglesia Católica jugó un rol importante. El papa León XIII, con la encíclica *Rerum Novarum* (1891) contribuyó a cambiar las ideas al respecto. Aun cuando la Iglesia tenía una relación compleja con la participación de sus fieles en la vida política y, más precisamente, se oponía a la formación de partidos católicos, la gravitación de sus posiciones intervino en la modificación de las mentalidades de todos aquellos que guiaban sus opciones políticas teniendo en cuenta los puntos de vista del Vaticano. Entre las dos guerras mundiales la definición de la Iglesia frente a la participación política cambió y surgieron partidos en varios países explí-

citamente vinculados a ella. Fue importante en los años '30 el aporte intelectual de algunos teóricos católicos (probablemente el más influyente fue Jacques Maritain), que contribuyeron a modernizar el perfil ideológico del catolicismo político. Después del fin de la Segunda Guerra, los partidos demócrata cristianos fundados en los países occidentales y la Internacional que los vinculó, hicieron aportes fundamentales en el desarrollo de las ideas del catolicismo social. De ese afluyente surgieron numerosas contribuciones para plantear de un nuevo modo la cuestión de cómo encarar políticamente el tema de las desigualdades sociales en la democracia. El sindicalismo ligado a la democracia cristiana fue otra fuente fundamental de renovación de ideas sobre el problema social y las tareas que debía realizar el Estado.

Otro aporte muy significativo para la conformación de las ideologías políticas democráticas de la postguerra fue la generalización y aceptación de las ideas de política económica inspiradas en las teorías de John Maynard Keynes. No nos interesa aquí referirnos a las teorías económicas de Keynes, sino que sólo resulta pertinente que nos ocupemos de aquellos aspectos derivados de las mismas, que coadyuvaron a hacer “más sociales” las preocupaciones presentes en las ideas democráticas. Keynes había fallecido en 1946 después de haber realizado importantes contribuciones al cambio de las ideas económicas y, más precisamente, al cuestionamiento de las formulaciones más clásicas del liberalismo, dejando un legado que lo sobrevivió ampliamente. En su concepción, el Estado no podía desentenderse del funcionamiento de la economía. Contra la simplificación del *laissez-faire* y de los supuestos mecanismos automáticos de autorregulación de la actividad económica y del “bien público” realizado por los sujetos que buscaban independientemente su propio beneficio, Keynes llamaba la atención sobre la llamada “falacia de composición”, con lo cual aludía a la conducta juiciosa por parte de los individuos que intentaban hacer lo mejor que podían por sí mismos en circunstancias inciertas y producían resultados irracionales para la sociedad en su conjunto. Como sintetizó Robert Skidelsky en *El mundo después del comunismo* (Ariel, Madrid, 1996): una creciente “propensión a acumular” puede ser una respuesta racional ante unas pesimistas

expectativas de beneficios, pero la economía se derrumbará, y ellos estarán peor aún si todos intentan acumular simultáneamente.

Entiendo que si tuviésemos que hacer un resumen apretado pero válido, de la acción del keynesianismo sobre las ideas políticas democráticas que es el tema que nos interesa, debemos destacar sus concepciones sobre la importancia del pleno empleo y los mecanismos para alcanzarlo y mantenerlo, así como el rol que al respecto jugaba la demanda y el nivel de ingresos de la población. En un artículo relativamente reciente, sobre las implicaciones políticas del pensamiento de Keynes, Elie Cohen decía:

Una buena política, recuerda Keynes, no puede estar fundada en la desigualdad, el derroche de recursos productivos y la pobreza; el Estado tiene a su cargo el consenso social, y tiene que vigilar para que las leyes impersonales del mercado no desgaren el tejido social y lleven a la guerra civil. La intervención del Estado se basa a la vez en una exigencia ética y en una necesidad económica y política (Nueva historia de las ideas políticas. Pascal Ory (dir.). Mondadori España, Madrid, 1992, pág. 375).

El consenso que se creó en torno a las ideas económicas keynesianas en la posguerra llevó a algunos autores como Daniel Bell a anunciar el “fin de las ideologías” (en un célebre libro que justamente llevaba ese título). La explicación de esa tesis se encontraba en la observación de Bell y de otros intelectuales de la época del hecho de que, prácticamente, habían desaparecido los debates en materia de orientaciones económicas y un patrón de racionalidad técnica llevaba a la mayoría de los integrantes de las dirigencias políticas occidentales a coincidir en la valoración de las ideas keynesianas. Las visiones de la realidad que tenían quienes postulaban la llegada del “fin de las ideologías” se encontraban fundadas en la evidencia empírica de que los políticos conservadores, demócratas cristianos, liberales y socialdemócratas, para sólo nombrar las corrientes mayores de occidente, convergían en los instrumentos técnicos del arsenal keynesiano.

La raíz de este proceso no podría adjudicarse sólo al valor de las ideas de Keynes. No cabe olvidar que la reconstrucción económica de postguerra se había encontrado con, lo que hoy podríamos llamar, una enorme “deuda social”. Compensar los sacrificios realizados por las poblaciones de los países que habían participado del conflicto era una demanda existente en las sociedades y ante la cual debía ser difícil no pensar en políticas encaminadas a una rápida reparación de los daños sufridos. Por otra parte, con las guerras crece en el ciudadano común el sentimiento de que posee derechos y al retornar de los campos de batalla o mirar los destrozos de sus ciudades no es demasiado fácil delimitar cuál es el orden de los problemas privados y dónde separarlos de la incumbencia de lo público.

Con relación a las motivaciones de los dirigentes políticos que en la vía keynesiana llevaron adelante iniciativas que produjeron efectos favorables para los sectores sociales menos privilegiados de sus sociedades es imposible diferenciar:

1. en cuánto estuvieron motivados por los fundamentos económicos de las teorías que aplicaron;
2. en qué medida jugó en ellos el cálculo político electoral de los réditos en términos de sufragios obtenibles de sus iniciativas;
3. si actuó en sus modos de pensar el riesgo de que los sectores asalariados más pobres o desocupados no se volcaran al comunismo, muy fuerte en la época en países como Italia y Francia.

Más allá de que a ciertos dirigentes los pudo inspirar alguna de esas motivaciones más que otras, lo real es que había cambiado el clima de ideas y en las intervenciones estatales con miras a regular la economía se habían incorporado valores sociales. En consecuencia, la democracia en los países occidentales más desarrollados entró en una nueva etapa. El tiempo se encargó de mostrar que el consenso resaltado por Bell y otros autores, en las llamadas teorías del “fin de las ideologías”, era temporario. Aquella fue, digámoslo al margen, la primera vez que se labró el acta

de defunción a las ideologías..., luego vendrían las resurrecciones pero también, después, se proclamarían —eso pasa en nuestros días— nuevas muertes de las ideologías.

Es de señalar que la evolución de las ideas que siguió a la Segunda Guerra Mundial en los países más desarrollados tampoco dio como resultado, en el plano interno, situaciones de total desaparición de los conflictos y las diferencias ideológicas. La *guerra fría* no sólo produjo discursos más crispados hacia afuera, sino que también en las lides internas se manifestaron los efectos de esa confrontación mundial. En los Estados Unidos hubo quienes se esmeraron en buscar a los “agentes locales” del comunismo y de ese modo creció una ideología anticomunista de uso doméstico en un país en el que los partidos marxistas prácticamente tenían una influencia insignificante. En el libro *Historia del mundo actual 1945-1995, memoria del medio siglo*, Fernando García de Cortázar y José María Lorenzo Espinoza, resumen bien lo ocurrido con el denominado “maccartismo”, término que de allí en más se utilizó para designar los intentos de caza de brujas en las más diversas latitudes del mundo:

Lo que en el campo internacional se presentaba como decisión de oponerse por la fuerza al avance comunista, en el interior se caracterizó por la denuncia, control y marginación de los partidarios del socialismo, sus organizaciones y elementos simpatizantes. El tono de la persecución adquirió un espectacular relieve al ser utilizado por los republicanos como arma política contra los demócratas en el poder; que fueron acusados de emplear en diversos ministerios a personas filosoviéticas, sospechosas de espiar a favor de la URSS.

La histeria anticomunista se encarnaría en el senador republicano Joseph McCarthy, en los años más duros de la guerra fría tras el triunfo de la revolución china, el éxito de las pruebas atómicas rusas y el ataque comunista a Corea. La que fuera denominada caza de brujas separó a los americanos en patriotas y espías, según estuvieran o no en condiciones de probar de forma suficien-

te su americanismo. Este concepto encubría de hecho la defensa de los valores legendarios y del mito de la conquista del país, mientras repudiaba el pensamiento más evolucionado de las elites urbanas o de los intelectuales, artistas, escritores, que mostraran algún avance o repudio del provincianismo americano básico. La creación de un comité oficial para investigar las actividades antiamericanas supuso el reconocimiento legal de esta enfermedad social, y sirvió para que las acusaciones de traición o deslealtad alcanzaran al mundo político, a la Universidad, a la industria del cine, al teatro e incluso a ciertos militares.

La poca consistencia de la propaganda maccartista no fue obstáculo para su aceptación delirante por una sociedad educada en el peligro ruso, ni evitó la ejecución, en 1953, del matrimonio Rosenberg, acusados de espionaje. Al tomar el poder la administración republicana, el impulso cazador perdió fuerza y credibilidad, hasta que la cruzada del senador fue suspendida tras una intervención oficial del Senado. Eran tiempos de postestalinismo y deshielo, que iban a dar paso a un modelo distinto de correlación de fuerzas en lo internacional, mientras que en el interior de los Estados Unidos otros problemas esperaban su turno.

La cita que antecede nos remite al “deshielo” que con Krushchev se había iniciado en la URSS en la segunda mitad de los años '50. La gran novedad que aportó ese proceso en el plano ideológico fue que los dirigentes soviéticos abandonaron la idea de un inevitable enfrentamiento con occidente y proclamaron su voluntad de mantener relaciones de “coexistencia pacífica” con los países capitalistas desarrollados, todo esto sin negar la hipótesis del inexorable triunfo mundial del comunismo. Pero, en la nueva visión del Kremlin esa victoria sería el resultado de la demostración por la vía del progreso económico y cultural de la superioridad de su sistema. En el plano de las relaciones internacionales tuvieron ecos muy grandes sobre Occidente y su opinión pública

los éxitos de la URSS en la carrera espacial: primero fue el lanzamiento y puesta en órbita del satélite *Sputnik* en 1957, después los *Lunik*, el tercero de los cuáles fotografió la hasta entonces mítica cara oculta de la Luna y luego, como para seguir desvelando a Occidente, el Vostok I puso en 1961 a Yuri Gagarin a girar en un satélite alrededor de la Tierra. La economía soviética registraba en esos años progresos considerables y la planificación estatal se orientaba a la mejora del nivel de vida de la población.

Los éxitos soviéticos convivieron con nuevas tensiones y problemas en su propia esfera: en materia política e ideológica la ruptura de China con la URSS fue, probablemente, una de las mayores consecuencias que produjo la política internacional de Krushchev. Larvada en un primer momento y explícita luego, el gobierno y el partido comunista chino expresaron una posición de abierto rechazo a la política soviética de “coexistencia pacífica” con Occidente, acusando a Krushchev de capitulador y de revisionista del marxismo. Hasta que el conflicto adquirió un punto de no retorno se desarrolló un debate ideológico, en el que los dirigentes chinos poco a poco fueron caracterizando a los soviéticos con creciente rigor, hasta terminar por definirlos como traidores a la causa del socialismo. Ambos comunismos se acusaron mutuamente por tener aspiraciones imperialistas. Para los chinos los soviéticos se habían convertido en una gran potencia y actuaban con los intereses propios de tal condición, favoreciéndose en los intercambios con los países menos desarrollados bajo el velo de su supuesta ayuda. Los soviéticos, por su parte, atribuían a la colaboración de China con los pueblos que luchaban contra el colonialismo occidental, un verdadero interés de tipo expansionista. El siguiente fragmento, que forma parte de un texto de crítica a los soviéticos elaborado desde la perspectiva del gobierno chino, presenta algunos elementos explicativos, en la opinión oficial, de las causas del conflicto que dividía al mundo comunista:

En la sociedad soviética actual, la capa privilegiada está constituida por los elementos degenerados de la dirigencia de los organismos del Partido y del gobierno, de las empresas y por intelectuales burgueses. Esta capa se

opone a los obreros, a los campesinos y a la gran masa de los intelectuales y de los dirigentes (...) Lenin insistió particularmente en la necesidad de mantener el principio de la Comuna de París en materia de política salarial (...) Ahora bien, es innegable que antes de la muerte de Stalin, un cierto número de personas se beneficiaban de un régimen de altos salarios y los cuadros de dirección habían degenerado en elementos burgueses (...) Krushchev, en lugar de reducir ha acentuado la distancia existente entre los ingresos de esa minoría y los de los obreros, campesinos e intelectuales en general (...) Él ha acelerado la polarización de clases en la sociedad soviética (Pekín, 14 de julio de 1964).

Como puede apreciarse en la ideología del comunismo chino, la “lucha de clases” había tomado un giro por cierto inesperado en la URSS y Krushchev era la expresión de la nueva clase dominante. El contraejemplo soviético le sirvió a los gobernantes chinos para diseñar sus políticas con miras a evitar que en su país ocurriera el mismo fenómeno. La llamada Revolución Cultural China, encabezada por Mao-Tse-tung desde mediados de la década del '60 se propuso, justamente, suprimir aquellos sectores dirigentes y prácticas sociales que podían conducir a la “degeneración” del sistema. Una publicación soviética, *Literaturnaya Gazeta*, estimó en un artículo aparecido a mediados de 1969 que la “revolución cultural” llevada adelante en China había producido hasta ese momento unos 5.000.000 de víctimas. En esa época, *El Cotidiano del Pueblo*, diario oficial chino, afirmaba que la URSS era una dictadura fascista y que desde el inicio del gobierno de Krushchev “numerosos revolucionarios e incontables inocentes habían sido arrojados en los campos de concentración o encerrados en los asilos psiquiátricos” (Pekín, mayo de 1969).

Las fragmentaciones del mundo socialista tenían un efecto ambivalente sobre Occidente. Pues, si bien presentaban a sus adversarios más debilitados que si se hallaran unidos, tanto China como la URSS competían en la búsqueda de aliados en las zonas menos desarrolladas del mundo y en esas acciones chocaban con

los principales países occidentales. Las guerras y revoluciones coloniales que desde mediados de los años '50 en adelante permitieron la emancipación de varios países de Asia y África tuvieron, además de sus causas endógenas, buenos estímulos provenientes de los países comunistas.

Tal como lo señalamos anteriormente, el ciclo ideológico abierto en la posguerra en los países occidentales más desarrollados tuvo entre sus notas distintivas la gran preocupación por ampliar los derechos sociales y el bienestar de sus ciudadanos. La "sociedad de consumo", expresión de cierta ambigüedad, pues unos la usaron en sentido positivo y otros en su aspecto negativo, se convirtió en una realidad que en plano material significó la integración social de la gran mayoría de la población. Las nuevas leyes sociales y en general las conquistas económicas y culturales logradas por los asalariados modificaron la estructura social de las naciones europeas. Con menor intervención estatal, también en los Estados Unidos se registró un proceso de mejoramiento de la situación de las poblaciones de menores recursos. Al igual que lo dicho cuando nos referimos a las políticas keynesianas, todos los aspectos de ampliación social de las funciones del Estado se realizaron en principio en medio de un consenso ideológico casi total. El Laborismo británico, la socialdemocracia alemana o la escandinava podían dar a esas políticas una connotación más socialista, así como la Democracia Cristiana, en Italia, Alemania o Bélgica, inscribirlas en las claves de sus propias raíces ideológicas, pero la existencia del Estado de Bienestar y, más globalmente, de la intervención reguladora de los aparatos estatales en aspectos de la economía o la necesidad de un área de empresas públicas, formaban parte de ese consenso, llamémoslo suprapartido o, por qué no, supraideológico que los unía. Esto no significa la desaparición de los conflictos y de las diferencias, pero nos interesa en cambio destacar los elementos predominantes en común.

La Iglesia Católica había tenido una participación activa en la formación del consenso de ideas a las que nos referimos, proponiendo en materia económica una perspectiva que juzgaba equidistante del capitalismo liberal y del comunismo colectivista. El Concilio Ecuménico Vaticano II, en 1965, había sostenido al respecto que:

El desarrollo no puede ser dejado al solo juego casi automático de la actividad económica de los individuos ni únicamente a los poderes públicos. Es necesario denunciar los errores tanto de las doctrinas que se oponen a las reformas indispensables en nombre de una falsa concepción de la libertad, como a las doctrinas que sacrifican los derechos fundamentales de las personas y de los grupos, proponiendo la organización colectiva de la producción.

Existe un relativo acuerdo entre los especialistas en considerar que el factor que precipitó la ruptura del consenso en torno al Estado de Bienestar y las políticas keynesianas fue la situación mundial que surgió como consecuencia de la crisis petrolera de 1973. Decimos relativo acuerdo pues hay también economistas que estiman que las condiciones de funcionamiento de las economías de los países centrales hubiesen llevado al cuestionamiento de las políticas de regulación y de bienestar incluso de no haber mediado la crisis suscitada en 1973 con el aumento de los precios del estratégico insumo energético. A los fines de nuestro interés, lo cierto es que desde ese año se debilitó el buen funcionamiento de las economías centrales y el debate ideológico que hasta entonces había circulado por ámbitos más restringidos y había sido impulsado por algunos actores perjudicados por las políticas vigentes, alcanzó ahora el centro de la escena pública.

Las críticas al Estado de Bienestar y a las políticas keynesianas eran muchas, pero mientras éstas habían dado buenos resultados para administrar la economía sus cultores habían tenido poca visualización pública. Ellos fueron, sin embargo, los promotores de lo que sería la gran transformación de las ideas sobre la acción del Estado y su relación con la economía, que tomaron fuerza y se convirtieron en políticas estatales desde fines de los años '70 en adelante, forjando un consenso casi igual, si no mayor, que el obtenido en su época por el keynesiano que venían a reemplazar. En el texto que sigue, del libro *Mañana, el capitalismo*, Henri Lepage resume los argumentos de uno de los más influyen-

tes centros de pensamiento académico, la denominada escuela del *Public Choice*, reconocido como uno de los pioneros teóricos del renacimiento del liberalismo:

¿Qué dicen estos nuevos economistas? Esencialmente lo siguiente: “Está muy bien señalar las imperfecciones de nuestros sistemas de mercado. Está muy bien profundizar la investigación sobre la lógica de la intervención colectiva y perfeccionar los instrumentos de que dispone el poder público. Pero es necesario además estar seguros de que el Estado hace en cualquier ocasión el mejor uso posible de los instrumentos que tiene a su disposición. Ahora bien, ¿qué puede asegurarnos esto? ¿Qué puede garantizarnos, en primer lugar, que las decisiones que toma son exactamente las que corresponden efectivamente y lo mejor posible a la estructura de las preferencias de la colectividad? ¿Qué garantiza, además, que incluso si las decisiones son las buenas, las que corresponden lo mejor posible al interés colectivo, los resultados de la acción del Estado estarán efectivamente de acuerdo con las intenciones del legislador? El Estado no es una construcción divina, dotada de un don de ubicuidad y de infalibilidad. Es una organización humana, donde las decisiones son tomadas por seres humanos como el resto, ni mejores ni peores, que también son susceptibles de equivocarse, y cuya acción se encuentra a su vez condicionada por reglas y estructuras que son fabricaciones humanas y que no son necesariamente más infalibles que las de cualquier otra organización, cualquiera que sea. Mientras que el papel del Estado en la economía era relativamente limitado, cuestiones de ese tipo sólo tenían un interés marginal. Por el contrario, éstas llegan a ser esenciales a partir del momento en que la intervención del Estado ocupa un lugar fundamental en el funcionamiento de las economías modernas. Ahora bien, lo que nosotros observamos es que, a propósito de esos temas, la teoría económica moderna es prácticamente muda. Los

economistas se comportan como si examinaran con dos patrones, dos medidas diferentes, según analicen la economía privada o la economía pública. Así, por un lado, hay individuos que son guiados por su interés egoísta y estrechamente individual, los agentes económicos, consumidores, directores de empresa, etc., cuyas motivaciones conviene corregir mediante una reformulación colectiva que encarne el interés general; por otro lado, el Estado, supermecanismo divino, es el reflejo de los intereses de la colectividad, que está animado por funcionarios que no tienen otra motivación que la afirmación y el respeto del interés público. Es de esta ficción de la que hay que huir. No para cuestionar el principio de la intervención del Estado, sino para que nuestros contemporáneos tomen conciencia de que si el mercado es un mecanismo de asignación de recursos bastante imperfecto, el Estado tampoco se encuentra exento de imperfecciones. Lo que queremos es aplicar al Estado y a todos los engranajes de la economía pública exactamente las mismas técnicas que han sido utilizadas desde hace veinticinco años para señalar los defectos y deficiencias de la economía de mercado. No para caer en una concepción maniqueísta de las cosas, que consistiría, como se ha hecho y se sigue haciendo para el mercado, en denunciar al vicioso Estado frente al virtuoso Mercado, sino simplemente para reintroducir un poco de buen sentido y no elegir el Estado más que a partir del momento en que se haya demostrado que es evidente que la solución del mercado es realmente más costosa que la solución de la intervención pública. Nuestro objetivo consiste en cierta forma en invertir la demostración: en lugar de partir del principio de que cualquier intervención es legítima a partir del momento en que se constatan una serie de imperfecciones del mercado, nosotros queremos estar seguros de que las imperfecciones de los mecanismos estatales no serán superiores a las imperfecciones que se quieren remediar.

**AUTOEVALUACIÓN. PARA UN CONTROL DE SU
COMPRENSIÓN**

- Señale las ideas económicas que contribuyeron a la ampliación social de la democracia.
- ¿Cuál era la ventaja ideológica de los totalitarios, según Burnham?

Unidad 6

LA EMERGENCIA POLÍTICA DEL TERCER MUNDO Y LAS IDEOLOGÍAS TERCERMUNDISTAS

Expresión de origen periodístico y cargada de confusión, el término “Tercer Mundo” sirvió para designar a un conjunto de países que trataban de mantenerse al margen de la “guerra fría”. La conferencia afroasiática de Bandung, llevada a cabo en abril de 1955 suele ser tomada como hito simbólico que marcó el nacimiento formal del Tercer Mundo. Ese punto de vista no sería compartido por quienes prefirieron creer que el término aludía a una realidad socioeconómica y que, por lo tanto, esas condiciones materiales existían y daban características propias a un conjunto muy amplio de países con independencia que algunos de ellos hayan decidido reunirse en un momento dado para concertar estrategias. El recorte de países que formaron el denominado Tercer Mundo, ya sea considerando su situación socioeconómica o el tipo de régimen político vigente en ellos, dista mucho de constituir un colectivo homogéneo. Como situación socioeconómica, si el punto en común es no pertenecer al grupo de naciones industrializadas, de allí para abajo las diferencias que se pueden reconocer entre grados y estilos de desarrollo, permiten ampliamente establecer muchas categorías distintas de países. No es por casualidad que se habla del Cuarto Mundo cuando se quiere hacer referencia a los países absolutamente pobres o empobrecidos. En cuanto a los regímenes políticos, en el Tercer Mundo convivieron países democráticos y dictaduras; algunos organizados como repúblicas y otros como monarquías. En fin, al Tercer Mundo se consideraron igual-

mente formando parte países socialistas y países capitalistas. No es, pues, por ninguna de las características que muy sumariamente hemos mencionado que se puede definir con cierta claridad de qué se habla cuando se emplea ese término tan equívoco y multívoco.

Probablemente, en virtud de que no es la claridad conceptual lo que se requiere de las ideologías políticas para que sean aceptadas, la idea de Tercer Mundo se convirtió en el curso de los años '60 de este siglo en uno de los más atractivos y movilizados temas de la política para una parte de la población de muchos países que, según el criterio clasificatorio que se adoptase, podían considerarse parte de él. Hubo así una ideología tercermundista que le permitió a los sujetos definir identidades colectivas y proponer metas de acción política. En algunos países, esa ideología tercermundista se desarrolló en un marco pluralista y democrático; en otros, quienes la asumían como válida la emplearon fundamentalmente para luchar por la independencia nacional; y, en fin, también existieron ideologías que combinaban tercermundismo con socialismo. Son estas tan disímiles situaciones nacionales, las que impiden abordar esa ideología de una manera parecida o semejante a las demás que hemos tratado hasta aquí.

¿Dónde se encuentran los puntos de coincidencia que autorizan, entonces, a pensar al tercermundismo como una ideología política? A nuestro entender, la definición del sistema mundial y de las causas del atraso económico constituyen el punto de convergencia de la ideología de marras.

El sistema mundial pensado como una estructura de dominación y las explicaciones del atraso económico en términos de explotación internacional de los países más pobres por las naciones más ricas. A partir de esa matriz básica, se reordenaban otros elementos que expresaban las peculiaridades nacionales o locales de las situaciones de quienes asumían esas perspectivas doctrinarias. El tercermundismo pudo ser asumido por los continuadores del pacifismo de Gandhi o bien por partidarios de la acción violenta como Frantz Fanon. Esa ideología encontró partidarios entre los militares egipcios y entre los guerrilleros latinoamericanos. Con los elementos que configuraban esa visión de la realidad

política interna e internacional, coincidieron en Asia, África y América latina, sectores empresarios y organizadores políticos de marginados sociales. En la década del '60 con las claves de esa ideología ligeramente sofisticadas para el uso académico se propusieron explicaciones sociológicas, económicas, antropológicas, urbanísticas, y podríamos seguir con más disciplinas, en foros académicos de reconocido prestigio. No fueron figuras secundarias de esas ciencias quienes así pensaron. Retengamos un nombre conocido por cualquier latinoamericano, Fernando Henrique Cardoso, hoy presidente de Brasil, quien resumía a finales de la década del '60, junto con Francisco Correa Weffort, hoy su Ministro de Cultura, la perspectiva predominante en las ciencias sociales de la región:

Quede claro que estas preocupaciones teóricas se relacionan con un nuevo momento de la conciencia social latinoamericana. Revolución más que reforma, autonomía nacional más que desarrollo pasaron a expresar los valores que orientan las ideologías y las consignas de los movimientos sociales contra el orden social de América latina. El problema del poder aparece, pues, como la piedra de toque de las posibilidades de cambio social. En estas circunstancias, el núcleo de validación de la práctica política transformadora, que en un pasado reciente se apoyara en una perspectiva de desarrollo a través de reformas de efecto acumulativo, pasa a sustentarse esencialmente en la convicción de la necesidad de la destrucción del Estado a partir de la capacidad de acción política de los grupos revolucionarios. Esta revalorización de la dimensión de la política en la historia de los países latinoamericanos y el descubrimiento del carácter fundamental de la dependencia en la formación de estos países constituye sin duda el contexto de los nuevos desafíos intelectuales planteados por la situación latinoamericana.

La de Cardoso y Weffort era una buena síntesis de un modo de pensar en las ciencias sociales de la región, que ellos no compartían totalmente, aun cuando formaban parte del movimiento intelectual que las discutía con rigor académico.

El término “populismo” es tan vago como el de “Tercer Mundo”, pero se emplea generalmente para designar un tipo de fuerza política y/o de proyecto ideológico que en nombre de los intereses generales de la mayoría de la población designa adversarios que encuentran sus beneficios por una vía que lesiona los intereses del “pueblo”. Esa matriz ideológica, cuya existencia es anterior a la aparición del tercermundismo se articuló perfectamente con los temas de éste. Los populismos tercermundistas centraron su prédica en la crítica a “los intereses foráneos que arrebataban a las sociedades locales el fruto de su trabajo”. En esta forma de razonamiento, uno de los ejes de su convocatoria radicaba en el supuesto que se podían crear grandes movimientos sociales para expresar a los sectores perjudicados. Esta perspectiva ideológica sirvió tanto para legitimar gobiernos que encontraban dificultades para realizar sus proyectos, como para crear grandes fuerzas de oposición. En este sentido, como lo señalamos para otras ideologías, es correcto sostener que en muchas sociedades se crearon consensos tercermundistas compartidos por fuerzas políticas que se disputaban el poder. El hecho de designar adversarios externos, las “metrópolis imperialistas”, otorgó una mayor solidaridad a los distintos sectores sociales que integraban esos países, ayudando a que pasaran a un segundo plano los conflictos internos.

A la inversa de lo que ocurrió en aquellos países en los que el tercermundismo unió a sectores sociales con intereses distintos, en otros se produjo una búsqueda del “enemigo interno”, pensado como continuación o representante de una dominación extranjera. En esos casos, las concepciones tercermundistas llevaron a los países al borde de guerras civiles o a su efectivo estallido, pues con sus ideas se legitimó la eliminación de los adversarios identificados con los “enemigos del pueblo y de la nación”. La facilidad con la que se emplean recursos violentos cuando se analiza la sociedad desde esa perspectiva ideológica, no es ajena al hecho de que la misma suele conducir a la “desnacionalización” de los an-

tagonistas, y así se pasa de la política a la guerra o, dicho en otros términos, se legitima ante la propia opinión la eliminación del otro. Pero, claro está, ése es un caso límite. La más común es la fragmentación social que se produce entre un “nosotros” identificados con la mayor autonomía nacional y los “otros” a quienes se define cómplices de la situación de dominación extranjera.

No es difícil advertir la afinidad que existía entre las ideas tercermundistas y muchos planteos elaborados por el gobierno y los ideólogos soviéticos que desde los años '20 habían planteado la existencia de relaciones de explotación imperialista entre países de disímiles niveles de desarrollo económico. El atractivo que presentaba la experiencia soviética para algunos dirigentes de países tercermundistas se fundaba, si bien no únicamente, en estas afinidades ideológicas. Si a esto agregamos las ayudas económicas o técnicas brindadas por la URSS, completaremos las razones por las que se produjo esa aproximación, un tanto paradójica si se quiere pensar con el criterio de un Tercer Mundo neutral en las relaciones internacionales. La acción de China comunista una vez que entró en el conflicto con los soviéticos, fue otro factor que sirvió para complejizar aún más el problema de la delimitación del Tercer Mundo. En 1974, Mao-Tse-tung sintetizó del siguiente modo su visión de la situación mundial:

A mi juicio, los Estados Unidos y la Unión Soviética constituyen el primer mundo; fuerzas intermedias como Japón, Europa y Canadá integran el segundo mundo, y nosotros formamos parte del tercero. El Tercer Mundo comprende una gran población. Todo Asia, excepto el Japón, pertenece al Tercer Mundo; África entera pertenece también a éste, e igualmente América latina.

**AUTOEVALUACIÓN. PARA UN CONTROL DE SU
COMPRENSIÓN**

- Enuncie los criterios contrapuestos de definición del Tercer Mundo.
- ¿Cómo definiría el núcleo central de las ideologías tercermundistas?

LECTURAS SUGERIDAS

- GARCÍA CORTÁZAR, Fernando y LORENZO ESPINOZA, Jorge María (1996). *Historia del mundo actual 1945-1995*. Alianza. Madrid.
- FURET, François (1995). *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. Fondo de Cultura Económica. México.

Unidad 7

EL FIN DE LA GUERRA FRÍA POR EL COLAPSO DEL COMUNISMO

Cuando se piensa en la declinación y quiebra de las empresas familiares se suele argumentar que los abuelos creían en la cosa (la empresa) y en el proyecto o idea; que los hijos, mantenían, disfrutaban y expandían el negocio heredado, pero ya dudaban de la grandiosidad del proyecto; en fin, los nietos, cuyos horizontes se habían ampliado por la solvencia y holgura de sus progenitores, no estimaban la cosa ni deseaban la idea. Por analogía, existe siempre la tentación de razonar con fatalismo en relación a la tercera generación en los dominios más diversos. Nadie podría, por cierto, encontrar allí las claves del derrumbe del comunismo sosteniendo que el abuelo (Lenin) puso en pie la cosa (la URSS), el hijo (Stalin) la expandió con más realismo que ideales y los sucesores (Mijail Gorbachov, el más joven de ellos), sin convicciones dilapidaron lo que quedaba de la herencia. Me resisto a creer que de este modo se pueda hallar la explicación de lo ocurrido en la ex URSS. Sin embargo la combinación entre la fuerza de las ideologías y el paso de las generaciones no es una cuestión sin importancia.

Lenin y quienes lo secundaban eran —en principio— un grupo lo suficientemente pequeño como para necesitar, si pretendían existir, fuertes convicciones ideológicas. Las ideas sobre la “marcha inexorable de la historia hacia el socialismo”, los llevaba a interpretar cada derrota como un percance ocasional que no mo-

dificaba el “destino ineludible” de la sociedad por la que luchaban. Una vez conquistado el poder, las utopías de otrora se hicieron rutinas más o menos confortables según el lugar que se ocupaba en la estructura del Estado y del partido. Como sucede con cualquier fuerza política que alcanza el control del gobierno, al partido oficial llegaron quienes buscaban prebendas y una cierta mejora de su situación en la vida; usualmente esa gente suele ser “más papista que el papa” y el lenguaje de las ideas se aprende rápido cuando con él se quieren conseguir progresos individuales. Los tiempos del terror estalinista no debieron ser los mejores para dudar en público o en semiprivado. Después vino el “deshielo” y las carreras políticas tuvieron una relación riesgos-beneficios más liviana, el discurso de la eficiencia económica fue, poco a poco, sustituyendo al de los textos doctrinarios de la primera hora. En tanto no había empresas privadas, ni pluralismo partidario y no existía la posibilidad de iniciar trayectorias académicas exitosas si no se gozaba de aceptación política, el manejo de la ideología debió adquirir un carácter instrumental para quienes buscaban movilidad social ascendente. Los que triunfaban integraron los elencos dirigentes que Michael Voslensky denominó la *Nomenklatura*, o grupo de privilegiados que administraban el poder y la riqueza estatal. El mencionado analista, un soviético que emigró a Occidente a principios de la década del '70, nos invita a pensar que ese elenco dirigente tenía una relación menos sólida con las ideas comunistas, pero que expresarse con ellas era la condición para mantener sus posiciones de poder y que sus destinos personales estaban asociados a la consolidación de la Unión Soviética. Recién los más jóvenes de la *Nomenklatura* —y allí estaba la generación de Mijail Gorbachov y de Boris Yelstin—, una vez que se instalaron en los puestos centrales del poder, usaron un lenguaje en el que predominaban los razonamientos fundados en la eficiencia económica, dejando en un lugar secundario las referencias a la ideología fundadora. La ruptura estaba hecha y no es aventurado suponer que ninguno de los dirigentes soviéticos que impulsó o apoyó el comienzo de la *perestroika* —palabra rusa que podemos traducir al castellano como reestructuración— imaginaba cómo terminaría todo. ¿Pero cómo explicó Gorbachov en su

libro *Memorias de los años decisivos. 1985-1992* (Globus. Madrid, 1994; págs. 14-15), lo que se propuso hacer?:

Cuando en abril de 1985 acepté encabezar el Comité Central del PCUS en calidad de Secretario General, sabía que me esperaba una gran labor de transformación. Nuestro país se había desgastado en una carrera armamentista extenuante. Los mecanismos económicos funcionaban cada vez peor. El rendimiento de la producción bajaba. Los frutos del pensamiento científico y técnico quedaban anulados por una economía totalmente burocratizada. El nivel de vida de la población caía a ojos vistas. La corrupción atacaba descaradamente a todos los escalones del sistema administrativo. La descomposición afectaba también a la vida espiritual: bajo la capa exterior de una unidad ideológica monolítica de la sociedad, cada vez asomaban más la mentira oficial, la hipocresía y el cinismo.

La situación se complicaba porque, pese al descontento acumulado en la sociedad, especialmente en los ámbitos de la intelligentsia, no había en el país un movimiento de protesta de masas en el que apoyarse para emprender una política de transformaciones. Las razones eran varias. Una de las más importantes, la habitual sumisión de una parte considerable del pueblo, su pasividad y su tendencia al conformismo. Estos rasgos, enraizados en las antiguas tradiciones rusas, se habían deformado monstruosamente al enquistarse durante los decenios de implacable administración estaliniana, sin que cambiaran en lo esencial en el período postestaliniano.

Un serio obstáculo en el camino de las transformaciones fue el inmenso estrato intermedio de la administración, los funcionarios políticos y estatales para los que el régimen creado bajo Stalin era algo propio, el medio natural, una fuente de privilegios y de poder prácticamente incontrolable sobre los individuos.

Indudablemente, en tales circunstancias el impulso de

los cambios tenía que partir desde arriba. Y como era yo quien se encontraba en lo más alto, muchas cosas dependían de mi decisión. Por supuesto, yo no actuaba solo. Cuando fui elegido para el cargo de Secretario General, había surgido en la dirección del PCUS un grupo de partidarios de las reformas. Y los primeros pasos para su aplicación los dimos juntos.

La elección interior en favor de los cambios no fue fácil para ninguno de nosotros. Todos éramos hijos de nuestra época. Todos estábamos poseídos por los dogmas ideológicos asimilados desde la infancia. Y la superación de esos dogmas fue un proceso complejo, diferente en cada caso y no siempre sincronizado.

En la opinión de quienes diseñaban la nueva política soviética, una de las raíces del problema de la economía se encontraba en la planificación centralizada. Esa estrategia de desarrollo que había sido adecuada para una etapa anterior, se había convertido según ese punto de vista, en un freno para la continuidad del proceso de modernización. Algunos de los intelectuales que alimentaron las nuevas ideas, usaron esquemas de clara inspiración marxista cuando comenzaron a plantear sus interpretaciones de lo que sucedía. La socióloga Tatiana Zaslavskaya adquirió repentina notoriedad en los círculos académicos occidentales en 1984, a raíz de la circulación que tuvo un breve texto presentado en una reunión de expertos en la Unión Soviética, en el que, con conceptos marxistas, sostenía que “las relaciones de producción y la dirección económica estatal” se habían convertido en un freno para el desarrollo de las fuerzas productivas y, fiel al marco teórico oficial, postulaba la necesidad de una modificación de las formas de gestión de la economía. Zaslavskaya resumía así las nueve características del sistema soviético:

1. *un alto grado de centralización;*
2. *la planificación de la producción mediante órdenes directrices;*
3. *la debilidad de las relaciones de mercado, con la consi-*

guiente falta de adecuación entre los precios de los bienes de consumo y de los medios de producción, por un lado, y su valor social, por el otro;

4. *la asignación centralizada de suministros a las empresas;*
5. *la ausencia de un mercado para los bienes de consumo;*
6. *la regulación central de los incentivos materiales;*
7. *la existencia de notorias divisiones departamentales de control;*
8. *la limitación de los derechos económicos y de la responsabilidad en la dirección de las empresas, y, por último;*
9. *la restricción de las actividades no oficiales (Carlos Taibo, Crisis y cambio en la Europa del Este, Alianza, Madrid, 1995, pág. 31).*

Volvamos a darle la pluma a Gorbachov para que nos explique qué sucedía, en su opinión, con el sistema político y administrativo soviético:

Todas las funciones económicas y administrativas básicas estaban concentradas en manos de la dirección política. El papel del aparato ejecutivo se hallaba sumamente hipertrofiado. Desplegado en casi un centenar de ministerios federados y en unos ochocientos ministerios y departamentos de las repúblicas, prácticamente dictaba su voluntad en lo económico y en lo político. Los departamentos y otras estructuras administrativas tenían en sus manos el destino de las decisiones políticas y, con su actividad o inactividad, determinaban lo que tenía que ser y lo que no tenía que ser. Los soviets y, en muchos aspectos, los órganos del partido eran incapaces de controlar la presión de la administración. Se admitía como norma general que el órgano que tomaba y ejecutaba una decisión no era económicamente responsable de las consecuencias de sus actos.

Un serio defecto del sistema político fue la estatización de la vida social. La regulación estatal se había extendido prácticamente a todas las actividades de la sociedad.

La tendencia a la minuciosa planificación y el control centralizado de todos los aspectos de la vida encorsetó literalmente al país, frenó la iniciativa de las personas, de las organizaciones, de las colectividades. Eso dio origen, entre otras cosas, a una economía paralela que se aprovechaba de la incapacidad de los órganos estatales para satisfacer las necesidades de la población.

La burocratización de las estructuras estatales acostumbró a la sociedad a una forma única y estática de existencia. Se creó una imagen simplificada y, en realidad, falsa de poder popular en que el poder real no se identificaba con la actividad política de los ciudadanos, sino con los órganos ejecutivos que supuestamente se hallaban al servicio de los intereses del pueblo.

Durante decenios el poder político se adaptó, no a organizar la vida social en los marcos legales, sino a ejecutar disposiciones y directivas. Proclamación de palabra de los principios democráticos y autoritarismo de hecho, exorcismos verbales sobre democracia y voluntarismo y subjetivismo en la práctica, cotorreo sobre democracia —socialista la mejor del mundo— y pisoteo de los derechos elementales de los ciudadanos, ausencia de transparencia informativa y de una prensa libre: todo ello se había integrado profundamente y desde hacía tiempo en el modo de vida de la sociedad.

La contrapartida eran la indiferencia, el debilitamiento de la actividad social de las masas, la alienación del hombre trabajador respecto de la propiedad, la administración, la política y la cultura.

El monstruo que aplastaba a la sociedad había condenado al fracaso todos los intentos anteriores de reformar el sistema. Y habría hecho lo mismo con el nuestro. De ahí la necesidad de una reforma política profunda, de la que rápidamente quedamos convencidos (Memorias..., pág. 16-17).

En los estilos hasta entonces en uso en la política soviética,

las falencias y los problemas con que se encontraba cualquier nuevo elenco gobernante se solían adjudicar a la “administración precedente”, pero lo nuevo que introdujo Gorbachov fue atribuirlos al sistema y no a las personas. Sin duda, mucho de lo que decía debió ser entendido como una crítica a Leonid Brezhnev, que había gobernado el país entre 1965 y 1982. Durante esos años se había endurecido la política interna y el malestar de los intelectuales y de los científicos que consiguieron hacer llegar sus protestas a Occidente, sirvió para deteriorar internacionalmente la imagen del régimen comunista. La invasión a Checoslovaquia en 1968 operó en el mismo sentido. Los Estados Unidos y la URSS mantenían una carrera armamentista, que los soviéticos sólo podían continuar a costa de dirigir hacia ella inversiones que forzosamente conducían a desatender la mejora del nivel de vida interno. Con Brezhnev se expandió la influencia internacional de la Unión Soviética, uno de cuyos símbolos fue la guerra de Vietnam y la creciente presencia en África de sus técnicos y consejeros y esa política externa también implicaba más gastos militares ya que aumentaba las tensiones con los Estados Unidos.

Es muy difícil, a la luz de como se desarrollaron los acontecimientos luego, imaginar hoy el estado de ánimo de los gobernantes occidentales enfrentados con el avance del comunismo en el plano internacional en los años de Brezhnev. Las reflexiones formuladas en 1980 por el ex presidente norteamericano Richard Nixon, en su libro *The Real War*, nos brindan indicios claros de la preocupación de una de las figuras más importantes de la clase dirigente norteamericana. En la época en que se publicó el mencionado texto, el Partido Republicano volvía al gobierno con Ronald Reagan. El libro era un llamado de atención, un *cri de coeur* como él mismo diría, que Nixon dirigía a los políticos de su país para que tomaran conciencia de los riesgos, que a su entender corría el mundo libre. Cuál era la *real war* que se estaba librando: la tercera guerra mundial que había comenzado, según Nixon, antes que la segunda terminara, “pues Stalin ya tenía la vista fija en sus objetivos de posguerra”. La descripción de los años '80, en la pluma del ex presidente, tocaba los límites del anuncio de una catástrofe total:

En la actualidad, la Unión Soviética es la nación expansionista más poderosamente armada que jamás haya habido en el mundo, y el ritmo de incremento de su armamento es casi doble al de los Estados Unidos. Las intenciones de la Unión Soviética no constituyen secreto alguno. Los dirigentes del Kremlin no quieren la guerra, pero quieren dominar el mundo. Y están ocupando rápidamente las posiciones precisas para conseguir lo que quieren.

En los próximos años de la década de los ochenta, Norteamérica se enfrentará, por primera vez en la historia moderna, con dos duras realidades. La primera de ellas consiste en que, si se produce una guerra, cabrá la posibilidad de que Norteamérica la pierda. La segunda realidad estriba en que también es posible que seamos derrotados sin que se produzca una guerra. Esto último es más probable que lo primero, y casi igualmente trágico. El peligro con que Occidente se enfrenta en lo que queda de siglo no es tanto el de un holocausto nuclear cuanto el de navegar a la deriva hasta llegar a una situación en la que tengamos que elegir entre la rendición o el suicidio, es decir, o rojos o muertos. Este peligro puede aún evitarse, pero el tiempo que tenemos a nuestra disposición para evitarlo se está agotando.

Las ambiciones soviéticas presentan a los Estados Unidos unos problemas estratégicos de proporciones mundiales, que exigen una renovada concienciación y reacción estratégicas. Exigen una estrategia nacional coherente, basada en el apoyo del pueblo debidamente informado. Las contemporizaciones aquí y allá de nada sirven. Desde 1974, Angola, Etiopía, Afganistán, Yemen del Sur, Mozambique, Laos, Cambodia y Vietnam del Sur han caído bajo el dominio comunista, lo cual viene a representar unos cien millones de habitantes, en los últimos cinco años. Irán se ha sumido en un sangriento caos, y ha dejado de ser, de la noche a la mañana, un baluarte

del poderío occidental, para transformarse en una olla de virulentos sentimientos antioccidentales, mientras sus tesoros petrolíferos quedan provocativamente al alcance de las codiciosas miradas rusas. Cuba actúa de manera cada día más clara como agente de las ambiciones soviéticas de largo alcance. Estos ejemplos revelan la manera en que las diversas piezas irán cayendo si seguimos fieles a un enfoque fraccional y cambiante. Tenemos que recuperar el impulso geopolítico, aunando y empleando nuestros recursos, al modo tradicional de una gran potencia.

Los antiguos imperios coloniales han desaparecido. El nuevo imperialismo soviético exige la existencia de una nueva fuerza que lo contenga. Los Estados Unidos, solos, no pueden ser esta fuerza. Pero sin la fuerte y eficaz jefatura de los Estados Unidos, es imposible formar esa fuerza. Los Estados Unidos no pueden permitirse las dudas y las vacilaciones. O actuamos como una gran potencia o quedaremos reducidos a una potencia de menor importancia, en cuyo caso no conseguiremos sobrevivir; como tampoco sobrevivirán la libertad y los valores occidentales.

Estamos en guerra. Estamos librando una lucha titánica en la que se decide el destino de las naciones. En la guerra, cuando una plaza sitiada se rinde sin disparar ni un tiro, la ocupación de esta plaza significa antes la derrota de uno de los contendientes que la victoria del otro. Y cuando la Unión Soviética avanza, utilizando al efecto tropas que sin ser suyas actúan en su beneficio, las conquistas de estas tropas son victorias soviéticas y derrotas de Occidente.

Desde la segunda guerra mundial, el incremento del poderío militar soviético ha sido constante, de la misma manera que la presión expansionista soviética en momento alguno ha cejado. Moscú ha pescado diligentemente en las turbulentas aguas que dejó tras de sí el desmantelamiento de los imperios coloniales. Moscú ha bloqueado Berlín, ha fomentado revoluciones en la Amé-

rica latina, en Asia y en África, ha prestado su ayuda a las agresiones llevadas a efecto por Corea del Norte y Vietnam del Norte. Ha adiestrado y financiado unidades guerrilleras, ha obstaculizado elecciones, ha derribado aviones desarmados, ha patrocinado golpes de Estado, ha fusilado a refugiados, ha encarcelado a disidentes. Ha amenazado, ha atentado, ha intrigado, ha conspirado, ha subvertido, ha sobornado, ha intimidado, ha aterrorizado, ha mentido, ha estafado, ha robado, ha torturado, ha espiado, ha chantajeado y ha asesinado, todo ello a modo de premeditado medio de política nacional.

*La ingenua idea de que podemos conservar la libertad por el medio de sudar buena voluntad por todos los poros no sólo es tonta sino también peligrosa. Es una idea que tanto más tienta al agresor cuantos más adeptos tiene (Richard Nixon. *La verdadera guerra. La tercera guerra mundial ha comenzado*. Planeta, Barcelona, 1981, págs. 8-13).*

La potencia que Nixon juzgaba tan amenazante, era, sin embargo, la misma que años después en el balance de los equipos de Gorbachov era considerada un verdadero caos interno. Una buena manera de explicar la coexistencia de esas dos realidades soviéticas la ofreció Cornelius Castoriadis, en su obra *Devant la guerre* (Fayard, París, 1981). Castoriadis sostenía que la Unión Soviética debía caracterizarse como un sistema estatal cuyo objetivo principal estaba centrado en preocupaciones de tipo militar y expansionista. Consideraba que se trataba de un tipo de formación social absolutamente nuevo, en la que existía un predominio de una “subsociedad militar”, entendiéndose por tal no sólo las Fuerzas Armadas, sino todo el complejo de actividades económicas y científicas que se estructuraban en torno a las mismas. Esa “subsociedad militar” absorbía para su funcionamiento y permanente crecimiento, una gran proporción de los recursos materiales disponibles, así como del personal científico y técnico de mejor preparación. Tratándose del sector prioritario, se subordinaba a las necesidades del mismo, todo el conjunto de la economía. Se

explicaba de este modo las causas por las que la URSS, que tenía tantas dificultades para asegurar el abastecimiento normal del consumo de su población en bienes de uso corriente, podía sin embargo, competir con tanto éxito en el plano militar con Estados Unidos. En fin, para Castoriadis, el predominio de esta subsociedad sobre el resto del sistema social, había supuesto un deterioro de las posiciones ocupadas por el partido, que tendía a quedar en una situación subordinada. En el mismo sentido, estimaba que el discurso ideológico comunista oficial sostenido por dicho país asumía básicamente funciones instrumentales.

En los fundamentos de la política de Gorbachov se encontró, justamente, la necesidad de terminar con las consecuencias que para la economía soviética en su conjunto ocasionaban los gastos militares:

Los primeros pasos por el camino de la perestroika nos convencieron, a mí y a mis compañeros, de que no lograríamos nuestro objetivo sin liberar al país del peso de la supermilitarización, que se había vuelto insoportable y destructiva, del dominio sobre la economía del complejo militar industrial, así como de los gastos exorbitantes para mantener nuestra posición de superpotencia fuera del país: en los estados aliados y en el tercer mundo. Esa interpretación nos llevó en seguida a la necesidad de cambiar radicalmente la política exterior, orientándola hacia el cese urgente de la guerra fría, de la confrontación global con los Estados Unidos y con Occidente en su conjunto.

El fundamento teórico, filosófico, de nuestros actos de renovación de la política exterior fue el nuevo pensamiento político, cuyo objetivo básico fue poco después la incorporación orgánica de la Unión Soviética a la comunidad mundial en el proceso de civilización global. Las ideas iniciales del nuevo pensamiento político fueron formuladas ya en abril de 1985 y desarrolladas posteriormente entre 1986 y 1989 como realización práctica de la nueva concepción de las relaciones internacionales.

El nuevo pensamiento surgió, claro está, bajo el efecto de una convicción irrefutable: si no cesa la carrera armamentista y no se detiene la creciente hostilidad de las potencias nucleares, la humanidad no evitará la catástrofe. El mundo ya había llegado a un límite peligroso, y cualquier conflicto serio en la política mundial podría devenir en una guerra nuclear en la que habrían ardido el socialismo, el capitalismo y todas las preferencias y pasiones ideológicas.

La muerte nuclear nos iguala a todos. Esa toma de conciencia arrancaba de los ojos las vendas ideológicas y animaba a observar el mundo con una nueva mirada, a considerar los enormes cambios producidos desde la fractura del año 1917 y, sobre todo, desde la tragedia de la Segunda Guerra Mundial. De esta toma de conciencia surgió el concepto de un mundo integral e interdependiente, en el cual la prioridad de los valores humanos constituye la condición para una nueva civilización en cuyo umbral se ha situado la historia del mundo al comienzo del tercer milenio de la era cristiana.

El nuevo pensamiento nos permitió apreciar con mayor amplitud la importancia, vital para las relaciones internacionales en nuestra época, de los valores morales que durante siglos elaboraron los pueblos y sintetizaron y perfilaron los grandes espíritus de la humanidad (Memorias..., pág. 22).

Terminar la “guerra fría”, abandonar la carrera armamentista, era para los nuevos equipos que dirigían la URSS el imperativo de la hora. Esa constituía la condición para lograr, según creían, una rápida mejora de la economía, destinando las inversiones hasta entonces canalizadas hacia la actividad militar. Esa meta no podía ser alcanzada —según afirmaba Gorbachov— sin poner fin a las planificaciones centralizadas que ahogaban el desarrollo de la actividad productiva. Ese objetivo encontró muy pronto resistencias de los sectores burocráticos que no estaban dispuestos a perder poder o bien que eran incompetentes para

poner en práctica las nuevas políticas. Cedámosle la palabra nuevamente a Gorbachov y leamos las ideas por él expresadas sobre ese tema en enero de 1988 cuando ya las dificultades de la *perestroika* debían alarmar a quienes la habían proyectado, quizás, con excesivo optimismo:

Las transformaciones revolucionarias en la sociedad han situado al primer plano la contradicción entre las demandas de la renovación, la creación y la iniciativa creadora de un lado, y el conservadurismo, la inercia y los intereses egoístas, de otro. Una de las manifestaciones de esta real contradicción consiste en que la creciente actividad de las masas no es compatible con el persistente estilo burocrático en distintas esferas de la vida, con los intentos de frenar la renovación. Para superar esta contradicción hay que adoptar medidas rápidas y drásticas en la política de cuadros, en el afianzamiento de nuevos enfoques y normas en la vida de Partido, estatal y social.

¿En qué el Buró Político ve el medio más eficaz para limar esta contradicción? La respuesta es una: en el amplio desarrollo de la democracia. Hoy —y la vida lo demuestra una vez más— precisamente frenan nuestro avance las formas autoritarias de dirección. Las formas democráticas, y sólo ellas, pueden dar un poderoso impulso a este avance.

Las experiencias de la etapa inicial del proceso renovador mueven a examinar atentamente las contradicciones reales entre los intereses de los distintos grupos de población, colectividades, departamentos y organizaciones. Es incuestionable que el socialismo suprime el antagonismo de intereses. Es una tesis bien conocida y cierta, mas no significa que el liquidar el carácter antagónico de los intereses equivale a unificarlos o nivelarlos.

Somos conscientes de cuán difícil es el proceso de cambios en las organizaciones del Partido, en los Soviets y en los organismos económicos. ¿Acaso no se percibe que al-

*gunos departamentos centrales acogen dolorosamente las reformas? Las experiencias de la implantación del control estatal de calidad, las de la lucha antialcohólica, de los esfuerzos con miras a poner orden y reforzar la disciplina, prueban cuántas dificultades hay que vencer para sacar adelante el proceso renovador. Lo confirman asimismo los primeros pasos dados a fin de implantar la autogestión y aplicar las formas de remuneración del trabajo cuando el salario depende enteramente de los resultados finales. Son procesos reales, contradicciones de la vida. Debemos verlos y tomarlos en consideración (Mijail Gorbachov. *Las tareas del partido en la reforma radical de la administración económica*. Prensa Novosti, Moscú, 1987, págs. 6 y 7).*

¿Cómo pensaba Gorbachov que podían solucionarse los problemas que surgían del comportamiento de los dirigentes que perjudicaban su proyecto? Creía que la solución se encontraba en una mayor democratización de la vida política y de la sociedad. A ese proceso se lo designó con el término *glásnost*, que se puede traducir al castellano por “transparencia”. Es interesante resaltar que el objetivo del *glásnost* consistía, fundamentalmente, en crear controles desde la sociedad sobre los dirigentes para obligarlos de ese modo a aportar una mayor colaboración a las reformas. En la base de esa estrategia se hallaba, sin duda, el hecho de que los equipos que controlaban las posiciones centrales del poder no podían contar con un aparato de supervisión y vigilancia de la ejecución de las órdenes que impartían y que las burocracias tergiversaban o no aplicaban. Dicho en otros términos, mediante la mayor transparencia y participación social se suponía posible resolver una situación de crisis de autoridad. Las asambleas de trabajadores o cualquier otra forma de comunidad, así como la prensa y las denuncias individuales, eran imaginadas como instancias de control sobre las direcciones políticas y económicas, criticando las equivocaciones y defendiendo los aciertos. Al respecto, afirmaba Gorbachov en enero de 1988:

La perestroika afecta los intereses no sólo de la esfera material, sino también de la espiritual y cultural. Se toma activamente conciencia de nuestro pasado, presente y futuro. Este proceso no es indoloro. Se sostienen discusiones acerca de nuestra historia, se analizan críticamente sus etapas.

La glásnost y la crítica constituyen los métodos del control que las masas, la sociedad, ejercen sobre todos los procesos. Son también el método de sintetizar la experiencia, de captar las tendencias dominantes en la sociedad, de prevenir contra los errores. Constituyen un estado normal, y nadie debe entregarse al pánico cuando se le critica.

Cuando hablo de este tema, siempre subrayo que nosotros estamos por la glásnost sin reserva alguna. Pero por una glásnost en bien del socialismo. Y a la pregunta de si la glásnost, la crítica, la democracia tienen límite, contestamos con firmeza: si la glásnost, la crítica y la democracia son en bien del socialismo, en bien del pueblo, ¡son ilimitadas!

Nadie irá más lejos que nosotros en las cuestiones de la democracia, porque en ella estriba la esencia del régimen socialista. Estamos ampliando la democracia socialista en todas las esferas, incluso, en la economía. ¿Dónde en Occidente eligen directores, jefes de brigada, dónde las colectividades laborales aprueban los planes? En ninguna parte. Ésta es nuestra democracia socialista.

También en el seno del Partido haremos avanzar el proceso de democratización. Seguramente ustedes ven lo sería que es la campaña de rendición de cuentas que llevan a cabo los comités del Partido. La situación cambia para bien, y estos cambios son profundos, aunque también hay mucha inercia y pasividad. Pero esto, compañeros, no es culpa de los comunistas de base. Sabemos cómo actuaron muchos de nuestros órganos electivos. Y hemos hecho poco todavía para que el papel de los órga-

nos electivos sea el que ideamos y formulamos en los Estatutos del PCUS. Aún tenemos todo por delante. Pero si estos procesos no se desarrollan en el partido, ellos tampoco se llevarán a cabo en la sociedad.

*Buscaremos enfoques nuevos para aprovechar en una dimensión más amplia el potencial de los Soviets. Es por todos sabido, compañeros, que en muchos casos los órganos del partido asumieron las funciones de los soviets. ¿Y qué obtuvimos con ello? El partido se rezagó y dejó muchos problemas sin resolver; pues estaba sobrecargado de las funciones ajenas (Mijail Gorbachov. *La democratización: esencia de la perestroika, esencia del socialismo*. Prensa Novosti, Moscú, 1988, págs. 13-15).*

Puede afirmarse que en los proyectos y mecanismos esbozados por Gorbachov se encontraban las condiciones de la crisis que desembocó en la disolución de la Unión Soviética. En primer lugar, sus iniciativas lesionaban los intereses de los aparatos burocráticos y esto le generaba poderosos enemigos internos. En el relativamente poco tiempo que duró la experiencia no aparecieron los sectores sociales capaces de apoyar y legitimar “desde abajo” las reformas pensadas e impulsadas “desde arriba”. La ideología de la *perestroika* y el *glásnost* era un híbrido que no consiguió dotar de identidad y objetivos a sectores significativos de la población. En sus escritos y discursos, Gorbachov mezclaba citas de Lenin con metas que nunca habían estado presentes en las ideas marxistas. Para invitar a que se terminara la carrera armamentista, se vio necesitado de reformular las viejas teorías de la amenaza “imperialista” y liquidó con ello el justificativo hasta entonces siempre agitado para legitimar la falta de bienestar de la población. Pero la mejora de las condiciones de vida de ésta no sólo no se realizó, sino que al comenzar a desestructurar el sistema burocrático con la *perestroika* se quebró el mínimo de eficacia existente para responder a los problemas de abastecimiento de bienes indispensables para asegurar el normal desenvolvimiento de la existencia cotidiana. Si ampliar la participación de la sociedad en la política debía, teóricamente, servir para hostigar a los

malos burócratas, el resultado fue que así se abrió el espacio para criticar a Gorbachov y a quienes lo secundaban en las alturas del poder. Tan pronto como en los países de Europa oriental se hizo claro que la URSS no los invadiría, se cayó allí el comunismo. Algo semejante ocurrió con algunas de las repúblicas, nacionalidades y pueblos que en diferentes momentos habían sido integrados a la URSS por la fuerza o con un bajo grado de consentimiento. El reclamo de autonomía desembocó en la disolución de la Unión Soviética.

**AUTOEVALUACIÓN. PARA UN CONTROL DE SU
COMPRENSIÓN**

- Defina el proyecto de Gorbachov.
- Piense en los obstáculos que encontró ese proyecto.

Unidad 8

LA EXPANSIÓN MUNDIAL DE LAS IDEOLOGÍAS NEOLIBERALES Y LA GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA Y CULTURAL. LOS NUEVOS NACIONALISMOS Y LAS GUERRAS CULTURALES

El retroceso de la influencia de las ideologías favorables a las políticas de intervención estatal en la economía y en el dominio del bienestar social, que como hemos visto había comenzado a principios de los años '70, tuvo como contrapartida el aumento de la aceptación de las ideas neoliberales. Los cambios de climas ideológicos en materia de economía suelen ser explicados a partir del cuestionamiento objetivo que surge hacia los paradigmas hasta entonces vigentes, al demostrar éstos que no consiguen resolver los nuevos problemas planteados a sus sociedades. Esta manera de pensar las transformaciones de las concepciones económicas predominantes resulta probablemente adecuada cuando se refiere a las ideas de los especialistas, es decir de aquellos círculos de personas que poseen más conocimientos sobre las cuestiones en discusión. Ellos manejan criterios técnicos y, si bien pueden tener preferencias ideológicas, no ignoran la necesidad de respaldar sus argumentaciones teóricas con referencias empíricas. Pero el común de la gente que adhiere hoy a unas ideas sobre la economía y mañana a otras, no posee mayor formación al respecto y se entera sólo de algunos datos accesibles por los medios de comunicación masiva. En sentido estricto, es a este último y amplio conjunto de personas al que se dirigen quienes difunden ideologías

sobre política económica. Incluso cuando esa tarea propagandística es desempeñada por muy reconocidos economistas —por ejemplo algunos científicos galardonados con el Premio Nobel—, es fácil reconocer en su estilo expositivo la voluntad de persuadir aportando esquemas muy simplificados para hacerlos llegar a la opinión pública.

Al igual que en cualquier otra ideología que busca hacer legítimas y necesarias determinadas opciones políticas, el keynesianismo y sus derivaciones antes y el neoliberalismo en los años más recientes, les propusieron a los sujetos determinadas formas de pensarse a sí mismos, les señalaron adversarios que querían obstaculizar el logro del bien común y les auguraron futuros venturosos. Así como el keynesianismo ganó adhesiones en una época en que se suponía que el liberalismo estaba agotado y era incapaz de resolver los males que aquejaban a la economía, el neoliberalismo se difundió en condiciones en las que las convicciones habían cambiado: ahora eran los keynesianos quienes estaban huérfanos de respuestas ante los desafíos de las crisis. Todas las ideas que buscan legitimidad para impulsar determinadas propuestas políticas tienden a ser presentadas por quienes las sostienen como un imperativo de la situación, la última oportunidad —se afirma a veces con dramatismo— de evitar las catástrofes definitivas y los males más terribles. En ciertas maneras de organizar los enunciados, el carácter inexorable de la opinión que se postula puede tener mayor o menor pretensión de estar fundado en hechos, pero la mención de los mismos no puede omitirse totalmente. Una de las más atractivas justificaciones del neoliberalismo es la que propone Guy Sorman, profesor universitario francés cuyos libros y conferencias han concitado el interés del gran público en los más diversos países del mundo, incluida la Argentina. Él nos explica las razones por las cuales el neoliberalismo se ha impuesto en la opinión pública o, mejor dicho, por qué no podía sino imponerse. El texto corresponde al libro *La solución liberal* (Atlántida, Buenos Aires, 1985), cuya primera parte se denomina “En busca de una ideología” y es de su primer capítulo que reproducimos lo que sigue:

Todos sentimos que estamos viviendo una revolución tecnológica simbolizada por la microinformática y la microbiología, es decir, la combinación de lo infinitamente pequeño y lo infinitamente poderoso. Su consecuencia es una desmasificación de la sociedad. Salimos de la era de las masas, que exigía una concentración cada vez mayor de individuos en un lugar dado para crear el mayor número de riquezas posibles. La fábrica, el trabajo en serie, la máquina, la estandarización de los modos de producción y de los modos de vida, la concentración urbana, la concentración de las horas de trabajo y de las horas de ocio en el día, la semana, la vida: esas eran las condiciones del progreso económico, y al mismo tiempo sus resultados. Todo eso ya no es necesario gracias a la revolución que aportan a la producción la microelectrónica y la robótica.

Igual sacudida se produce en la comunicación. La era de las mass-media es seguida por las micromedia: radios locales, cantidades ilimitadas de programas de televisión, cable, segmentación de la audiencia. Tanto en la producción como en la circulación de la información, cada individuo recupera un lugar y un sentido propios. Todas las organizaciones sociales son alcanzadas por esta desmasificación. Los partidos de masas y los grandes sindicatos ceden terreno, ya no logran movilizar a las multitudes con propuestas y slogans elementales. Hasta las iglesias se fracturan en una infinidad de corrientes para regocijo de las sectas y movimientos evangelistas. Las grandes empresas organizadas según un modelo jerárquico se derrumban y desaparecen mientras que las nuevas actividades económicas se organizan en base a pequeñas unidades dispersas y competitivas. Sólo los Estados se mantienen fieles al modelo burocrático, pero, precisamente, funcionan mal.

Este estallido está determinado por los cambios tecnológicos y, naturalmente, por los avances masivos de la educación que han vuelto a los individuos más autóno-

mos y responsables. Los comportamientos, las actitudes sociales y los modos de vestir se diversifican hasta el infinito y ya no obedecen a ningún código. Hemos entrado en lo que los italianos llaman una sociedad fragmentada y los norteamericanos una sociedad balcanizada.

Los sistemas ideológicos que privilegiaban a las masas ya no responden a los nuevos vientos que soplan. Todo el discurso que colocaba al pueblo, al proletariado y al trabajador por encima de la persona es considerado particularmente anticuado. Por el contrario, el pensamiento liberal, que se centra en las iniciativas e interpreta a la sociedad como el resultado de dichas iniciativas, recobra nueva actualidad.

En resumidas cuentas, lo que llamamos crisis es sobre todo una crisis del Estado y de sus formas de intervención. Naturalmente, los socialegatistas están desconcertados por acontecimientos que ellos mismos organizaron. No pueden aportar a la crisis ninguna explicación de fondo, excepto cuestionándose a sí mismos. Para los liberales, en cambio, está claro que la crisis es el resultado de un conflicto entre ese carácter abstracto de las masas y la realidad de la persona. Al bloquear todos sus mecanismos de adaptación, el estatismo llevó a las sociedades occidentales al borde de la parálisis o del desmembramiento (La solución... págs. 29-31).

Sobre las deficiencias del funcionamiento del Estado, Sorman nos propone un ejemplo muy ilustrativo tomado, como él dice, no de cualquier república bananera, sino del caso norteamericano:

El ministro de Salud Pública dirige cada año 8500 cheques de reembolso de gastos médicos a muertos, pero el dinero nunca retorna. La Agencia para el desarrollo de las minorías maneja un programa cultural costoso para tribus de Pielas Rojas desaparecidas hace cincuenta años. La Marina compra giroscopios a 250 dólares la pieza, a un minorista del Mississippi que las consigue a 11 dóla-

res de otro proveedor. La emisión de un cheque equivale a 4,20 dólares en el Ministerio del Ejército, contra 1 dólar en el sector privado (costo total: 40 millones de dólares por año). Un ciudadano recibe 29 veces el mismo folleto de información gubernamental porque las listas no son llevadas al día. Los préstamos a las empresas no son recuperados jamás. 17.000 computadoras ya no son cuidadas. La cuenta del teléfono del ministerio de Trabajo solamente, se eleva cada año, por los llamados personales, a un millón de dólares (Op. cit., págs. 114-115).

Este tipo de problemas, que han ilustrado muchas veces las reflexiones de quienes critican el desenvolvimiento burocrático del Estado de Bienestar, fue abordado por Milton y Rose Friedman de una manera extremadamente didáctica. Escuchemos —y aquí la palabra corresponde totalmente ya que se trató de charlas televisivas que se difundieron en un gran número de países— las argumentaciones de los esposos Friedman explicando lo que llaman *La falacia del Estado de Bienestar*:

¿Por qué razón todos estos programas han defraudado tanto? Sin duda sus objetivos eran humanitarios y nobles. ¿Por qué, entonces, no se han alcanzado? Al comienzo de la nueva era todo parecía bien. Los individuos que habían de beneficiarse eran pocos, y los contribuyentes que podían financiar dichos programas, muchos, de modo que cada uno pagaba una pequeña cantidad que proporcionaba beneficios significativos a unos pocos que los necesitaban. En cuanto aumentaron los programas de bienestar, las cosas cambiaron. En la actualidad, todos nosotros estamos financiando unos programas con un bolsillo, para recibir dinero —o algo que el dinero podría comprar— en el otro.

Una simple clasificación del gasto muestra la razón por la que este proceso conduce a resultados indeseables. Cuando una persona gasta, puede gastar su propio dinero o el de otro; y dicha persona puede gastar para sí o en

beneficio de otro. Combinando estos dos aportes de alternativas obtenemos cuatro probabilidades en esta sencilla tabla (Tabla N° 1):

Tabla N° 1

UNA PERSONA GASTA

	en quién lo gasta: en beneficio	
con el dinero	<i>propio</i>	<i>de otra persona</i>
suyo	I	II
de otra persona	III	IV

La categoría I de la tabla se refiere al gasto del dinero de una persona en su propio beneficio. Ésta compra en un supermercado, por ejemplo. Es evidente que dicha persona tiene un fuerte incentivo tanto a economizar como a conseguir el máximo valor posible de cada dólar que gasta.

La categoría II indica el gasto del dinero de una persona en beneficio de otro. Esta persona compra regalos de Navidad o de cumpleaños. Tiene el mismo incentivo para economizar, pero no para conseguir el valor máximo de su dinero, al menos si se juzga según los gustos del receptor. Este individuo, por supuesto, intentará comprar algo que le guste a aquél, a condición que cause igualmente una buena impresión y no exija mucho tiempo y esfuerzo. (Si, realmente, el objetivo principal de este individuo consistiera en permitir al beneficiario obtener el máximo valor posible por dólar, le daría dinero en efectivo, convirtiendo la categoría II del individuo en la I del receptor.)

La categoría III alude al gasto que una persona realiza en su beneficio con el dinero de otro, por ejemplo, el cargo en una cuenta de gastos de una comida. Esta persona no tiene un incentivo fuerte para reducir el importe de la nota, pero sí en conseguir el máximo posible de este dinero.

La categoría IV considera el gasto que una persona realiza del dinero de otra en beneficio de un tercero. Paga la comida de otro cargándola a una cuenta de gastos. Esta persona tiene un escaso incentivo para economizar o para intentar conseguir que su invitado disfrute de la comida a la que conceda más valor. Sin embargo, si comen juntos, de modo que el almuerzo constituya una mezcla de las categorías III y IV, el individuo dispone de un fuerte incentivo para satisfacer sus propios gustos a costa, si es necesario, de los de su invitado.

Todos los programas de bienestar pertenecen a la categoría III, por ejemplo, la Seguridad Social, que implica pagos en metálico que el beneficiario puede gastar como guste; o bien a la categoría IV, caso de las viviendas públicas, excepto que incluso los programas de esta categoría comparten una característica de la III, a saber, que los funcionarios que administran el programa toman parte en la comida, y todos los programas de esta categoría tienen burócratas entre sus beneficiarios.

En nuestra opinión, estas características del gasto de los programas de bienestar constituyen la fuente principal de sus defectos (La libertad de elegir. Orbis, Madrid, 1984, págs. 165-167).

El auge de la aceptación de las ideas económicas neoliberales se ligó directamente a las concepciones favorables a la *globalización de la economía*. Esta última noción remite a la interdependencia de las economías nacionales en el mundo de nuestros días, fenómeno que si bien no es nuevo ha conocido en la época reciente un fuerte impulso, en especial por las integraciones regionales y por el aumento de la actividad del comercio y de las finanzas

internacionales. La idea que sostiene que los países no pueden aislarse de los movimientos de la economía mundial —pues ello implicaría condenarse al atraso— armoniza perfectamente con las concepciones neoliberales que postulan la disminución al mínimo de las acciones del Estado que pueden interferir el libre desenvolvimiento de los mercados. El fin de las regulaciones proteccionistas y la apertura de la economía son considerados, desde esa perspectiva, un potente estímulo a la modernización de las estructuras productivas y de gestión. El fuerte consenso que en países con distintos niveles de desarrollo consiguieron estas ideas cambió con una rapidez notable los estilos de pensamiento predominantes hasta entonces no sólo en el plano estricto de la economía, sino también en todas las cuestiones sociales conexas con ese dominio de la actividad humana. Si tal como hemos visto las ideas favorables al Estado Benefactor estaban seriamente objetadas, las aperturas económicas supusieron ampliar la discusión sobre los problemas sociales a ítems que antes no habían sido incorporados a la agenda pública.

¿Podía un país mejorar su competitividad internacional si mantenía las legislaciones laborales de las etapas previas a la globalización? ¿Las inserciones activas en el comercio mundial, requerían regímenes de trabajo más acordes con los vigentes en los países competidores? Las preguntas de este estilo —todas construidas sobre la misma argumentación— podrían seguir enunciándose pero, en lo fundamental, hay detrás de todas ellas un solo tema: los imperativos emergentes de una situación mundial ante la cual se restringen los límites de acción de los estados nacionales. Contrariamente a lo que sucedía bajo el anterior modelo de regulación de la economía interna y de inserción en los mercados internacionales —afirman quienes sostienen estas ideas—, los países que quieren progresar deben ajustar sus políticas sectoriales a la nueva realidad de la globalización. Es interesante destacar que los gobiernos de algunos países que se cuentan entre los menos desarrollados o que alcanzaron un nivel intermedio de desenvolvimiento económico, se han convertido en los más claros enemigos de las barreras proteccionistas en materia de comercio mundial, pues estiman que ése es un instrumento que pueden

llegar a emplear las naciones más avanzadas para defender segmentos de sus industrias amenazadas por las importaciones de productos elaborados en esos países más pobres. En razón de esa estrategia aperturista los gobiernos de países menos desarrollados se empeñan en conseguir la radicación de empresas transnacionales para mejorar así su participación en el comercio exterior, cuestión que ciertas corrientes ideológicas de los países más avanzados económica y tecnológicamente juzgan negativa para los intereses nacionales, pues esas inversiones externas —según estiman— implican menos crecimiento del capital de las empresas locales y crean más desocupación.

Las políticas orientadas a la liberalización de la economía y los esquemas de análisis que asignan un rol importantísimo a la nueva realidad mundial signada por la globalización, convergen en la importancia acordada por numerosos gobiernos a la competitividad de sus países y de sus empresas. En un interesante análisis de las nuevas condiciones de desenvolvimiento de la economía internacional realizado por el Grupo Lisboa bajo la dirección de Riccardo Petrella se sintetizan las características de lo que ellos denominan “la ideología de la competencia convertida de medio en fin”:

Ahora bien, en los últimos 20-30 años ha aparecido una nueva era de la competencia y la globalización ha contribuido a ello. Como ya se ha visto, la globalización ha cambiado la geografía de las actividades económicas. El salto de unas economías nacionales, territorialmente limitadas, al espacio abierto de la economía mundial, aumenta el riesgo de que la competencia global conduzca a una dominación mundial. Al intensificarse en todo el mundo la interdependencia entre unas economías y sociedades cada vez más afectadas por relaciones desiguales de poder, la competencia está desbordando sus cauces: ya no es posible competir en un área sin hacerlo en todas las demás, cosa que a su vez aumenta las posibilidades de dominación mundial.

La competitividad es hoy el primer objetivo de empre-

sarios, banqueros y responsables gubernamentales de la industria y el comercio.

Empresarios, políticos, economistas, financieros, técnicos y líderes sindicales han hecho de la metáfora de la competitividad su propio credo. La exigencia de competitividad está en el centro de sus debates y de sus propuestas. No hay expresión más frecuentemente aludida que ésta en sus discursos políticos, diarios, libros, cursos y seminarios de formación empresarial. La batalla por la competitividad ha sido el primer tema de debate de los últimos veinte años.

¿Existe inquietud por el empleo y los parados? Competitividad es la solución. Lo cual explica que un informe elaborado por el gobierno británico en 1994 llevara por título Competitiveness and Employment (Competitividad y empleo). ¿Hay que modificar los programas universitarios y, en su caso, por qué razón? Respuesta: Para ajustarlos a las necesidades de la industria y hacerla más competitiva. ¿Se preocupan los países por mejorar el desarrollo de su tecnología? La misma respuesta: todo por la competitividad.

En 1985, y por primera vez en la historia, la Comunidad Europea aprobaba una política común de Investigación y Tecnología, cuyo único objetivo consistía en mejorar las bases científicas de la industria europea a fin de vigorizar su competitividad a nivel internacional.

Competing with Technology (Competir mediante la tecnología): éste es el título del informe del gobierno holandés al Parlamento. Este informe, publicado en junio de 1993, ofrece una visión de la política tecnológica de los Países Bajos, la cual se dirige ante todo a reforzar la posición del país en la carrera tecnológica.

Los paladines del credo de la competitividad están profundamente convencidos de que la economía de mercado competitiva es el único remedio efectivo para los problemas y los retos a que se enfrentan nuestras sociedades. Su convencimiento no sólo se aplica a las más

*desarrolladas, sino que conviene a todos los países, regiones y empresas del mundo. Así es que, en su ideario, la creciente participación de los países y empresas de África en el mercado libre es la correcta respuesta al creciente empobrecimiento y dislocación sociopolítica de aquel continente; y la misma receta para los países de Latinoamérica (Riccardo Petrella. *Los límites de la competitividad*. Universidad Nacional de Quilmes, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1996, págs. 145-146).*

Si bien escapa al tema en torno al cual se ha organizado este curso, nos parece interesante dejar planteado el interrogante que hoy preocupa a quienes piensan en términos de la competitividad de los diferentes tipos de países, con situaciones históricas y culturales extremadamente diferentes. En el texto de Petrella la pregunta se resume así:

¿Cómo es posible confiar en que exista una solución razonable para la competencia entre unas naciones donde la mano de obra trabaja 2.200 horas al año por mil dólares y otras donde la gente trabaja 1.600 horas por 30.000 dólares? (Op. cit. pág. 152).

Digamos, al margen, que la relación propuesta por Petrella no refleja totalmente las diferencias de salarios que existen entre los países que se encuentran en los límites superiores e inferiores de la escala. La revista *Mercado* del mes de enero de 1997, publicó sobre este tema un artículo en el que incluía el cuadro transcripto como Tabla N° 2.

Para continuar con estas referencias al margen, agreguemos que la gran incógnita de la nueva situación internacional es China, que en los últimos 15 años emprendió un proceso de reformas encaminadas a restaurar la economía de mercado, al mismo tiempo que fomentó las inversiones de empresas transnacionales. La combinación entre salarios bajos y un régimen dictatorial en el que el Partido Comunista Chino mantiene el férreo control autoritario de la sociedad, le acuerda a ese país ventajas comparativas

Tabla Nº 2
COSTOS LABORALES EN HILATURA
Y TEJEDURA DE CALADA -1994-
COSTO EN U\$S HORA PROMEDIO/OPERARIO

Japón	25,62
Italia	15,65
Francia	15,35
Estados Unidos	11,89
Taiwán	5,98
Hong-Kong	4,40
Corea del Sur	4,00
Uruguay	3,31
Venezuela	3,31
México	3,22
Argentina	2,69
Brasil	1,76
Mauritania	1,55
Marruecos	1,54
Tailandia	1,41
India	0,58
R. P. China	0,48
Indonesia	0,46
Paquistán	0,45
Vietnam	0,39
Bangladesh	0,26

Fuente: Consultora Warner International Inc.

en el comercio mundial. El tema es —por cierto— interesante, pero la tiranía del tiempo y del espacio nos impide continuarlo. Propondremos, para los interesados, algunas bibliografías específicas.

Los optimistas suelen sostener que la globalización que vivimos actualmente es el preludio de una época en que habrán terminado para siempre las guerras y los conflictos entre naciones.

Los pesimistas piensan que no sólo esa idea de paz permanente es ilusoria, sino que las nuevas guerras —“las guerras de culturas”— ya marcan definitivamente nuestro presente y nos acompañarán de aquí en más. Se trata de dos puntos de vista que hoy se discuten con ánimo prospectivo y que apuntan a sacar conclusiones políticas. Aquí nos limitaremos a resumir algunas de las opiniones que un tanto abusivamente hemos denominado pesimistas, ya que el tema de la unidad siguiente está conectado con la perspectiva opuesta.

La revista norteamericana *Newsweek* inauguró el año 1997 con un artículo de fondo de Michael Elliot, *editor international editions*, cuyo título era *Vuelta a casa*. Allí, con buen estilo literario, el autor invitaba a los dirigentes del gobierno de su país a reflexionar sobre los tiempos que vienen:

Tomaron los caminos polvorientos, vestidos con lo que tenían y llevando consigo lo que podían cargar. Se contaron por miles y después por decenas de miles. Abandonaron campamentos de refugiados cuyos nombres el mundo había olvidado y emprendieron la marcha hacia aldeas tampoco muy fáciles de recordar. Sin embargo, estos ruandeses no las habían olvidado por una razón muy poderosa: regresaban a casa. La gran marea humana de África Central hizo recordar al mundo organizado que gran parte del planeta sigue siendo un lugar inseguro e incierto, y simbolizó un instinto humano más antiguo que las montañas, pero aún evidente: todos pertenecemos a algún lugar. Hay raíces, tradiciones, mitos y culturas, y todos sabemos quiénes somos.

En ese sentido, la crisis de África Central debió servir como correctivo a un clisé sin sentido de los últimos tiempos, surgido en los últimos 10 años después de medio siglo de conflicto entre comunismo y capitalismo. El capitalismo ganó y las finanzas se han convertido en algo en extremo móvil, con miles de millones de dólares saltando electrónicamente hacia donde se perfila una ganancia. La búsqueda de la eficiencia económica se ha

convertido en la meta universal, porque los que llevan las riendas de los países temen ser castigados por no rendir tributo a los mercados financieros. Este imperativo económico ha reducido el discurso político a canales estrechos que en otros tiempos parecieron posibles: proclamarse socialista es colocarse el mote de dinosaurio. Más que eso, la tecnología se ha impuesto a las diferencias culturales y el mundo se ha occidentalizado. Como dijo Pico Iyer en un libro, cualquiera puede pasar una noche en Katmandú viendo videos y los mismos programas de televisión se transmiten en Estados Unidos, Europa, América latina y Asia. Todo esto lleva el nombre de globalización y se ha convertido en una descripción de la forma que toma el mundo en el fin de siglo.

Pero, ¿y si la globalización en realidad no describe al mundo? ¿Y si la gente, tal vez, no la quiere? ¿Qué sucede cuando las realidades de la globalización fuerzan a los obreros a abandonar hábitos y beneficios que consideran derechos? ¿O si el advenimiento de una cultura global se percibe como una amenaza al sentido de identidad de los pueblos? En 1996 comenzaron a surgir estas preguntas en la calle y en los estudios académicos. A mediados de año, el entonces director del Consejo de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, Ethan Kapstein, advirtió: La economía global está arrastrando en su tren a millones de trabajadores desafectos, y la desigualdad, el desempleo y la pobreza endémica se han convertido en su doncella. Más tarde, Samuel Huntington, de Harvard, publicó su libro sobre relaciones internacionales El choque de las civilizaciones, en el que señaló que la política mundial está siendo reconfigurada de acuerdo con los límites culturales y de las civilizaciones. Lo que los occidentales consideran una integración global benigna, como la proliferación de los medios de comunicación, otros lo perciben como un maldito imperialismo occidental. Para ellos representa una amenaza.

Ambos argumentos desataron polémicas. Los economis-

tas dijeron a Kapstein que no comprendía la materia. El libro de Huntington, aunque brillante, exageró, porque trató de justificar todas sus tesis. Sin embargo, hasta los críticos tuvieron que admitir que ambos tenían algo de razón.

Cuando Huntington escribió sobre la reacción ante la mundialización de las comunicaciones era frecuente ver en los noticieros televisivos la furia con la que en algunos países se quemaban aparatos de televisión y videograbadores, por considerarlos elementos de penetración de la cultura occidental. Los milicianos del Talibán hicieron esto con singular ímpetu cuando en el pasado mes de septiembre tomaron Kabul, la capital de Afganistán. La tesis de Huntington despertó debates porque rompió con el tranquilo horizonte que muchos pintaban al colapsar la URSS. ¿Qué planteaba este autor? Una de sus ideas básicas era que:

Dado que las personas definen su identidad en términos étnicos y religiosos, es probable que consideren que, entre ellas y otras de diferente etnicidad o religión, existe una relación de tipo nosotros versus ellos. El fin de los estados definidos ideológicamente en la Europa Oriental y la ex Unión Soviética permite que salgan a la luz las identidades y animosidades étnicas tradicionales. Las diferencias en la cultura y en la religión crean diferencias en cuanto a cuestiones políticas tan diversas como los derechos humanos, la inmigración, el intercambio comercial y la ecología.

...El enfrentamiento entre civilizaciones se produce en dos niveles. En el micronivel, grupos adyacentes separados por las fracturas entre civilizaciones luchan, a menudo violentamente, por el control del territorio y de ellos mismos. En un nivel macro, los estados de diferentes civilizaciones compiten por el poder militar y económico, luchan por el control de las instituciones internacionales y terceras partes y compiten en la promoción de sus valores religiosos y políticos particulares.

*Las líneas de conflicto entre las civilizaciones están reemplazando a las fronteras políticas e ideológicas de la guerra fría en tanto puntos clave para las crisis y matanzas (Samuel P. Huntington. *The clash of civilizations*. Foreign Affairs, vol. 72, n° 3, Summer, 1993).*

Los ejemplos que proponía Huntington pertenecen a los periódicos de todos los días. Esas luchas entre civilizaciones y entre concepciones distintas dentro de una misma civilización o aun de una religión, entre quienes la interpretan de modo diferente, constituyen informaciones corrientes, entre las cuales el drama de Bosnia todavía está fresco en los recuerdos de todos.

Quizás lo más interesante para profundizar partiendo de este criterio de luchas entre civilizaciones y culturas, es pensar que el conflicto Este-Oeste había impuesto una simplificación enorme del mundo. Al amparo de esa confrontación habían buscado refugio grupos políticos y países que encontraban en esa opción apoyos materiales y un modo de defenderse internacionalmente. Así, hubo coroneles etíopes o jefes de tribus africanas que adhirieron al comunismo, cuando en realidad buscaban, digamos, una protección internacional para sus proyectos de poder que bien podían inscribirse en otras ideologías. En Occidente, bajo el rótulo del anticomunismo, se presentaron gobiernos militares y dictaduras de todo tipo que de no tener el conflicto internacional como marco global, hubiesen seguramente justificado el control del poder en otras ideas. Se dieron los casos de países o de fuerzas políticas que se desplazaron de unos aliados internacionales a otros con una facilidad sorprendente. Esa situación de derrumbó con la guerra fría. En la última década los conflictos se han hecho mucho más autorreferenciados y las culturas y las religiones aumentaron extraordinariamente su visualización pública en la política.

Para quienes piensan en términos similares a los de Huntington, la gran amenaza de nuestra época es lo que ha dado en llamarse el “fundamentalismo islámico”. Al respecto nos parece pertinente reproducir la opinión que sobre la tesis de Huntington expresó el imán Mahmud Husain, uno de los líderes espirituales de la comunidad islámica en la Argentina, en una entrevista pu-

blicada en el libro de Pedro Brieger, *¿Guerra Santa o lucha política?* (Biblos, Buenos Aires, 1996):

La civilización occidental está atravesando un rápido proceso de desintegración porque existen enfermedades demasiado graves: la corrupción, el alcoholismo, las drogas, la violencia, la descomposición de la familia y otras causas sociales que se quieren paliar poniendo un enemigo delante. La civilización occidental naturalmente es maniquea, propone que hay polos, uno absolutamente bueno y puro y otro absolutamente malo y negativo, violento. Siempre necesita confrontar con un polo contrario para afirmar su pretendida pureza o bondad; esto incluso se ve en el cine estadounidense. Desde la caída del muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética ve al Islam como una supuesta amenaza.

La historia ha evidenciado que el Islam es una realidad que no puede desaparecer. Como dijo Arnold Toynbee, hay dos civilizaciones —o sociedades universales, como él las llamaba— todavía vivas en la historia: la occidental técnica (no la llama cristiana) y la islámica. Hace cincuenta años Toynbee ya veía al Islam como la única realidad frente a la civilización occidental técnica. Aunque el comunismo cumplía el papel de enemigo, es una derivación interna de Occidente; éste se enfrentaba consigo mismo. Era la civilización técnica contra la civilización técnica, el materialismo contra el materialismo, el capitalismo contra su contracara —la sociedad comunista o socialista—, pero no se enfrentaba contra otras civilizaciones. El Islam supone desde su fundamento una civilización alterna, diferente.

El choque de civilizaciones que pregona Huntington ya existe desde el siglo pasado con la penetración del imperialismo en los países islámicos. Es lo que sucedió con Francia en Argelia o Marruecos, queriendo cambiar la lengua, la religión, la vestimenta, las costumbres e incluso la comida. No podemos ignorar el hecho funda-

mental de que el Islam es una realidad que Occidente no puede asimilar; al no poder asimilarla quiere destruirla. Pero proponer que el Islam es un enemigo de Occidente es una aberración; más bien Occidente es enemigo del Islam, porque al no poder asimilarlo lo quiere destruir. De esto hay pruebas históricas; sin hablar de los siglos anteriores, se puede analizar el accionar del imperialismo, desde fines del siglo pasado y durante todo el actual, incluyendo el ataque anglofrancés contra Nasser en 1956 cuando éste intentó nacionalizar el Canal de Suez, o la creación del Estado de Israel, aprovechando al sionismo religioso para un intento político que en definitiva sirvió a los intereses occidentales...

Esta manera de pensar al mundo musulmán como amenazado y atacado por Occidente no es, por cierto, compartida por quienes critican el fundamentalismo islámico y lo ven a su vez como una amenaza. Al respecto, un analista de origen árabe que actualmente es profesor universitario en Alemania, Bassan Tibi, propuso una interpretación cultural y política de ese tipo de pensamiento y trató de explicar los mecanismos que lo sustentaban remitiéndolo a las denominadas teorías de la conspiración. De ese libro, que se denomina *La conspiración. El trauma de la política árabe*. (Herder, Barcelona, 1996), tomamos el siguiente párrafo:

...los fundamentalistas islámicos tienen buenas razones para comenzar, en su comprensión histórica, con las cruzadas y no con las conquistas islámicas que también se extendieron a Europa. Esta percepción selectiva tiene su explicación en la doctrina religiosa de la yihad (guerra santa), según la cual las conquistas islámicas (futuhāt (abertura)) sirvieron a la extensión del Islam. La violencia queda justificada por su uso en guerras de defensa. La llamada al combate a favor del Islam no sería una agresión, puesto que los musulmanes sólo lucharían contra aquellos que pusieran obstáculos a la islamización del mundo que les prescribe su religión. Esta concepción

cultural específica de la guerra puede ilustrar la mencionada fragmentación cultural y sus consecuencias. Los musulmanes entienden por guerra una agresión dirigida contra ellos. Pero cuando ellos mismos atacan, no se trata de guerra. Aquí la fragmentación cultural se manifiesta en la falta de una concepción generalmente válida de la guerra.

Desde el auge del mundo occidental con su superioridad tecnológica, los musulmanes ya no pueden hacer sus guerras de expansión legitimadas como yihad. Los fundamentalistas islámicos necesitan una explicación para este proceso que perciben como el declive islámico. El concepto central que se encuentra sin excepción en la literatura islámica fundamentalista, y que predomina en su actual concepción de la Historia, es la conspiración de la “yad al-khafiyya (la mano oculta) de los enemigos del Islam.

Y así llegamos a la última unidad del primer módulo.

AUTOEVALUACIÓN. PARA UN CONTROL DE SU COMPRENSIÓN

- ¿Cuáles fueron las condiciones de expansión de las ideologías neoliberales?
- Según Huntington ¿cuáles son las causas del choque de culturas? ¿Y según la perspectiva islámica mencionada en el texto?

Unidad 9

¿FIN DE LAS IDEOLOGÍAS O FIN DE LA CIVILIZACIÓN INDUSTRIAL? LAS NUEVAS IDEOLOGÍAS EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

Francis Fukuyama saltó a la celebridad por un artículo titulado *¿El fin de la historia?* publicado en 1989 en el N° 16 de la revista *The National Interest*. Como decíamos en la primera unidad de este primer módulo, un buen enunciado de tinte provocador puede ser una óptima condición para difundir ideas. El libro que luego escribió Fukuyama: *El fin de la historia y el último hombre*, es interesante en sus argumentaciones y muy bien fundado, pero el atractivo de sus tesis resultaba de la simplificación que hicieron de ellas quienes las difundieron en los medios de comunicación. Sin buscarlo, el académico norteamericano dejó asociado su nombre a unas de las ideas políticas más discutidas que nacieron en los últimos años: el fin de las ideologías. Fukuyama había pensado que era perfectamente legítimo suponer que después de la debacle del comunismo se iniciaba la generalización en el mundo de los regímenes políticos democráticos. La Historia había llegado así al punto final de una larga evolución ideológica y a una forma perfeccionada de gobierno. Reflexión repleta de ejemplos históricos y de fundamentaciones filosóficas, era fácil reconocer en ella la marca del momento en que fue enunciada. La tesis de Fukuyama pertenece a lo que en la unidad anterior llamamos la perspectiva optimista, básicamente en razón de que afirma que la democracia va a prevalecer. Su optimismo no era, en absoluto sinónimo de ingenuidad, pues si bien sostenía el predominio de la forma democrática de gobierno y de la ideología a

ella asociada, no dejaba de señalar la coexistencia con otros modos de organización de la política de los que surgirían amenazas. No creía, en consecuencia, que cabía anunciar la muerte de todas las ideologías políticas. En una conferencia pronunciada en la Universidad Complutense de Madrid, en diciembre de 1991, Fukuyama resumía así su punto de vista:

Creo que en el futuro, el mundo se dividirá en dos sistemas; uno estable, democrata y liberal, y otro menos democrático que coexistirá con el primero con diferentes reglas internacionales. La economía establecerá este equilibrio como ha ocurrido en Japón, y vemos así la implantación en las últimas décadas de un sistema kantiano de Derecho Internacional.

Pero en la parte del mundo no democrática, las antiguas reglas de la política del poder continuarán siendo operativas y la guerra será la principal forma de arreglar los conflictos. Estos dos mundos se enfrentarán en lo referente a ciertos puntos.

Con todo, habrá materia suficiente para que se produzcan conflictos considerables en nuestro mundo. El primer motivo de conflicto va a ser el petróleo; el conflicto del Golfo es una buena muestra de ello. El segundo asunto es el de los refugiados, que a la larga será un poderoso agente de unión del Tercer Mundo con el primero. Los países inestables y pobres exportan gran cantidad de refugiados a los países prósperos, y no veo que remitan las causas económicas y sociales del problema, lo cual es un foco de conflictos en las democracias industrializadas.

Finalmente, el tercer punto de fricción entre el mundo democrático y el no democrático, va a ser la proliferación de tecnologías peligrosas, armamento y la defensa del medio ambiente.

El origen de la idea del fin de las ideologías, debe buscarse en el sentido común e interesado de un sinnúmero de agentes

dedicados a la reproducción simplificada de tesis más complejas que identificaron el cierre del gran conflicto Este-Oeste, con la finalización de los debates sobre las orientaciones que debían darse a la política.

Muchos dirigentes políticos escasos de ideas hicieron de sus carencias una virtud y proclamaron que había llegado la época del fin de las ideologías. Queriendo expresar de ese modo que existía una nueva realidad que remitía al pasado las discusiones mediante ideas, pues se estaba frente a situaciones ante las cuales era capcioso argumentar que podía existir más de una opción. La realidad imponía, según esa peculiar perspectiva, un pensamiento único y no había, entonces, más lugar para las ideologías. Así, por la vía más inesperada, volvía el razonamiento de lo “inexorable”, esta vez, de la mano de muchas personas que decían que no tenían ideología. Pero mientras existan posiciones de poder por las que se lucha y sea necesario legitimar las políticas que se adopten, se discutirá con ideas que nunca pueden ser el calco de la realidad. Es, pues, imposible que en una sociedad se llegue al fin de las ideologías. Ello no obsta que en ciertos momentos surjan grandes consensos y los debates disminuyan en grado considerable.

Ahora bien, no deja de ser evidente, sin embargo, que vivimos en una época en los países occidentales en la que las ideologías ya no son tan fuertes como lo fueron en otros momentos. Ante la pregunta de por qué ocurre esto, creo que caben varias respuestas bastantes compatibles entre sí:

1. Fruto del progreso tecnológico se han fragmentado los grandes actores sociales colectivos que existían en otras épocas, en los que confluían muchos individuos con iguales o parecidas inserciones en el mundo del trabajo. Hoy falta ocupación, se trabaja menos horas y las profesiones y roles laborales diferencian mucho más que antes a las personas. Pensar que hay destino colectivo es, en consecuencia, más difícil para quienes viven en sociedades más modernas.
2. En ese tipo de sociedades la globalización de la eco-

nomía y más en general de la cultura ha llevado a la disminución de la importancia de las decisiones estatales. Si las ideas políticas se forjan en el combate librado para definir el bien común, no es extraño que junto con el debilitamiento del poder estatal, que ha dejado de ser la gran herramienta benefactora, disminuya el lugar ocupado por los debates de ideas. Con la globalización económica y con la reducción de los roles estatales se restringieron, también, las referencias a las identidades nacionales que antes eran frecuentes en las confrontaciones de ideas políticas.

3. En las sociedades más modernas ha crecido considerablemente el papel de los expertos en todos los dominios de actividades y, también, en la política. Los conocimientos requeridos para tomar decisiones son más sofisticados que los de otras épocas y esto ha restringido el espacio del que antes disponían quienes producían ideas más o menos románticas y amateurs sobre qué se debía hacer, para resolver todos los problemas y para siempre.

Estas tres respuestas tentativas y en buena medida complementarias, no son las únicas pero, creo, indican formas posibles de abordar el retroceso de la importancia de las ideologías políticas en los países más desarrollados. Se trata, en todos los casos, de cuestiones que se hallan asociadas al fin de la civilización industrial, si con esa denominación se acepta designar a las sociedades en las que el trabajo en empresas complejas ocupaba la mayor parte del día de las personas y el Estado se hacía cargo de numerosos aspectos relacionados con su vida (salud, educación, vivienda e incluso tiempo libre).

Entre las nuevas ideas políticas que surgieron en los últimos años con más fuerza en esos países desarrollados se encuentran las referidas a la preservación del medio ambiente. Los partidos y organizaciones llamados ecologistas fueron los portadores principales de esas ideas que luego incorporaron otras fuerzas políticas. Las ideas neofascistas que de una manera un tanto atenuada

reproducían las doctrinas vencidas en la Segunda Guerra Mundial, también cobraron importancia en la mayoría de los países de Europa Occidental en los años recientes.

Si desplazamos la mirada hacia los países que salieron del comunismo, allí resulta notoria la importancia ganada por las ideologías políticas nacionalistas. En sentido estricto no son ideas nuevas sino que se trata de la actualización de doctrinas y principios cuya manifestación pública había estado sofocada por la represión. La “cuestión nacional” como se la denominaba en otras épocas, se reavivó con el retorno al pluralismo y así surgieron nuevos países. En otros casos, las ideas que reivindican la independencia de regiones continúan batallando y sus partidarios generan tensiones dentro de los límites geográficos de las unidades nacionales que quieren reformular. Las tradiciones políticas y culturales se combinan como sustento de las ideas políticas separatistas que en algunos casos se expresan directamente por la violencia. Difícilmente alguien podría demostrar que en esos países murieron las ideologías.

La defensa de los derechos humanos en tanto principio activo de la acción política es una idea que si bien no es nueva ha tomado renovada importancia en la época reciente. Asociada a la vez al auge de las ideas individualistas y a los principios que reclaman más solidaridad social, la protección de los derechos humanos se ha incorporado a los programas de los más disímiles partidos políticos en los más distantes puntos del planeta. El supuesto de que existen derechos inherentes al ser humano en tanto tal y que más allá de cualquier tipo de diferencias nacionales, religiosas, culturales o raciales, esos derechos deben respetarse, constituye hoy una idea que, probablemente, es la reacción ante las barbaries políticas que impulsaron muchas de las ideas que estudiamos en el módulo que aquí finaliza.

**AUTOEVALUACIÓN. PARA UN CONTROL DE SU
COMPRENSIÓN**

- ¿Cómo refutaría la idea del fin de las ideologías?
- Señale algunas nuevas ideologías de este fin de siglo.

LECTURAS SUGERIDAS

TAIBO, Carlos (1995). *Crisis y cambio en Europa del Este*. Alianza. Madrid.

FUKUYAMA, Francis (1994). *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta. Madrid.

MÓDULO II

LOS CAMBIOS DEL SIGLO

Unidad 1

DE COMIENZOS DE SIGLO A LA CRISIS DE 1930

LOS CENTROS MUNDIALES

El siglo XX se anunció con celebraciones espectaculares en las que se ponía en evidencia el orgullo de los europeos:

Con gran entusiasmo Gran Bretaña celebró en 1897 el sexagésimo aniversario del reinado de la reina Victoria. En Londres hubo una ceremonia de acción de gracias en la catedral de San Pablo. Las festividades se iniciaron con una solemne procesión encabezada por un capitán de apellido Ames, que era el más alto del ejército inglés: medía dos metros. Detrás de él venía una fila de carruajes oficiales, la caballería montada, tropas de infantería luciendo los variadísimos uniformes del extenso imperio inglés: de Canadá, India, Australia, Trinidad, Borneo, Jamaica, Nigeria, Hong Kong, Singapur y Sierra Leona. Cerrando el desfile en un coche abierto arrastrado por ocho caballos color crema venía una pequeña figura vestida de negro; era Victoria, con sus 78 años, reina del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y Emperatriz de la India. A lo largo de diez kilómetros de calles londinenses engalanadas de flores, millones de espectadores gritaban vítores y daban rienda suelta a su orgullo nacional.

Este desfile lleno de colorido no fue tan sólo un tributo

*rendido a la persona de la reina; fue un orgulloso despliegue de la nación británica, la celebración de su vastísimo imperio y de su enorme riqueza. En ese jubileo del verano de 1897, Gran Bretaña era la más rica de las grandes potencias y mostraba al mundo, orgullosa y satisfecha, su inmenso poderío (S. C. Burchell. *La edad del progreso, 1850-1910*. Barcelona, Folio, 1995, pág. 167).*

Los festejos se completaron con la más extraordinaria revista de una flota de guerra jamás realizada, en la que sólo estuvo presente la mitad de la Armada real, 165 unidades, ya que la otra mitad se encontraba protegiendo los intereses británicos por los mares de todo el mundo. El *Times* comentó al día siguiente:

Verdaderamente una celebración maravillosa y una de la que pueden enorgullecerse los británicos al saber que ninguna otra nación sería capaz de igualar, ni aunque se unieran en el esfuerzo.

En el año 1900 la Tercera Exposición Internacional en París fue visitada por cuarenta millones de personas; la electricidad y el cinematógrafo fueron los protagonistas que preludiaban una nueva era de progreso. El historiador norteamericano Eugen Weber narró el espíritu reinante en aquel momento:

*La **Guía Hachette de la Exposición Universal**, publicada en la primavera de 1900, describía el siglo que concluía aquel año como ‘el más fértil en descubrimientos, el más prodigioso en el aspecto científico’ que el mundo había conocido, y hablaba de ‘una revolución en el orden económico del universo’. **Le Vélo** había llegado a la misma conclusión. Se había producido una revolución milagrosa, magnífica y múltiple: no sólo mecánica e industrial, sino también física —y, por tanto, también moral—, lograda por hombres decididos a dominar la materia, empezando por sus propios cuerpos, con el fin de formar*

seres humanos no sólo más fuertes, sanos y bellos, sino también mejores. La combinación de mentes sanas con cuerpos sanos resultaba tan discutible entonces como ahora, pero la sensación general de mejora era evidente. Y aún más lo era la de cambio revolucionario. Pocos años después, Péguy escribía: 'El mundo ha cambiado más en los últimos treinta años que en el período que va desde los tiempos de Jesucristo hasta entonces'. Y no sólo el mundo, sino las personas y las cosas, la gente corriente y las cosas corrientes, los gestos de la vida y los ritmos de trabajo, los valores en los que uno basaba su vida y los problemas que tenía que afrontar (Eugen Weber. Francia, fin de siglo. Debate, Madrid, 1989, pág. 301).

La supremacía de Europa occidental sobre el resto del mundo fue un rasgo característico de comienzos del siglo XX. No se basaba solamente en el poder militar que concentraban las naciones del continente; descansaba, además, en la superioridad material y técnica, en un desarrollo económico que era el sustento de su predominio financiero y en una presencia intelectual, cultural e ideológica universal. La expansión de la influencia internacional europea no era un fenómeno nuevo, pero alcanzó en esta época su apogeo. Invocando con la misma fuerza motivos económicos, la necesidad de acrecentar el prestigio de los respectivos estados y de asegurar sus intereses estratégicos o la voluntad de llevar adelante una “misión civilizadora” sobre los pueblos de Asia y África, el imperialismo fue el aspecto más dinámico de las relaciones internacionales en torno al cambio de siglo.

En primer lugar, Gran Bretaña y Francia, eran titulares de los más grandes imperios coloniales. El Imperio Británico incrementó su territorio en un 50% y su población en un tercio en las tres últimas décadas del siglo XIX, y Francia adquirió en la época, nueve millones de kilómetros cuadrados. Luego, España y Portugal que intentaban frenar su decadencia; Holanda y Bélgica, con pocas colonias y, por último, las naciones que habían llegado tarde al reparto del mundo y no encontraban muchas posibilidades de satisfacer sus ambiciones: Italia y Alemania. El Imperio

Ruso había realizado su extraordinaria expansión territorial con una lógica diferente; los Estados Unidos incrementaban, a pesar de la mala conciencia, su presencia imperial en América latina a costa de España; y Japón concentraba sus intereses en el Extremo Oriente.

Respecto a Gran Bretaña, como señaló el historiador alemán George Lichtheim:

*Un país cuyas industrias pudieran vender más barato que las de sus competidores estaba bien situado para predicar la adopción universal del libre cambio; y así lo hizo, en perjuicio de sus rivales, que carecían del ingenio o del poder para establecer barreras protectoras detrás de las cuales pudieran industrializarse al ritmo que bien les viniera. No se podía impedir a las grandes naciones europeas y a los Estados Unidos que lo hicieran, pero así se retrasó la modernización de la India, y los dominios 'honorarios', como la Argentina, entraron en una relación comercial que satisfacía a su oligarquía terrateniente a expensas de sus industriales (George Lichtheim. *El imperialismo*. Alianza, Madrid, 1972, pág. 81).*

¿Cómo se distribuía la población del mundo y cuál fue su evolución entre principios de siglo y 1914? Veamos el cuadro de la página 181.

Europa exportaba más emigrantes que los otros continentes. Desde las tempranas aventuras coloniales hasta la más reciente expansión internacional, y sobre la base de migraciones que con el paso del tiempo se hicieron masivas (por la mejora y el abaratamiento de los medios de transporte y la promesa de un futuro mejor en ultramar), la presencia humana europea se extendía por territorios de todos los continentes. De los veinte millones de europeos que emigraron entre 1900 y 1913, entre once y doce millones se asentaron definitivamente fuera de Europa. Gran Bretaña aportaba un contingente considerable al total; el resto de las naciones de Europa occidental participaban en menor proporción, pero lo notable en esta primera década del siglo era la mi-

POBLACIÓN MUNDIAL POR REGIÓN EN MILLONES DE HABITANTES

PAÍSES	1900	1914
Europa (incluida Rusia)	423	460
Estados Unidos y Canadá	81	100
Japón	46	52
Asia (excepto Japón)	820	870
África	120	125
América latina	63	75
TOTAL	1.553	1.682

gración desde Europa oriental, incluyendo Rusia, y de Europa meridional y el Medio Oriente: italianos, españoles y los llamados “turcos” (griegos y árabes). Del conjunto, el 90% se dirigió a América, en primer lugar a los Estados Unidos, luego a Canadá, Argentina y Brasil. Sobre todo en el sur de África y en Oceanía, se poblaron territorios destinados, en principio, a ser verdaderos apéndices de Europa.

Desde la perspectiva de la economía mundial, se imponía la “división internacional del trabajo”, la idea de que para el desarrollo de cualquier comunidad era preferible una especialización productiva en la actividad para la que estaba particularmente capacitada o dotada, para luego integrarse en los mercados internacionales. Es en esa lógica que se acuñó la célebre frase que sostenía: Argentina será la granja del mundo e Inglaterra el taller. El beneficio que la permanencia de este modelo suponía para las economías europeas especializadas en la producción de manufacturas, era evidente: un mercado de consumo mundial aparentemente inagotable para resolver el problema del excedente de la producción industrial. Aunque la rápida industrialización de los Estados Unidos en las últimas décadas de la pasada centuria,

junto con su natural capacidad para la producción de alimentos y materias primas, los habían llevado a la primera posición económica en el mundo, era en Europa donde se encontraba el conjunto de las economías industrializadas que predominaban no sólo en la producción, sino también en la exportación de manufacturas, así como en la importación de alimentos y materias primas.

De esta forma, Europa Occidental, centro del comercio internacional, controlaba los transportes y las finanzas, y era el principal origen de las inversiones de capital en el resto del mundo. Por diferentes motivos, los protagonistas centrales de esta situación eran Gran Bretaña, potencia que mantenía la supremacía forjada entre mediados del siglo XVIII y fines del XIX a pesar de su relativa declinación, y Alemania, en ascenso durante las cuatro décadas que siguieron a la unificación (1871). Algunos datos nos ayudarán a ilustrar esta situación. Entre 1870 y 1910, Gran Bretaña duplicó el valor global de sus exportaciones, mientras que las de Alemania aumentaron un 170% y las importaciones de alimentos y materias primas crecieron a un ritmo similar. La balanza de pagos, en promedio equilibrada, se completaba con las inversiones externas de capital: en millones de libras esterlinas, las británicas aumentaron de 1.189 a 4.004 entre 1880 y 1914 y las alemanas de 245 a 1.223. Francia, otra potencia continental tradicional, que al igual que Gran Bretaña logró construir su gran imperio colonial en el último tercio del siglo XIX, se ubicaba por su desarrollo económico en un segundo escalón. Entre 1880 y 1913 la producción de carbón en Francia pasó de 19,4 a 40,8 millones de toneladas, mientras que en Gran Bretaña el aumento correspondiente fue de 149 a 292 millones de toneladas y en Alemania de 47 a 191 millones; en cuanto a la producción de acero y hierro dulce, otro de los indicadores de la época para evaluar el nivel de desarrollo industrial, durante el mismo período y también en millones de toneladas aumentó en Francia de 1,3 a 2,8, mientras que en Gran Bretaña lo hizo de 3,7 a 7,6 y en Alemania de 1,5 a 13,1. La inversión externa de capitales franceses creció, pasando de 595 a 1.766 millones de libras esterlinas entre 1880 y 1914.

Detrás de este grupo privilegiado encontramos a Bélgica, Suiza y Holanda, naciones relativamente pequeñas pero muy desarro-

lladas. Italia, que había concluido el proceso de unificación en 1870, y Rusia, con planes de modernización económica e institucional en las últimas dos décadas del siglo XIX, intentaron sumarse a la tendencia expansiva desde una base bastante precaria. Fuera de este círculo sólo se encontraba un nivel de desarrollo apreciable en el caso ya mencionado de los Estados Unidos y en Japón, que había comenzado una etapa de crecimiento industrial acelerado a partir de la década de 1870. Por diferentes motivos estas dos potencias no disputaban todavía la supremacía mundial al “viejo mundo”. Argentina, país periférico, buscaba prosperar económicamente desde principios de siglo al insertarse en los mercados mundiales dominados por Europa para proveer sus carnes y sus cereales.

Europa dominaba la economía mundial, ya fuese sobre el modelo de la explotación colonial directa, de una relación semicolonial cuyo ejemplo característico era China, o de relaciones económicas formalmente más autónomas, como el vínculo comercial y financiero establecido con los países latinoamericanos. Este dominio material se apoyaba también en una enorme influencia intelectual. Del dinamismo cultural europeo habían surgido las principales corrientes de pensamiento, los descubrimientos y desarrollos científicos más notables y las innovaciones tecnológicas. No cabía entonces, sorprenderse de que en muchas regiones periféricas se intentara imitar las instituciones, las prácticas y las ideas del viejo continente: el liberalismo político y económico, la confianza positiva en el progreso, la vocación comercial e industrial... Europa ejercía la dirección de los asuntos mundiales porque se mostraba como un ejemplo a seguir y, por supuesto, de todo esto sacaba sus beneficios.

Pero si Europa Occidental, encabezada por Gran Bretaña, gozaba de una verdadera hegemonía planetaria antes de la Primera Guerra Mundial, era en su propio seno donde se incubaba el malestar que pondría punto final a este predominio. La dinámica multipolar del reparto imperialista del mundo generó crecientes tensiones entre las potencias europeas desde los primeros años del siglo, ya que las ambiciones se incrementaban continuamente mientras el botín se agotaba con rapidez. Por otra parte, no

todas las naciones consideraban inalterable la estructura de poder mundial fruto del apogeo del imperialismo. Alemania resultó particularmente activa en este sentido: fue la principal promotora de la crisis marroquí de 1905-1906, mediante la cual buscó infructuosamente romper la alianza entre Francia y Rusia y proyectarse hacia un papel protagónico. Su intento de convertirse, sobre la base del poder militar y de la industria en expansión, en gran potencia mundial en igualdad de condiciones con Gran Bretaña, actuó como uno de los elementos que preparó el terreno del estallido de la conflagración de 1914-18. La competencia de construcciones navales entre Alemania y Gran Bretaña fue el símbolo más evidente de la carrera armamentista durante la década anterior a la guerra.

Gran Bretaña se involucró cada vez más en esta lógica perversa, con una orientación que, en parte, continuaba su política tradicional de buscar el equilibrio en las relaciones de poder entre las potencias europeas, ayudando a la constitución de alianzas para enfrentar a la eventual potencia continental emergente. En diferentes épocas del pasado lo había hecho frente a España, a Francia y a Rusia, por cierto exitosamente. Dejó luego de lado antiguas rivalidades para aliarse con Francia y Rusia en la Triple Entente (1907), con el objetivo de contrarrestar el expansionismo belicista alemán. Pero la situación había cambiado y esta política no alcanzó para frenar las ambiciones germanas. La agresividad alemana no pudo ser contenida y la alianza defensiva, que en principio buscaba asegurar las condiciones que evitasen una escalada de cualquier conflicto, se orientó cada vez más al diseño de una estrategia de reacción punitiva. El sistema de alianzas que se desarrolló a partir de este enfrentamiento comprometió a un número cada vez mayor de naciones europeas en una combinación variada de resguardos, que terminó en un dispositivo altamente sensible a las disputas de menor envergadura. Por eso la Primera Guerra Mundial se desató a partir de un incidente menor, el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo el 28 de junio de 1914, y no terminó de desencadenarse hasta un mes después, entre el 28 de julio y el 12 de agosto. El incidente se localizó, además, en un área particularmente sensible, los Balcanes,

donde las ambiciones contrapuestas de Rusia y Alemania se alimentaban del desmembramiento del Imperio Otomano y de la debilidad del Imperio Austro-húngaro.

La historia mostró el total desacierto de las previsiones sobre las características que podía tener una guerra con participación del conjunto de las potencias del viejo continente en sus propios territorios. Los líderes europeos, que en su totalidad creían que la guerra duraría sólo unos meses, no tuvieron capacidad de evaluar el nuevo contexto y se enfrentaron a la realidad cuando la guerra ya se había desatado y era imposible volver atrás; la tragedia oscureció en este caso los limitados razonamientos de los gobernantes.

El auge del nacionalismo también contribuyó a la guerra; era característico de la época y adquirió la fuerza de un sentimiento colectivo: la voluntad de afirmar el temperamento de la comunidad frente a los otros pueblos y de rechazar las pretensiones similares procedentes del extranjero, resultó un motivo de perturbación de las relaciones internacionales. Por un lado, la agitación nacionalista de las minorías fue un factor de debilitamiento del poder del estado, allí donde éstas eran importantes: Austria-Hungría, Rusia, Gran Bretaña, y no dejó de ser aprovechada por otras naciones para beneficiarse en términos relativos. En otros casos movilizó los deseos de mostrar el poder y prestigio de un estado frente a otros, lo que fácilmente adquirió la forma de una vocación expansionista. La población alemana y sus instituciones habían heredado del período de Bismarck el prejuicio de la superioridad germánica y el culto al militarismo; Rusia irradiaba el paneslavismo, una pretensión de unidad eslava que trascendía por mucho las fronteras del imperio; el nacionalismo francés adquiría un nuevo fermento en la extrema derecha; su par británico se orientaba más hacia el mundo que hacia Europa: hablaba de la “misión” universal del pueblo inglés. La competencia interimperialista acrecentó la rivalidad que razonablemente surgía de este radicalismo nacionalista y también se nutría de él.

Arno J. Mayer desarrolló un argumento original y atractivo para aportar una explicación unificada de la crisis que condujo a la guerra europea. Mayer sostuvo que para reconstruir la matriz

histórica de este proceso no debe ponerse el acento en las tendencias hacia la modernización económica, social y política, que se despliegan desigualmente en distintas sociedades europeas durante el siglo XIX sino, por el contrario, corresponde hacer una inversión de esa perspectiva y enfatizar la sobrevivencia de elementos premodernos, que lejos de ser restos decadentes de un pasado superado, eran la esencia misma de las sociedades civiles y políticas presentes en Europa a comienzos de este siglo. Las elites tradicionales, cuyo poder e influencia estaba lejos de haber muerto, aceleraron el curso hacia la guerra como un mecanismo de reacción frente a la modernización política y social, y al hacerlo contribuyeron a su propio hundimiento. Al respecto, Mayer dice :

*En el decenio de 1780 una reacción aristocrática en defensa de los privilegios fiscales, sociales y burocráticos se convirtió en una causa importante, quizá decisiva, básica e inmediata, de la Revolución Francesa, el primer acto del derrumbamiento del 'Ancien Régime' europeo. En aquella época, las noblezas laica y clerical se resistieron a toda nueva pérdida de control sobre la sociedad política, que había llegado a ser un escudo cada vez más imprescindible de su situación privilegiada. Análogamente, entre 1905 y 1914, las viejas elites procedieron a reafirmar e intensificar su dominio político a fin de reforzar su preeminencia material, social y cultural. Al hacerlo, agravaron las tensiones internas e internacionales que produjeron la Gran Guerra, que inició el último acto de la disolución del antiguo orden en Europa. (Arno Meyer. *La persistencia del Antiguo Régimen*. Alianza, Madrid, 1986, pág. 25).*

En 1914 los reyes seguían siendo 'la pieza central' de la sociedad civil y política 'por gracia de Dios, y la raíz de su posición era feudal no sólo en el sentido histórico, sino también en el sociológico'. Desde luego, es innegable que tras el 'regicidio' preventivo de Sarajevo los soberanos de los imperios Hohenzollern, Habsburgo y Romanov—Guillermo II, Francisco José I y Nicolás II— desempe-

ñaron un papel clave en cuanto a llevar a Europa más allá del borde de la guerra. Como soberanos autocráticos, los tres daban órdenes a ministros y consejeros, que eran nobles de un tipo u otro y que no tenían sus orígenes en partidos, parlamentos ni capital móvil, sino en el estamento al que siempre había pertenecido la administración pública. En cuanto a Jorge V de Inglaterra y Víctor Manuel III de Italia, eran algo más que figurones reinantes, aunque sus prerrogativas y poderes estuvieran rigurosa y constitucionalmente limitados. Ninguno de ellos se esforzó por echar agua al fuego de la guerra. Naturalmente, Francia, como república, no tenía rey, aunque el presidente en aquella época, Raymond Poincaré, actuaba cada vez más como si lo fuera. Apoyado por unos 'notables' aristocratizados, adoptó una actitud militar y belicosa considerablemente antes que la Cámara de Diputados y el Gabinete. (Ibíd., pág. 130)

Las clases altas de Europa estaban dispuestas a llevar a sus pueblos a una catástrofe de la cual esperaban extraer grandes beneficios para sí mismas. Dicho en otros términos, aunque la catástrofe careciera de precedentes, tampoco se esperaba que fuera total. Claro que quizá hubiera millones de víctimas, una devastación masiva y graves desequilibrios. Pero, en todo caso, la guerra no resultaría ser el 'final de la historia', aunque recargaría los circuitos de la planificación y control militares. Desde luego, los políticos y los militares de la reacción aristocrática eran cómplices, más bien que adversarios ni rivales, en la marcha hasta el borde del precipicio. Esto no significa negar que existieran tensiones entre los dirigentes civiles y los militares, o que los planes militares, comprendidas sus disposiciones operacionales, limitaban la libertad de acción de los políticos y los diplomáticos. Pero esas tensiones entre civiles y militares se absorbían en batallas entre los grupos en torno a los medios, no a los fines, en el seno del conservadurismo y de las clases gobernantes. Cuando el resurgimiento ultraconservador elevó

a los militares a los niveles más altos del Gobierno, los generales no militarizaron más a los civiles de lo que los civiles politizaron a los guerreros. Estos últimos dejaron una huella no por su experiencia política, sino porque los civiles andaban a la busca de soluciones militares a unos problemas que eran políticos (Ibíd., pág. 291).

Difícilmente alguna vez termine de debatirse hasta qué punto la Primera Guerra Mundial fue inevitable, si obedeció al ineludible desarrollo de procesos estructurales o, si por el contrario, encuentra una mejor explicación en el análisis de la actividad política y diplomática de líderes europeos incapaces de prever las consecuencias de sus decisiones. En cualquier caso, la Gran Guerra se desencadenó en el contexto de la acumulación sistemática de tensiones entre las mayores potencias europeas, que ya hemos resumido. Los imperios centrales, principalmente Alemania, decidieron llevar adelante una acción militar desde el momento en que se sintieron acorralados por la constitución de la Triple Entente y encontraron que del otro lado también se aceptaba la eventualidad de la guerra. Durante la crisis de julio de 1914 fue Alemania la que empujó a Austria-Hungría a la guerra contra Serbia, sabiendo que de esta forma comprometería a Rusia y luego a Francia, y podría desarrollar su estrategia mínima que consideraba un enfrentamiento terrestre contra ambas potencias, una victoria rápida frente a la segunda para luego dedicarse con exclusividad a la primera. El enfrentamiento naval contra Gran Bretaña era una posibilidad más remota. Desencadenada la guerra, esta estrategia se derrumbó rápidamente por dos motivos principales: la inesperada reacción francesa que a último momento evitó la derrota a las puertas de París y la rápida y masiva intervención de tropas británicas en el territorio francés. De ahí en más los imperios centrales vieron desarrollarse una guerra que desde el comienzo había sido planteada en términos desfavorables y que culminó en derrota luego de cuatro años de lucha.

Ya fuese como consecuencia directa de las novedades que trajo consigo la Primera Guerra Mundial o por la profundización a causa de ella de procesos autónomos anteriores, las bases del

predominio europeo se derrumbaron. Hasta las guerras del siglo XIX todos los estados participantes eran fundamentalmente agrarios y las características de sus estructuras económicas no se modificaban por las operaciones militares, en general breves y limitadas y llevadas a cabo por ejércitos profesionales o semiprofesionales que afectaban sólo parcialmente a la población. Pero en la guerra de 1914-1918 los principales protagonistas fueron potencias industriales y comerciales que en el transcurso de las hostilidades orientaron de manera creciente sus economías hacia el desarrollo de una poderosa industria militar y reclutaron efectivos de forma masiva y continua. Así, las estructuras socioeconómicas de las naciones involucradas registraron transformaciones importantes, irreversibles en su mayor parte. El aumento de la intervención económica del estado, en función de organizar el esfuerzo material para la guerra, sería de gran trascendencia en el futuro.

La guerra también produjo cambios en la esfera de la política. En las naciones de Europa occidental la preponderancia del poder civil, el parlamentarismo democrático como control de los actos de gobierno y representación de la ciudadanía, el respeto de las libertades individuales básicas, la libertad económica y un estado presente lo menos posible en los asuntos internos, constituían principios vigentes desde hacía tiempo. La guerra trastornó e hizo retroceder estas pautas, con el pretexto de reforzar la autoridad y la disciplina en función de un desafío supremo. Invocando la razón de estado, se recortaron los derechos individuales y las libertades políticas, y se debilitó, además, la capacidad de control republicano y la representación democrática, al tiempo que aumentaba la influencia de aquellas fuerzas sociales que el progreso político había hecho retroceder.

Acerca de los efectos de la guerra sobre el comercio mundial, sostuvo el historiador alemán Gerd Hardach que:

Gracias a la demanda de los países europeos beligerantes, en los países suministradores de ultramar se crearon unas condiciones extraordinariamente favorables para la exportación. En 1913, los Estados Unidos exportaron

*trigo por un valor de 143 millones de dólares; en 1918 esta cifra se elevó a 505 millones de dólares. En determinados casos, como sucedió en Argentina en 1917, el incremento de precios aumentó el valor de las exportaciones, a pesar de haber disminuido el volumen de las mismas. La coyuntura que favoreció el aumento de las exportaciones fue rica en consecuencias, sobre las que sería útil seguir insistiendo. Por un lado, el aumento de los ingresos de la agricultura produjo un efecto multiplicador en el conjunto de las economías de los países exportadores; por otro lado, los consumidores de estos países tuvieron que arrostrar las dificultades derivadas de la competencia de la demanda monetaria aliada, virtualmente insaciable. Los países exportadores frente a ello reaccionaron imponiendo controles al comercio exterior. Así, por ejemplo, Argentina decretó un embargo temporal sobre las exportaciones de trigo y tuvo que importar esta mercancía de Australia (Gerd Hardach. *La Primera Guerra Mundial 1914-1918*. Biblioteca de Economía, Folio, Barcelona, 1997, págs. 163-164).*

El temor que las elites europeas pudieron albergar antes de la guerra sobre la actitud de la clase obrera en caso de movilización masiva, no tenía sustento en lo inmediato. La preparación y la concentración de tropas se efectuó en todas partes entre el entusiasmo popular; los pueblos seguían a sus gobernantes y no parecía que la unidad nacional se encontrase en peligro. La “unión sagrada”, la *Burgfriede*, se impuso en todos los pueblos: la idea de que los conflictos y las diferencias internas pasaban a un segundo plano para constituir una voluntad general que capacitara a la nación para enfrentar el desafío externo. El fenómeno no se explica únicamente por el resultado de la habilidad propagandista, por la capacidad de movilización del clero ortodoxo en Rusia y del católico en Austria-Hungría, o por la forma como se jugó el prestigio de los soberanos en los imperios autocráticos y la legalidad de los gobernantes en Occidente, a favor de la guerra. Tampoco la razón está en que la justicia de la causa era un supuesto común,

sino que cada bando estaba convencido de que había sido atacado por el otro, de forma tal que el gobierno austro-húngaro pudo presentar la guerra como el resarcimiento necesario del magnicidio de Sarajevo, el alemán como una lucha contra el despotismo zarista, el ruso como una protección del eslavismo, el francés como legítima defensa ante una agresión injustificada y el británico como la reacción ineludible ante la violación de las fronteras belgas.

Roland N. Stonberg analiza el “espíritu de los días de agosto” para sostener que los orígenes diplomáticos y políticos de la guerra encuentran un paralelo en la popularización de las orientaciones nacionalistas y en la beligerancia de la opinión pública. Al comienzo, la guerra fue muy popular, tanto en Gran Bretaña como en Francia, Alemania y Rusia, y poco después también en Italia. El alistamiento voluntario allí donde no había reclutamiento forzado fue masivo; a la cabeza del mismo se encontraban los sectores cultos de la sociedad, pero no eran los únicos. Y quienes se opusieron a la guerra, intelectuales o políticos, cayeron en el ostracismo; incluso los socialistas alemanes y franceses y los laboristas británicos, salvo raras excepciones, dejaron de lado sus principios pacifistas y se sumaron a la causa de sus respectivas naciones, en algunos casos contagiados por el entusiasmo, en otros sin capacidad de enfrentar una situación en la que los obreros se convirtieron al patriotismo instantáneamente. El historiador Marc Ferró interpreta el sentimiento frente a la guerra en estos términos:

Larga, dolorosa, mortífera, la Gran Guerra mostró cómo se mataban unos a otros millones de hombres que todavía la víspera juraban ‘guerra a la guerra’. Fueron compañeros de armas de aquellos a quienes acusaban de ser militaristas, patrioteros, belicistas, e igualmente de millones de otros hombres que hicieron la guerra por deber o incluso sin saber muchos por qué.

Después de 1918, convertidos en ex combatientes, ni unos ni otros pusieron en duda la legitimidad de su sacrificio: habían combatido en defensa de la patria, y la

guerra que habían hecho era una ‘guerra justa’. Durante cincuenta años no han cesado de repetir lo mismo.

Sin embargo, durante las hostilidades mismas nació en algunos la duda de si la continuación de la guerra tenía sentido. ¿Era realmente necesaria tan terrible hecatombe? Los medios dirigentes así lo aseguraban, pero ¿eran sinceros?

En 1914 los llamados a filas no se habían planteado la pregunta; partieron todos, y cuando desfilaban, sus rostros resplandecientes mostraban cuál era su espíritu. La imagen es engañosa, no cabe duda, y un análisis más fino nos hablaría del desgarramiento de un padre, de un novio o de un esposo, pero eso no duró, en contraste sorprendente con 1939, donde, salvo en Alemania, el rostro de los movilizados expresa consternación y desesperación.

*Es verdad que en 1914 se creía que la guerra iba a ser corta y que retornarían para Navidad aureolados con los laureles de la victoria; pero el caso es que en París, como en Londres o en Berlín, los soldados partieron cantando, llenos de ardor y con ‘la flor en el fusil’ (Marc Ferró. *La Gran Guerra 1914-1918*. Hyspamérica, Buenos Aires, 1985, págs. 19-20).*

El espíritu intelectual beligerante se nutría con el deseo de emociones y aventuras que rompieran la monotonía y el materialismo del mundo “burgués”, pero era también el fruto de un estado de ánimo apocalíptico y de una mística idealista, que buscaba enfrentar a través de la unidad frente al desafío supremo, lo que se consideraba una peligrosa desintegración social producto del individualismo y de los conflictos. Al respecto, Ronald Stromberg señala que:

Los intelectuales intervinieron en la guerra hasta un extremo sorprendente. Fueron al frente y combatieron, ofreciéndose impacientes como voluntarios en el primer arrebato de éxtasis bélico. Escribieron poemas a la guerra, la aclamaron como proceso regenerador y celebraron

*su 'mística'. Muchos de los que no lucharon en las trincheras volcaron su talento en el aspecto propagandístico de la contienda. Arnold Bennett, una de las principales figuras literarias de Inglaterra, se convirtió en director de la propaganda británica; historiadores eminentes prepararon manuales que demostraban la sempiterna perversidad del enemigo (lo mismo ocurrió en los Estados Unidos cuando en 1917 se sumó a la guerra) y autentificaron relatos sobre bárbaras atrocidades. Obviamente, muchos murieron durante la guerra. (Ronald Stromberg. *Historia intelectual europea desde 1789*. Debate, Madrid, 1988, págs. 340-341).*

Pero las cosas cambiaron pronto. Por primera vez millones de ciudadanos-soldados, sin distinción de clase, separados de su profesión y de su familia, participaron en una guerra mortífera, larga y penosa, que no tardó en modificar radicalmente la personalidad de aquellos que sobrevivieron a la experiencia. Y los no combatientes sufrieron dificultades y privaciones crecientes, además de la inquietud por la suerte de los suyos. La cifra de muertos y heridos en esta guerra no tuvo precedentes: más de ocho millones de hombres murieron en combate, mientras que otros siete millones quedaron gravemente incapacitados. Tarde o temprano en todos los países beligerantes terminó acrecentándose la crisis social y política y las divergencias entre los gobernantes y el pueblo, situación que se enfrentó, no siempre con éxito, con un mayor recorte de las libertades civiles y políticas.

Tras el hundimiento militar alemán, la victoria de la Entente fue decisiva y condujo a la desaparición de los últimos imperios dinásticos: Alemania y Austria-Hungría. El Imperio Ruso se había desintegrado el año anterior a consecuencia de la revolución comunista. La forma general de los nuevos gobiernos que surgieron después de la guerra era republicana. Aparentemente habían triunfado las fuerzas del liberalismo, sin embargo el mundo no se había pacificado. En toda Europa persistía la agitación nacionalista, los disturbios sociales, e incluso los intentos revolucionarios. El temor a la expansión de la revolución bolchevique se incrementaba.

En Alemania, la desorganización que siguió a la derrota, la agitación social y las insurrecciones entre los soldados, facilitaron que los comunistas de la Liga espartaquista, encabezados por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, llevaran adelante un intento revolucionario en enero de 1919 que, enfrentado por un acuerdo entre el gobierno socialdemócrata y el estado mayor del ejército, fracasó y fue duramente reprimido. En una situación de desorden similar, los comunistas de Bela Kun tomaron el poder en Hungría entre marzo y julio del mismo año, pero también terminaron derrotados. En los países que triunfaron en la guerra, particularmente en Francia y en Italia, luego de cuatro años de sufrimientos y privaciones, la agitación social y política fue, asimismo, considerable. El gran temor que inspiraron estos desórdenes en las elites dirigentes de todos los países europeos fue el del contagio revolucionario a partir del triunfo del comunismo en Rusia; paradójicamente, nadie apostaba a la duración de este régimen.

Antes del fin de la guerra el presidente norteamericano Wilson había delimitado los objetivos de su país y las condiciones para la paz, de una forma como no lo había hecho ningún otro contendiente. Estados Unidos propiciaba la aplicación del principio de las nacionalidades para la determinación de los nuevos estados y fronteras, y la creación de una liga de naciones que arbitrara en los conflictos para impedir una nueva guerra. Pero las naciones europeas vencedoras esperaban obtener beneficios, aprovechar el debilitamiento temporal o la desaparición definitiva de las grandes potencias como Alemania, Rusia, Austria-Hungría y Turquía, para establecer en Europa una estructura de poder que perpetuase su dominio y para redistribuir las colonias de los vencidos, política que no se llevaba nada bien con los postulados wilsonianos. Por otra parte, en algunos casos en que se utilizaron los principios de identidad etnolingüística y de autodeterminación, promovidos por los Estados Unidos para establecer los límites entre los estados, los resultados no dejaron de ser desastrosos.

Los acuerdos de 1919 y 1920 (de los que Versalles es el más conocido) fueron un compromiso entre la política idealista norteamericana y la tradición diplomática europea. La creación de nuevos estados nacionales en Europa central y oriental (Finlan-

dia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Checoslovaquia, Austria, Hungría y Yugoslavia) y la modificación de las fronteras de otros (Alemania, Rusia, Rumania) sólo en parte respondían al deseo de los pueblos de lograr más justicia que la existente antes de la guerra. Estaban motivados también por imperativos estratégicos que, como la contención del comunismo soviético o el control sobre Alemania, impedían la constitución de estados puramente nacionales y no se evaluaban las viabilidades económicas y políticas de aquellos que nacían a una vida independiente. Se creó la Sociedad de las Naciones, más como un instrumento de dominio en manos de los vencedores que como una herramienta para preservar la paz. Las diferencias con el gobierno norteamericano llevaron a que éste no aprobase los acuerdos y se retirase de la Sociedad de las Naciones.

Debilitada la ola revolucionaria y restaurada la paz, parecieron afianzarse en Europa los principios políticos liberales, mientras que los sectores trabajadores encontraron satisfacción a viejos reclamos, se expandió el sufragio y un conjunto de leyes agrarias en los nuevos estados de Europa central y oriental intentaron resolver uno de los más graves problemas sociales de la región. Parecía que nada se oponía a que Europa recuperara su equilibrio, la dinámica económica y la preponderancia mundial anteriores a la guerra. Pero las naciones europeas salieron económicamente debilitadas de la contienda bélica, no únicamente por la magnitud de los daños materiales sino también por su nivel de endeudamiento. Los Estados Unidos reemplazaron a Gran Bretaña como principal acreedor mundial; durante la década de 1920 su producción y su influencia económica en el mundo se expandieron notablemente. En Europa fueron pocos los que tomaron nota de las consecuencias económicas de la guerra, quizás agobiados por los desafíos políticos y sociales. Y la superficial recuperación que se produjo en 1919-1920 afianzó el optimismo. Sin embargo, desde 1921 en adelante las crisis económicas y las dificultades para reestructurar una dinámica de crecimiento fueron las características de las economías europeas.

Si la Primera Guerra Mundial se desarrolló en el contexto de un entramado complejo de conflictos, cuya evolución era en gran

medida imprevisible, el fin de la guerra no abrió un período de tranquilidad, si bien había consagrado la victoria total de uno de los bandos. El equilibrio entre las potencias característico de siglo XIX no fue reemplazado por un nuevo orden en las relaciones internacionales, uno de los objetivos de las potencias que triunfaron en la guerra, sino por un desorden creciente.

La situación se torna más inteligible si se consideran dos ejes de conflictos fundamentales. Por un lado, la confrontación entre las naciones defensoras del sistema establecido en el tratado de Versalles (Francia, Inglaterra, Polonia, Rumania y Yugoslavia), esto es, de las condiciones impuestas por los vencedores para la paz, y las naciones que pugnaban por revisar estos acuerdos, principalmente las derrotadas (Alemania, Hungría) y la Unión Soviética, pero también otras que formando parte del bando triunfador no habían logrado satisfacer sus ansias expansionistas, como el caso de Italia. El otro gran eje de conflictos era ideológico; la evolución política del período de entreguerras estuvo marcada por el creciente antagonismo entre el comunismo y el fascismo, polarización que debilitó la capacidad de acción de las orientaciones políticas moderadas como el liberalismo y la socialdemocracia y que tuvo una fuerte incidencia en las relaciones internacionales.

LAS ÁREAS COLONIALES

Algunas de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial fueron el primer antecedente importante de la rápida descolonización ocurrida unas décadas más tarde. En el cuadro de la página 197 se resume la colonización europea en África hasta la Primera Guerra Mundial.

Antes de la guerra, excepto en la India, no existían en las colonias movimientos independentistas importantes. Muchos pueblos coloniales colaboraron activamente en el esfuerzo bélico de sus respectivas metrópolis, como soldados o brindando trabajadores; el fenómeno adquirió particular relevancia en el caso de las colonias británicas y francesas que, por otra parte, controlaban los mayores imperios. Las potencias ganadoras de la Primera Guerra

PRESENCIA EUROPEA EN ÁFRICA HASTA LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL
REINO UNIDO Sierra Leona, Gambia, Costa de Oro, Lagos, Colonia del Cabo, Islas Mauricio, Beluchistán, Basutolandia, Egipto, Somalia, Kenia, Rodhesia, Nigeria, Uganda, Zanzíbar, Niasalandia, Transvaal, Orange.
FRANCIA Argelia, Túnez, Senegal, África Occidental, Guinea, Congo francés, Islas Reunión, Madagascar, Marruecos, Dahomey, Costa de los Esclavos.
ALEMANIA Tanganika, Togo, África Sudoccidental, Camerún, Windoek.
ITALIA Libia, Eritrea, Somalia italiana.
BÉLGICA Congo belga
PORTUGAL Angola, Mozambique, Guinea portuguesa.
ESPAÑA Río de Oro, Guinea española, Fernando Poo, Marruecos (protectorado con Francia)

Mundial habían legitimado su causa en principios políticos que resultaban contradictorios con la realidad colonial de la que eran beneficiarios. Esto objetivamente favoreció el crecimiento de los movimientos independentistas. La esperanza de un futuro más autónomo también se nutrió en el discurso anticolonial de los países derrotados en la guerra que tenían una presencia ultramarina insignificante, por lo que podían hacer promesas generosas y desinteresadas para debilitar a sus enemigos. Pero las naciones vencedoras en la primera guerra no sólo se resistieron a cualquier

cambio sino que también quisieron extender sus dominios sobre aquellas colonias de las que habían sido desalojados los derrotados. De estas tendencias no participaron únicamente las potencias coloniales tradicionales pues aparecieron nuevos pretendientes a formar parte del grupo privilegiado, como Japón o Italia, con ambiciones imperialistas insatisfechas. Ellos serían los más activos generadores de conflictos internacionales en los años siguientes.

La decepción cundió en muchos reformadores liberales de las colonias y esto los llevó a modificar sus actitudes, dedicándose a la búsqueda de una independencia plena, en conflicto con las pretensiones de las metrópolis. Esta temprana aparición del nacionalismo independentista da razón al argumento que plantea que cuando los imperios coloniales terminaron de consolidarse, sobre fines del siglo pasado y principios del actual, ya se había iniciado el proceso de su desintegración. El Imperio Británico de la India había sido proclamado en 1877, pero Birmania fue anexada al mismo recién en 1886, y la infructuosa lucha por la conquista de Afganistán duró hasta 1895. En esa época, el movimiento independentista llamado del Congreso Nacional Indio cumplía diez años desde su creación y comenzó a obtener algunas concesiones de los ingleses ampliadas después de la primera guerra. Londres aceptó una Constitución para la India, sobre cuyas bases se organizó una democracia parlamentaria luego de las primeras elecciones legislativas en 1920; tres lustros más tarde una nueva Constitución amplió el derecho al voto y permitió un amplio triunfo del Partido del Congreso. En 1937 se concedió a la India autonomía provincial.

Las formas de dominación coloniales sobrevivieron a la Primera Guerra Mundial pero sus debilidades se intensificaron, en tanto que los nacionalismos modernizadores antieuropeos difundieron sus influencias ideológicas y políticas. Con el final de la guerra comenzó a crecer el papel de los Estados Unidos, cuyo gobierno y opinión pública repudiaban el colonialismo de las potencias europeas y se oponían a las pretensiones de los británicos y franceses sobre las antiguas colonias alemanas y los territorios dejados por el Imperio Otomano. Esto podía parecer contradicto-

rio con el hecho de que los mismos Estados Unidos controlaran algunos dominios coloniales. La diplomacia americana logró, a través de la Sociedad de las Naciones, que para algunas regiones se impusiera la fórmula del “mandato”: las potencias mandatarias debían encargarse de la administración de los territorios con el objetivo de prepararlos para una emancipación progresiva. Fueron los casos, por ejemplo, de Palestina y Transjordania, bajo supervisión británica, o de Siria y Líbano, bajo mandato francés luego del desalojo turco. Los hechos no confirmaron las expectativas optimistas depositadas en la Sociedad de las Naciones; el retraimiento de los Estados Unidos respecto de los asuntos internacionales por el desacuerdo con la política exterior de sus antiguos aliados, junto con el desarrollo de nuevas tensiones que prepararon el camino para la próxima guerra, jugaron a favor del *statu quo* colonial. De los “mandatos” creados al fin de la Primera Guerra Mundial, en el período de entreguerras solamente Irak alcanzó su independencia nacional.

Las ideas occidentales acerca del progreso se articularon en muchos casos con las ambiciones independentistas de las colonias, donde cada vez más la situación de dominación era considerada como un freno para el despliegue de las potencialidades autóctonas. En tanto la rebelión estaba dirigida a la vez contra la dominación política y contra la explotación económica extranjeras, no era raro que muchos movimientos independentistas sumaran al reclamo de soberanía nacional el de justicia social, combinación aún más probable allí donde existía complicidad de las elites dominantes locales con las administraciones coloniales. Los argumentos sobre la superioridad racial de los colonizadores o sobre las jerarquías inalterables entre las distintas culturas habían perdido el poco sustento con que contaban. La mayor parte de los líderes de movimientos nacionalistas de los países coloniales habían sido educados con el patrón cultural occidental, y esto les había dado conocimientos y habilidades argumentales para explotar estas contradicciones ideológicas en beneficio de su causa.

El occidentalismo de muchos líderes anticolonialistas tuvo efectos paradójicos que han sido señalados por Eric Hobsbawm:

... las ideologías, los programas, e incluso los métodos y las formas de organización política en que se inspiraron los países dependientes para superar la situación de dependencia y los países atrasados para superar el atraso, eran occidentales: liberales, socialistas, comunistas y/o nacionalistas; laicos y recelosos del clericalismo; utilizando los medios desarrollados para los fines de la vida pública en las sociedades burguesas: la prensa, los mítines, los partidos y las campañas de masas, incluso cuando el discurso se expresaba, porque no podía ser de otro modo, en el vocabulario religioso utilizado por las masas.

*Ello no implica que las elites occidentalizadas aceptaran todos los valores de los estados y las culturas que tomaban como modelo. Sus opiniones personales podían oscilar entre la actitud asimilacionista al ciento por ciento y una profunda desconfianza hacia Occidente, combinadas con la convicción de que sólo adoptando sus innovaciones sería posible preservar o restablecer los valores de la civilización autóctona (Eric Hobsbawm. *Historia del Siglo XX*. Crítica, Barcelona, 1995, págs. 205-207).*

El efecto modernizador de la dominación colonial de occidente no sólo influyó en la esfera de las ideas, sino también en el desarrollo económico e institucional que posteriormente se convertiría en la base, en muchos casos artificial, para la organización de los nuevos estados soberanos. El ejemplo de la India, paradigmático en muchos otros aspectos, también lo es en éste. Cuando los británicos consolidaron el dominio del subcontinente, se encontraron frente a un enorme espacio políticamente heterogéneo, donde convivían varios cientos de estados principescos gobernados por marahas con algún grado de autonomía, junto con los territorios administrados directamente por el virrey. El Imperio Mongol, la última estructura política tradicional que logró expandirse sobre el norte y el centro de la India, se había desintegrado dos siglos antes. Se trataba de un país predominantemente rural que, a pesar de la magnitud de su población, estaba

constituido por una infinidad de aldeas aisladas entre sí, y caracterizado por una estructura social con innumerables castas cerradas y fragmentado en miles de etnias, lenguas y credos, más o menos desvinculados entre sí. Frente a semejante heterogeneidad, los efectos unificadores producidos por la colonización británica fueron notables. La administración inglesa propició la modernización de la agricultura e introdujo cultivos que hicieron posible la expansión del comercio, de las vías de comunicación, de los medios de transporte, particularmente el ferrocarril, de ciertas obras de infraestructura y de algunos desarrollos industriales. Pero lo más importante fue que *el Imperio dotó al subcontinente de su primera estructura estatal burocrática unificada, la cual iba a ser heredada por la India independiente*. Es muy revelador, en este sentido, algo que parece paradójico: el idioma de los colonizadores, una de cuyas funciones era segregar a los nativos, terminó convirtiéndose en un instrumento fundamental en el desarrollo de la unidad futura y fue una de las dos lenguas oficiales de la nación independiente, convertido en el idioma compartido por las elites dominantes y cultas. El hindi, la otra lengua oficial más extendida, sólo era hablado por el 20% de la población; ambas convivían con innumerables lenguas y dialectos, decenas de los cuales se encuentran hoy oficializados a nivel estatal o para la enseñanza.

Los movimientos nacionalistas que se consolidaron en Asia después de la Primera Guerra Mundial fueron reforzados por las consecuencias de la crisis económica de los años '30. Tanto en los casos en los que las potencias coloniales quisieron profundizar la explotación para resolver sus propios problemas económicos como allí donde decidieron negociar acuerdos comerciales con sus dominios, invariablemente se puso en evidencia su creciente debilidad. Sólo excepcionalmente las condiciones económicas internacionales de la depresión favorecieron el incipiente desarrollo manufacturero que se combinó bien con las ideas independentistas.

**AUTOEVALUACIÓN. PARA UN CONTROL DE SU
COMPRENSIÓN**

- ¿Cuáles eran las condiciones antes de 1914 que ubicaban a Europa en el centro de la situación internacional?
- Sintetice cuáles fueron los factores que incidieron en el inicio de la Primera Guerra Mundial.
- ¿Cómo fue el nuevo orden mundial establecido a partir de la Primera Guerra?
- ¿Qué transformaciones se produjeron en la política, la economía y la sociedad a nivel internacional, a partir del fin de la Primera Guerra Mundial?

LECTURAS SUGERIDAS

- ASHFORD, Douglas E. (1989). *La aparición de los Estados de Bienestar*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid.
- HOBBSAWM, Eric (1995). *Historia del Siglo XX. 1914-1991*. Barcelona. Crítica.
- STROMBERG, Ronald N. (1988). *Historia intelectual europea desde 1789*. Madrid. Debate.

Unidad 2

DE LA GRAN DEPRESIÓN AL DESARROLLO DEL ESTADO DE BIENESTAR

CONSECUENCIAS DE LA CRISIS

La crisis económica mundial que se desencadenó en 1929 y la Gran Depresión que le siguió durante la década de 1930 tuvieron una gravedad, una profundidad y una extensión, espacial y temporal, desconocidas hasta ese momento, y que en términos generales no se repitió. Consistió, básicamente en un retroceso general de la producción en casi todos los países industrializados, cuyos efectos negativos se expandieron a los mercados internacionales y a los países menos desarrollados a ellos vinculados. La crisis tuvo vastas consecuencias sociales y políticas; la prolongación en el tiempo de niveles de desocupación excepcionales trajo el temor a estallidos revolucionarios y a protestas violentas. Y si bien esos pronósticos fueron infundados, el mundo se transformó sustancialmente. Pocos países salieron de la crisis sin registrar importantes transformaciones internas, y el derrumbe general del liberalismo económico hasta ese momento predominante fue acompañado por experiencias políticas novedosas, que resultaron en parte el producto y a su vez contribuyeron al debilitamiento del orden político liberal.

Las crisis eran un fenómeno conocido; bien estudiadas por los economistas en general se las consideraba normales aunque la determinación de sus causas y consecuencias estaba envuelta en controversias. Correspondían al momento en que un ciclo de expansión económica se agotaba dando lugar a un período de estan-

camiento o recesión. Para algunos estudiosos, esta sucesión de ciclos económicos no sólo era inevitable sino también deseable, pues las crisis y la recesión eliminaban a los actores más débiles y menos productivos, y además provocaban otros cambios en los sistemas económicos que hacían posible un crecimiento mayor en el próximo ciclo expansivo. Para otros, en particular para los economistas que adoptaban una perspectiva marxista, la reiteración de los ciclos y crisis llevaba también a un incremento en la escala de las contradicciones de la estructura económica, lo que invitaba a pronosticar el no lejano momento de catástrofe general del capitalismo.

Pero la Gran Depresión no confirmó ninguno de estos argumentos, en buena medida porque tuvo características diferentes a las de las crisis hasta entonces conocidas. Al respecto debemos considerar, en primer lugar, la extensión que alcanzó dentro de cada economía nacional y en el ámbito del mercado mundial: si bien se trató de una crisis que afectó centralmente las finanzas y la industria, y, en mucho menor medida al agro, sus perjuicios se notaron con fuerza en todos los sectores y ramas de la actividad económica. Por otra parte, la secuencia de la crisis se originó en la primera potencia económica, los Estados Unidos; se expandió, inicialmente, a los países más desarrollados de Europa occidental y luego el resto del mundo se vio afectado por sus consecuencias. En este sentido se trató de un colapso inédito.

Muchas veces se ha afirmado que la rápida y generalizada expansión de la crisis obedeció a la profundización de las relaciones económicas y a un incremento en la dinámica de los intercambios comerciales y financieros, tanto en los mercados nacionales como a escala mundial. Este argumento es discutible, pues el deterioro que las relaciones financieras y comerciales internacionales habían sufrido durante la Gran Guerra estaba lejos de haber sido superado, en tanto que buena parte de las economías europeas se encontraban en proceso de recuperar los niveles productivos de preguerra. Es decir, la dinámica de las relaciones económicas no era mayor a fines de los años veinte que dos décadas antes.

En segundo lugar, cabe subrayar que la crisis no obedecía a

la secuencia conocida de los ciclos económicos, ya que no sucedió con claridad a un período de expansión. Hemos señalado la desigual y difícil recuperación de las economías europeas después de la guerra, a la que se sumó una crisis económica importante en el mundo desarrollado en los años 1920-1921; además, hay que tener en cuenta que ni los precios, ni los beneficios, ni la actividad económica estaban en crecimiento en los años inmediatamente previos a la crisis, sino todo lo contrario. La desocupación, por ejemplo, que fue considerada como el problema social más grave durante la Gran Depresión, era significativa durante toda la década de 1920. Como señala Eric J. Hobsbawm, aun en los años de bonanza económica de la década del '20, en Gran Bretaña y en Alemania nunca el desempleo afectó a menos del 10% de la población económicamente activa y la única economía que funcionaba de una manera adecuada era la norteamericana.

Por último, es evidente que siendo la más grave, no se trató de la crisis final del mundo capitalista; convivió en la secuencia histórica con muchas otras crisis anteriores y posteriores que nunca alcanzaron su magnitud ni sus consecuencias. Hobsbawm desarrolla esta idea con un argumento contrafáctico, de una contundencia, quizás, exagerada:

... si no se hubiera producido la crisis económica, no habría existido Hitler y, casi con toda seguridad, tampoco Roosevelt. Además, difícilmente el sistema soviético habría sido considerado como un antagonista económico del capitalismo mundial y una alternativa al mismo. (...) Por decirlo en pocas palabras, el mundo de la segunda mitad del siglo XX es incomprensible sin entender el impacto de esta catástrofe económica (Eric Hobsbawm, op.cit., pág. 93).

La crisis se inició en los Estados Unidos el 24 de octubre de 1929, el “jueves negro”, con el hundimiento de la Bolsa de Wall Street, en New York. Se cerraba un ciclo de alza en las cotizaciones, con bastantes elementos especulativos, que había comenzado en 1927 y cuyos resultados se previeron. Durante ese día se ven-

dieron alrededor de 13 millones de acciones a precios declinantes, cuando el promedio diario normal era de 4 millones. La incapacidad para percibir la dimensión de la catástrofe llevó al sistema bancario a intervenir para sostener las cotizaciones; pero la debacle fue definitiva el 29 de Octubre, cuando otros 16 millones de acciones cambiaron de mano. El Crac de la Bolsa se combinó con una situación de estancamiento industrial, al acumularse los “stocks” ante la retracción del mercado de consumo. Ambos fenómenos se realimentaron y extendieron sus consecuencias: en tres semanas el índice de las acciones industriales cayó a menos de la mitad; la producción industrial, con disparidades entre las distintas ramas, con oscilaciones y más lentamente, mostró la misma tendencia de retroceso (la producción automotriz cayó a la mitad en tres meses, la de hierro en un semestre); disminuyeron el empleo industrial, las jornadas de trabajo y el salario; el mercado de consumo se contrajo por la caída del ingreso de los sectores asalariados y también retrocedió o desapareció la ganancia empresarial. El espiral negativo se prolongó en el tiempo y pareció no tener solución. John Kenneth Galbraith ilustró bien la situación de los Estados Unidos:

*Tras el Gran Crac vino la Gran Depresión, que duró —con variable rigor— diez años. En 1933 el Producto Nacional Bruto (producción total de la economía) fue aproximadamente una tercera parte inferior al de 1929. Hasta 1937 el volumen físico de la producción no alcanzó los niveles de 1929; pero inmediatamente volvieron a retroceder. Hasta 1941 el valor de la producción en dólares fue menor que el de 1929. Entre 1930 y 1940 sólo en una ocasión —1937— bajó durante un año de ocho millones el número de parados. En 1933 había en Estados Unidos casi trece millones de trabajadores en paro, es decir, uno de cada cuatro del total de la fuerza de trabajo del país. En 1938 una persona de cada cinco seguía todavía sin empleo (John Kenneth Galbraith. *El Crac del 29*. Ariel, Barcelona, 1976, pág. 231).*

Desencadenada la crisis se extinguió el flujo de capitales desde los Estados Unidos hacia Europa, fundamentales desde los primeros años de la década del '20 en el proceso de recuperación económica, particularmente para Alemania. Es cierto que su magnitud había disminuido considerablemente desde 1928 por las expectativas de ganancia que en los Estados Unidos generaba el ciclo especulativo (la inversión externa norteamericana cayó de 2.214 millones de dólares en 1928, a 1.414 millones en 1929 y a 363 millones en 1930). La insolvencia que se produjo llevó a una ola de quiebras bancarias y a una crisis bursátil que, iniciada en Austria, se expandió por toda Europa. Gran Bretaña, que a pesar de la pérdida de su poder económico relativo mantenía una posición expectante en el comercio y las finanzas internacionales, terminó abandonando el "patrón cambio oro" (remedo de "patrón oro" desde comienzos de la década de 1920: sostiene a la libra esterlina y al dólar estadounidense como monedas de cambio internacional y relega la convertibilidad en metálico) con la consiguiente devaluación de la libra y de un conjunto de monedas a ella vinculadas; el armazón de las relaciones económicas mundiales se desmoronó.

El valor del comercio internacional en 1933 fue de poco más del 30% con respecto al de 1929, y si se elimina el efecto de la baja de los precios, teniendo en cuenta sólo el volumen del comercio, la caída se reduce a menos de la mitad. Los países periféricos vinculados a los mercados internacionales como proveedores de materias primas y alimentos, en un contexto de especialización productiva a escala mundial, sufrieron la contracción de la demanda y de los precios de sus exportaciones así como el retroceso del flujo de capitales externos y pasaron rápidamente de una situación de déficit de las balanzas comercial y de pagos, a la desorganización de su economía. Tal fue el caso de la Argentina que tardó varios años en recuperarse de los efectos de la crisis.

Un esquema explicativo que sirva para hacer inteligible la crisis mundial en su conjunto debería tener en cuenta, en nuestra opinión, la pluralidad de factores que participaron en la misma, bastante diferentes entre sí y combinados de una manera única. Cada factor merecería una explicación particular, al igual que sus

vínculos. Para el caso de los Estados Unidos, nos encontramos más claramente ante una crisis de sobreproducción en el ámbito de la industria, que se combinó negativamente con el final del ciclo de especulación bursátil y una crisis financiera, en un marco de alto endeudamiento de los principales actores económicos. La situación europea fue diferente: con notables disparidades nacionales y regionales, se trató, en principio, de economías en retroceso relativo que aún no habían conseguido superar la destrucción y la desarticulación del período de la guerra y la inmediata posguerra. Por otra parte, los países europeos habían aumentado su dependencia económica respecto a los Estados Unidos y, por lo tanto, su vulnerabilidad. En este vínculo encontramos la conexión entre la crisis en Norteamérica y su expansión dentro de Europa. El resto del mundo se vinculaba económicamente con esta realidad mediante su participación en los mercados internacionales, y el retroceso de las naciones desarrolladas a partir de la crisis económica provocó el hundimiento del sistema multilateral de comercio y pagos, con gran perjuicio para los países exportadores de bienes primarios.

La caída de la producción fue mayor en el sector industrial, afectando por lo tanto más seriamente a los Estados Unidos y a los países industrializados de Europa Occidental (Japón y la Unión Soviética quedaron relativamente preservados, aunque no totalmente inmunes, por sus particulares situaciones de aislamiento). Los índices de la producción industrial mundial indican una caída del 38% entre la media de junio de 1929 y la de julio de 1932; de allí en más siguió una recuperación, en promedio muy lenta, oscilante y desigual en los distintos países. En el sector agrario de las naciones desarrolladas, la crisis no tuvo consecuencias tan graves, sino que prolongó una situación de estancamiento anterior; en cambio, el retroceso de la producción agrícola fue mucho más significativo en las economías agroexportadoras. En tanto, el elemento financiero de la crisis, que está en su origen y la recorre en toda su extensión, va a tener consecuencias específicas sobre aquellos actores económicos con niveles altos de endeudamiento; ésta es la matriz del drama de las modestas fincas rurales de los Estados Unidos.

Hemos señalado anteriormente que la desocupación, fue el principal problema social durante la Gran Depresión, afectó de manera diferente a las distintas naciones. Estimaciones a las que no se le pueden exigir demasiada precisión, indican que la cifra de 10 millones de desocupados que existían en el mundo antes de la crisis de 1929, se triplicó para 1932. En este primer período de la depresión encontramos una correspondencia entre el aumento de la desocupación y la caída de la producción industrial, relación que no se revertirá cuando algunas economías comenzaron a recuperarse. De ahí que en relación con el problema de la desocupación se afianzó la idea de que era necesario promover el empleo mediante políticas públicas específicas, en lugar de esperar la reactivación económica espontánea.

El fenómeno adquirió particular gravedad en los Estados Unidos. De un número de desocupados de alrededor de 2 millones en 1929 se pasó a más de 12 millones en 1932, y hasta 1940 la cifra no descende nunca de los 7 millones, a pesar de las políticas de empleo del *New Deal*. Además, la magnitud del paro sorprendió por su desconocida resistencia a disminuir en el largo plazo; durante toda la década de 1930 no pudo bajarse un piso mayor del 10%, es decir, se encontraba por encima del máximo que se había alcanzado en la crisis de 1921. Si hoy nos hemos acostumbrado a considerar índices mayores que éstos como normales y pensar que de todas maneras hay una economía funcionando, para la época era una realidad catastrófica; no existían, por cierto, más que incipientes sistemas de seguridad social. Para los Estados Unidos la solución recién llegó de la mano del incremento de la producción industrial, vinculado con el aporte material que se realizó a la causa aliada durante la Segunda Guerra Mundial.

Hobsbawm señala una paradoja: a pesar de la Gran Depresión,

los años treinta fueron un decenio de importantes innovaciones tecnológicas en la industria, por ejemplo, en el desarrollo de los plásticos. Ciertamente, en un sector — el del entretenimiento y lo que más tarde se conocería como los medios de comunicación— el período de

entreguerras contempló los adelantos más trascendentales, al menos en el mundo anglosajón, con el triunfo de la radio como medio de comunicación de masas y de la industria del cine de Hollywood (...) Tal vez no es tan sorprendente que en las tristes ciudades del desempleo generalizado surgieran gigantescas salas de cine, porque las entradas eran muy baratas, porque los más jóvenes y los ancianos, los más afectados por el desempleo, disponían de tiempo libre y porque, como observaban los sociólogos, durante la Depresión los maridos y sus esposas tenían más oportunidades que antes de compartir los ratos de ocio (Op.cit., pág. 109).

El mismo fenómeno merece para otros una descripción más dramática: un conjunto de investigaciones que se hicieron en la época sobre los desocupados en los Estados Unidos y Gran Bretaña, consideraron que el desvío de los escasos ingresos de un desempleado hacia consumos no esenciales era parte del hundimiento moral que producía este drama social (Bernard Gazier. *El Crac del 29*. Globus, Madrid, 1994. pág. 72)

Todo indica que en algunas economías periféricas golpeadas por la contracción del comercio internacional, las condiciones para superar el problema del paro eran sensiblemente mejores que las existentes en las naciones más desarrolladas. Esto se dio incluso como el resultado no buscado de políticas orientadas a resolver el problema de los grandes intereses económicos más que el del empleo. En la Argentina, modelo de economía primario-exportadora de inserción en la economía mundial, el retroceso de la demanda externa de alimentos junto con la caída de sus precios redujo la disponibilidad de divisas para asegurar las importaciones: de un promedio anual de 2.000 millones de dólares para el quinquenio 1925-1929 se pasó a otro de 1.200 millones en 1930-1934. Esta realidad orientó la política gubernamental en dos sentidos: 1. hacia una búsqueda casi desesperada de mercados para los productos de exportación; y 2. hacia la adopción de medidas para restringir las importaciones, básicamente un incremento de los aranceles, con el objetivo de equilibrar una balanza comercial deficitaria.

Estas últimas decisiones, de carácter coyuntural en su intención, se prolongaron en el tiempo, creando un contexto económico protegido. Allí encontró un fuerte impulso el desarrollo de una industria sustitutiva de importaciones, que tenía como característica la alta intensidad en la generación de empleo. De esta forma, si el problema de la desocupación y la miseria popular fueron graves durante los primeros años del '30, de mediados de la década en adelante tendió a mejorar la situación con bastante rapidez.

Las perturbaciones de los sistemas monetarios y financieros, la caída de los precios y el incremento de la protección de las economías nacionales, provocaron el hundimiento del sistema de comercio mundial, que se fragmentó a escala nacional o imperial (dentro del área dominada por una gran potencia). El volumen del comercio mundial alcanzaba en 1936 el 85% de su nivel de 1929, pero en cuanto a su valor era inferior en un 40% con respecto a dicho año de referencia. La reactivación económica, por lo tanto, no podía esperar una ampliación de los mercados externos. Como el intento de reemplazar el antiguo comercio multilateral mediante acuerdos bilaterales no alcanzó una importancia global significativa, el acento fue puesto cada vez más en el crecimiento de los mercados internos, principalmente mediante el financiamiento público de grandes obras de infraestructura con gran generación de empleo. La ruptura de las relaciones internacionales no fue sólo de carácter económico, sino que convivió desde 1933 con el afianzamiento de alternativas políticas novedosas, como el nazismo, que tendían más a confrontar que a cooperar, y a acentuar la importancia del compromiso ideológico por encima de otros cálculos.

Cuando se produjo la recuperación, de los años 1932-1933 en adelante, no pasó de ser modesta. La dinámica de la economía mundial había desaparecido; el libre comercio dejó su lugar al proteccionismo; resolver los problemas sociales pasó a ser tanto o más prioritario que preocuparse por la economía; la desaparición del equilibrio monetario internacional independizó a las divisas nacionales y los gobiernos se encontraron frente a una situación en que podían financiar sus políticas con cierta autonomía respecto del crecimiento económico, lo que estaba en la base de las

políticas impositivas tradicionales; y se difundió, además, la creencia en las ventajas de la planificación estatal de la economía.

**LAS RESPUESTAS SOCIALES:
HACIA EL ESTADO DE BIENESTAR**

A partir de 1930, la gravedad de la situación económica y financiera llevó a profundizar el debate sobre cuál era la estrategia más adecuada para dar respuesta a la serie de problemas que habían puesto de manifiesto los límites del sistema económico liberal y que parecían reflejar contradicciones insalvables del capitalismo. En la mayoría de los países europeos, los gobernantes y líderes políticos abogaron por un nuevo papel del Estado que contribuiría, fundamentalmente, a elevar al mismo tiempo la renta nacional y la generación de empleo.

Esta manera de encarar la cuestión de las necesidades sociales puede contraponerse con lo que había sido el pensamiento dominante en el curso del siglo anterior. En aquella época, fue muy amplia la aceptación de ideas como las de Robert Malthus, quien sostenía que las leyes dirigidas a asistir a los pobres, en lugar de resolver el problema no hacían sino crear más pobreza, al favorecer la procreación de los indigentes. Desde esa perspectiva, se consideraba que los pobres debían contar con sus propios esfuerzos y que todas las políticas públicas que trataran de asistirlos provocaban objetivamente que fueran menos trabajadores y pusieran menos empeño para salir de su situación.

La política de mayor intervención estatal marcó una línea ascendente desde los años '30, se acentuó durante la Segunda Guerra Mundial y se consolidó en los años de la posguerra. Con matices, según las características que este proceso adquirió en cada país, durante las décadas que siguieron a la contienda bélica, en las naciones más desarrolladas las antiguas instituciones benefactoras se consolidaron y expandieron, definiendo así un nuevo modelo de Estado, el *Estado de Bienestar*; cuyo fin fue garantizar a los ciudadanos una protección gubernamental mínima, en niveles básicos de renta, nutrición, salud, habitación y educación a partir

del reconocimiento de sus derechos y más allá de la acción caritativa privada. En palabras de Richard Titmuss, profesor de la London School of Economics, ese tipo de forma estatal podía definirse del siguiente modo:

*...es un grupo de 'manifestaciones', en primer lugar, del deseo de la sociedad de sobrevivir como una totalidad orgánica y, en segundo lugar, del deseo expreso de todas las personas en el sentido de contribuir a la supervivencia de los más desfavorecidos (Richard Titmuss. *Essays on the Welfare State*. George Allen & Unwin, Londres, 1963, pág. 39).*

Los cambios en los roles estatales no fueron uniformes ni, tampoco, presentaron características iguales en todos los países que los llevaron adelante. Las peculiaridades que marcaron la transformación entre las pautas propias del sistema liberal y las estrategias benefactoras han sido estudiadas a partir de matrices diferentes:

- Una forma analítica que se puede denominar *evolucionista* o *lineal* explica la elaboración de los programas del Estado de Bienestar como resultado de la industrialización y la urbanización, y de las transformaciones demográficas y sociales que produjeron; por ejemplo, la existencia de una proporción mayor de personas de avanzada edad en situación de dependencia, lo que desarticuló todos los sistemas tradicionales de ayuda social a los ancianos, los enfermos o los indigentes, generalmente en manos de los gobiernos locales o instituciones de voluntariado. Así, quebrados estos mecanismos, se buscaron nuevas estrategias de protección social. En el mismo sentido, estas interpretaciones enfatizan la idea de que el crecimiento económico de la segunda posguerra hizo posible que los estados estuvieran en condiciones de dar respuesta a las nuevas necesidades de la población.
- Otras tendencias analíticas encuentran las bases del de-

sarrollo de los estados benefactores en la profundización del capitalismo y en el rol que cumplieron las clases sociales creadas por la industrialización. De esta manera, adquiere centralidad explicativa el papel desempeñado por los sindicatos obreros y los partidos políticos de orientación laborista o socialista a través de los mecanismos propios de los sistemas democráticos.

- Una tercera variante explicativa parte de considerar al Estado de Bienestar como resultado directo de la expansión del régimen democrático y de la competencia electoral. En medio del equilibrio de fuerzas del sistema político, las formas del Estado benefactor son analizadas, desde esta perspectiva, como manifestación de los acuerdos logrados entre los líderes políticos y los funcionarios públicos.

Estas interpretaciones no son excluyentes y cada una de ellas parece inspirada por la experiencia de distintos casos nacionales con respecto a la creación de instituciones del bienestar. Por ejemplo, el rol fundamental que la mayoría de los estudios le atribuyen a la existencia de un movimiento obrero fuerte remite al caso alemán, en las últimas décadas del siglo pasado, y sirve para explicar una política de estado que buscaba frenar una amenaza socialista; pero no resulta, sin embargo, adecuado para pensar el desarrollo del sistema benefactor inglés, de los países escandinavos o de los Estados Unidos.

Respecto al caso germano, el desafío de completar la unificación política de los estados alemanes, la expansión de las ideas socialistas y el avance electoral de la Socialdemocracia, contribuyeron a que Otto von Bismarck, canciller de la Confederación, se planteara estrategias para pacificar la sociedad y contener al movimiento obrero, el más importante de Europa continental y el más dispuesto a intentar una revolución. En este contexto surgió el primer sistema nacional de seguro obligatorio, institucionalizado en líneas generales a través de tres leyes, sancionadas en la década del '80 del siglo pasado y destinadas a cubrir las contingencias de los asalariados urbanos. Esa legislación establecía un se-

guro a los trabajadores en caso de accidentes laborales, cuyo financiamiento dependía de las contribuciones de los empresarios; garantizaba a los obreros la asistencia médica y un subsidio por enfermedad, financiado por los aportes de patrones y obreros y creaba un seguro de incapacidad, que entró en vigor en 1889. El alcance de estas leyes se expandió y otorgó cobertura a nuevos grupos de trabajadores en las dos primeras décadas del siglo XX. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, llegó el fin del Imperio y el advenimiento de la República de Weimar, y el primer gobierno socialdemócrata consolidó el sistema benefactor con el apoyo de los sindicatos, creó un seguro de desempleo completado en 1927 con la ley de desempleo y estableció la jornada laboral de ocho horas. De esta manera, se buscaba dar respuesta a la crítica situación de la desocupación, que alcanzó altísimas tasas en la década del '20. Tiempo después, con la llegada de Hitler al poder, la estructura de políticas sociales fue politizada y puesta al servicio del totalitarismo imperante en todas las esferas de la sociedad alemana. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Alemania Occidental encaró la reconstrucción del sistema benefactor sobre la base de una economía que debía recuperarse aceleradamente y de una sociedad resentida por los efectos de la guerra.

En el caso de los países escandinavos, la evolución del Estado de Bienestar reflejó un mayor consenso entre los diversos sectores involucrados, particularmente, los partidos políticos y el movimiento obrero. Desde la implementación de las primeras medidas de intervención social del estado —en 1891 se institucionalizó el sistema de seguridad social en Dinamarca y en 1913 se impuso en Suecia— hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, ambos sistemas mostraron una tendencia expansiva. Según algunas interpretaciones, el origen y la consolidación de estas medidas estaban directamente relacionados con la existencia de un partido socialdemócrata que enfrentó a los sectores más conservadores de la sociedad y logró imponer una cobertura universal dirigida a cubrir las necesidades de los ciudadanos, financiada a través de los impuestos generales. Otros análisis han puesto énfasis en el rol desempeñado por los sectores propietarios agrarios. En esta visión, se destaca que las pensiones nórdicas fueron universalistas,

en gran medida porque los agricultores apoyaron la financiación por medio de impuestos generales ya que de esta manera el sistema los incluía como beneficiarios.

En Gran Bretaña, la necesidad de una intervención directa del Estado para dar respuesta al problema de la miseria y de la desprotección en caso de enfermedad o vejez entró en la agenda política en la época anterior a la Primera Guerra Mundial. Una serie de estudios alarmaban sobre la magnitud de la pobreza y el aumento de la desocupación y abrían interrogantes sobre su posible solución. Como una señal de la preocupación de los dirigentes políticos podría señalarse que el conservador Winston Churchill había convocado como asesores a los líderes reformistas Beatrice y Sidney Webb, que no cejaban en su propósito de señalar lo que consideraban como las brutales realidades del capitalismo. En 1906, el entonces diputado liberal David Lloyd George visitó Alemania en procura de un mejor conocimiento del sistema de seguro social allí implementado y tres años después, esta información le servía a George desde su cargo de ministro de Hacienda para defender un presupuesto que incluía la financiación de los seguros sociales, cuya discusión constituyó la base de la implementación de la ley de seguros de 1911. Tres años antes, la primera Ley de Pensiones había sido el resultado de un acuerdo entre el gobierno liberal y los trabajadores, y consiguió una rápida sanción. En cambio, el proyecto del seguro de salud enfrentó las resistencias de las asociaciones de caridad, de los médicos, de las empresas de seguros y de sus empleados. Durante el transcurso del debate, la propuesta se transformó hasta que, en el momento de su sanción, el objetivo de cobertura universal impulsado por el gobierno ya había sido abandonado. En el mismo año se creó un seguro de desempleo que, por sus características, en poco tiempo se tornó insuficiente para dar respuesta al problema de la desocupación. Durante los años '20, el problema del desempleo se incrementó sensiblemente. De una tasa promedio de alrededor del 5% de la población económicamente activa en los diez años previos a la Primera Guerra Mundial, en 1921-1929, el índice trepó a alrededor del 10%. La situación se agravó al producirse la crisis. El Fondo de Desempleo se vio desbordado por la falta de recursos

(señalemos, además, que sólo un 60% de la fuerza de trabajo tenía algún tipo de seguro). Las medidas de gobierno se concentraron en resolver el paro mediante la creación de una Junta de Asistencia al Desempleo, destinada a procurar ayuda al creciente número de pobres, intervención que suscitó múltiples reacciones.

En medio de los efectos de la crisis del '30, el economista liberal John Maynard Keynes señalaba la necesidad de que el Estado tomara medidas que permitieran aumentar el gasto público, a los efectos de garantizar la demanda, para asegurar un determinado nivel de la actividad económica y el pleno empleo y evitar, de esta manera, el aumento de la conflictividad social. El keynesianismo, con su estrategia anticíclica para responder de manera elástica en situaciones de crisis económicas se convirtió, de allí en más, en “el componente económico” del Estado de Bienestar. Las ideas de Keynes se complementaron con los planteos de otro liberal, William Beveridge, autor de un famoso informe dado a conocer a comienzos de la década del '40, en el que proponía un plan de reforma del sistema de políticas sociales basado en tres puntos básicos: pleno empleo, subsidios familiares y asistencia a la salud. La preocupación era asegurar niveles de vida mínimos para toda la población, a partir de reunir los recursos de la sociedad en su conjunto y distribuir los riesgos, para garantizar a todos los ciudadanos la protección “desde la cuna hasta la tumba”, como se decía en la época.

En los Estados Unidos, las primeras instituciones de alcance nacional de política social son tardías en comparación con lo ocurrido en los países europeos. En gran medida, cabe pensar que, de manera similar a lo que había ocurrido en Gran Bretaña, un entramado institucional de tipo asistencialista había permitido dar respuesta a las necesidades más urgentes de la población sin alterar los supuestos básicos del liberalismo. Un sistema de pensiones heredado de la Guerra de Secesión sólo brindaba cobertura a un porcentaje mínimo de los ancianos. Por otra parte, una red de instituciones de caridad, en muchos casos de carácter religioso, cubrían algunas necesidades de los pobres y de los enfermos de cada comunidad. Estas acciones dejaban afuera a la gran mayoría de la población que tenía necesidades insatisfechas en materia

social y no podían cubrir las por sus propios recursos. Aun cuando la red asistencial resultara insuficiente, el sistema federal de gobierno no posibilitaba la sanción de leyes nacionales de seguridad social que interfirieran con las decisiones políticas tomadas por cada uno de los estados. Recién ante el descalabro provocado por la crisis del '30 se logró un acuerdo político de alcance nacional que permitió la implementación de un nuevo sistema.

¿Quién no recuerda las fotografías y las películas con las calles de las principales ciudades norteamericanas colmadas de mendigos y la proliferación de largas colas de gente esperando un plato de comida? En este contexto, el presidente republicano Herbert C. Hoover cayó en el mayor desprestigio. En las elecciones de 1932, la victoria de los demócratas estaba anticipada y Franklin Delano Roosevelt, gobernador del estado de Nueva York, resultó electo para ocupar la presidencia. A partir de los primeros días de gobierno, Roosevelt impulsó una serie de medidas orientadas a dar respuestas a las situaciones de mayor gravedad que afectaban a la sociedad estadounidense. Se pusieron en marcha, inmediatamente, distintos proyectos con el objetivo de disminuir el desempleo, algunos improductivos y artificiales como el *Civilian Conservation Corp*, que creaba un conjunto de campamentos de trabajo para los jóvenes desempleados, donde realizaban tareas de conservación de la naturaleza. Estas iniciativas fueron la antesala de un programa de gobierno, conocido con la denominación de *New Deal*, que contribuyó a dar a Roosevelt un importante respaldo electoral del pueblo norteamericano que se prolongó en varios mandatos. Durante estos años, la sanción de la Ley de Seguridad Social, que recogía tres proyectos fundamentales (un fondo de pensiones basado en el ahorro de cada asalariado para asegurar una pensión para su vejez, un seguro de desempleo y subsidios familiares), sentó las bases de la nueva política de bienestar que se desarrolló a partir de los años '50 y un conjunto de medidas en favor de un mejoramiento de las condiciones laborales, entre ellas, las leyes de protección federal a las negociaciones sindicales, la fijación del límite máximo de horas de trabajo y del salario mínimo de la mayoría de las categorías profesionales. Los

sindicatos, cada vez más fuertes, apoyaron la profundización del *New Deal*.

Señalemos algunos aspectos comunes de todas las experiencias nacionales muy sumariamente mencionadas:

- El desempleo dejó de considerarse como un problema individual. Se puso en funcionamiento un andamiaje institucional destinado a dar respuesta a los desocupados y se favoreció el crecimiento del empleo en el sector público, creando así una burocracia cada vez más comprometida con la expansión del sistema. En Gran Bretaña, por ejemplo, el personal de los servicios sociales se duplicó entre 1914 y 1933, y llegó a cuatriplicarse entre 1933 y 1950. Por otro lado, todos los gobiernos destinaban una parte importante de los presupuestos nacionales al gasto en los servicios sociales. Nuevamente, si tomamos el caso del Reino Unido, ya en 1913 el gasto social representaba un tercio de la totalidad del gasto público y continuó creciendo de allí en más.
- El protagonismo que adquirieron, en la mayoría de los casos, los sectores sindicales, los transformó en interlocutores cada vez más tenidos en cuenta por los diferentes gobiernos. Es cierto que, en cada país, las demandas que las organizaciones sindicales realizaban y las posibilidades de ejercer presión reflejaban el grado de unidad de sus objetivos y los niveles de solidaridad entre los grupos ocupacionales. Desde la perspectiva de los líderes políticos, tanto si se trató de aquellos originalmente más dispuestos a dar respuesta a los planteos sindicales, como los socialdemócratas, o de los menos proclives a ello, los de tendencia conservadora, en general hubo coincidencias en acordar mayor participación a los representantes de los trabajadores en las negociaciones sobre las políticas sociales.
- Por último, resaltemos que el resultado del proceso de consolidación de las instituciones nacionales de intervención social fue producto y, a la vez, contribuyó a la solu-

ción de la tensión entre las administraciones locales y las centrales por la asignación y distribución de los recursos. Esto, de alguna manera, permitió cada vez más deslindar el acceso a las prestaciones sociales, de la caridad privada y de la discrecionalidad de los funcionarios comunales.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el nuevo desafío era cómo lograr la recuperación de los estragos producidos durante esos años. El conflicto bélico había arrojado a los hombres a una situación de desamparo e incertidumbre nunca antes registrada. El bombardeo a las ciudades europeas y, hacia el final del conflicto mundial, el terrible impacto material, psicológico y moral, del ataque atómico a Hiroshima y Nagasaki habían dejado en la humanidad un efecto desolador. En Europa, la capacidad industrial y su utilización productiva alcanzaban apenas el 50%, aproximadamente, de los años anteriores al conflicto. El hambre y la falta de vivienda acosaban a los habitantes europeos y ni aún las visiones más optimistas parecían poder augurar una recuperación tan rápida como la que se produjo.

El sociólogo e historiador francés Pierre Rosanvallon ha señalado que los Estados de Bienestar han sido el resultado de la necesidad de la sociedad de posguerra, de realizar un *nuevo pacto social*. De esta forma, el autor hace hincapié en el fortalecimiento del vínculo cívico y señala que al amenazar con volver a los hombres al estado de naturaleza, la guerra los conduce así a una experiencia de refundación social. No sólo era necesario superar la devastadora situación económica y social, sino que era imprescindible hacerlo dentro de los límites del sistema democrático, cuyas instituciones había que fortalecer. En este sentido, no puede dejar de considerarse la influencia de la política norteamericana. En primer lugar, los Estados Unidos impulsaron a los gobiernos europeos a enfrentar el avance del comunismo. Como parte de esta estrategia, se implementó el Plan Marshall, que permitió la recuperación económica de los países del viejo continente y que implicó, además, no sólo la penetración de los capitales americanos a través de las empresas multinacionales, sino también la

difusión de nuevas formas de ver la sociedad y sus mecanismos de integración.

Los dirigentes políticos eran conscientes de la necesidad de dar una respuesta a los problemas sociales vinculados al desempleo, la pobreza y la falta de protección de amplios sectores de la población cuyas condiciones de vida se habían agravado por la guerra, para contribuir a la consolidación de los regímenes democráticos. Los gobiernos tenían la responsabilidad de encauzar la reinserción de sus ciudadanos en la sociedad de la mejor manera posible, es decir, garantizando ciertas condiciones de vida y de trabajo que disminuyeran la posibilidad del conflicto social.

Tal como surge de la experiencia de la mayoría de los países democráticos, al tener la población las posibilidades de expresar libremente sus preferencias políticas y poder organizarse en partidos y sindicatos, éstos actuaron sobre y desde el Estado para lograr una mayor equidad social. En la medida en que los ciudadanos tenían derecho a votar, incluso los partidos conservadores fueron más proclives para expandir sus apoyos a reformas sociales. Se estableció, de ese modo, un efecto recíproco entre la ampliación de la participación política de los sectores más desfavorecidos y la sanción de medidas que mejoraban sus situación socioeconómica. La democracia política se convirtió de hecho en una vía para preservar e incrementar las conquistas sociales de la mayoría de la población. La idea de que las sociedades deben tender a una mayor equidad social se ha convertido, de la mano de la expansión de los sistemas benefactores, en un valor compartido que puede considerarse ya como parte del patrimonio cultural del mundo contemporáneo.

Haciendo una síntesis, parece interesante mencionar la tipología propuesta por Richard Titmuss para diferenciar tres formas de Estado de Bienestar:

- a. Un *modelo Residual*, que se aplicaba al caso de los Estados Unidos, en el que la política social tendía a adoptar un carácter compensatorio, orientada hacia aquellos que fracasaban en el intento de solucionar sus problemas individualmente o en el mercado.

- b. Un *modelo Meritocrático Particularista*, que sintetizaba las características de los sistemas alemán y francés, en el que la estructura de las políticas sociales intervenía en situaciones especiales de riesgo y desprotección, como la enfermedad o la vejez, cubriendo las contingencias que podían enfrentar los trabajadores, como un mecanismo de preservación del status perdido.
- c. Un *modelo Institucional Redistributivo*, basado en los sistemas escandinavo e inglés, en el que se rompe con la determinación del mercado, en busca de una acción pública que contemple la garantía de bienes, servicios y renta mínima a todos los ciudadanos. En este caso, la política social adquiere un carácter distributivo y no es compensatoria.

La tipología propuesta por Titmuss, ya clásica, fue retomada en gran medida por uno de los más destacados analistas contemporáneos, Gosta Esping Andersen. Este autor señala que los problemas principales a los que buscaron dar respuestas las políticas sociales surgen del hecho de que las necesidades humanas y la fuerza de trabajo se habían transformado en mercancía, determinando que el bienestar dependiera de la capacidad económica de las personas.

Esping Andersen propone distinguir los modelos de Estado de Bienestar según el grado en el que la vida de las personas quedó menos sujeta a las fuerzas del mercado. Al respecto, este autor diferencia tres tipos de Estado de Bienestar:

- a. Un *modelo Conservador*, en el que se incluyen los sistemas de políticas sociales de Alemania, Francia e Italia, caracterizado por su estructura corporativa: el derecho a la protección de la salud, al seguro de desempleo y a las pensiones está vinculado a la situación ocupacional, y no a la condición de ciudadano.
- b. Un *modelo Liberal*, que hace referencia al sistema estadounidense, que maximiza el carácter mercantil del trabajo asalariado y descalifica y pena a los usuarios de los

servicios sociales, que deben certificar su condición de carenciados y “merecedores” de la asistencia.

- c. Un *modelo Socialdemócrata*, que remite a los casos de los países escandinavos y, con algunas limitaciones, al de Gran Bretaña. En este modelo, el acceso a la cobertura de las políticas sociales está asociado a la condición de ciudadanía, lo que garantiza el derecho de todos a gozar de las prestaciones benefactoras.

EL FIN DEL COLONIALISMO

Mientras los países desarrollados llevaban adelante importantes avances internos en materia política y social, en su periferia el mundo colonial se convulsionaba en algunos casos o negociaba más pacíficamente en otros, pero en esos procesos se cerraban las experiencias “civilizadoras” emprendidas a fines del siglo anterior. Así, en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, los imperios coloniales se desintegraron y dieron lugar a la aparición de nuevos países. La nueva situación, en general, estuvo vinculada tanto con factores externos a las áreas que surgieron a la vida independiente (tales como el debilitamiento de las potencias coloniales durante el período de las dos guerras mundiales y la transformación de las relaciones de poder internacionales), como con factores internos (el ascenso durante el siglo de un nacionalismo independentista) y, en cada caso, a diferentes elementos particulares o locales. Pero si se observa el mapa político de Asia y África anterior a la guerra, donde alcanzan los dedos de una mano para enumerar los estados soberanos (sólo Japón goza de plena independencia), y se lo compara con el correspondiente a fines de la década de 1960, con decenas de nuevos estados y sólo una ínfima proporción del territorio todavía en situación colonial o indefinida, se capta la extraordinaria mutación registrada.

La Segunda Guerra Mundial sumó otros factores para profundizar la tendencia hacia la descolonización: Gran Bretaña continuó su declinación y negoció más con sus colonias, algunas de

las cuales pasaron a ser “dominios”, con un estatuto bastante autónomo. Francia, titular del otro gran imperio colonial, sufrió la derrota militar humillante y perdió todo su prestigio, a lo que se agregó que el colaboracionista régimen de Vichy y el movimiento de liberación dirigido por De Gaulle se disputaran los territorios coloniales. Bélgica y Holanda perdieron su poca presencia internacional, en tanto que Italia y Japón salían vencidos de la contienda y abandonaron sus aspiraciones colonialistas.

Parece importante señalar el efecto contradictorio para el anticolonialismo que tuvieron los éxitos militares japoneses en el Extremo Oriente registrados durante la primera parte de la guerra. Sus iniciativas mostraron, a la vez, que la explotación colonial no era patrimonio exclusivo de las potencias europeas y que los ejércitos coloniales de Occidente podían ser derrotados por los de las naciones orientales. La dualidad de defensa y agresión japonesa, la tendencia a pasar del orgullo nacional al apetito imperial, era antigua: entre mediados y fines del siglo pasado había logrado resistir las pretensiones que sobre su propia soberanía habían mostrado las potencias de Europa Occidental y los Estados Unidos y, también, había frenado la expansión del Imperio Ruso en el Extremo Oriente Chino-siberiano. Sin embargo, en poco tiempo, Japón dio muestras de su interés imperialista y extendió sus dominios sobre Corea, la isla de Formosa y Manchuria. Algunos dirigentes nacionalistas de las colonias asiáticas se asociaron, con falsas expectativas, a estos éxitos japoneses de corto alcance; algo similar sucedió con movimientos independentistas árabes respecto de los alemanes; relaciones políticamente contradictorias y, como demostró la historia, inconducentes para lograr los fines que se proponían.

Después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, la primera etapa del proceso de descolonización se desarrolló en Asia. Allí el anticolonialismo estaba más maduro y la India, Indochina, Indonesia y China recuperaron o consiguieron la soberanía nacional plena, sobre la base de antiguos estados o de estructuras políticas novedosas. Al mismo tiempo, surgieron a la vida independiente las nuevas naciones del mundo árabe en el Medio Oriente y el norte de África. En el África “negra”, donde los movimientos

de emancipación se desarrollaron tardíamente, los nuevos estados nacionales comenzaron a formarse, en rápida sucesión, desde fines de la década de 1950. Si bien el conjunto de la descolonización presenta rasgos generales compartidos, hubo situaciones marcadamente diferentes en relación con las características del dominio colonial y las formas de transición hacia la independencia. Frecuentemente se analizan estas diferencias elaborando dos modelos distintos y opuestos de colonización y descolonización que corresponden, en términos generales, a la práctica de cada una de las grandes potencias imperialistas del siglo XIX, Gran Bretaña y Francia:

- El modelo británico de colonización privilegiaba la negociación con las elites locales y manipulaba los conflictos, para asentar un dominio que fuese rentable pues los costos de su mantenimiento eran asumidos por las comunidades dominadas, mientras que la mayor parte de los beneficios fluían hacia el territorio metropolitano. Por regla general, el pragmatismo político británico buscaba apoyar a los sectores nativos que, por sus propios intereses, se mostraban dispuestos a colaborar con la administración colonial y con el mantenimiento de la estabilidad interna. El *indirect rule* (gobierno indirecto) mantenía intactas las estructuras de dominación o eventualmente ampliaba el poder de los grupos predominantes, y tendía a congelar los conflictos preexistentes. En la mayor parte de los casos, el modelo tampoco implicaba un desplazamiento importante de la población local por la presencia de colonizadores, excepto en las tareas militares, de administración y de comercio donde, por otra parte, era frecuente la participación de los nativos. La palabra “cipayos” que se difundió en muchos países, tuvo su origen en la designación de los hindúes que formaban parte del ejército colonial británico. Por supuesto que esta regla no siempre fue respetada y los británicos no tuvieron empacho en el uso de medios violentos para imponer su voluntad cuando lo consideraron necesario, pero no fue eso lo que marcó el

carácter distintivo de su expansionismo y de los factores para construir su imperio.

- La experiencia colonial francesa, particularmente en el caso de Argelia y, en menor medida en Indochina, brinda los elementos para elaborar un modelo opuesto al británico. Se trata aquí de una expansión del dominio que se asienta principalmente en la fuerza militar, en la implantación de una administración colonial mucho más importante y de carácter autoritario, y del reemplazo, cuando no la destrucción, de la estructura social y de poder local, por la nueva relación entre los colonizadores y los colonizados. Este *modus operandi* supuso, además, una masiva inmigración de colonos provenientes de la metrópoli que tendían a excluir a la población local de un conjunto amplio de actividades y a deteriorar sistemáticamente su posición social y económica.

Cuando la tendencia mundial se mostró favorable a la eliminación de las situaciones coloniales, los modelos de colonización tuvieron su correlato en las formas en que alcanzaron su independencia las nuevas naciones.

El gobierno británico se había mostrado tempranamente favorable a algún tipo de asociación para mantener los vínculos económicos y cierta comunidad política cuando sus colonias alcanzasen la soberanía, y a no resistir el curso de los acontecimientos que consideraba irreversible. Durante la década de 1930 ya se había organizado la “Commonwealth” (Comunidad Británica de Naciones) y antes de la guerra Canadá, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelandia habían alcanzado una autonomía parcial bajo el “estatuto de dominios”. Es cierto que en estos casos se trataba de posesiones británicas que se alejaban bastante del patrón que hemos indicado, colonizaciones tempranas donde la población autóctona había sido desplazada paulatinamente por colonos blancos europeos convertidos en los grupos sociales predominantes y fueron ellos quienes se hicieron cargo de la autonomía. Se estimaba que la India podía seguir el mismo camino, si bien allí los

protagonistas del cambio eran los miembros de la población nativa.

El colonialismo francés, por el contrario, tendió a resistir los procesos de independencia y a encarar la nueva situación nacionalizando las colonias y otorgando la ciudadanía metropolitana a los pueblos dominados. Al desconocer la profundidad, la amplitud y el carácter del nacionalismo rebelde, la actitud dio origen a cruentas y prolongadas guerras de liberación frente a adversarios cuyas posiciones se tornaban cada vez más radicales. Entre 1954 y 1961 las tropas francesas enfrentaron la acción del Frente de Liberación Nacional argelino, que impulsó un levantamiento armado contra la administración colonial. Se trató de un conflicto violento, con niveles de crueldad inusitados por parte del ejército francés, en especial por las torturas y suplicios a los que sometió a la población en el inútil intento de doblegar su resistencia. A costa de un creciente desprestigio internacional y de una profunda crisis política interna, Francia terminó obligada a conceder la independencia a sus combativos rivales.

Tampoco la presencia francesa en Indochina había terminado bien y aquí la retirada fue el producto directo de una total derrota militar. Durante la Segunda Guerra Mundial los japoneses controlaron el territorio con la anuencia del régimen colaboracionista de Vichy, situación cuya reacción fue la expansión del movimiento de liberación de orientación comunista. A la derrota japonesa en la guerra le siguió la inmediata declaración de la independencia, que fue rechazada por los franceses. Derrotados militarmente en la famosa batalla de Dien Bien Phu, Francia fue obligada a aceptar el curso de los acontecimientos y dejó libre el territorio colonial en 1954.

De todas formas la situación en Indochina no se resolvió en ese momento. Si, como vimos, la terquedad de los colonizadores era, en principio, la mayor causa que podía perturbar la transición tranquila hacia la independencia, luego otro factor adquirió creciente influencia: la naciente "guerra fría". La estructuración bipolar de las relaciones de poder, surgida de la Segunda Guerra Mundial, mostró una tendencia persistente a inmiscuirse en las diferentes situaciones de conflicto que ocurrían en cualquier con-

tinente y, naturalmente, en los procesos de descolonización. En el caso de Indochina, la retirada francesa dio lugar a cuatro estados diferentes: en 1953 y de una forma relativamente calma, Laos y Camboya; un año después, como resultado de la guerra, Vietnam, dividida en dos sectores: el norte, asiento del poder comunista, y el sur, con un régimen prooccidental. El proceso de unificación de Vietnam, pactado sobre la base de un plebiscito, fue resistido por el gobierno sureño, con un creciente apoyo de los Estados Unidos, lo que condujo a una guerra civil mediante la cual los comunistas pretendieron forzar la unidad.

A partir de los primeros años de la década de 1960 la guerra de Vietnam presentó una escalada exponencial. Los Estados Unidos pasaron del apoyo político y económico al régimen sudvietnamita, a una intervención militar directa que hacia el fin de la década sobrepasa el medio millón de hombres. En tanto, el régimen comunista del norte recibió cada vez más apoyo material de la Unión Soviética y de China. De esta forma, a través de su conversión de lucha anticolonial en guerra internacionalizada, el conflicto de Indochina terminó prolongándose por más de tres décadas, y no finalizó hasta que el gobierno norteamericano, empantanado en lo militar, presionado internacionalmente y con una situación política interna sumamente delicada, decidió cesar en su intervención a mediados de la década de 1970. Así se produjo la reunificación impuesta por los poderes comunistas. Esta articulación entre descolonización y guerra fría se había mostrado anteriormente, aunque de una forma menos compleja, en Corea a comienzos de la década de 1950. La combinación de luchas anticolonialistas y efectos de la guerra fría se puso en evidencia, también, en otros conflictos de Asia y África.

En Palestina y en la India encontramos otro estilo de retirada. Palestina fue administrada por Gran Bretaña por “mandato” de la Sociedad de las Naciones desde el fin de la Primera Guerra Mundial hasta la independencia en 1948. Durante esos años se acentuó el conflicto entre la creciente comunidad judía que encarnaba el proyecto sionista de la creación del estado de Israel y la población árabe movilizada por un también pujante nacionalismo que no aceptaba lo que consideraba un cercenamiento territorial.

Fruto de ese nacionalismo árabe se habían creado varios estados independientes alrededor de las fronteras palestinas que se convirtieron en protagonistas principales del conflicto. El antagonismo entre las comunidades judía y árabe escaló hacia formas violentas durante la década de 1930, en tanto que las ambiguas políticas de la administración británica hicieron que la situación se tornara inmanejable. Llegado a este punto y finalizada la Segunda Guerra Mundial, los británicos transfieren la responsabilidad del problema a la recientemente creada Organización de las Naciones Unidas, donde las simpatías internacionales por la suerte del pueblo judío, más el apoyo sin vacilaciones de la Unión Soviética y los Estados Unidos, quedaron reflejados en un “plan de partición” del territorio de Palestina para la creación de dos nuevos estados: uno israelí y otro árabe.

En el caso de la India, los últimos años del Imperio y con la independencia a la vista, fueron escenario de un separatismo musulmán intransigente que lleva a presagiar una guerra civil. En este caso los británicos no podían transferir sus responsabilidades, aunque la retirada no fue menos urgente. Aceptando el desafío interno como un hecho consumado elaboraron su propio plan de partición con la creación de un estado musulmán, Pakistán (integrado por dos fragmentos territoriales distantes 1.600 km entre sí), y la India. El problema aquí fue que el plan no conformaba a ninguna de las partes y que la división territorial no podía coincidir con una homogeneidad religiosa inexistente. Como resultado, la independencia coincidió con la primera de varias guerras entre ambas naciones y, lo que fue más grave, con un masivo y forzado desplazamiento de población a través de las nuevas fronteras, en el que unos siete millones de musulmanes huyeron desde la India hacia Pakistán, mientras que alrededor de cinco millones de hindúes y sijs recorrieron el camino inverso, en un marco de violencia étnica y religiosa que se cobra entre un cuarto y medio millón de víctimas.

Señalamos anteriormente que la descolonización del África negra fue más tardía que la asiática y la del mundo árabe. En esta región las comunidades nativas, menos densas y organizadas, habían sido más permeables a la penetración y explotación impe-

rialista durante el siglo XIX y las primeras décadas del presente. Si bien el nacionalismo se había desarrollado aceleradamente en un contexto internacional propicio, las tradiciones institucionales y políticas necesarias para garantizar la organización de un estado moderno, eran casi inexistentes en el momento en que la descolonización avanzó en otros lugares. De todas formas, el proceso se desencadenó desde fines de la década de 1950 y en un período de entre veinticinco y treinta años, generó un mosaico de alrededor de treinta nuevos estados independientes, ninguno de los cuales tenía garantizada en lo inmediato una vida tranquila. Al retraso económico generalizado en la mayoría de ellos, se agregaron una permanente inestabilidad política, guerras y enfrentamientos civiles armados, hambrunas y enfermedades, que conllevaron penurias de magnitud desconocida para la mayor parte de las poblaciones. Por sobre todo, encontramos en las naciones del África “negra” el ejemplo de una creación política artificial.

Desde cualquier perspectiva —y con independencia del mantenimiento de situaciones coloniales específicas, de la aparición del llamado “neocolonialismo” y de la existencia de superpotencias mundiales con extraordinaria capacidad de influir y de hacer valer sus intereses en las más remotas regiones del mundo—, el ciclo de la descolonización se agotó a mediados de la década de 1970, cuando dejaron de existir todos los grandes imperios ultramarinos europeos. Como señala Chamberlain, por otra parte, el colonialismo parecía ya no interesar a las propias potencias que lo habían impuesto a sangre y fuego:

En la década de 1950 estaba ya claro que el mantenimiento del Imperio sería muy costoso tanto en términos monetarios como, si elegía la opción de defenderlo por la fuerza de las armas (como sucedió en el caso francés y portugués), en términos de recursos humanos, así como también en estabilidad política en el interior del país. ¿Merecía la pena? Casi podría afirmarse con toda seguridad que no, sobre todo si podía dejar como herencia una estructura política suficientemente estable como para

hacer de la ex colonia un socio comercial satisfactorio...
(M. E. Chamberlain. *La descolonización*. Ariel, Barcelona, 1997, págs. 138-140)

Cualquiera sea la explicación más satisfactoria, el mundo había cambiado demasiado como para que pudiera seguir imperando el estatuto colonial decimonónico. Había comenzado la época del neocolonialismo.

En cuanto a la misión civilizadora del “hombre blanco”, lo menos que se puede decir es que merecería un aplazo por su poca eficiencia o una condena por su desinterés en su cometido de impartir cultura. Según los datos que se publicaron en un libro del especialista Paul Bairoch (*Diagnostic de l'évolution économique du tier monde*. Gauthier- Villars, Bruselas, 1969) el analfabetismo era el rasgo característico que dejaba el colonialismo. Según las estadísticas de 1960, los porcentajes de analfabetos en la población de más de 20 años para algunas colonias eran los siguientes:

PAÍSES	TASA DE ANALFABETISMO
Marruecos	85%
Senegal	95%
Túnez	87%
India	75%

LAS TRANSFORMACIONES SOCIALES Y POLÍTICAS A PARTIR DE LOS AÑOS '60

Los tres decenios que siguieron al fin de la Guerra Mundial permitieron importantes transformaciones en la calidad de vida de las personas. La ayuda otorgada por los Estados Unidos mediante el denominado *plan Marshall* posibilitó el comienzo de una

etapa de crecimiento económico que duró hasta mediados de la década del '70. Esa expansión se suele explicar por la denominada generalización del *fordismo*. Muy sumariamente, ese proceso se caracterizó por el aumento de la productividad por asalariado ocupado al incorporarse más tecnología y mejorar la organización del trabajo, condición que permitió a las empresas colocar sus productos en el mercado a menores precios unitarios y, al mismo tiempo, mejorar los salarios del personal empleado. Lo que se denomina el “círculo virtuoso” se vio favorecido por el interés de los empresarios por incorporar más capital e innovaciones tecnológicas para, de esa manera, disminuir la gravitación de los costos salariales por unidad producida. Se combinaron, así, salarios altos con mayor ganancia empresaria. El efecto societario global de un sistema económico que funciona según la regulación fordista es mejorar la equidad social, disminuir los conflictos y producir mayor consenso sobre metas societarias compartidas.

Respecto a los problemas del modelo fordista de crecimiento en lo específicamente referido a los avances de la productividad del trabajo mediante la incorporación de tecnologías, algunos estudios han revelado que pasada la primera etapa de gran dinamismo siguió una fase de progreso más lento. En ella hacían falta mayores cantidades de capital para mantener el ritmo precedente de incremento de la productividad del trabajo. Este fenómeno mostraría que el fordismo alcanzó en los países avanzados un “techo” relativo que desembocó en el problema de la desocupación, que desde mediados de los años '70 se convirtió en una característica de las economías avanzadas.

Las innovaciones tecnológicas, combinadas con las transformaciones de la organización del trabajo, marcaron el ritmo de desarrollo de los países avanzados a partir de la reconstrucción económica posterior a la Segunda Guerra Mundial. La incorporación de tecnologías para incrementar la productividad del trabajo no era un hecho nuevo, pero la fase a la que nos referimos se caracterizó por la estrecha relación que se estableció entre la actividad científica y la esfera de la producción. Lo que ha recibido la denominación de sociedad postindustrial tiene, justamente,

como rasgo singular el nuevo y decisivo rol asumido por los científicos y los técnicos.

Hay acuerdo en considerar que el desarrollo de las políticas sociales de tipo benefactor conoció su punto más alto a mediados de la reciente década del '70. En algunos países, la medicina adquirió, prácticamente, carácter gratuito para todas las personas sin distinción de su nivel de ingresos y de las ocupaciones que desempeñaban. Las clases medias que se habían sentido relativamente excluidas de los sistemas que otorgaban beneficios a otros sectores sociales (y en el caso de los tratamientos médicos de alta complejidad esto significaba para ellos una verdadera discriminación) encontraron así su plena inserción en las instituciones de protección. Gran Bretaña se convirtió, junto con los países escandinavos, en una muestra de la socialización de la medicina casi completa que llevaba a acceder a sus modernísimas instituciones hospitalarias, incluso a habitantes de otros países que ingresaban transitoriamente como turistas.

El desenvolvimiento del Estado de Bienestar fue más limitado en Alemania y Francia. En ambas naciones, nuevos grupos ocupacionales, entre ellos los trabajadores autónomos y los asalariados de "cuello blanco", fueron incluidos entre los beneficiarios del sistema. Sin embargo, no se logró un acuerdo político que permitiera crear una estructura, que incluyera a los sectores más pudientes de la sociedad y que, al mismo tiempo, beneficiara con esos nuevos aportes a los sectores más desprotegidos. La resistencia de los grupos sociales y ocupacionales de mayores ingresos fue decisiva, en especial, en el caso de los empresarios, que se negaban a financiar con sus contribuciones la creación y ampliación de un sistema más generoso. En Francia, el resultado de estas tensiones fue la implementación de pensiones con un esquema particularista, en el que persistían y se reforzaban las diferencias ocupacionales y de cotizaciones. En Alemania, se estableció un sistema de seguridad social limitado a los asalariados de modesta remuneración y dividido por grupos ocupacionales.

Una tercera tendencia está representada por el caso de los Estados Unidos. Allí, la consolidación de la intervención estatal recorrió un camino diferente al europeo. En primer lugar, el cre-

cimiento económico se apoyó fundamentalmente en la política armamentista que caracterizó la etapa de la guerra fría y en los años cincuenta se produjo un verdadero *boom*, que se manifestó en el aumento acelerado de la producción nacional y de la renta personal. Durante el gobierno de Dwight D. Eisenhower, las instituciones de seguridad social se expandieron. Sin embargo, ni las políticas sociales ni el crecimiento económico pudieron solucionar el extendido problema de la pobreza, un fenómeno alarmante en medio de la abundancia de otros sectores. John F. Kennedy y su sucesor, Lyndon Johnson, buscaron encontrar una solución a las desigualdades raciales y sociales, y condujeron a iniciativas como la sanción en 1964 de la Ley de Derechos Civiles, favorable a las minorías raciales. Por otro lado, se inició un programa, conocido como la “guerra contra la pobreza”, con construcción de viviendas y de centros recreativos, así como con desarrollo de acciones de saneamiento urbano y de ampliación del gasto federal en educación y en salud. Uno de los resultados de esta política fue la creación del Medicare, en 1965, que otorgaba cobertura médica a los mayores de 65 años, y del Medicaid, que beneficiaba a los indigentes. Estas organizaciones coexistían con una amplia red de compañías aseguradoras privadas, en cuyos registros se incluía la mayor parte de la población activa. A pesar de la expansión y de la voluntad de buena parte de los sectores dirigentes de mejorar las condiciones de acceso a la salud de más franjas de la población, las iniciativas no consiguieron doblegar el poder de veto virtual que poseían algunos grupos, entre ellos las compañías de seguros y las organizaciones médicas privadas.

Como señalamos anteriormente, desde mediados de la década del '70, en la mayor parte de los países avanzados, surgieron dudas sobre si se podía mantener el Estado de Bienestar con sus características más abarcativas. Por un lado, el financiamiento de las jubilaciones y pensiones y de la asistencia médica se obtenía por impuestos sobre la renta o por aportes patronales y obreros. De esta forma, se incrementaban los propios costos laborales, mientras que muchos países periféricos habían alcanzado un nivel de industrialización que les permitía competir con los más desarrollados. Además, el gasto social representaba una porción

importante de los presupuestos nacionales, que crecía año a año, imponiendo la opción entre aumentar los impuestos o recortar la parte de los recursos destinada a solventar el sistema de políticas sociales. Esto implicaba costos políticos que los gobiernos no parecían dispuestos a asumir. Además, se había creado un sector importante de profesionales y administradores empleados en las organizaciones benefactoras, interesados en expandir sus oportunidades laborales y que habían establecido una simbiótica relación entre el cumplimiento de su labor y el incremento de la demanda de servicios sociales. Por otra parte, la relación demográfica indicaba que cada vez resultaría más difícil financiar los seguros médicos y las pensiones de una población pasiva en aumento, cuya esperanza de vida era también creciente, con los aportes de los activos que tendían a reducirse en número y proporción sobre el total de la población. En este sentido, el incremento de la desocupación en la mayoría de los países con sistemas benefactores más o menos desarrollados, que afectó directamente a la población activa, fue el componente que faltaba para sumir a las sociedades occidentales en una nueva forma de incertidumbre.

Además de las explicaciones de tipo materialista que piensan en los problemas económicos y financieros del funcionamiento del Estado de Bienestar y que buscan analizar su retroceso como si fuese sólo un proceso debido a causas objetivas, se encuentran aquellas otras interpretaciones que enfatizan el tema de los cambios de actitudes frente a la vida en sociedad que llevaron a un debilitamiento de la solidaridad social. Esta última es la posición de Clauss Offe en su importante libro *Contradicciones en el Estado de Bienestar* (Alianza, Madrid, 1990). Al respecto, Offe sostiene:

En todos estos casos, el proceso subyacente es un estrechamiento en 'los parámetros de semejanza' dominantes: desde la noción universalista de derechos humanos a los intereses de la noción y de éstos a los de ciertas categorías de contribuyentes, grupos profesionales, comunidades culturales y, finalmente, los intereses del individuo.

En todos esos casos el cambio decisivo no acontece al nivel de acontecimientos y hechos objetivos, sino al nivel de marcos interpretativos y de la adopción estratégica de creencias y expectativas. La actitud calculadora hacia costos y beneficios individuales a corto plazo no es, pues, algo inherente a la naturaleza humana o una pauta eterna de acción racional; al contrario, es el producto de una descomposición de condiciones culturales y estructurales que constriñen e inhiben dichas orientaciones utilitaristas.

El retroceso a las políticas de protección de los sectores de la población de menores ingresos o de los asalariados en general fueron iniciativas llevadas adelante en los Estados Unidos durante el gobierno de Ronald Reagan y en Gran Bretaña, en el de Margaret Thatcher. En ambos casos se asumieron activamente las ideologías que consideraban a las políticas keynesianas y a las acciones del Estado Benefactor como las causas principales del estancamiento económico, de las tendencias a la inflación y de la poca dinámica de la oferta de empleo. Cabía, según esa visión de las cosas, preocuparse más por disminuir los impuestos para favorecer las inversiones, bajar las cargas sociales para incentivar la contratación de asalariados y reducir en general el gasto público. El efecto global de esas medidas en los Estados Unidos se tradujo en una caída de los ingresos de las capas más pobres de la sociedad y la aparición de lo que en lenguaje técnico se llaman *underclass*, es decir, sectores que conocen una situación de exclusión económica y social que los coloca notablemente por debajo de las antiguas condiciones de las clases populares. La regresión apuntó particularmente a las ayudas a la alimentación, a los servicios gratuitos de salud y a los programas de provisión de viviendas de alquiler económico. Tal como se sostuvo en un análisis que evaluaba el inicio de la administración del presidente Reagan:

El ataque a los programas de asistencia del Estado Benefactor era indiscutiblemente un serio esfuerzo por revertir las pautas de políticas públicas que se habían

desarrollado desde la época de la Gran Depresión (Frances Fox Piven and Richard Cloward. *The New Class War*. Pantheon Books, New York, 1982, pág. 22).

Con respecto a la experiencia gubernamental del thatcherismo, las consecuencias sobre los sectores de la población antes resguardadas por las iniciativas estatales fueron igualmente negativas. Esas políticas se hicieron más viables por el descrédito en que se hallaban los sindicatos y por la dificultad de éstos de encontrar propuestas para defender los mecanismos estatales de bienestar que, como señalaba Offe en su argumentación antes citada, habían perdido parte del consenso detentado en otras épocas. Las políticas identificadas, en principio, con las iniciativas de la Dama de Hierro fueron continuadas por sus sucesores y constituyeron un factor, por cierto no el único, del aumento de las diferencias sociales en su país. Según el Informe de Desarrollo Humano de 1998, publicado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD),

el aumento de la desigualdad en el Reino Unido entre 1979 y 1991 fue superior a todos los registrados en cualquiera de los países industrializados.

En un estudio sobre los efectos del neoliberalismo se daba el caso inglés como un ejemplo de las consecuencias negativas de la aplicación de ese estilo de políticas económicas y estatales:

El sistema educativo y social se está acercando al nivel de un país subdesarrollado. Uno de cada tres niños británicos crece en la pobreza y 1,5 millones de niños menores de dieciséis años tiene que trabajar por falta de apoyo social (Hans Peter Martin y Harald Schumann. *La trampa de la globalización. El ataque contra la democracia y el bienestar*. Taurus, Madrid, 1998, pág. 256).

LA GLOBALIZACIÓN

En los años '80 para muchos analistas era claro que las economías capitalistas habían entrado en una nueva etapa de desarrollo, cuyo rasgo característico era la disminución del tiempo de trabajo necesario para mantener los altos niveles de producción alcanzados en todos los sectores de actividad. En lo que respecta específicamente a la organización del trabajo, el proceso denominado de automatización implicó un cambio sustancial en el plano de las empresas, cuyas consecuencias repercutieron sobre el conjunto de la sociedad. Muchas de las ideas sobre la desaparición del trabajador, en tanto agente necesario de los procesos productivos, cobraron singular vigencia frente a las transformaciones emergentes de la difusión de tecnologías que suprimen puestos de trabajo.

No es sorprendente que la antigua creencia, recurrente desde los albores de la industrialización, que percibe los avances técnicos como una amenaza en lugar de verlos como un factor favorable a la más plena expansión del individuo, haya retomado fuerza, planteada en los medios sindicales de los países desarrollados bajo la forma de temores y dudas sobre las consecuencias y costos del progreso. La sustitución de trabajo humano por tecnología, en las sociedades en que la equidad social era un valor ya sólidamente incorporado, introdujo nuevos desafíos a los gobiernos, a los empresarios y a los sindicatos. ¿Era el progreso tecnológico un costo que debían pagar algunos sectores sociales —perdiendo el empleo o la seguridad ocupacional— o bien se trataba de un avance que era patrimonio de toda la sociedad y, por lo tanto, debían encontrarse los medios para beneficiar a todos sus integrantes?

El hecho de que los países avanzados y sus empresas luchan por el predominio en el mercado mundial, convirtió en prácticamente imposible desentenderse del progreso tecnológico, pues esto significaría aceptar perder posiciones en la competencia internacional. Esa competencia entre países, además, no se libra sólo por la conquista de mercados externos, como sucedió en otras épocas, sino que tiene como escenario la propia economía doméstica. De allí que los países avanzados se hallaran ante la alternativa de

modernizarse tecnológicamente por lo menos al compás de sus competidores o bien de perder a favor de ellos tramos crecientes de su propio mercado interno. En ambos casos se planteaban cuestiones de difícil solución para el mantenimiento del nivel de empleo.

Las importaciones que desplazaban a la producción nacional en el mercado interno y las nuevas tecnologías que aseguraban la competitividad local e internacional, fueron aspectos que llevaron al aumento de la desocupación. Agreguemos que el problema se hizo aún más complejo desde inicios de la década del '80 para los países avanzados, en la medida que la deuda del Tercer Mundo provocó la reducción de su poder de compra internacional. Así, los flujos financieros que benefician a los países avanzados tenían como contrapartida la reducción de la demanda de importación por parte del Tercer Mundo. Estos cambios se profundizaron cuando las economías nacionales quedaron fuertemente articuladas en el denominado proceso de globalización.

André Gorz, ha explicado las condiciones científicas, económicas y políticas de la globalización con términos muy claros. Al respecto, dice Gorz:

La globalización no habría podido desarrollarse, ni siquiera considerarse, en ausencia del potencial, en gran medida no explotado hasta ese momento, de las 'tecnologías de información'. Si cada gran grupo no hubiera esperado obtener una participación suplementaria en el mercado mundial, sacando un partido mejor y más rápido que los otros de las posibilidades latentes que ofrecía la revolución informática, es verosímil pensar que habría prevalecido la tendencia a la cartelización y a una repartición del mundo por acuerdos de cartel (como en los años treinta) sobre las 'guerras comerciales' de las que resultó la globalización de la economía. Pero hay que cuidarse de las explicaciones lineales: la revolución informática permitió la globalización, pero ésta, inversamente, permitió y luego exigió el desarrollo acelerado de las tecnologías de información y de sus aplicaciones. El ca-

pital tenía necesidad de una revolución técnica para superar la crisis del fordismo, liberarse de las restricciones socioestatales, bajar los costos salariales unitarios y acelerar el crecimiento de la productividad. Pero esta revolución técnica no podía ponerse en funcionamiento más que si la relación de las fuerzas sociales y la relación de fuerzas entre capital y Estado eran al mismo tiempo y de manera irresistible modificadas a favor del primero.

Lo que hizo posible el éxodo del capital, finalmente lo hizo también necesario. La 'transnacionalización' de las firmas, su éxodo del espacio político nacional se convertía en un 'imperativo de supervivencia' para cada una de ellas. Debían dejar de ser empresas para convertirse en estrategias que coordinan y relacionan entre sí una multiplicidad de mercados y de proveedores de todo tipo dispersos en el mundo entero. Robert Reich cita el ejemplo de una Pontiac Le Mans, cuyo costo de producción se reparte a razón del 30% en talleres de montaje de Corea del Sur, del 17,5% en fabricantes japoneses de motores, de elementos electrónicos y de piezas, del 7,5% en estilistas alemanes, del 4% en Taiwán, Singapur y Japón por pequeñas piezas, del 3% en Gran Bretaña, Irlanda y Barbados por servicios informáticos y de marketing (André Gorz. Miserias del presente, riqueza de lo posible. Paidós, Buenos Aires, 1998, págs. 23-24).

La distribución del trabajo a escala planetaria toma características singulares y la búsqueda de aliviar los costos incentiva la imaginación de las empresas como lo muestra el interesante e ilustrativo ejemplo que sigue:

... en el aeropuerto berlinés de Tegel una rutinaria y amable voz comunica a los fatigados pasajeros que pueden finalmente embarcarse con destino a Hamburgo. La voz pertenece a Angelika B., que está sentada en su tablero electrónico de California. Después de las dieciséis, hora

*local, la megafonía del aeropuerto berlinés es operada desde California, por unos motivos tan sencillos como inteligentes. En primer lugar, allí no hay que pagar ningún suplemento por servicios en horas extracomerciales; en segundo lugar, los costes salariales (adicionales) para la misma actividad son considerablemente muchos más bajos que en Alemania. Pues bien, esto resulta posible gracias a la telecomunicación. Se da así al traste con una premisa supuestamente inderogable del sistema de trabajo de las sociedades industrializadas; con lo cual, ya no existe necesidad de que los operarios trabajen juntos en un lugar concreto para producir determinados bienes o servicios. Los puestos de trabajo se pueden exportar, lo que no impide que, al mismo tiempo, los empleados 'cooperen' transnacional y transcontinentalmente, o presten servicios concretos en contacto 'directo' con el destinatario o consumidor. Formulémoslo con una comparación: así como se organizan algunos viajes internacionales de manera que se puede disfrutar de la primavera en los distintos continentes, así también se podrían repartir teóricamente procesos de trabajo y de producción en todo el globo terráqueo, pagados a la tarifa más baja y, sin embargo, consiguiéndose el rendimiento deseado en el plano de la colaboración. Estamos aquí ante la globalización **de la cooperación del trabajo respecto a la producción** (Ulrich Beck. *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Paidós, Barcelona, 1997, págs. 38-39).*

En los más diversos tipos de países, distintos aspectos directamente vinculados con el funcionamiento político se han visto afectados o modificados por el denominado proceso de globalización. Una buena aproximación a qué es la globalización la dio Lester Thurow, profesor e investigador del MIT (Massachusetts Institute of Technology). Centrando su atención en la dimensión económica del fenómeno, Thurow sostenía que:

*por primera vez en la historia de la humanidad, todo se puede hacer en cualquier parte y vender donde se quiera. En las economías capitalistas esto significa fabricar cada componente y desarrollar cada actividad en el lugar del planeta donde pueda ser más barato, y vender los productos o servicios resultantes dondequiera que los precios y ganancias sean más altos. La optimización de las ganancias, objetivo fundamental del capitalismo, consiste precisamente en minimizar los costos y en incrementar al máximo los ingresos. La fidelidad sentimental a alguna región geográfica del mundo no es parte del sistema (Lester C. Thurow. *El futuro del capitalismo*. Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1996, pág. 129).*

Con relación a las consecuencias políticas del fenómeno así descrito, Thurow afirmaba que:

Una economía global crea una desconexión fundamental entre las instituciones políticas nacionales y sus estrategias para controlar los hechos y las fuerzas económicas internacionales que tienen que ser controladas. En lugar de un mundo donde las políticas nacionales orientan las fuerzas económicas, la economía global crea un mundo en el cual las fuerzas geoeconómicas extranacionales dictan las políticas económicas nacionales. Con la internacionalización, los gobiernos pierden muchos de sus recursos tradicionales de control económico (Ibídem, págs. 140-141).

El problema grave se le presenta a los gobiernos, según explicaba el citado autor, ya que éstos tienen que preocuparse por el bienestar de “sus” votantes, en tanto que las empresas se desenvuelven siguiendo una visión mundial y esa estrategia queda desconectada de lo que puede ocurrir en los países en particular.

El movimiento de globalización de la economía ha afectado de múltiples maneras las políticas estatales. Algunos analistas han llamado la atención por la pérdida de ingresos en materia de

impuestos como resultado de la deslocalización de actividades o simplemente de la declaración de las ganancias. Refiriéndose al caso alemán, Hans-Peter Martin y Harald Schuman ofrecen un ejemplo ilustrativo de cómo se deterioraron las finanzas públicas en virtud de los mecanismos que ofrece la globalización económica. En el año 1988, la empresa de fabricación de automóviles BMW pagó 585 millones de marcos en concepto de impuestos, pero cuatro años más tarde sólo abonó 31 millones, a pesar que habrían crecido los beneficios globales. Según los mencionados autores, eran muchas las empresas que conseguían aliviar sus pagos de impuestos mediante

el método más sencillo de los que en el argot de los expertos se llama planificación fiscal: el transfer pricing. La base es una red internacional de filiales y sucursales. Como negocian entre sí con productos iniciales, servicios o incluso licencias, las empresas pueden facturarse a sí mismas costes cuya cuantía casi determinan a voluntad. Por eso, los gastos de las empresas que operan a escala internacional siempre se devengan al máximo allí donde los tipos fiscales son más elevados. Viceversa, las filiales en los paraísos fiscales o zonas de baja imposición cosechan siempre beneficios exorbitantes, incluso aunque no mantengan allí más que una oficina con un fax y dos trabajadores (Hans-Peter Martin y Harald Schumann. La trampa de la globalización. El ataque contra la democracia y el bienestar. Taurus, Madrid, 1998, págs. 245-246).

A los efectos del tema que nos interesa, parece pertinente citar también la conclusión de los autores:

Ya no son los gobiernos democráticamente elegidos los que deciden la cuantía del gravamen, más bien son los dirigentes de las corrientes de capital y productos los que establecen qué contribución quieren hacer aún al sostenimiento de los gastos públicos (Ibídem, pág. 249).

La reducción de los ingresos tributarios, como señalaba Thurow, le termina creando a los gobiernos problemas con sus ciudadanos.

Los ejemplos y consideraciones muy sumariamente expuestas nos permiten abordar una cuestión más general: los procesos de globalización debilitan la capacidad de acción política de los estados y esto modifica los modos anteriores de relación de los mismos con su sociedad. La pérdida de la posibilidad de tomar iniciativas estatales pensando exclusivamente en la situación local o en los problemas sociales internos, conlleva a un creciente debilitamiento de la legitimidad de las instituciones. Si para hacer frente a la competencia internacional o para evitar fugas de capitales, un Estado no puede favorecer con medidas proteccionistas determinadas producciones, imponer tasas de interés que estimulen algunas actividades consideradas prioritarias, aumentar los impuestos, intervenir a favor de los sectores asalariados más pobres estimulando el aumento de sus ingresos —y las menciones del mismo orden podrían continuar—, las instituciones estatales pierden el reconocimiento de aquella parte de la población que se considera negativamente afectada con sus acciones y omisiones.

¿A quién beneficia la globalización de la economía? El debate que se abre ante esa pregunta es complicado y las opiniones controvertidas son numerosas. Un punto de vista bastante difundido es el que sigue privilegiando razonamientos en cuyo centro se encuentran las naciones y sus intereses económicos. En esa línea hallamos a Guy Sorman, uno de los mayores propagandistas y cultores del pensamiento neoliberal, pero que observa la globalización con preocupaciones europeas. Para Sorman:

Aquello que en efecto llamamos globalización es, en la mayoría de los casos, una 'americanización', o el imperalismo de hecho de los Estados Unidos. No es que los Estados Unidos sean imperialistas por naturaleza o por decisión propia, lo son simplemente por las consecuencias involuntarias de su poder. Esta globalización americanizada es, por cierto, más aceptable que el ingreso, por descuido, a una globalización 'rusificada'. De to-

*das formas, la dominación americana aumenta el riesgo de reacciones antinorteamericanas, de las que serán víctimas tanto los Estados Unidos como los conceptos de sociedad abierta de que son portadores. El otro riesgo es que la globalización “americanizada” prive al mundo de todas sus riquezas culturales (Guy Sorman, “Sí a la globalización; no al monopolio de los Estados Unidos”, en revista *Apertura*, marzo 1997, pág. 71).*

Desde la perspectiva estadounidense, la globalización suele generar, también, incógnitas y preocupaciones. El deterioro de las condiciones de vida y de empleo de una parte de la población, así como las amenazas para las finanzas públicas que provienen de los capitales especulativos que recorren el mundo a la búsqueda de ganancias rápidas, no es considerado como algo beneficioso para el futuro del país del norte. Quienes así piensan creen que se ha emancipado nacionalmente una inmensa cantidad de capitales financieros, sin ningún tipo de inscripción nacional, que son capaces de desestabilizar hasta las economías más sólidas. Es frecuente encontrar en esa manera de plantear el problema de la economía mundial, las referencias a los “paraísos fiscales”. Sobre esas artificiosas construcciones del capital financiero, brindó recientemente una interesante explicación Robert M. Morgenthau, fiscal del distrito de Nueva York, en un artículo publicado en el *New York Times*, a principios de diciembre de 1998. Decía Morgenthau, refiriéndose a las Islas Caimán, uno de los principales paraísos fiscales del mundo:

*Los depósitos bancarios en las islas totalizan **500.000 millones de dólares**, dos veces más que hace cuatro años. La cifra supera el total de depósitos de la Reserva Federal del distrito de Nueva York.*

*La comunidad financiera de Caimán está formada por 575 bancos y compañías fiduciarias. Más de 20.000 corporaciones están registradas allí. ¿Qué atrae a tantos capitalistas a ese sitio? En primer lugar, **el secreto**. En los EE.UU, los mercados de capitales están regulados por*

el requisito de la transparencia de las operaciones financieras. En cambio, en las Caimán no existe ese acceso a la información, ni molestas restricciones que traben la búsqueda de ganancias. En desregulación, las Caimán ganan la carrera desde la largada.

*Tomemos el caso del fondo Long Term Capital Management, que hace poco debió ser rescatado. Actúa en Connecticut, pero está registrado en las islas. El Long Term conservaba en secreto los detalles de sus **préstamos e inversiones**, algo que no podía lograrse en sitios donde los reguladores están obligados a ser más curiosos.*

Las leyes sobre el secreto de las operaciones que rigen en las islas tornan sencillo ocultar negocios sospechosos. Ya es conocido el modo como el Bank of Credit and Commerce International, cuyo colapso, en 1991, fue el mayor escándalo bancario de la historia, aprovechó esas leyes. Además de la ayuda que prestan a delincuentes, el secreto facilita los actos de temeridad de los empresarios de alto vuelo.

Sin embargo, la mayor parte de los bancos “offshore” de las Caimán no son dirigidos desde las islas, sino desde Nueva York. Sorprendentemente, el gobierno de las islas proclama desde su sitio Web que de los 575 bancos y compañías fiduciarias con sede en las islas solamente 106 tienen allí una presencia física real.

Hay todavía otra explicación para el notable florecimiento de las instituciones financieras de las islas. Allí no existe impuesto a las ganancias, ni a las ganancias de capital, ni al valor agregado, ni a las ventas, ni a las sucesiones, ni tratados impositivos. Sofisticados norteamericanos colocan miles de millones en vehículos de inversión como el Long Term Capital, cuidadosamente estructurados para eludir los impuestos norteamericanos.

El Departamento del Tesoro resolvió recientemente estudiar la manera de impedir que las transacciones irregulares impacten sobre las obligaciones impositivas y el

Grupo de los Siete declaró la posibilidad de someter a los fondos de riesgo a reglas de transparencia de la información.

Claro que se trata solamente de tentativas. Se puede hacer más. Las islas Caimán dependen de Gran Bretaña, que nombra sus autoridades; esto significa que Gran Bretaña puede poner fin a las prácticas de “laissez-faire” de las islas. Y puesto que desde la perspectiva financiera las islas funcionan como una dependencia de los EE.UU., Washington también puede imponer una supervisión más prudente sobre los prestadores que hacen negocios con entidades del archipiélago.

Las Caimán son sólo una parte del problema. La isla de Jersey, las Vírgenes británicas, Chipre, Antigua, Liechtenstein, Panamá, las Antillas holandesas, las Bahamas, Luxemburgo y, por supuesto, Suiza son santuarios del “offshore”. Hasta que se tomen medidas para eliminar esos “paraísos”, los contribuyentes que pagan sus impuestos estarán en lamentable desventaja.

Existe, pues, una enorme dificultad para determinar con alguna precisión dónde se asienta nacionalmente el poder económico en nuestros días. Se hacen cálculos y estimaciones, cambiantes y no siempre confiables, que impactan invariablemente a los lectores con sus comparaciones si bien no exactas, de todos modos ilustrativas, de la concentración de la riqueza, de la nacionalidad de sus dueños y de la desigualdad económica a nivel planetario. Del para nada tendencioso Informe de Desarrollo Humano de Naciones Unidas antes citado, tomamos las siguientes informaciones:

Estimaciones nuevas indican que los 225 habitantes más ricos del mundo tienen una riqueza combinada superior a un billón de dólares, igual al ingreso anual del 47% más pobre de la población mundial (2.500 millones de habitantes). La enormidad de la riqueza de los

ultrarricos es un contraste chocante con los bajos ingresos del mundo en desarrollo.

—Las tres personas más ricas tienen activos que superan el PBI combinado de los 48 países menos adelantados.

—Las quince personas más ricas tienen activos que superan el PBI total del África al sur del Sahara.

—La riqueza de las 32 personas más ricas supera el PBI total del Asia meridional.

—Los activos de las 84 personas más ricas superan el PBI de China, el país más poblado, con 1.200 millones de habitantes.

Otro contraste sorprendente es la riqueza de las 225 personas más ricas en comparación con lo que se necesita para lograr el acceso universal a los servicios sociales básicos para todos. Se estima que el costo de lograr y mantener acceso universal a la enseñanza básica para todos, atención básica de salud para todos, atención de salud reproductiva para todas las mujeres, alimentación suficiente para todos y agua limpia y saneamiento para todos es aproximadamente de 44 mil millones de dólares por año. Esto es inferior al 4% de la riqueza combinada de las 225 personas más ricas del mundo.

El país con la mayor proporción de las 225 personas más ricas del mundo es Estados Unidos, con 60 (una riqueza combinada de 311 mil millones de dólares). Los países industrializados tienen 147 de las 225 personas más ricas del mundo (645 mil millones combinados), y los países en desarrollo 78 (370 mil millones de dólares). África tiene sólo dos (3.700 millones de dólares), ambos de Sudáfrica (Informe sobre Desarrollo Humano 1998, Publicado para el Programa de las Naciones Unidas, PNUD, New York, pág. 30).

Como decíamos al comienzo de este fragmento, estas cifras son impactantes pero deben considerarse con cierta cautela. Esto es así porque comparan dos tipos de datos que no son homogé-

neos. Son muy distintos los patrimonios o riquezas acumuladas que los ingresos anuales de las personas. En el segundo caso, en los países más pobres, se está midiendo la situación de individuos que se encuentran, en buena medida, fuera de las economías monetarias y, por lo tanto, sus condiciones de vida, humildes por cierto, no son medibles en términos de los recursos en dinero que disponen. No obstante, la distancia es elocuente y expresa bien algunas características del mundo en que vivimos. En fin, tampoco el lugar de residencia de las personas que poseen mayores patrimonios económicos debe confundirse con los beneficios eventuales para los países en los cuales éstas habitan.

**AUTOEVALUACIÓN. PARA UN CONTROL DE SU
COMPRENSIÓN**

- ¿Cuáles fueron los efectos de la crisis de 1930 en la economía y en la política en los países centrales?
- ¿Cuáles fueron los factores que hicieron posible el desarrollo de los Estados de Bienestar a partir de la Segunda Guerra Mundial?
- Señale los aspectos de la globalización analizados por los autores mencionados en el curso. ¿Qué interrogantes se abren sobre los límites de la transformación actual?
- ¿Qué diferencias podría señalar en el proceso de descolonización que se desarrolló a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial?

LECTURAS SUGERIDAS

- BECK, Ulrich (1998) *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Paidós. Barcelona.
- BENZ, Wolfgang y GRAML, Hermann (Comps.) (1982). *El Siglo XX. III. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*. (2 tomos) Siglo XXI. México.
- CASTEL, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Paidós. Barcelona.
- CHAMBERLAIN, M.E (1997). *La descolonización. La caída de los imperios europeos*. Ariel. Barcelona.
- GARCÍA DE CORTAZAR, Fernando y LORENZO ESPINOSA, José María (1996). *Historia del mundo actual (1945-1995)*. (2 tomos) Alianza. Madrid.
- GORZ, André (1998). *Miserias del presente, riqueza de lo posible*. Paidós. Buenos Aires.

Unidad 3

TRANSFORMACIONES DE AMÉRICA LATINA EN EL SIGLO XX

LOS CAMBIOS EN LA INSERCIÓN MUNDIAL Y SUS CONSECUENCIAS INTERNAS

Todo análisis concerniente a América latina en su conjunto corre el riesgo de formular proposiciones de tal nivel de generalidad que terminan careciendo de valor explicativo. Los rasgos nacionales, fruto de la manera en que cada país construyó su propia historia, oponen serios obstáculos a la elaboración de proposiciones de alcance regional. Esta observación es más pertinente para algunas problemáticas que para otras. Así, estimamos que para algunos de los temas socioeconómicos que abordaremos en estas páginas hay más posibilidades de sistematizar proposiciones de carácter general que para otros.

Los países que componen América latina, moldearon originalmente sus economías según las condiciones diseñadas en el marco de la “división internacional del trabajo”, es decir, la distinción entre naciones productoras de artículos industrializados y tecnología, y países proveedores de materias primas. De esta forma, en el subcontinente se adoptó una dinámica económica *de crecimiento hacia afuera*. La conjunción del progreso europeo con la aparición de nuevas técnicas de comunicación abrió el territorio latinoamericano a mercaderías de diverso tipo, de bajo precio e incorporó un caudal importante de inversiones de capital de ori-

gen europeo permitió la explotación de los recursos naturales que Latinoamérica podía ofrecer, orientados a la exportación hacia el viejo continente. Esas inversiones se destinaron a la construcción de puertos y de líneas férreas para favorecer el ingreso y la salida de los productos, a la provisión de créditos al comercio y a la aplicación de ciertas innovaciones tecnológicas en la explotación de los recursos naturales.

El *crecimiento hacia afuera* definió el perfil monoprodutor de los países latinoamericanos. De acuerdo con esta condición, resulta posible diferenciarlos en tres grupos:

1. exportadores de productos agrícolas de clima templado (Argentina y Uruguay)
2. exportadores de productos agrícolas tropicales (Brasil, Colombia, Ecuador, la región de América Central y el Caribe)
3. exportadores de productos minerales (México, Chile, Perú, Bolivia y Venezuela).

Aun cuando las crisis producidas en los mercados internacionales impactaban en las economías latinoamericanas y podían desequilibrar la balanza comercial de un país o crear inestabilidad social y política, en uno o dos años la situación solía volver a los cauces normales. La distorsión producida por la Primera Guerra Mundial tuvo efectos más duraderos y los principales países latinoamericanos derivaron una porción de sus recursos hacia la industrialización y la diversificación de sus economías. No obstante, el sector exportador continuó siendo el eje del sistema económico: a fines de la década del '20 las exportaciones de bienes primarios representaban aún una alta proporción del Producto Bruto Interno. Si tenemos en cuenta, además, que aproximadamente el 70 % del comercio exterior se efectuaba solamente con cuatro países (EE.UU., Gran Bretaña, Francia y Alemania), es fácil comprender la situación de vulnerabilidad de los países latinoamericanos. Sobre los factores que favorecieron el mantenimiento del estilo de desarrollo imperante, Gustavo y Hélène Beyhaut plantean una argumentación que resulta interesante para pensar los años anteriores a la crisis del '30:

*¿Por qué la prédica a veces exitosa en favor de medidas proteccionistas no culminó con la creación de grandes centros industriales en América latina? Un conjunto de factores influye en ello. La población latinoamericana, en su mayoría, descendía de mano de obra servil o eran sectores marginales, mantenía niveles de vida muy bajos y no había llegado a incorporarse plenamente a la economía monetaria. La minería estaba en manos de empresarios extranjeros. El sistema de transportes también, y el progreso técnico y la rebaja de los fletes no favorecían el intercambio interregional sino el comercio exterior. Los organismos de gobierno se mostraban totalmente ineficaces para intervenir en la economía. No existía un ingreso monetario capaz de mantener un mercado interno; persistía la tendencia suntuaria de las oligarquías locales y su desinterés en contribuir a una inversión que pudiera promover el desarrollo. De ahí que siempre fuese necesario recurrir a la inversión extranjera que, al colocarse según sus propias conveniencias, contribuía a acentuar la dependencia y la salida hacia el exterior de gran parte del ingreso local. Otros elementos incidían además en el atraso industrial latinoamericano. Los valores heredados del mundo colonial no eran propicios al progreso industrial, y tampoco la orientación de los institutos de enseñanza (Gustavo y Hélène Beyhaut. *América latina: de la independencia a la segunda guerra mundial*. Siglo XXI, México, 1985, pág. 189).*

La crisis de 1930 mostró claramente los límites del esquema primario exportador. La caída de los precios de los productos primarios que siguió a la retracción de la demanda internacional fue verdaderamente dramática y afectó a todos los países latinoamericanos aunque con diferencias en cada caso. La combinación del descenso de los precios y de los volúmenes de exportación trajo una marcada pérdida del poder adquisitivo de las exportaciones.

Las producciones más golpeadas fueron los minerales mexicanos, los alimentos de zonas templadas como la Argentina y de los frutos tropicales de América Central. Por otra parte, la retracción en el flujo del movimiento internacional de capitales europeos repercutió directamente en la expansión de la infraestructura destinada a desarrollar los bienes exportables. Dado que todo el sector moderno de las economías latinoamericanas estaba ligado al comercio exterior, los efectos de la crisis incidieron no sólo en la baja del nivel de importaciones y de exportaciones, sino que condicionaron el comportamiento de las finanzas públicas y del sistema monetario. Por otro lado, la devaluación monetaria, la inflación y la caída de la recaudación impositiva fueron acompañados por el desempleo y el deterioro del nivel de vida. Además, una parte creciente del total de las exportaciones en descenso debió destinarse a pagar los empréstitos contraídos previamente. La menor disponibilidad de recursos ejerció una gran presión hacia la restricción de las importaciones y llevó a los gobiernos a adoptar medidas para recuperar los deteriorados ingresos fiscales.

Las consecuencias de la crisis incidieron de manera diferente en cada país, en función de las características de la integración en el mercado mundial. En algunos casos, la debacle internacional se transformó en una oportunidad para el crecimiento de la industrialización, merced al aprovechamiento de ciertas ventajas, tales como la existencia de una oferta elástica de fuerza de trabajo, con salarios reales relativamente bajos y estables, disponibilidad de cierta tecnología tradicional y un relativo tamaño del mercado interno. En cambio, en otros países, el excesivamente elevado nivel de dependencia del comercio internacional llevó a agravar los efectos de la crisis mundial y a retardar el proceso de industrialización. De todos modos, América latina en su conjunto se orientó, a partir de la cuarta década del presente siglo, a un nuevo modelo de desenvolvimiento económico, que se convino en llamar el *proceso sustitutivo de importaciones*. Dicho proceso marcó de una manera muy característica el desarrollo de la región no sólo en lo económico sino también en el plano social y, como veremos, influyó en las transformaciones políticas si no de todos, al menos de una parte de los países latinoamericanos.

POLÍTICA Y SOCIEDAD A PARTIR DE LOS AÑOS '30

Uno de los cambios más importantes provocados por la crisis de 1930 en América latina fue el paso de políticas liberales a la instrumentación por parte de los gobiernos de diferentes herramientas de intervención estatal. En Argentina, la confluencia de intereses entre los políticos a cargo del Estado y los sectores económicamente predominantes, vinculados a las actividades agropecuarias, llevó a que se realizara un esfuerzo considerable para preservar el crédito externo y para adaptarse a las condiciones de inestabilidad del mercado mundial de materias primas. En México, en cambio, la estrategia fue distinta: el sector exportador estaba en manos de empresas extranjeras. Esto hizo más nítida la diferencia entre los intereses del Estado mexicano y los de los grupos exportadores. Varias instituciones mexicanas creadas anteriormente, tales como el Banco Central o la Comisión Federal de Electrificación, fueron la antesala de una serie de medidas intervencionistas, entre las que cabe destacar la expropiación de las empresas petroleras en 1938, durante el gobierno nacionalista y reformista de Lázaro Cárdenas. Un caso intermedio fue el brasileño pues el gobierno de Getulio Vargas llevó a cabo una política dual. Por un lado, estableció un compromiso con los tradicionales grupos cafetaleros, cuya producción era adquirida por el Estado para ser, en gran parte, destruida. Por otro, se tomaron medidas para unificar el mercado nacional, eliminando barreras aduaneras entre las provincias; se creó la Compañía Siderúrgica Nacional, que instaló la usina de Volta Redonda y se promovió el entrenamiento de mano de obra industrial a nivel nacional.

Como consecuencia del hundimiento del patrón oro, la totalidad de los países de la región debió diseñar algún tipo de política cambiaria. Varias de las repúblicas más pequeñas se inclinaron por vincularse al dólar norteamericano, abandonando así el tipo de cambio como instrumento activo. La mayoría de los países, sin embargo, optaron por los controles de cambio de las divisas. Otros prefirieron sistemas múltiples que les permitiera equilibrar las presiones entre los sectores exportador e importador. Las restricciones del comercio exterior y la implementación de medidas fis-

cales, contribuyeron a crear las condiciones objetivas de la etapa de industrialización que, con mayor o menor intención preestablecida por parte de los gobernantes según los países, llevó a las diferentes experiencias industrializadoras.

Promediando los años '30 varios gobiernos reconocieron la necesidad de una intervención directa del Estado a favor del sector industrial, creando a tales efectos diferentes organismos gubernamentales para promover nuevas actividades manufactureras con economías de escala y maquinaria moderna. Incluso en algunos casos se llegó a formar empresas estatales en diferentes rubros de producción industrial. Por su parte, el desvío de recursos hacia el sector manufacturero y el aumento de las migraciones internas y la urbanización elevó la demanda de energía y se hicieron nuevas plantas de electricidad y empresas de exploración y refinación petrolera. También crecieron las inversiones en los servicios públicos y de transporte y en el sector de la construcción. En síntesis, en América latina los años treinta acaso no representaron una ruptura decisiva con el pasado, pero tampoco fueron una oportunidad perdida.

La Segunda Guerra Mundial trajo la desorganización de los mercados internacionales y una nueva transición caracterizada por la profundización de un modelo de crecimiento hacia adentro, basado en el desarrollo de la industrialización sustitutiva de importaciones impulsada y orientada por estados cada vez más intervencionistas. Con la posguerra, el primer avance global hacia el establecimiento de un nuevo orden económico internacional fue con la conferencia de Bretton Woods. Estados Unidos, como principal nación acreedora del mundo y con una economía enormemente robustecida por los aumentos de producción bélica, logró imponer sus propios intereses al conjunto de naciones participantes. Entre las principales medidas adoptadas en la conferencia cabe destacar la creación de dos nuevas organizaciones internacionales que funcionarían bajo los auspicios de las Naciones Unidas: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (BIRD o Banco Mundial). En ambas entidades se dio prioridad a la reconstrucción europea. Por último, el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT)

de 1947 constituyó el tercer pilar del nuevo orden económico internacional y el hecho de que en el mismo no se incluyeran los problemas de comercio internacional de productos primarios fue un factor que influyó en los países de América latina para favorecer las estrategias del “desarrollo hacia adentro”. El GATT concentró todos sus esfuerzos en reducir o eliminar las diferentes barreras que afectaban el libre comercio de bienes industrializados. Al cabo de varias reuniones se acordó la eliminación progresiva de las barreras arancelarias y no arancelarias impuestas sobre estos bienes. Las medidas redundaron en un aumento sin precedentes de las exportaciones e importaciones mundiales.

Fueron varios los factores que contribuyeron al creciente dinamismo con que se desarrolló el comercio internacional en el período de posguerra. A fines de los cuarenta la ayuda del Plan Marshall había paliado en gran medida las dificultades de la balanza de pagos de la mayor parte de los países europeos, y contribuyó a elevar la tasa de acumulación de capital. Entre 1948 y 1973 el valor del comercio internacional creció a un ritmo anual de 9,7 % y el incremento de los volúmenes de intercambio fue apenas menor.

SOBRE EL FENÓMENO POPULISTA

La política latinoamericana conoció importantes transformaciones a partir de la reestructuración social y económica provocada primero por la crisis del '30, luego por los procesos de migración interna y la desarticulación de las sociedades tradicionales de base rural y, en algunos países, por el inicio del desenvolvimiento industrial. Una nota característica de esos años fue el surgimiento de experiencias de movilización política denominadas generalmente *populistas*, que si bien no fueron todas semejantes, presentaron rasgos similares. Con la misma óptica global con la que nos referimos a la economía de esos años, nos centraremos aquí en algunos aspectos de esos cambios registrados en las relaciones de poder destinados en algunos países, tal el caso de la Argentina, a marcar de manera durable sus relaciones políticas.

1. Los proyectos populistas aparecieron y vieron crecer su influencia en distintos países de América latina en condiciones de crisis del sistema sociopolítico de dominación imperante. Esas crisis se produjeron, fundamentalmente, por el debilitamiento de los factores objetivos y de las alianzas políticas que aseguraban la continuidad de las formas de dominación vigentes y no fueron el resultado de iniciativas o protestas de las clases o sectores populares. El orden social estaba fisurado, pero no en quiebra; en la sociedad podía haber malestar, pero no grandes reclamos de cambios profundos. Prácticamente, entre la crisis económica de 1930 y mediados de la década siguiente existieron condiciones parecidas en muchos países de la región como consecuencia de los cambios producidos en las respectivas inserciones internacionales, que de una manera u otra afectaron la dinámica interna de las relaciones políticas y sociales. Lo que para la experiencia brasileña se ha denominado la “crisis de la dominación oligárquica”, y que en otros casos nacionales se caracterizó con la noción de “crisis de hegemonía”, remite a la pérdida de capacidad de las clases tradicionales para asegurar la reproducción de la economía y de la política en contextos en los que se habían modificado variables fundamentales, tanto nacionales como internacionales.

Como hemos dicho, primero los efectos de la crisis de 1930 y luego la Segunda Guerra Mundial contribuyeron a que perdiera significación relativa la producción primaria exportable y aumentara la actividad industrial y se registraran procesos migratorios del campo a las ciudades. A ese nuevo mapa social y económico, las fuerzas políticas preexistentes se adaptaron de modo diferente según los países. Pero el debilitamiento registrado en los sectores económicos y sociales dominantes y la presencia de nuevos sectores populares urbanos generó las condiciones en las cuales, en algunos casos, se impulsaron combinaciones políticas que significaron un quiebre en la dinámica que hasta entonces había tenido la lucha por el poder. Según los diversos países, pudo jugar de distinto modo la crisis en el modo tradicional de dominación o aparición de “masas disponibles”, como se denominó para el caso argentino. En el Brasil, la experiencia populista de Getulio Vargas, que se desarrolló entre 1930 y 1945, mostró cómo el antiguo

sistema de dominación mantenía su parte de gravitación en virtud del carácter predominantemente rural de la estructura social, pero los sectores populares urbanos organizados desde el Estado por los populistas, configuraron un contrapeso en un juego de equilibrios nunca totalmente resuelto, en el cual los intereses tradicionales conservaron una parte de su influencia política. En la Argentina, entre 1946 y 1955, el proyecto populista de Perón se apoyó básicamente sobre la movilización de los sectores populares urbanos y con ello consiguió más distancia de las clases tradicionales en comparación con su homólogo brasileño. El ejemplo contrario fue el de José María Velasco Ibarra en el Ecuador. El velasquismo alcanzó el poder por primera vez en 1933 en un contexto global de crisis política, con la adhesión de las masas marginales de Quito pero ante la neutralidad de buena parte de las clases tradicionales, lo que llevó a algunos autores a caracterizarlo no ya como populista, sino como “el último caudillo de la oligarquía”. El gobierno de Lázaro Cárdenas en México, en la segunda mitad de la década del '30, surgió como una construcción populista en condiciones totalmente distintas a todas las mencionadas. La Revolución Mexicana ya había puesto fin a la dominación tradicional que recién entraba en crisis en los otros países cuando iniciaron las experiencias populistas. Cárdenas llegó a la presidencia en 1934 en representación del partido de la revolución mexicana, y su obra de gobierno significó una profundización de ésta para la cual convocó el apoyo activo de los sectores populares. Se trató de un proceso de consolidación de la revolución que cabe aproximar conceptualmente al populismo, aunque su clave de lectura principal no puede separarse de la continuidad del estilo de desarrollo político que vivía ese país. Al considerarlo desde esa perspectiva, se ha caracterizado al cardenismo como el organizador político de la sociedad mexicana, y su acción tuvo por consecuencia el afianzamiento del control del partido oficial sobre la misma. Resumiendo uno de los rasgos en común de todas las experiencias mencionadas, encontramos que los populismos contaron en sus momentos iniciales con la movilización activa de sectores populares urbanos y establecieron com-

promisos distintos, según los casos nacionales, con las clases dominantes tradicionales.

2. Las elites que propusieron la convocatoria populista no eran marginales ni debutantes en política. Éste es uno de los aspectos que resulta útil para distinguir los populismos de los fascismos europeos, dado que remite al carácter mucho más próximo al *establishment* de los dirigentes latinoamericanos en comparación con quienes se colocaron a la cabeza de los totalitarismos del viejo continente. Getulio Vargas había sido gobernador del importante estado de Río Grande do Sul, y su carrera política, iniciada en 1907, se desarrolló según los pasos propios de un presidenciable brasileño. Juan D. Perón era coronel del ejército argentino y ocupaba la vicepresidencia de la República en el gobierno militar que le sirvió para proyectar su figura a la escena política. El ecuatoriano José M. Velasco Ibarra había sido legislador y presidente de la Cámara de Diputados de su país. Lázaro Cárdenas era general del ejército mexicano y llegó a la presidencia como candidato del partido oficialista. El MNR boliviano fue un partido moderado que compitió por el poder por vía electoral y sumó a sus filas a una parte de la intelectualidad del país. El menos próximo al orden preexistente de todos los dirigentes importantes de los movimientos populistas de América latina fue, probablemente, Jorge Eliecer Gaitán. Dicho líder colombiano tenía un origen social más popular que el de otros jefes del tipo de movimiento político aquí analizado. Aun así, Gaitán tuvo en su país una formación universitaria en ciencia jurídica y completó sus estudios en Italia. La experiencia populista de Guatemala, presidida primero por el profesor Juan José Arévalo y luego por el coronel Jacobo Arbenz, presentó a la vez las características de un proceso de modernización democrática y de incorporación de masas populares a la política y su elite no se diferenció mayormente de las observables en los partidos de clase media de la región.

Los elementos muy sintéticamente presentados remiten a aspectos políticos de la conformación de las elites populistas. Esos rasgos corresponden no sólo a los altos jefes; también en los nive-

les intermedios y bajos de los elencos partidarios se pueden encontrar personas que provenían de la política tradicional de la época anterior a las experiencias mencionadas. Tampoco estuvieron totalmente cortados los vínculos con los sectores cultural y económicamente predominantes; algunos de sus miembros se incorporaron a las elites populistas, en las cuales tuvieron un desempeño activo. A todos los populismos se sumaron hombres de la gran burguesía y ejercieron cargos importantes. Menos perceptibles que en las posiciones centrales del Estado, ocuparon funciones en gobiernos regionales y no faltan ejemplos que revelan la continuidad de miembros de los mismos “clanes oligárquicos” que pasaron de la política tradicional a la populista sin modificar prácticamente ninguno de sus comportamientos clientelistas, en especial en zonas sin desarrollo industrial ni sindicatos. Es decir que lo novedoso del populismo no debe buscarse en el arribo a la política de personas hasta entonces ajenas a ella ni a los sectores cultural y económicamente predominantes, sino en el estilo de la convocatoria mediante la movilización de sectores populares hasta ese momento total o parcialmente marginados de la acción cívica. En esa dinámica, la elite populista como conjunto se convirtió efectivamente en algo nuevo y, en muchos casos, se produjeron distanciamientos entre sus miembros y los de las clases tradicionales que impidieron por largo tiempo, o bloquearon para siempre, la reconciliación entre actores cuyos origen social, modos de comportarse o visiones de la vida no eran diferentes.

3. A diferencia de los liderazgos totalitarios, como los de Stalin, Mussolini o Hitler, en los casos de los jefes populistas existen mediaciones partidarias mucho más débiles e inorgánicas. Este tipo de liderazgo, basado en la idea del encuentro entre un jefe y un pueblo, es distinto, por ejemplo, al ejercido por Hitler, para quien el partido nazi encarnaba al *Volk*. Aun cuando Hitler creyera que el destino de Alemania se confundía con su persona, la consistencia de las estructuras orgánicas de su partido y de las organizaciones que éste controlaba hacían del liderazgo algo mucho más institucional. Esa diferencia se proyectó, a su vez, en los estilos de puesta en escena de la política, que en casos como el de

Hitler alcanzaron altos niveles de sofisticación y elaboración, en tanto que en los populismos latinoamericanos fueron menos técnicos y más personales. “Dadme un balcón y triunfaré” fue una frase empleada por el ecuatoriano Velasco Ibarra que sirve para indicar lo módico de los recursos que requería para establecer la comunicación con sus seguidores. Aunque la mayor parte de los partidos latinoamericanos no se distinguió nunca por sistematizar sus ideologías y fueron personalistas, el rasgo propio de los populismos fue hacer del personalismo una virtud expresamente asumida. Cuando los populismos controlaron el Estado emplearon muchos recursos para hacer propaganda, pero en tanto sus ideologías eran poco consistentes terminaron poniendo el énfasis en la apología de los jefes. La *Nueva Argentina* de Perón o el *Estado Novo* de Vargas dejaban traslucir, posiblemente más que otras experiencias, el carácter personalizado de la novedad política. En aquellos países donde los populismos produjeron transformaciones sociales de mayor contenido estructural, como las reformas agrarias boliviana o guatemalteca, el personalismo en la propaganda fue comparativamente menos pronunciado.

4. Las convocatorias populistas apuntaron inicialmente a ganar apoyos en más sectores de los que finalmente los lograron. La adhesión de los sectores populares urbanos probablemente fue uno de los motivos por los cuales sectores medios o altos, que también pudieron ser atraídos por ellas, se convirtieron en neutrales u opositores a esas nuevas experiencias políticas. Puede afirmarse que el populismo, pese a abstenerse de invocar expresamente la lucha de clases, agudizó los conflictos entre sectores definidos por su nivel de acceso a la distribución del ingreso y a la posesión de riqueza. En la medida que nos referimos a los comienzos del populismo, cuando todavía no existían políticas sociales distribucionistas sino sólo enunciados vagos en favor del *pueblo*, esta observación cobra mayor pertinencia. Los sectores populares urbanos que apoyaron a los populismos, incluso cuando se trataba de obreros industriales, parecieron más dispuestos a incorporarse a la arena política que a profundizar el conflicto pero, objetivamente, participaban en una trama de relaciones la-

borales conflictivas que no permaneció ajena a la lógica de las transformaciones globales que se registraban en la sociedad. Al crear sindicatos, aun aquellos totalmente controlados desde el poder como en el caso brasileño, el populismo gestó nuevos actores del conflicto industrial. Si el populismo compartía esos sindicatos con fuerzas de la izquierda, como en Guatemala, sus enfrentamientos con el sector empresario eran mayores. Si se compara con la experiencia mussoliniana, vemos que el sindicalismo que ésta impulsó estaba destinado a sustituir una acción sindical que había amenazado el orden social existente, en tanto que en América latina ese poder de contestación obrero no había tenido igual potencia cuestionadora. Aun estatalmente controlados, los sindicalismos fomentados por los populismos tenían una dimensión de participación que, por limitada que fuese, introducía cambios en las relaciones de trabajo. Lo que para los populistas era un medio de control corporativo sobre los sectores populares, fue vivido por una parte de éstos como una institución que tenía en cuenta sus demandas. Las leyes de protección social o la ampliación de la esfera de intervención del Estado en la regulación de los conflictos laborales fueron, también, vías por las que el populismo se vinculó orgánicamente con los sectores populares. Para Cárdenas, Perón o Arbenz, los sindicatos no sólo fueron un medio para amortiguar conflictos sociales, sino que constituyeron un apoyo para enfrentar sectores adversarios. De esta dinámica de la relación entre Estado y sectores populares, más allá de la aspiración de los líderes y de las elites populistas por conseguir adhesiones en *todo el pueblo*, la consecuencia fue una politización de los conflictos sociales que les restó a esos proyectos las simpatías de las clases altas o medias, a las que también dirigían su convocatoria.

5. Durante las experiencias populistas, la situación socioeconómica de los sectores populares registró mejoras de distinta importancia según los diferentes casos nacionales. Las políticas de distribución de ingresos, la creación de leyes de protección a los asalariados y, más en general, las inversiones en materia de salud, vivienda y educación, fueron un rasgo característico de los gobiernos populistas. Estas acciones tuvieron menos profundidad

que las emprendidas por los Estados de Bienestar europeos, pero se encuadraron dentro de la misma lógica de solución de los problemas sociales cuyos efectos se proponían amortiguar. En sentido general, puede afirmarse que el sostén encontrado por los populistas en los sectores populares fue de una importancia que no cabe explicar por la magnitud de las reformas sociales realizadas. Del mismo modo, la animadversión que los populismos despertaron en una parte considerable de las clases propietarias no podría ser interpretada como un efecto de los perjuicios económicos o la disminución de ingresos que les ocasionaron. Salvo en Bolivia y en Guatemala, países donde se implementaron reformas más estructurales, los populismos no alteraron las pautas centrales de las sociedades y las economías.

Si bien en algunos aspectos las reformas sociales impuestas bajo los populismos tuvieron semejanzas con las adoptadas por los gobiernos socialdemócratas europeos, la diferencia consistió en el hecho de que los líderes y las elites populistas latinoamericanas aparecieron para los sectores populares dando “desde arriba” beneficios sociales para favorecerlos. Ése fue un elemento clave, más que la magnitud de los avances económicos y sociales efectivamente realizados, que contribuyó a aumentar la adhesión y el reconocimiento de los populismos en el seno de los sectores populares. Pues, cuando se analizan cuantitativamente los beneficios acordados a dichos sectores surge que no implicaron grandes transformaciones en sus condiciones materiales de existencia. Cabe recordar, además, que se trató de una época de crecimiento de las poblaciones urbanas por las migraciones internas, y esto creaba una oferta suplementaria de mano de obra que actuaba negativamente sobre los salarios y, por otra parte, provocaba mayores requerimientos de vivienda y de servicios urbanos que el Estado no conseguía satisfacer. De esas carencias fue un indicador elocuente el crecimiento de los cinturones de pobreza que rodearon las grandes ciudades en los países donde se realizaron las experiencias populistas, fenómeno, por cierto, semejante al observable allí donde tales formas de gobierno no se establecieron. Aun así, los líderes y las elites populistas aparecieron, para sus apoyos y para sus adversarios, haciendo política con los problemas sociales

de un modo como nunca se había hecho anteriormente. Los gobiernos se preocupaban por los trabajadores o más globalmente por los pobres, los incluían en sus discursos y en sus anuncios, dando a sus necesidades y a sus carencias una dimensión totalmente nueva. La politización de los conflictos sociales constituyó un aspecto clave que aumentó la imagen de los progresos y de las reformas que conoció la situación de los sectores populares, más allá de su real y concreto alcance económico.

6. Las experiencias populistas de gobierno o los movimientos políticos de esa orientación oscilaron entre pactar o enfrentarse con los sectores de mayor poder económico o de más prestigio social tradicional. En la lógica de la convocatoria populista se hallaba a la vez el conflicto y la conciliación con esos sectores sociales. En sentido estricto, su noción ideológica omniabarcativa de *pueblo* no excluía a ningún sector social; por eso, de la elite populista formaron parte personas provenientes de las clases altas. Sin embargo, la dinámica política colocó, como se ha señalado, a la mayoría de los sectores de más poder económico o prestigio social tradicional en el bloque contrario al populismo. Si bien los conflictos en algunos momentos fueron planteados por los populistas con un lenguaje singularmente beligerante contra lo que denominaban “dueños del poder económico”, “minorías oligárquicas”, “explotadores del pueblo”, sin embargo las iniciativas para afectar los intereses de los sectores aludidos de esa manera tan hostil fueron muy limitadas. En las coyunturas más densas y conflictivas los populistas pudieron parecer revolucionarios, pero sus concepciones acerca del buen funcionamiento de la sociedad no suponían la supresión de los sectores sociales a los que criticaban. En tanto el ideal populista era lograr la conciliación nacional y la unidad de todos los sectores sociales y no querían realizar transformaciones estructurales totales, no tenían argumentos capaces de legitimar la anulación de sus adversarios. Su visión de la sociedad los llevaba a evitar rupturas pero, al mismo tiempo, sus políticas para ganar apoyos en los sectores populares y el estilo de

su convocatoria les generaba conflictos que, probablemente, se hallaban en contradicción con sus proyectos más generales.

Los acuerdos y coincidencias de los gobiernos populistas con los sectores de las clases altas existieron más en el plano económico y social que en el político. Mantener el buen funcionamiento de la economía suponía aceptar demandas de dichos sectores e implementar políticas estatales para favorecerlos. Los créditos para lograr el desarrollo económico, los subsidios más o menos encubiertos, la protección arancelaria del mercado interno, políticas que fueron comunes en la época populista, beneficiaban a una parte de los principales sectores propietarios y, aun cuando éstos pudieran estar en desacuerdo con las políticas sociales favorables a los sectores populares, las ventajas que obtuvieron fueron importantes.

DE LA EXPANSIÓN A LA CRISIS

A partir de la segunda mitad de la década de 1950 los precios de los productos primarios latinoamericanos comenzaron a caer en relación con los de los bienes manufacturados importados. Por otra parte, los exportadores latinoamericanos de productos primarios debieron hacer frente a la política de protección a la agricultura aplicada por los países desarrollados y a la preferencia de las potencias europeas —en lo que hace a sus importaciones de bienes primarios— a favor de sus ex colonias. Estas situaciones otorgaron mayor consenso a las tesis de la Comisión Económica para América latina (CEPAL) sobre la declinación prolongada y a largo plazo de los términos del intercambio de las exportaciones de productos primarios.

Basados en las concepciones estructuralistas muy aceptadas en la época a nivel mundial, algunos sectores políticos y sociales propugnaban una industrialización inducida y dirigida por el Estado a través de medidas de tipo proteccionista y con la confianza en la llegada de capitales públicos extranjeros para facilitar, pero no dirigir, ese proceso. Una segunda visión que respondía de un modo directo a los intereses de los Estados Unidos y de los

sectores más conservadores de América latina, pregonaba la necesidad del retorno radical a la libertad irrestricta de mercado y de las fuerzas que en él actuaban y pedían la creación de condiciones políticas para facilitar el ingreso de capitales privados extranjeros. La acción económica de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos terminó conjugando u oscilando entre ambas posturas. Se establecieron inmejorables condiciones para el arribo de capitales externos atraídos por un mercado interno protegido y con una legislación favorable.

La industrialización por sustitución de importaciones en los años cincuenta fue acompañada con el establecimiento de una gran variedad de restricciones arancelarias a las importaciones, múltiples tipos de cambio sumamente fluctuantes y numerosos obstáculos burocráticos a la exportación de bienes primarios. A fines de la década, varios países de América latina evidenciaban problemas en su desarrollo industrial, al mismo tiempo que crecía el desempleo y la pobreza. Como respuesta, en varios países, a instancias de la CEPAL se intentaron ajustes en su estructura económica. Existía consenso en que el tamaño de los mercados internos era demasiado pequeño como para que pudieran desarrollarse las ventajas comparativas propias de las economías de escala para la mayoría de los bienes producidos en el continente. Por otra parte, los países europeos ofrecían el ejemplo de la creciente integración comercial a través de la constitución del Mercado Común y de la liberalización eliminando aranceles dentro del marco del GATT. Así fue que comenzó a desarrollarse en la práctica un importante proceso de integración regional entre los países latinoamericanos. A comienzos de los años sesenta se conformó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), a lo que siguieron los acuerdos del Pacto Andino a finales de esa década. Estas iniciativas lograron, sin duda, resultados modestos comparados con las expectativas originales.

Sobre aquellas primeras experiencias de integración regional, Celso Furtado, uno de los más célebres economistas latinoamericanos, realizaba una reflexión de carácter crítica. Furtado, siguiendo los razonamientos que en la época acordaban prioridad al desarrollo nacional, resaltaba la necesidad de cada uno de los

países de realizar previamente planificaciones de sus respectivas economías para encarar luego las integraciones:

*...el problema es mucho menos de formación de un espacio económico unificado mediante una movilidad progresiva de productos y factores de producción —lo que solamente sería practicable si las economías nacionales hubiesen alcanzado un grado de homogeneidad en la estructuración interna mucho mayor y se encontrasen en similares niveles de desarrollo—, que de reorientación del desarrollo en el plano nacional hacia una articulación creciente de las economías nacionales en un todo coherente. Las uniones aduaneras y las zonas de libre comercio son fruto tardío de la ideología del laissez-faire, al paso que el tipo de integración que podrá beneficiar a las economías latinoamericanas presupone un considerable avance en la planificación a nivel nacional. Los centros de decisión más importantes, aquellos que son de naturaleza política y están capacitados para interpretar las aspiraciones de las colectividades, continuarán existiendo por mucho tiempo en el plano nacional. Es de esperar, sin embargo, que la llamada integración económica, hoy simple instrumento de la política de desarrollo de los gobiernos nacionales, ponga en marcha un proceso evolutivo de las estructuras políticas, lo que, por otra parte, corresponde a una exigencia de las relaciones internacionales (Celso Furtado. *La economía latinoamericana desde la Conquista Ibérica hasta la Revolución Cubana*. Editorial Universitaria, Chile, 1970, pág. 242).*

En el nivel social los cambios registrados en la economía trajeron consecuencias contradictorias que preocupaban a muchos analistas de la región. Al respecto, el sociólogo Marshall Wolfe sintetizó en un documento de trabajo preparado para la División de Desarrollo Social de la CEPAL, de 1972, el siguiente balance, en el que realizaba comparaciones con otros continentes:

Las estadísticas del ingreso por habitante que sitúan a los países latinoamericanos en un tramo intermedio entre Europa y América del Norte, por una parte, y África y Asia, por la otra, y acusan cierto traslado en los extremos, combinan las situaciones muy distintas de las minorías ‘modernas’ adineradas y del resto de la población. Asimismo, salvo en algunos de los países más pequeños y más rurales, las características predominantes de la pobreza en América latina se hallan a medio camino entre las características de la pobreza en los países de altos ingresos y en los países de muy bajos ingresos. En América latina todavía hay millones de personas que sufren hambre o profundas privaciones materiales y que no tienen acceso alguno a los servicios de educación y salud, pero esta pobreza extrema es menos generalizada en esta región que en gran parte de África y Asia. Las características dominantes de la pobreza están cambiando con la urbanización y con la expansión de la acción asistencial del Estado. Están pasando a primer plano los problemas de inseguridad respecto del empleo y del ingreso, de hacinamiento en viviendas miserables, de imposibilidad de estirar el presupuesto familiar para alcanzar a vivir en condiciones mínimas de ‘decencia’ (que incluye la adquisición de artículos de consumo elaborados) y las frustraciones que provoca el acceso limitado y discriminatorio a los servicios educativos, de salud y de bienestar. En los países más grandes, los actuales niveles de ingreso permitirían aliviar las privaciones materiales extremas a través de subsidios estatales, programas especiales de empleo, etc., sin tener que introducir grandes cambios en el estilo de desarrollo; pero esto difícilmente afectaría las dimensiones de la pobreza como estado de privación y discriminación relativa.

La denominada “crisis del petróleo” de 1973-74 motorizada por el alza del precio del crudo, que cuadriplicó su valor, y de otros productos asociados redundó en la inestabilidad de muchas de las

economías desarrolladas del mundo capitalista. En términos de crecimiento económico, la mayoría de las economías periféricas fueron capaces de ajustarse mejor a la crisis que las de los países desarrollados. Sin embargo, la conjunción de los efectos tardíos de la crisis petrolera con el estallido de la crisis financiera de 1982 terminó afectándolas notoriamente. A partir de 1982 muchos países de América latina, experimentaron un drástico descenso en sus niveles de actividad económica, del cual muchas no se habían recuperado aún a comienzos de los años noventa.

En América latina, la crisis del petróleo de 1973-1974 tuvo como efecto el aumento del valor de las exportaciones netas de petróleo (de 7.000 millones de u\$s en 1973 a 23.000 millones en 1981). Sin embargo, la crisis alteró los términos de intercambio de los países exportadores e importadores de crudo en la región de modo inverso. Ecuador, y más tarde México, como países exportadores fueron los más beneficiados. Perú también se convirtió en exportador de petróleo, aun cuando las reservas identificadas resultaron ser menores que las estimaciones previas. La mayoría de los países latinoamericanos, en cambio, eran importadores netos. El caso de Venezuela, por entonces el principal productor de petróleo de la región, posee características singulares desde el momento en que, si bien incrementó notablemente los ingresos procedentes de la exportación, adoptó la política de la OPEP de reducir la producción para mantener los precios.

Hacia fines de la década del setenta, tanto los países exportadores como los importadores de petróleo habían contraído fuertes deudas en el extranjero en el intento por sostener sus dinámicas de crecimiento económico. A esta política se la ha denominado “crecimiento basado en la deuda”. El flujo de capitales hacia los países latinoamericanos no sólo colaboró en algunos casos (los menos, sin duda) a mantener los niveles de crecimiento, sino que fundamentalmente benefició a las economías más desarrolladas al preservar la demanda agregada global, y sirvió para compensar la masiva transferencia de recursos hacia los países productores de petróleo de la primera mitad de la década.

De esta manera, los países latinoamericanos enfrentaron desde mediados de los '70 una oferta excesiva de capitales extranjeros

de bajo costo, con la consiguiente revaluación real de los tipos de cambio que ocasiona este fenómeno de liquidez. Entre 1973 y 1981, la importación de bienes por parte de los principales países de América latina creció en términos reales (a precios de 1980) de u\$s 44.000 millones a u\$s 93.000 millones y su déficit por cuenta corriente se elevó de u\$s 10.000 a u\$s 40.000 millones. Luego llegaron los efectos generalizados de la llamada “crisis de la deuda”. Como en otros momentos también críticos para las economías de los países desarrollados, éstos transfirieron parte del coste de su ajuste a la periferia por medio de la combinación de altas tasas nominales de interés, la interrupción de préstamos, la contracción de importaciones y bajas de los precios de los productos básicos. No obstante, las cifras para la década señalan que los exportadores de manufacturas de toda la región lograron un vigoroso crecimiento, con un volumen que promediaba un alza anual del 12 % a lo largo del período (una cifra similar a la de los años sesenta). La inversión interna bruta (financiada parcialmente por la creciente deuda externa aumentó un tercio (en términos reales), mientras que la participación de la inversión en el PBI aumentó del 19 % de los años sesenta al 24 % en la segunda mitad de los años setenta. A su vez, el PBI creció a una tasa anual promedio del 5,2 % entre 1973 y 1980, aunque cayó casi a cero en 1981, debido a la temprana llegada de la recesión a Argentina y Brasil.

Sin embargo, los crecientes déficits internos y externos de los países no podían ser financiados permanentemente con nuevo endeudamiento externo e interno. Con la abrupta interrupción de los préstamos externos a mediados de 1982 los países latinoamericanos debieron comenzar a utilizar los ingresos por exportación para hacer frente a los pagos por los servicios de la deuda externa, desechando el recurso de los ingresos adicionales. Concluyó de este modo el “crecimiento basado en la deuda” y en todo el continente comenzó a implantarse un severo ajuste con el fin de recomponer los crecientes desequilibrios. Al finalizar el decenio 1970-1980, el economista chileno Carlos Ominami hacía el siguiente balance de lo que se llamó la “década perdida” de la economía latinoamericana:

*En el campo industrial, considerando a América latina en su conjunto, no ha habido crecimiento industrial en lo que va corrido de esta década. Naturalmente hay situaciones muy desiguales según los distintos países. Asimismo, conviene indicar que el comportamiento de América latina, si se lo confronta con otras zonas en desarrollo, ha sido particularmente negativo. Claramente, hemos perdido posiciones respecto, en particular, de los países del Sudeste Asiático. (Carlos Ominani. "América latina en la reestructuración industrial mundial", en AAVV, *Industria, Estado y Sociedad. La reestructuración industrial en América latina y Europa*. Editorial Nueva Sociedad, Venezuela, 1989, pág. 33).*

En síntesis, durante las tres décadas que van de 1950 a 1980 los países latinoamericanos evidenciaron en comparación con la primera mitad de siglo un fuerte crecimiento económico basado fundamentalmente en la industrialización por sustitución de importaciones. El PBI latinoamericano se quintuplicó en el período. Puede afirmarse que el modelo industrializador resultó coherente con las condiciones predominantes en los diferentes mercados internacionales luego de la Segunda Guerra Mundial. Del mismo modo, cabe sostener que estuvo en clara sintonía con las ideas más aceptadas en materia económica y con las crecientes demandas políticas planteadas por los nuevos actores emergentes en las diferentes sociedades. No obstante, existieron numerosos elementos cuestionables en la experiencia:

- una falta de continuidad en el diseño de las políticas económicas
- un patrón muchas veces arbitrario de protección efectiva y un descuido respecto de la actividad exportadora
- un proteccionismo excesivo, combinado con la sobrevaluación recurrente del tipo de cambio, que desalentó las exportaciones primarias no tradicionales y las manufacturadas.

Sin embargo, en su conjunto, la estrategia de industrialización por sustitución de importaciones fue un factor positivo que contribuyó al crecimiento del PBI (5,5 % anual promedio) y al desarrollo económico general durante los años cincuenta, los sesenta y, en menor medida, los setenta. Durante los años ochenta, la inversión productiva se vio postergada ante la necesidad de hacer frente al pago de la deuda externa. Asimismo, la intensidad de la crisis desatada por el nivel de endeudamiento llevó a las autoridades económicas a dar prioridad a los objetivos a corto plazo y postergó los de mayor alcance.

Desde mediados de los ochenta la casi totalidad de las economías latinoamericanas se encontraron en un proceso de profundas reformas de orientación neoliberal. Las mismas tuvieron como resultados entre otros: un claro incremento en la actividad financiera, un fuerte descenso en inversión productiva, un magro crecimiento del PBI y una peor distribución del ingreso. Los costos del ajuste se distribuyeron de un modo desigual en el interior de cada una de las sociedades deteriorando aún más la de por sí desequilibrada distribución de oportunidades, de ingresos y de riqueza, al mismo tiempo que aumentó el número de aquellos que viven por debajo de la línea de pobreza.

LAS DÉCADAS DEL '80 Y DEL '90: EL NEOLIBERALISMO EN AMÉRICA LATINA

En toda América latina, la ideología neoliberal (nota: usaremos indistintamente el término neoliberal o liberal) que postulaba la disminución de la esfera de intervención del Estado en la economía y la consiguiente expansión del dominio del Mercado, se difundió con notable fuerza en el curso de la década del '80. Esa perspectiva doctrinaria no era totalmente ajena a los debates de la región en épocas anteriores, pero fue recién en el curso de los últimos decenios que mostró una singular capacidad para ganar adhesiones de sectores sociales y políticos que hasta entonces no lo habían apoyado. Por sus consecuencias económicas, políticas y sociales el neoliberalismo encontró algunas resistencias en los

sectores que resultaban perjudicados, pero fue notoria la debilidad relativa de esas reacciones. Es más, partidos políticos que tradicionalmente habían defendido programas intervencionistas viraron hacia el liberalismo. En el campo intelectual el retroceso de las ideas intervencionistas fue igualmente significativo. La pérdida de influencia de la Comisión Económica para América latina (CEPAL) fue en ese sentido muy reveladora.

Tal como lo señalamos anteriormente, la crisis mundial de 1973 introdujo de manera definitiva en los países centrales una nueva situación de la cual no saldrían impunes las ideas keynesianas. El debate es conocido y, también, se sabe cómo se saldó. Las ideas del liberalismo volvieron a tomar fuerza en los países desarrollados; la revalorización del mercado corrió pareja con las críticas a las burocracias estatales. América latina no podía quedar fuera del nuevo movimiento universal de ideas. Su realidad era distinta bajo múltiples aspectos a la de los países avanzados, pero el cambio de paradigmas allí dominantes siempre había influido en sus elites políticas e intelectuales. Las instituciones internacionales como el FMI o el Banco Mundial operaban, además, como difusores de las nuevas ideas. Esta situación ayudó a que las propuestas neoliberales ganaran fuerza en los distintos países de la región en los debates que por esa época se llevaban a cabo en medios académicos y políticos. La raíz de las discusiones se hallaba en torno a cuál debía ser el modelo que permitiría solucionar los problemas económicos y sociales todavía no resueltos.

¿Era el neoliberalismo un proyecto económico que necesitaba ser sostenido mediante el autoritarismo de los gobiernos militares para conseguir contrarrestar el descontento que producían sus efectos en los sectores populares? Muchos creyeron durante la segunda mitad de los años '70 que cabía contestar afirmativamente a esa pregunta. Con el fin de esa década se inició el retorno a la democracia. El primer gobierno democrático del nuevo ciclo político que asumió un proyecto económico liberal fue el peruano, establecido en 1979 y presidido por Fernando Belaúnde Terry; la experiencia terminó en un fracaso ya que no consiguió resolver ninguno de los grandes problemas que enfrentaba el país. Su

sucesor, Alan García, fracasaría luego con una propuesta de inspiración intervencionista; el relevo fue hecho por Alberto Fujimori, quien se inclinó a favor de políticas económicas neoliberales. En la Argentina, Raúl Alfonsín llegó al gobierno en 1983 y después de intentar durante el primer año aplicar propuestas económicas de corte intervencionista, optó por desplazarse lenta pero persistentemente hacia un modelo de corte liberal; su sucesor el peronista Menem profundizó aún mucho más esa orientación favorable al neoliberalismo. En Bolivia, el retorno a la democracia se inició con Paz Estenssoro mediante una política económica intervencionista y no logró solucionar la ya endémica crisis del país; lo sucedió Adolfo Siles Suazo quien puso en práctica un proyecto de inspiración liberal, continuado y ahondado por el presidente siguiente, Paz Zamora. En Brasil, después del fin de la dictadura, primero con Sarney y luego con Collor de Mello, también quedó demostrado que el liberalismo podía ser el proyecto económico de los gobiernos civiles de origen democrático. Algo similar ocurría en Uruguay, donde de un modo más atenuado con el primer presidente posterior a la dictadura, Sanguinetti, pero de una manera más decidida con su sucesor, Lacalle, el liberalismo se convirtió en el proyecto gubernamental en economía. El caso chileno no fue una excepción: el presidente Aylwin, respaldado por una alianza integrada por demócratas cristianos y socialistas, instaló su gobierno a inicios de la década del '90 en una dirección económica que mantuvo globalmente las mismas orientaciones liberales que su antecesor Pinochet, aun cuando se propuso una corrección tendiente a mejorar la equidad social. Digamos que en los hechos iba a quedar contestada la pregunta sobre la posibilidad de articular el neoliberalismo económico con el régimen político democrático en varios países de la región que salían de dictaduras. Con tradiciones políticas distintas, el caso colombiano y el mexicano, revelaban una similar opción por las propuestas de orientación liberal. En México, bajo la presidencia de Salinas de Gortari, además de llevar adelante una importante política de privatizaciones se encaró una integración económica con los Estados Unidos destinada a transformar en múltiples aspectos la economía del país. Así, de norte a sur de América latina, la reducción de la esfera de inter-

vención del Estado y la ampliación del dominio del mercado se ha convertido en un proyecto impulsado por todo tipo de gobiernos.

Un factor que intervino decisivamente en el avance de las concepciones neoliberales en la región fue la llamada crisis de la deuda que comenzó a principios de la década del '80 y colocó a todos los países frente a las fuertes presiones de los bancos acreedores y de los organismos internacionales como el FMI o el Banco Mundial. El pago de la deuda se planteaba como totalmente asociado con las restricciones del gasto público, que llevaba al redimensionamiento del Estado, despojándolo de muchas de sus funciones y reduciendo el personal burocrático. La apertura de la economía se generalizó como propuesta en la mayoría de los países de América latina; la competencia y no el proteccionismo, fue el lema que mostró lo lejos que se estaba en las ideas de la etapa de desarrollo precedente. El problema del tamaño de los mercados y su adecuación a una economía de escala, invitó a pensar en términos de integraciones regionales. De hecho, las políticas de creación de mercados comunes tienen múltiples componentes que contribuyen a la liberalización de la economía de cada país, ya que los empresarios locales pierden el privilegio que tenían hasta entonces de actuar sin competencia. El Estado ve reducir sus posibilidades de estimular o subsidiar determinadas producciones; ya que esto implicaría en el marco de las integraciones una práctica de *dumping*, sólo queda el dinamismo de los empresarios como motor del desarrollo. Las negociaciones con respecto a la deuda externa implicaron, además, que en varios países se encara un proceso de privatizaciones de empresas públicas, pudiendo utilizarse títulos de la deuda como medio de pago. Por esta vía se profundizó la liberalización de la economía, pasando al mercado recursos hasta entonces en poder del Estado. No faltaron casos de empresas públicas que fueron directamente cerradas por estimárselas intransferibles al sector privado, como por ejemplo los ferrocarriles uruguayos o el banco oficial de crédito a la vivienda argentino. Si bien esta reducción del sector público suele despertar resistencias de los agentes burocráticos que se desempeñan en las empresas directamente afectadas, en la mayoría de la población las encuestas de opinión suelen revelar una expectativa

favorable a este retiro del Estado de la actividad productiva o de servicios.

Las reacciones sociales ante la apertura de los mercados internos a la importación de productos competitivos con los de origen local, fueron y son contradictorias. Aquellos sectores que ven directamente afectada su actividad, sean empresarios u obreros, expresan disconformidad, pero la perspectiva de acceder a bienes de mejor calidad y menos precio de origen importado, favorece en lo inmediato a los consumidores. Aun cuando los perjudicados constituyen grupos de presión importantes, el rasgo más general de la situación de los distintos países latinoamericanos parece ser su incapacidad para cambiar el rumbo de las políticas adoptadas por los gobiernos. Aclaremos que si bien esta afirmación es válida globalmente, faltan estudios minuciosos sobre los procesos nacionales que permitan visualizar cómo en cada país se han resuelto los conflictos surgidos por la apertura de la economía. Un ejemplo elocuente al respecto es el de los ganaderos chilenos, que en el país de economía más liberal han conseguido mantener las trabas a la importación de carne vacuna pues, sin duda, esto hubiera resultado muy perjudicial para sus intereses. Sin ser ése el único factor en presencia, la acción de la corporación que expresa a los ganaderos chilenos fue uno de los elementos que contribuyó a que su país no se incorporara al acuerdo de conformación de un mercado común regional en el cual participan actualmente la Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay.

Las mayores consecuencias negativas de las políticas económicas neoliberales recaen sobre los sectores sociales de menores recursos, aquellos que, además, se hallaban beneficiados por las funciones sociales del Estado. Pero lo interesante de destacar es que en tanto buena parte de los partidos que expresaban a dichos sectores sociales son los que están actualmente en el gobierno llevando adelante las reformas liberales (o bien las aceptan desde una oposición moderada), las demandas y reclamos de los sectores de menores recursos han quedado prácticamente sin representación política.

Respecto al tema de los actores políticos que actualmente encaran desde el gobierno políticas económicas neoliberales en

Latinoamérica, resulta importante plantear una reflexión de orden general que, en buena medida, tiende a soslayarse cuando se estudian casos nacionales. Es habitual analizar la implementación de políticas liberales aludiendo a las condiciones históricas específicas que llevaron a la primacía de esos proyectos en cada país. Inevitablemente, los análisis nacionales terminan explicando cómo los grupos económicos locales, las elites tecnocráticas, los ideólogos librepresistas, etc., operaron para lograr predominar. Lo que, en cambio, permite observar un análisis de alcance latinoamericano es la diversidad de los actores que en cada caso nacional han intervenido decisivamente para orientar las políticas económicas hacia el liberalismo. No se trata, como se ha visto, de partidos liberales que alcanzaron el gobierno sino que, por el contrario, en la mayoría de los países se ha registrado una conversión al liberalismo de fuerzas políticas que hasta hace relativamente poco eran favorables al intervencionismo estatal y en el caso chileno al socialismo. El abandono de las ideas estatistas y la aceptación de las concepciones liberales presentan las características de lo que podría llamarse una verdadera revolución cultural cuando se centra la atención en fuerzas políticas como las mencionadas en los aludidos ejemplos, o en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Bolivia, partido del ex presidente Paz Zamora. En otros casos la mutación de las ideas económicas ha sido más lenta —en la democracia cristiana chilena, los radicales argentinos, el PRI mexicano, los partidos tradicionales de Uruguay— pero igualmente revelan un cambio muy significativo en comparación con las propuestas de una década atrás. Las explicaciones que suelen dar los actores descontentos con el neoliberalismo remiten invariablemente al tema de la traición de los principios y la claudicación ante intereses para dar cuenta de la mutación. Pero lo que puede ser discutible como aproximación analítica en cada caso nacional, se hace inaceptable para el estudio de la dimensión latinoamericana, relativizante de toda clase de particularismos. Si se trata de determinar cuáles fueron las variables comunes presentes en la mayoría de los países de la región que gravitaron de manera

prioritaria en el cambio de paradigma económico, entendemos que cabe destacar tres:

1. las manifestaciones del agotamiento del modelo de desarrollo cerrado y mercado-internista, que hizo que el decenio pasado haya existido crecimiento cero o negativo; de allí que se la denomine en América latina la “década perdida”;
2. la crisis de la deuda que obligó a todos los países a replantear la dimensión y la dinámica de sus respectivos aparatos estatales, bajo la presión de los acreedores internacionales;
3. el fracaso de los intentos de encontrar soluciones a los problemas económicos y sociales por la vía de políticas intervencionistas, experiencia que se hizo en la mayoría de los países de la región.

¿Tienen probabilidades altas de éxito las políticas económicas neoliberales en América latina? Evitando una respuesta taxativa, nos acercaremos a la cuestión refiriéndonos a algunos de los componentes de la situación sociopolítica y económica de la mayoría de los países de la región que deben tenerse en cuenta para abordar ese difícil problema. En primer lugar, cabe destacar que el Estado en casi todos los países de Latinoamérica se ha caracterizado por tener un tipo de relación extremadamente próxima con los principales intereses propietarios. Por ello, cuando se habla del fracaso del intervencionismo estatal siempre queda la duda si la causa de lo que sucedió no fue el resultado de las vinculaciones estrechas de los estados con intereses propietarios que orientaban a favor de ellos las decisiones de política pública.

Ahora bien, un tipo de Estado articulado de esa manera a intereses sectoriales difícilmente pueda garantizar con eficacia el buen funcionamiento del mercado. Estados cruzados por clientelismo de todo género, con burocracias corruptas y poca formación técnica, cuyos salarios son insuficientes, no parecen, por cierto, constituir los agentes ideales para impedir que el mercado se convierta en el lugar de constitución de monopolios poderosos y de

manejos contrarios a la competencia esperada. De allí que el éxito de las políticas económicas liberales tendría como precondition la transformación profunda de la relación del Estado con la sociedad civil, tomando distancia de los intereses sectoriales. En el plano estrictamente estatal, el cambio de los comportamientos burocráticos y la adopción de orientaciones más universalistas supondría, en principio, mejores retribuciones salariales y mayor formación técnica. Todo ello impediría que en la relación entre el Estado y la sociedad, se reproduzcan las distorsiones de épocas anteriores.

Con respecto a los empresarios, la pregunta que surge es si estarán a la altura de los desafíos de inversión, tecnológicos y de *management* que deberán afrontar para alcanzar la competitividad en una economía abierta, luego de tanto tiempo de haber actuado en condiciones de protección y de continuo apoyo del Estado. Es notorio que las posibilidades de éxito de las políticas liberales dependerán en gran medida de la aparición de comportamientos empresarios distintos a los del pasado. Entendemos que, según la forma en que en cada país de la región se puedan combinar los cambios en el Estado y las transformaciones del empresariado, se abrirán mayores o menores posibilidades de éxito para los proyectos liberales.

Por último, queda el interrogante sobre la capacidad de los actores sociales perjudicados por la nueva forma de relación entre Estado y Mercado, para tomar iniciativas susceptibles de cambiar el rumbo liberal de la política económica. Sin duda los intereses lesionados son muchos y en los casos en que logren articularse podrían proponer otros modelos en la orientación del Estado. Esto se hace perfectamente imaginable si se tiene en cuenta que en el juego político democrático podrían reflejarse todas las tensiones emergentes del descontento de los sectores perjudicados y, en especial, del malestar que provoca la disminución de las funciones sociales del Estado. Lo que más limita, sin embargo, a los planteos cuestionadores del neoliberalismo económico, es la dificultad de pasar de la crítica de los efectos a la formulación de programas alternativos que se presenten como viables para convertirse en orientaciones gubernamentales. Es en ese aspecto que también se expresa la crisis de las ideologías industrialistas y mercado-

internistas, con su componente de equidad social, que estuvieron en boga en América latina entre la segunda posguerra y comienzos de los '70, condición que, como hemos visto, favoreció como reacción el avance de la ideología liberal. Lo que parece difícil es que el problema de la mayor equidad social no se plantee en las relaciones políticas latinoamericanas a mediano plazo con un renovado vigor. Para la mayoría de los países de la región la combinación entre neoliberalismo económico y democracia política — o si se prefiere, entre un modo de regulación de la economía que tiende, en principio, a excluir sectores sociales y a postergar la satisfacción de sus demandas y una manera de desenvolvimiento de la política que acuerda formalmente plena participación a esos excluidos— será, sin duda, el gran desafío con el que se llega al año 2000.

Tal como lo afirmé la primera vez que se impartió, si se hubiese tratado de un curso presencial, seguramente diría que me gustó dictarlo. Como es a distancia, escribo que fue un placer redactarlo y espero que su lectura no haya resultado demasiado tediosa.

**AUTOEVALUACIÓN. PARA UN CONTROL DE SU
COMPRENSIÓN**

- ¿Cuáles fueron los efectos de la crisis de 1930 sobre los países latinoamericanos?
- Enumere sintéticamente las características generales de los gobiernos populistas en América latina.
- ¿Cuáles son las características del desarrollo del modelo neoliberal en los países latinoamericanos?

LECTURAS SUGERIDAS

- BULMER-THOMAS, Víctor (1997). “Las economías latinoamericanas, 1929-1939” en Bethell Leslie (ed.) *Historia de América latina*. Tomo 11. Cambridge University Press. Crítica.
- (1998). *La historia económica de América latina desde la independencia*. Fondo de Cultura Económica. México.
- FRENCH-DAVIS, MUÑOZ, Oscar y PALMA, José G. (1997). “Las economías latinoamericanas, 1950-1990” en Bethell Leslie (ed.) *Historia de América latina*. Tomo 11. Cambridge University Press. Crítica.
- SOLARI, Aldo, FRANCO, Rolando y JUTCOWITZ, Joel (1976). *Teoría, acción social y desarrollo en América latina*. Siglo XXI. México.

Anexo

ALGUNOS FILMES QUE PRESENTARON ACONTECIMIENTOS Y CARACTERÍSTICAS DEL SIGLO

- **Antes de la lluvia (1996)** de Milcho Manchesvski.
Refleja bien los conflictos políticos y culturales de un país que salía del comunismo.
- **Cabaret (1972)** de Bob Fosse.
En género musical, una de los más interesantes retratos de la época de la llegada del nazismo al poder.
- **Cristo se detuvo en Éboli (1979)** de Francesco Rosi.
La vida cotidiana de un intelectual italiano en el destierro político, durante el fascismo.
- **El acorazado Potemkin (1925)** de Sergei Eisenstein.
Un filme clásico sobre la revolución de 1905 en Rusia.
- **El 41 (1956)** de Grigori Chujrai.
Sobre la guerra civil en Rusia.
- **El francotirador (1978)** de Michael Cimino.
La guerra de Vietnam reconstruida con impactante realismo.
- **El general Della Rovere (1959)** de Roberto Rossellini.
Italia sobre el fin de la guerra y la resistencia antifascista.

- **El huevo de la serpiente (1976)** de Ingmar Bergman.
Aspectos de la sociedad alemana antes del nazismo.
- **El nacimiento de una nación (1915)** de David Griffith.
Un clásico sobre viejos y enraizados conflictos internos de EE.UU.
- **El tambor (1979)** de Volker Schlöndorff.
Una narración fílmica original sobre la irracionalidad del nazismo.
- **Fahrenheit 451 (1966)** de François Truffaut.
Un filme de ciencia ficción sobre la represión cultural.
- **Gandhi (1982)** de Richard Attenborough.
La historia del líder hindú.
- **La batalla de Argelia (1965)** de Gillo Pontecorvo.
La lucha por la liberación del pueblo argelino.
- **La canción de Carla (1996)** de Ken Loach.
Sobre los conflictos en América latina en la década del 80.
- **La gran ilusión (1937)** de Jean Renoir.
Reflexiones pacifistas, dos años antes de la Segunda Guerra Mundial.
- **La guerra ha terminado (1965)** de Alain Resnais.
Sobre España a mediados de la década del 60.
- **La patrulla infernal (1957)** de Stanley Kubrick.
Filme antibélico sobre la Primera Guerra Mundial.
- **Las largas vacaciones del 36 (1975)** de Jaime Camino.
Prólogo de la guerra civil española.

- **Lawrence de Arabia (1962)** de David Lean.
Sobre el conflicto árabe-turco durante la Primera Guerra Mundial.
- **Los compañeros (1963)** de Mario Monicelli.
Las luchas obreras en Italia a principios de siglo.
- **Llueve sobre Santiago (1975)** de Helvio Soto.
Sobre el golpe de estado en Chile en 1973.
- **Malcom X (1992)** de Spike Lee.
Biografía de un líder negro norteamericano.
- **Mississippi en llamas (1988)** de Alan Parker.
Conflictos en los EE.UU. en torno a los derechos civiles en los años 60.
- **Morir en Madrid (1963)** de Frédérick Rossif.
Documental sobre la Guerra Civil Española.
- **Noche y nieblas (1955)** de Alain Resnais.
Documental sobre los campos de concentración nazi.
- **Novecento (1976)** de Bernardo Bertolucci.
Los inicios de las protestas sociales en Italia.
- **Reds (1981)** de Warren Beatty.
La URSS en la época de la revolución.
- **Roma, ciudad abierta (1945)** de Roberto Rossellini.
Muestra el fin de la Segunda Guerra Mundial en la capital italiana.
- **Rosa Luxemburgo (1986)** de Margarethe Von Trotta.
Sobre los debates de la socialdemocracia alemana en las dos primeras décadas del siglo.

- **Salvador (1983)** de Oliver Stone.
La guerra civil en El Salvador en la década del 80.
- **Tiempos modernos (1936)** de Charles Chaplin.
Una mirada irónica sobre la emergente sociedad industrial.
- **Todo o nada (1997)** de Peter Cattaneo.
- **Tocando el viento (1996)** de Hernan Mark.
La crisis del Estado de Bienestar en Gran Bretaña.
- **Underground (1995)** de Emir Kusturica.
Una mirada sobre la guerra de Los Balcanes.
- **Viñas de ira (1940)** de John Ford.
Estados Unidos durante la década del 30.
- **Z (1969)** de Constantin Costa Gavras.
Un crimen político en Grecia a fines de la década del 60.

**BIBLIOGRAFÍA GENERAL SUGERIDA
PARA EL CONJUNTO DEL CURSO**

- HOBBSAWM, Eric (1996). *Historia del siglo XX*. Crítica. Barcelona.
- ORY, Pascal (1992). *Nueva historia de las ideas políticas*. Mondadori España. Madrid.
- SABINE, George H. (1984). *Historia de la teoría política*. F.C.E. México.
- THUROW, Lester C. (1996). *El futuro del capitalismo*. Javier Vergara Editor. Buenos Aires.
- TOURAINÉ, Alain (1988). *Actores sociales y sistemas políticos en América latina*. PREALC. Santiago de Chile.